



Universitat Autònoma de Barcelona

**ADVERTIMENT.** L'accés als continguts d'aquesta tesi queda condicionat a l'acceptació de les condicions d'ús establertes per la següent llicència Creative Commons:  [http://cat.creativecommons.org/?page\\_id=184](http://cat.creativecommons.org/?page_id=184)

**ADVERTENCIA.** El acceso a los contenidos de esta tesis queda condicionado a la aceptación de las condiciones de uso establecidas por la siguiente licencia Creative Commons:  <http://es.creativecommons.org/blog/licencias/>

**WARNING.** The access to the contents of this doctoral thesis it is limited to the acceptance of the use conditions set by the following Creative Commons license:  <https://creativecommons.org/licenses/?lang=en>



# Imágenes de la política en las sociedades del conocimiento

**Konstantinos Gardounis**

Tesis doctoral dirigida por Miquel Domènech

Estudis de Doctorat en Psicologia Social

Departament de Psicologia Social

Facultat de Psicologia

Universitat Autònoma de Barcelona

# Imágenes de la política en las sociedades del conocimiento

Autor: Konstantinos Gardounis

Director: Miquel Domènech

Estudis de Doctorat en Psicologia Social  
Departament de Psicologia Social  
Facultat de Psicologia  
Universitat Autònoma de Barcelona  
Bellaterra, Setembre de 2016

*A la memoria de mi padre  
(Theodoros Gardounis, 1932-2007)*

## Agradecimientos:

A mi madre Antonia y mis hermanos Dimitris y Fotis. Aunque lejos, han estado siempre presentes a mi lado.

A los amigos y las amigas que me han acompañado de diferentes maneras a lo largo de estos últimos años.

A todas las personas con las que he tenido discusiones estimulantes, aunque fueran a veces difíciles.

Al director de tesis Miquel Domènech, ya que sin su apoyo no hubiese sido posible completar este proyecto.

# Índice

0.Introducción .....	4
1. Itinerarios teóricos .....	20
1.1.La política como representación .....	22
1.1.1. El poder del representante es poder del pueblo .....	22
1.1.2. La inevitabilidad de los representantes-expertos: la ley del hierro de la oligarquía .....	25
1.1.3. La inevitabilidad de los representantes-expertos (2): Schumpeter la democracia representativa como única democracia posible .....	27
1.1.4. La democracia representativa y el pluralismo político como modo de equilibrio en sociedades heterogéneas.....	30
1.1.5. Aspectos de la democracia representativa (1): Las élites .....	31
1.1.6. Aspectos de la democracia representativa (2): los grupos de interés .....	32
1.1.7. Aspectos de la democracia representativa (3): La participación-lobbying.....	36
1.1.8. Aspectos de la democracia representativa (4): Los partidos .....	37
1.1.9. A modo de resumen .....	38
1.2. La política como participación.....	40
1.2.1. La participación es el poder del pueblo .....	41
1.2.2. La crítica del pluralismo y de la democracia liberal .....	44
1.2.3. Desde la crítica a la exploración de alternativas .....	52
1.2.4. A modo de Resumen .....	58
1.3. La representación política, entre la democracia participativa y la democracia representativa .....	60
1.4. Una propuesta de conciliación entre las tradiciones liberales y participacionistas de los 80: la democracia deliberativa .....	66
1.5. La política en las sociedades del conocimiento .....	71
1.5.1. Kuhn y el “programa fuerte” de la Sociología del Conocimiento científico .....	74
1.5.2. ANT y las cinco políticas .....	76
1.5.3. El tejido sin costura entre política y ciencia en las tierras de los ganaderos ingleses .....	80
1.5.4. El tejido sin costuras en el caso del SIDA .....	82
1.5.5. La participación ciudadana en las sociedades del conocimiento .....	86
1.5.6. El intelecto general .....	94
1.5.7. A modo de Resumen .....	96
2. Sobre el método del estudio .....	98
2.1. A modo de hipótesis .....	102
2.2. El procedimiento del trabajo de campo .....	105
2.3. El procedimiento de análisis .....	108

3. Voces expertas y legas sobre la política y la participación .....	110
3.1. La participación no se da de manera espontánea. Hay que propiciarla.....	112
3.1.1. Conocimiento experto sobre procesos participativos .....	113
3.1.2. La promoción de la participación .....	117
3.1.3. La mentalidad de la no participación .....	120
3.2. Poder experto y democracia .....	128
3.2.1. La realidad presenta unas limitaciones que deben ser identificadas por los expertos .....	129
3.2.2. El gobierno de los expertos .....	131
3.2.3. Ética y experticia .....	135
3.3. ¿La política es de los políticos o de la Polis? .....	141
3.3.1. La desconfianza ciudadana .....	142
3.3.2. La política de la Polis .....	150
3.3.3. Participación y representación .....	157
3.4. Política y vida cotidiana .....	162
3.4.1. La ciudadanía fragmentada .....	162
3.4.2. Tiempo de la participación .....	167
4. Realización y superación de la demanda de una “democracia real”.....	177
4.1. La política es un proceso materialista .....	181
4.1.1. La política es una actividad para resolver problemas .....	181
4.1.2. La democracia no puede consistir en una constante asamblea .....	182
4.1.3. Las asambleas de la Polis se convocan cuando los expertos y cargos públicos no dan la solución .....	183
4.2. La ciudadanía es un cuerpo reticular y heterogéneo .....	186
4.2.1. La heterogeneidad ciudadana debe producir convergencias - que nunca llegan a la formación de una “voluntad general” completa- para que la democracia funcione .....	186
4.2.2. La ciudadanía está jerarquizada y sus estratos más bajos no acceden a los espacios participativos .....	189
4.2.3. La ciudadanía incluye saberes que van más allá del conocimiento lego .....	190
4.2.4. Las demandas de participación que provienen de la ciudadanía no equivalen necesariamente a la demanda de una democracia “radical” .....	193
4.3. En qué consiste ser una persona experta es un asunto complejo que no está dirimido .....	195
4.3.1. Dos sentidos de la experticia .....	195
4.3.2. Las personas expertas se ven a sí mismas como las conductoras de los procesos participativos .....	196
4.3.3. La reflexividad de las personas expertas .....	198
4.3.4. La persona experta científica está en una posición ambigua ....	199
4.3.5. La persona experta puede ser nómada .....	201
4.3.6. La posición reflexiva de la persona experta -en tecnociencia- le permite mantener distancia respecto al gobierno .....	204
4.4. La política de la colaboración entre expertos y ciudadanía .....	207

4.4.1. Las personas expertas y no expertas deben deliberar <i>on equal footing</i> en los momentos de crisis .....	207
4.4.2. Por qué las personas que “no saben” sobre un problema son tan imprescindibles como las que “saben” .....	209
4.4.3. Los políticos no son parte integral de los espacios participativos .....	211
4.5. La caída de las categorías de la representación en la democracia participativa/deliberativa.....	213
4.5.1. La controversia mandato-independencia y algunas de las categorías de la representación no son pertinentes para los procesos participativos .....	213
4.5.2. Las clasificaciones al uso para calificar las diferentes formas de representación, cuando la participación juega un papel importante, no parecen útiles .....	214
4.5.3. La temporalidad de la participación afecta el papel del representante .....	216
4.5.4. La representatividad de los procesos participativos .....	217
4.5.5. La tensión entre participación/deliberación y representación ....	218
4.5.6. Voto y participación .....	219
5. Reflexiones finales .....	221
6. Referencias .....	239

# Introducción

En los últimos años se ha hecho cada vez más presente una demanda de democracia “real”. Este discurso refleja el descontento de buena parte de la población hacia el sistema político y sus representantes y hacia una gestión de los asuntos comunes opaca y lejos de la voluntad de la ciudadanía<sup>1</sup>. No obstante, resulta que este sistema y su personal político obtienen la legitimación social mediante el proceso electoral. Así que las críticas a la política y a la democracia parecen extendidas, pero están lejos de crear un problema de legitimidad social para los políticos y las instituciones. La legitimación del sistema político actual crece cuando las voces más críticas toman el camino de la implicación en la política institucional, de la creación de partidos, del uso de los medios de comunicación para difundir sus planteamientos y conseguir el apoyo ciudadano. En otras palabras, intentan crear la “democracia real” que defienden en el seno de las instituciones actuales, lo cual se puede interpretar a favor del sistema democrático existente, el cual, a pesar de sus problemas serios, emerge así como la única alternativa posible.

La coyuntura económica-social la conocemos bajo el lema de la crisis, y los ciudadanos interpretan el término de diferentes maneras: para algunos es una condición “excepcional”, para otros se ha convertido en una condición “normal” y aún para algunos otros es sólo un “mito” (Nikopoulou, 2016). Pero, en todo caso, la situación actual ofrece serios argumentos a las voces más críticas.

---

<sup>1</sup> “Ciudadanía”, según la RAE, designa el conjunto de los ciudadanos. “Ciudadano” a su vez es la “persona considerada como miembro activo de un Estado, titular de derechos políticos y sometido a sus leyes”. Se entiende que tal definición excluye diferentes grupos de la población: inmigrantes, personas con problemáticas mentales o presos que no tienen derechos políticos. En el presente texto el término no se usa en su sentido jurídico y excluyente, sino para referirse a cualquier humano habitante de un territorio. Se puede considerar que incluso tiene un valor político, ya que tanto en la revolución francesa como en la revolución rusa (Figes & Kolonitskii, 2001) usaban el término para indicar su ruptura con la palabra “señor” o sus equivalentes, que se consideraban como propias del antiguo régimen. Así pues, la palabra se puede ver como identificadora del sujeto instituyente de la democracia frente a las fuerzas del poder de la autoridad trascendente, hereditaria, religiosa y monárquica. Sería importante rescatar una palabra que ha significado mucho más que el simple ejercicio de derechos y el sometimiento a las leyes del Estado. La ciudadanía no es el resultado de la Ley, sino que está en su origen o, mejor dicho, indica aquella subjetividad política democrática que puede romper con una legalidad vigente para crear una nueva.

El personal político y sus gestiones aparecen totalmente condicionados por las fluctuaciones y las reglas de la economía transnacional. La toma de decisiones políticas no puede escapar de este marco-excepto el caso de asumir costes graves e imprevisibles. En épocas anteriores, el típico argumento izquierdista era que la democracia liberal es la máscara de los intereses de los capitalistas. Ahora todos asumen *abiertamente* que los mercados del capital determinan la vida política y que la población y sus representantes no pueden sino asumir lo que estos mercados dictan. Parece que la democracia representativa es cada vez menos representativa de los deseos ciudadanos o, mejor dicho, que estos deseos se pueden representar en la medida en que no interfieran en el funcionamiento de la economía.

Si la democracia actual es cada vez menos representativa, emerge la pregunta del contenido de esta democracia “real”. ¿De qué se trata exactamente? ¿De una democracia “real” representativa? – ya que la actual falla, tal como hemos dicho. ¿O es una democracia “real” a modo de las asambleas del movimiento del 15M por ejemplo, una democracia basada en prolongadas asambleas masivas y en docenas de sub-asambleas? ¿Es una forma intermedia? Las cuestiones estas no son retóricas, sino que muestran que la crítica al sistema político, aunque intensa y generalizada, permanece confusa en cuanto a su contenido práctico. Otras preguntas de corte más teórico aparecen también: ¿cuál es el criterio para que una democracia se considere *verdadera*? La respuesta rápida es que sea la expresión de la voluntad popular. No obstante, esta respuesta no nos da pistas para localizar la voluntad popular “auténtica” fuera de los mecanismos representativos. Es difícil, o incluso imposible, identificar qué quiere la ciudadanía antes y fuera de los procedimientos de la representación. La tradición política moderna supone que la garantía de representatividad es el sufragio universal y que cuando los representantes y la ciudadanía divergen la solución no es sino la repetición del proceso de la votación. La libertad de expresión y de prensa, o la libertad de asociación y protesta pacífica, ofrecen indicadores de las posibles divergencias entre representantes y representados. Sin embargo, nada nos asegura que estas prácticas representan lo que piensa la mayoría de los ciudadanos y las ciudadanas. Es bastante difícil saber cuáles son los deseos de la

gente a partir de las expresiones políticas de cada día, porque puede ser que estas expresiones indiquen las posiciones sólo de las personas políticamente activas. El momento de la votación, sea por las elecciones o en algún referéndum, aparece como el único camino para que la voluntad colectiva se pronuncie.

Por tanto, cuando los activistas de los movimientos sociales, sean los de 15M, de grupos de la izquierda o de grupos libertarios, propagan la petición de la democracia real o cuando en las manifestaciones se grita el eslogan “nadie nos representa” se puede suponer que lo confuso de su demanda cobra más consistencia porque esta éticamente legitimado más por la política institucional opaca que por su propio contenido proposicional. Es interesante constatar, además, que su discurso, aunque presente y activo, no llega a socavar la aceptación de las instituciones vigentes y crear una crisis de legitimación significativa. Parece que la ciudadanía, más allá de estos círculos de activistas, no comparte exactamente estos discursos, incluso si los ve con simpatía.

En otras palabras, las preferencias de los políticamente activos a favor de la “democracia real” no suelen coincidir con las perspectivas de la gente que no participa. Hay cierta evidencia empírica sobre eso: durante el Mayo de 1968, Francia se sacudió por masivas manifestaciones, ocupaciones de fábricas y universidades y enfrentamientos de miles de personas con la policía. Pero De Gaulle, el presidente conservador de la república Francesa, consiguió un triunfo electoral aplastante en las elecciones de junio de 1968 – ganando 353 de los 486 escaños del Parlamento. Durante los años 70 los grupos de la extrema izquierda dominaban el movimiento estudiantil de varios países europeos y organizaban masivas y dinámicas manifestaciones en las calles, pero esta fuerza no se reflejaba, ni mucho menos, en una fuerza similar en la población y en las elecciones generales.

La cuestión no es reciente. Toda la historia de la modernidad está marcada por un doble movimiento. Por una parte, está el movimiento democrático, que ha promovido la implicación de *la plebe* -de los sin privilegios- en la toma de decisiones y ha buscado extender su poder en todos los niveles de la vida. La defensa por parte del Rousseau de la democracia directa, la consigna “todo es

común” de Gracchus Babeuf o acontecimientos históricos como la comuna de París del 1871 son manifestaciones de este movimiento que intentaba identificar el poder político con el pueblo, otorgar a la población todas las posibilidades de gestión y decisión sobre los asuntos sociales y convertir cualquier cuerpo de especialistas -administrativo o técnico- en simples asesores de este poder.

Por otra parte, ha habido un movimiento que se movía hacia la dirección opuesta: la de la restauración de un poder minoritario y también moderno -es decir, justificado no por un presunto mandato divino, sino en la necesidad de asegurar el funcionamiento racional y productivo del cuerpo social. Este nuevo poder minoritario mostraba la creciente tendencia de constituirse y organizarse a partir de la posesión del saber, del conocimiento. Se puede decir, siguiendo a Foucault (1994, 2004) que esta tendencia ha estado presente en todos los tiempos modernos y culminó en el siglo XX con un Poder institucional que se basa en la experticia. Los políticos profesionales -expertos en la administración pública, a menudo aliados con los científicos, intentaron consolidar su poder con el argumento de la posesión de un presunto saber que la gente normal y corriente no tenía y no podía tener. Veían el pueblo como una fuerza que, aunque no se podía excluir de la vida pública, tampoco podía ser determinante.

Callon y sus colaboradores (2001) comentan que existe en la modernidad *una doble fractura*: primero entre personas expertas científicas y personas legas. Segundo entre políticos y ciudadanía. Doble fractura quiere decir *doble delegación*. Mediante ella, dos de las actividades-pilares de la vida actual -la producción de conocimiento y la producción de las decisiones políticas en las que este conocimiento se inserta- se delegan en grupos de personas que trabajan diariamente puertas adentro, sin que ello se considere una anulación de la idea de la democracia. Shapin y Shafer (1985) han mostrado como la evolución de la ciencia moderna está ligada con los valores y el espíritu moderno. Han mostrado como el nacimiento de la ciencia moderna se relaciona con el nacimiento de la democracia representativa y liberal, la democracia “burguesa”.

Actualmente, la percepción social de un déficit democrático que caracteriza las estructuras de la democracia representativa se hace cada vez más intenso porque

la ciudadanía, aunque sea pasiva, parece tener un enorme potencial: el acceso a la educación superior, la amplia circulación de diferentes saberes y la producción de un conocimiento que supera en buena parte los límites de las instituciones académicas hace que los políticos y los expertos oficiales estén constantemente cuestionados. Las críticas a ellos no se basan sólo en un descontento general, sino en argumentos y conocimientos sólidos. Ante una ciudadanía formada e informada, los hombres que sirven los aparatos institucionales parecen menos eficaces. Su incompetencia no es un rasgo que se refiera solo a una falta de capacidades personales -que también es el caso muchas veces. Es un rasgo estructural de su posición. Primero porque los problemas son enormemente complejos y no se pueden responder gracias a la posesión de conocimientos precodificados y estandarizados. Las posibles respuestas bastantes veces son experimentales e inciertas y sólo el diálogo entre las partes concernidas puede permitir la posibilidad de una solución. Segundo, los políticos, precisamente por ser tales, están condenados a priorizar una visión de los problemas *cortoplazista*, parcial e interesada, que no amenace el status-quo y los intereses de los grupos dominantes -no obstante los problemas de nuestro mundo están estrechamente ligados con estos intereses. Así que sus gestiones parecen muchas veces un intento de posponer u ocultar los problemas y no resolverlos. Los expertos oficiales, que actúan como asesores de las instituciones, también se adecuan al funcionamiento de la política oficial. Hay cierta evidencia empírica que muchas cuestiones les desbordan. La situación actual nos suena a una frase de un activista de las asociaciones de pacientes del SIDA que dijo: "To rely solely on official institutions [...] is a form of group suicide". (Epstein, 1995: 416) Esperar que los expertos del estado -políticos o científicos- vayan a resolver los problemas gracias a un supuesto saber que tienen es una especie de suicidio colectivo.

La democracia representativa parece agotada -aunque esté lejos de considerarse caduca o muerta. Funciona como un espectáculo ante un público descontento. Este público tiene un nivel de capacitación alto y quiere que las cosas cambien, pero no sabe cómo. Es curioso, pero el potencial actual de esta ciudadanía formada e informada se acompaña de una fuerte parálisis política. Hace bastantes décadas, las "clases populares", aunque con muchos menos conocimientos,

llegaban a tener la ambición de conseguir cambios profundos, hasta “tomar el cielo por asalto”. Hoy tales ilusiones provocan solo la risa. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué la autoconfianza colectiva de la gente normal y corriente está tan reducida mientras la clase política, los expertos oficiales y todo el aparato institucional, se mueven de modo aparentemente coherente, pero con tan poco éxito? Y ¿por qué la “democracia real”, aunque se acepte como un ideal, provoca una desconfianza aún mayor que la democracia liberal/representativa?

Parece, pues, que cobra especial importancia ver e investigar cómo los ciudadanos y las ciudadanas normales y corrientes, que no suelen participar, ven la política. En concreto, es importante explorar qué significados emergen desde sus discursos en relación con la actividad política, dadas las quejas y las protestas sobre el funcionamiento de la política institucional actual. En un escenario social en el que a menudo se pide una democracia diferente, ¿comparten esta reivindicación? Y, si es así, ¿de qué manera?

Más concretamente, se hace evidente cuán importante es explorar cómo se sitúan las voces ciudadanas entre los significantes democracia representativa y democracia participativa. Desde la teoría política, groso modo, las perspectivas teóricas sobre la democracia se podrían describir como archipiélagos de propuestas entre dos polos: la democracia representativa liberal y la democracia participativa (Cunningham, 2002). La distinción no quiere decir que haya solo propuestas “puras”; representacionistas-liberales, por un lado, y participativas, por el otro. Pasa lo contrario: la mayoría de los participacionistas aceptan de una u otra manera premisas de la democracia liberal y los liberales reconocen la necesidad de alguna participación política. Pero tal distinción nos permite tener un criterio para percibir, comprender y ubicar las voces ciudadanas y ver qué significado de la política, de la democracia, de la participación y de la ciudadanía hacen emerger

El presente trabajo se mueve en esta dirección. Para ello, se han realizado grupos de discusión con ciudadanos que se complementan con entrevistas a técnicos de ayuntamiento y organizadores de procesos participativos por. Son voces legas frente a voces expertas que, no obstante, también deben considerarse como

miembros de la ciudadanía, ya que el hecho de trabajar para la administración no anula la perspectiva política personal. Incluir estas últimas voces nos aporta elementos interesantes. Con ellas, vamos a ver cómo la ciudadanía experta –y, en concreto, los científicos sociales que trabajan en las instituciones- ven la política, la democracia, la participación, la noción de la ciudadanía. Los relatos de estas entrevistas se pueden estudiar usando otra vez las mismas nociones como referencia: política de la polis y política de los expertos. O política basada en la participación y política basada en la representación.

Dicho esto, conviene tener presente cómo se percibe la política. A veces como una actividad de los políticos, como un escenario profesionalizado en el que los ciudadanos se implican sólo en el momento de las elecciones, y muchas veces ni en esto. La frase “a mí no me interesa la política” expresa este punto de vista. Es la política como gestión por parte de los expertos de cuestiones compartidas. La gente estará satisfecha si esta política se ejerce de manera que la beneficie o, por lo menos, no la perjudique, y está dispuesta a ejercer un control puntual al personal político en el momento de las elecciones, re-seleccionando las personas que han realizado gestiones eficaces y exitosas, y quitándole la confianza a los que no lo han conseguido. La política se refiere, según esta concepción, a aquel espacio común, pero limitado, entre los individuos. La cotidianidad y la política mantienen una relación orgánica, sin embargo, la vida se vive de manera individual y, por tanto, la política no tiene la función sino de soporte, a saber, de asegurar o facilitar la vida individual. La política es exterior a la vida humana en este esquema.

Otras veces, la palabra política adquiere significado a partir del sentido etimológico de la palabra. Política es la actividad de la Polis, y la Polis son los hombres, las personas. Desde luego, el sentido de la Polis no es la que la mera agregación de individualidades, sino su asociación, mediante el cual se crea un conjunto que es más que la suma de las partes. Por tanto, política es la actividad del colectivo, es la praxis colectiva animada por la idea del “bien común”. Según esta concepción, política y vida están estrechamente ligadas y el bienestar colectivo es condición necesaria del bienestar individual. Se trata, sin lugar a

dudas, de la concepción clásica, aristoteliana. Según Aristoteles, la vida humana es posible solo mediante la participación política (de Vries, 2007). La vida se hace humana a medida que es una vida en la Polis, vida política.

Ambas ideas de la política están presentes en los tiempos modernos. La primera idea de la política ha caracterizado lo que históricamente se ha llamado *proyecto liberal*. Se caracteriza por el odio a la tiranía presente en el pensamiento de los fundadores de la constitución norteamericana y la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano de la Revolución francesa. Se caracteriza por la exaltación del individuo y de su libertad, propiedad y prosperidad -y por el miedo a que el estado, encargado por los mismos ciudadanos de proteger su felicidad individual, se pueda volver en su contra. Este proyecto ha permitido el derrocamiento de las antiguas jerarquías. También ha propagado la idea de que la felicidad proviene de la vivencia individual. Ha sido la base del individualismo moderno, según el cual, el bienestar depende de los recursos de cada uno. En consecuencia, ya que no todos tienen los mismos recursos, tampoco todos tienen la misma porción en el bienestar o en la miseria. Pero no se puede resolver eso de manera común o, en el mejor de los casos, se pueden plantear sólo intervenciones colectivas menores.

El segundo proyecto, el proyecto basado en la política de la Polis, también ha estado muy presente en los tiempos modernos. Democracia, según una definición clásica norteamericana, es el “gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo” (Parker, 1858). Lo que se avala más en esta concepción no es la libertad individual sino la potencia colectiva, hasta el punto de considerar que, según la “Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano” de 1793, si el gobierno viola la voluntad del pueblo, entonces la insurrección es para este pueblo deber y derecho (Censer y Lynn, 2001). Aquí, la política supera el espacio limitado de una gestión por parte de unos especialistas, y se hace equivalente a la asociación de las molecularidades que crean la Polis. Lo que cuenta más no es la vida individual, sino el lazo social. La política es una actividad que realiza cualquiera que se encuentra con los otros para crear una voluntad común efectiva. Esta tradición política suele oponerse a la desigualdad porque una voluntad colectiva

entre partes que están en posiciones asimétricas, evidentemente será la voluntad de los más fuertes.

Las dos tradiciones básicas, siempre presentes en los tiempos modernos, han tenido conflictos y pactos, idas y vueltas. La primera ha sido la imperante, sin dejar de reconocer y asimilar las demandas de la segunda, y la propuesta deliberativa quizás ha sido fruto de su boda. Se puede decir que todos los choques sociales y la tradicional distinción entre izquierda y derecha expresaban, *grosso modo*, la dualidad de estas dos corrientes políticas. Desde luego se habla de tendencia generales y no de una categorización nítida. Después de los 60 las dos concepciones siguieron su coexistencia tensa. Por una parte estaban los defensores multiformes de la democracia “Shumpeteriana” (liberal-representativa) y, por otra, estaba el archipiélago de los nuevos movimientos sociales- y una vez más repetimos que hablamos en términos de “tipos ideales”. Durante la historia tormentosa de aquellas décadas se manifestó un descontento generalizado ante las jerarquías rígidas, que excluían múltiples sujetos de los procesos de toma de decisiones. No sólo en lo que se refiere a las instituciones estatales, sino también “privadas”: los espacios de trabajo, los educativos, incluso las familias. Trabajadores, jóvenes, mujeres, homosexuales protestaban dinámicamente porque, aunque eran parte de este mundo, sus voces se silenciaban. Aquella época trajo en el debate público también la importancia política de la vida “no política”, personal, doméstica, cotidiana. Una serie de roles y estereotipos que se daban por sentados configurando jerarquías opresivas –cuyo ejemplo más característico ha sido la opresión femenina- se pusieron bajo escrutinio y empezaron a desmantelarse en un camino que se ha iniciado, pero en el que también queda por hacer mucho trabajo y mucho debate.

El resultado de aquellos años ha sido un cambio importante. La democracia liberal se hizo más inclusiva. Diferentes formas de exclusión empezaron a mitigarse. Las universidades, las escuelas y las familias entraron en un camino lento, largo –y también contradictorio, hay que reconocerlo- de “democratización”. Los espacios de trabajo empezaron a reconocer la necesidad de no condenar al trabajador a un trabajo repetitivo y mecánico y de dejar espacio a su iniciativa y creatividad. Se

requerirían muchas páginas para explicar y describir estos procesos. Pero se puede decir que la petición de una cierta libertad tuvo algún efecto.

No obstante, la libertad que vino no era la libertad que exigían los movimientos y los seguidores de la democracia participativa. La libertad se ganó en el plano personal e individual, como libertad por ejemplo de ascender en las jerarquías profesionales o de acceder a cargos públicos, o de manejar los tiempos y los ritmos de trabajo –siempre y cuando se cumplieran los objetivos. Esta libertad venía acompañada por un mayor aislamiento social, por una rotura de los lazos y con una proliferación de las relaciones rápidas y de corta duración. El trabajo, la familia y las relaciones personales, el tiempo libre, todo se volvió más inestable, flexible, precario. Vino una libertad que debilitó el sentido de la Polis, de los espacios comunes, y también, de la participación política.

La producción del conocimiento ha sido parte integral de este proceso. Las transformaciones mediante las cuales los sujetos han sido “liberados” de las limitaciones de la familia y de la fábrica han sido posibles gracias a una nueva relación con él. El conocimiento tecnocientífico se incorporó de alguna manera en las conductas cotidianas y los lenguajes, los códigos y elementos técnicos específicos se hicieron indispensables para la realización de cualquier actividad escolar, laboral o personal. Las antiguas formas de disciplina basadas en la obediencia “ciega” se vieron sustituidas por una obediencia activa, multiforme, sonriente, incluso “participativa”. Pero también esta nueva “sociedad de conocimiento” creó generaciones de personas muy capacitadas para gestionar asuntos complejos, de conseguir un nivel de comprensión alto y unas posibilidades de intervención significativas en los espacios cerrados de la política y de la tecnociencia<sup>2</sup>. Así que el proyecto liberal se vio fuertemente interpelado

---

<sup>2</sup> Siguiendo la tradición de los Estudios de la Ciencia y la Tecnología puede ser preferible hablar de tecnociencia en lugar de “ciencia” y “tecnología”. La distinción parece cada vez menos operativa, ya que la ciencia se basa en sus propias infraestructuras tecnológicas, por tanto, no se puede decir que la tecnología es sólo la ciencia aplicada (Latour, 1987). Además, siguiendo el carácter transdisciplinar, contextual y aplicado de la actual producción científica (Gibbons y col., 1994) se hace difícil separar ambas como se mostrará más adelante.

por la nueva realidad que cuestionaba el monopolio del saber por los políticos y los científicos.

La ampliación de la libertad –según el espíritu liberal- vino acompañada por nuevas formas de regulación social y por una mayor sofisticación de los mecanismos de control. Deleuze (1990) argumentó que el control exterior de las antiguas disciplinas se volvió interiorizado, automático, personalizado, espontáneo. La evolución sociotécnica ha otorgado un papel cada vez más activo al espectador: El que ve televisión es más libre que él creyente que iba a la iglesia, y la persona que navega en el ciberespacio es más libre que la persona que ve la televisión. Pero, al mismo tiempo, el sujeto-cada vez-más-liberado está expuesto a influencias más “ajustadas a sus preferencias”, es decir, a sus tensiones y sus carencias, y, en consecuencia, más controlado *por el post-panóptico informatizado*. La libertad siempre ha estado relacionada con el movimiento. Pero, actualmente, a mayor movimiento, mayor registro de tu perfil y de tu vida.

La tecnociencia, tiene en esta realidad un papel constitutivo, fundamental. Latour (1990) dice que la tecnología es lo que hace a la sociedad durar. Hoy en día, las nuevas tecnologías hacen duradera “la sociedad de control”. La transición de las sociedades disciplinarias a las de control, se basa en técnicas y aparatos que materializan las jerarquías y las desigualdades de una manera que hace las imposiciones externas innecesarias. Langdon Winner (1977) -bastante inspirado, quizás, por algunas proposiciones marxianas- mostró que las divisiones sociales tienden a objetivarse en el mundo que habitamos bajo la forma de estructuras inamovibles y, aparentemente, sin ningún significado político. La tecnociencia media la vivencia humana y social con creciente fuerza. Cada día nos llega un bombardeo de informaciones y saberes acerca de lo que determina las posibilidades de felicidad, salud, o esperanza de vida. Ahora bien, gracias a Foucault (1975; 1994) sabemos que el saber tiene una estrecha relación con el poder. Cada saber tiene determinados efectos en el plano del poder. Que la sociedad sea del “conocimiento” implica que las relaciones del poder en esta

sociedad siguen una determinada estructuración del saber, y de la posesión de este saber, es decir, de la experticia. El conocimiento experto y la voz del experto se vuelven fuentes de una autoridad creciente. Stavrakakis (2013) comenta que el médico y el profesor actualmente asumen funciones disciplinarias, pastorales, “civilizadoras”. Se ha convertido en un lugar común el imperativo de preguntar qué dicen las personas expertas antes de tomar cualquier decisión política o personal. Y se puede decir, que la propuesta implícita en todas las informaciones y noticias que nos llegan desde las autoridades institucionales es que hay que vivir la vida como dicen las personas expertas. Resuena aún la denuncia de Iván Illich (1981) a cerca del efecto inhabilitante sobre la población de ciertas profesiones.

Ahora bien, los tremendos avances en la ciencia y la tecnología han complejizado mucho el mundo en que vivimos. Y se ve en estas condiciones que la experticia ya no es suficiente para gestionar este mundo complejo. Además, el conocimiento y su producción están cada vez más socializados. La experticia oficial no es una voz incontestable, sino que cualquier cuestión se puede plantear desde varios puntos de vista, no sólo en relación con las diferentes consideraciones sociales de un problema, sino también en relación con sus componentes tenocientíficos o técnicos. La comunicación rápida y extendida de las diferentes perspectivas y saberes alimenta constantemente el debate público. Así pues, la voz experta está presente en todo el campo de la vida, pero a menudo debe dialogar con otros expertos, aunque no sean oficiales, o personas concernidas.

La política en estas condiciones cambia de características. En la misma época de crecimiento de la libertad individualista y el debilitamiento del sentido de la *Polis* se manifiesta cierta conciencia de que la gestión de las diferentes cuestiones requiere la inclusión de una multiplicidad de perspectivas. Ya no hay criterio único sobre lo que hay que hacer, creencia alimentada por algunas voces provenientes desde la misma esfera de la ciencia que ha desembocado en una propuesta de “giro participativo” (Jasanoff, 2003b; Wynne, 2007).

También en los principios de los 80 apareció una corriente teórica que subrayaba la necesidad del mayor diálogo público posible, de la existencia de una “esfera pública” viva y activa. Según esta corriente sólo las autoridades que escuchaban

esta esfera eran legítimas. El diálogo público debería atravesar las instituciones y así se podrían producir decisiones no sólo más legitimadas sino también más eficaces. Se trataba de la propuesta deliberativa -que proponía una lógica y un procedimiento participativo que se podría transferir a y/o conectar también en el funcionamiento de los órganos representativos. Se proponía un cambio profundo para acercar las instituciones a la lógica y la práctica de la democracia participativa, a la lógica de un espacio donde la conciencia de un mundo común anima y caracteriza el debate. Se intentaba dar de nuevo sentido a la idea de un gobierno democrático. Se puede decir que era un intento de intersección entre la tradición de la política de la polis y la política de los expertos, entre el proyecto participacionista y el proyecto de la democracia representativa o liberal, con el objetivo de subsanar la democracia representativa y ampliar la participación ciudadana y el diálogo

Se trata de una notoria paradoja: a partir de los 90 se manifiesta un importante movimiento a favor de las privatizaciones de los servicios públicos y la plena obediencia a las exigencias de los mercados. La preocupación central de los estados ha sido desde entonces mantener la confianza de los inversores privados. Y la tendencia ha ido creciendo. Después de 2008 se atestigua la cesión de partes enteras de la antigua soberanía del estado a los mercados. O como afirma Mauricio Lazzarato: El estado pasa a ser producto de la economía (Lazzarato, 2013). En estas condiciones la gestión participativa de ciertas cuestiones suena como una parafonía. Mientras una parte del orden institucional habla de participación, otro habla de privatizaciones. A veces es el mismo orden en diferentes momentos. Eso no nos debería extrañar: las instituciones actuales no tienen un movimiento homogéneo y coherente sino heterogéneo y plural.

El hecho de que el escenario político y social es heterogéneo añade una razón más a la necesidad de entender qué significados otorgan a la política las voces de los ciudadanos. Nos permitirá comprender hasta cierto punto como se perciben la relación entre política, estado, sociedad, y experticia. Nos permitirá entender cómo la ciudadanía entiende su participación en la política, o comprender, hasta cierto punto, bajo qué términos estaría dispuesta a llevarla a cabo. Tal estudio es

interesante para los sujetos políticos -institucionales y no institucionales- ya que puede ofrecer una base para diseñar y realizar intervenciones más eficaces.

Es fácil entender que se trata de un estudio exploratorio, usando sólo unas vías teóricas y metodológicas de las muchas que podemos disponer. Pero nos ayudará a dar un paso adelante en la necesidad de mejorar la calidad democrática de nuestra vida política, sean las que sean las vías y las concepciones que tenga cada uno para las palabras democracia y política.

Las entrevistas realizadas nos muestran -entre otras cosas que se comentarán más adelante- que la participación se define como una actividad que se debe referir a las cuestiones más importantes y controversiales. El planteamiento de las voces entrevistadas muestra un deseo limitado, aunque presente, de participar y de una democracia más participativa. A partir de este planteamiento, se puede intuir que la política participativa tiene posibilidades de éxito si se activa cuando la situación supera el curso "normal" de las cosas. Dado que la sociedad de conocimiento tiende a problematizar las gestiones expertas e institucionales, se aumenta el número de las posibles controversias y diferentes cuestiones se aceptan muchas veces sólo por resignación, por cansancio. Evidentemente, la gente siempre ha mantenido una actitud más o menos negativa ante el poder del políticos y expertos. Pero hoy esta negatividad parece armada en bastantes casos con argumentos específicos sobre temas concretos y no refleja sólo un descontento abstracto o sólo rechazos ideológicos genéricos. Ahora bien, si intentamos compaginar que el deseo de participar es limitado y la crítica a las gestiones expertas es generalizada, podemos imaginar una polis en la que la política participativa -efectiva y vinculante- debe surgir en momentos determinados para resolver ciertos asuntos mientras deja las gestiones no controversiales al personal político -que así ve su poder radicalmente limitado, ya que en cualquier momento un tema se puede considerar como un "problema" y ponerse bajo escrutinio participativo. Una vez el asunto se ha resuelto en mayor o menor grado por los mecanismos participativos, la nueva regulación deberá convertirse en una nueva "normalidad" e incorporarse en las gestiones diarias del personal político.

Lo que se puede decir no es que nuestra condición actual (“la sociedad del conocimiento”) favorezca la participación, sino que desde ella emergen nuevos modos de implicación política que nos dan pistas para intuir una organización política de la sociedad diferente, que condicione el trabajo diario de los delegados con la existencia de mecanismos participativos que se activen puntualmente.

Los sueños de los demócratas radicales y participacionistas se pueden satisfacer a medida que la realidad actual sugiere una renovación de la participación que mantiene intacto su potencial transformador y le da formas realistas y funcionales.

# **Capítulo 1**

## **Itinerarios teóricos**

Diferentes contribuciones teóricas permiten ubicar las voces de los sujetos entrevistados en relación con ellas y así captar mejor su posible significado. Ya que hablamos del cómo emergen las nociones de la democracia, de la participación, de la ciudadanía y de la política no podemos prescindir de las perspectivas de la teoría política que tratan de estas cuestiones. En esta tesis, tal como se ha dicho, se considera que toda la producción de la teoría política se puede agrupar en torno a dos tradiciones: la de la democracia participativa y directa y la de la democracia representativa, "liberal". La primera considera que el elemento central de la vida democrática es la implicación directa y vinculante de la ciudadanía, limitando la representación a un papel accesorio. La segunda plantea que la participación no puede ser sino secundaria ante la centralidad de la representación, que es la única vía para tener una política lo más democrática posible.

Después de principios de los 80' aparece una tercera contribución que trata los mismos temas desde una perspectiva que es a la vez original y también heredera de las otras dos tradiciones: la propuesta deliberativa. La propuesta deliberativa intenta revitalizar el núcleo del pensamiento democrático -la deliberación colectiva como eje de la vida en común- en las condiciones actuales y teniendo en cuenta las cuestiones y los problemas de eficacia y legitimidad -entre otros- que emergen en la política contemporánea y aceptando lo inevitable de las estructuras representativas.

Pero esto no es todo: hay que explicar también cuáles son las realidades específicas de la sociedad del conocimiento que hacen que la discusión sobre las nociones de la política, la participación, y de la democracia sea pertinente para gestionar los problemas de nuestro mundo. Si la vida del conocimiento es tan intensa hoy es porque activa sinergia cada vez más extensas que posibilitan la existencia de una ciudadanía activa. La producción del conocimiento se relaciona directamente con el debate sobre la vida política y hace que cualquier descripción o propuesta normativa política pase por cuestiones que emergen en la producción de la tecnociencia actual.

## **1.1. La política como representación**

Para entender la democracia liberal y representativa hay que hacer un rastreo de los argumentos a su favor. Ello supone, al mismo tiempo, una descripción de su modo de funcionamiento y de las nociones que componen su discurso: la representación, el liberalismo, los partidos, los grupos de interés, las élites los lobbies y otros. Analizando y entendiendo los teóricos de la democracia actual se podrá entender las limitaciones y las fortalezas de esta tradición política. Se podrá también ver qué elementos de esta tradición aparecen en las voces ciudadanas obtenidas en el trabajo de campo. Tanto en sus quejas como en sus demandas y propuestas. Al ir desgranando los diferentes autores y teorías que alimentan esta tradición se podrá ver cómo algunas de sus concepciones y asunciones han acabado por convertirse en contenidos básicos de las formas actuales de la política imperante. No se puede obviar que incluso las personas más críticas respecto de la democracia liberal no podrían evitar el reconocimiento de que la política moderna ha sido alimentada y promovida por el marco que proporciona la representación y el pluralismo. Y no es por casualidad que no niegan radicalmente el modelo político actual -no piden la abolición de la representación o del pluralismo, por ejemplo- sino que critican su carácter parcial, incompleto y contradictorio ante las consignas –“libertad-igualdad-fraternidad”- que este modelo supuestamente defiende.

### **1.1.1. El poder del representante es poder del pueblo**

En 1774 en Inglaterra, durante la campaña electoral, el candidato Edmund Burke se dirigía a su electorado con las siguientes palabras:

---

“Certainly, gentlemen, it ought to be the happiness and glory of a representative to live in the strictest union, the closest correspondence, and the most unreserved communication with his constituents. Their wishes ought to have great weight with him; their opinion, high respect;

their business, unremitting attention. It is his duty to sacrifice his repose, his pleasures, his satisfactions, to theirs; and above all, ever, and in all cases, to prefer their interest to his own. But his unbiassed opinion, his mature judgment, his enlightened conscience, he ought not to sacrifice to you, to any man, or to any set of men living. These he does not derive from your pleasure; no, nor from the law and the constitution. They are a trust from Providence, for the abuse of which he is deeply answerable. Your representative owes you, not his industry only, but his judgment; and he betrays, instead of serving you, if he sacrifices it to your opinion.” (Burke, 1835)

---

Para Burke, la representación consiste en servir a la ciudadanía y al electorado mediante el ejercicio del libre juicio del representante y lo que dicta su conciencia. Aquí es oportuno no confundirse: no mediante la fidelidad al mandato del electorado sino a lo que él considera oportuno para servir a ese electorado según las circunstancias. En otras palabras, para el representante, servir a las personas representadas es un deber moral. No cumple este deber si se fija a la voluntad o a las preferencias de la gente sobre uno u otro tema. El representante está legitimado no por el control de la “base” que lo ha elegido sino por el hecho de que él ejerce una ética superior, que es la de servir a los intereses de los débiles, a saber, de los que *menos saben* defender sus intereses.

En otras palabras, sostenía que los más formados, los que han tenido la suerte de tener una educación alta y así poder adquirir conciencia de la realidad social, pueden defender mejor a la población que representan que la población misma. J.S. Mill defendía la misma idea planteando que aunque todos individuos tienen el derecho de ser representados no todas las opiniones políticas tienen el mismo valor. Proponía incluso un sistema de voto plural en el que cuatro o cinco votos se asignarían a las personas con títulos universitarios, dos o tres a trabajadores cualificados o con personas a su cargo y un voto para los trabajadores ordinarios. Para Mill, el votante racional debería apoyar a los políticos verdaderamente expertos, aunque no siguieran la voluntad de su electorado. Este modelo de representación retrata al representante y al político como miembros de una élite educada. Desde esta perspectiva, las posibilidades de implicación política de cada persona se deberían determinar por el grado de conocimiento que atesora. No cualquier persona puede tener un cargo público (Heywood, 2007)

Según la concepción liberal de la política, la persona representante tiene un papel particular: es responsable ante el pueblo, pero no es su delegado (Ball y Peters, 2005) El político representa una franja geográfica pero no se requiere que este constantemente sometido a su control. El parlamento tiene el papel de controlar el ejecutivo del gobierno y producir leyes con independencia a las reacciones de la opinión pública, dado que ella tiene el derecho de definir quién será su representante, pero no de definir sus gestiones políticas diarias. Tal concepción de la política se caracteriza por cierta desconfianza hacia el criterio y las capacidades de la gente normal y corriente. Los liberales están siempre preocupados por la posibilidad de un empoderamiento excesivo del pueblo, que puede conducir a decisiones erróneas y catastróficas para los intereses de este mismo pueblo. En cualquier momento se podría formar una mayoría opresiva para los derechos fundamentales de los individuos, y para los valores de la libertad y de igualdad de todos. La *plebe* debe estar en la política, pero no debe haber una política de la plebe. Para ellos, hay que hacer una política que cierre el camino a la emergencia de una democracia “populista”.

Varios pensadores, políticos y filósofos no dejaban de expresar su miedo por la implicación política de los “no expertos”, del populacho, de la base social que podría conducir a mayorías sociales peligrosas para la estabilidad y prosperidad social. Lo que temían es que las capas desfavorecidas de la sociedad tomaran conciencia de su fuerza numérica y la convirtieran en fuerza política. El tema se expresaba en términos de una preocupación por la “tiranía de las mayorías” – término creado por A. de Tocqueville (1840)- tan temible como la tiranía de los pocos, la tiranía de una minoría. Alexander Hamilton durante los debates sobre la Constitución Americana destacaba lo siguiente: “Men love power...Give power to the many, they will oppress the few. Give all power to the few, they will oppress the many. Both therefore ought to have power, that they may defend itself against the other.” (Dahl, 1967) Un sistema basado en la profesionalidad de los representantes políticos podría ofrecer las garantías contra ambas. Lo que debe gobernar es la experticia de los representantes y no las preferencias de la mayoría en cada momento. J. Madison argumentaba –desde la tradición liberal americana- que el acuerdo con las preferencias de la mayor cantidad de

ciudadanos debe ser una condición necesaria, pero no suficiente para la política gubernamental. Mostraba así su desconfianza hacia una voluntad popular vinculante. Desde esta perspectiva, el hecho de que una política determinada sea preferible por una mayoría ante todas las alternativas conocidas, no implica que la política mencionada sea realmente adoptada por el gobierno. Los “controles externos”—en palabras de Dahl- sobre la mayoría pueden impedir que la alternativa sea promulgada como política gubernamental (Dahl, 1956).

Suele decirse que la participación política de los ciudadanos es necesaria para el funcionamiento de la democracia. No obstante, la tradición liberal —que es la tradición imperante- no deja de matizar esta declaración. La matiza no tanto con palabras, ya que en el discurso oficial la fe en la ciudadanía es clara y contundente. Los matices vienen sobre todo, desde la práctica de los regímenes liberales, que hace que la voces ciudadanas sea determinantes solo en el momento y mediante el procedimiento de las elecciones generales. En otros momentos, estas voces pueden estar presentes pero no ser determinantes. Las preferencias de la población pueden expresarse, pero, tal y como dijimos antes, no suelen transferirse de modo vinculante en las decisiones políticas. La voluntad de la mayoría, de la que tanto se habla, tiene una aplicabilidad relativa. Los teóricos liberales creen que para el funcionamiento correcto de la Democracia liberal un cierto grado de apatía política es necesario. El teórico J. Barelson, bastantes décadas antes, comentaba que el interés “extremo” por la política culmina en un fanatismo rígido que podría destruir los procesos democráticos si se generalizara en la comunidad (Michels, 1911).

### **1.1.2. La inevitabilidad de los representantes-expertos: la ley del hierro de la oligarquía**

Robert Michels habló a principios del siglo XX de la “ley de hierro de la oligarquía” (Michels, 1911). Según él, cualquier organización política -y más allá de estas,

cualquier organización- tiende a producir una élite especializada para mantener su eficiencia. Cualquier administración requiere burocracia, que es, según Michels, el producto inevitable de la organización. A medida que la organización crece y alcanza un grado considerable de *complejidad* se hace necesaria la existencia de un grupo de personas que dediquen todas sus actividades al trabajo de la organización. La consecuencia es la concentración del poder, y la pérdida de la influencia de los miembros. El grupo dirigente cuenta con recursos que la base de la organización no tiene, y que le dan una ventaja insuperable sobre los otros miembros que intentan influir en la política de la organización. Los dirigentes tienen conocimientos superiores. Tienen control sobre los medios formales de comunicación con los miembros del partido y dominan la circulación de la información dentro de la organización; como miembros con dedicación exclusiva pueden viajar por todas partes para exponer sus propuestas; son hábiles en el arte de la política –están más acostumbrados que los no profesionales a pronunciar discursos, escribir artículos u organizar actividades-. Los líderes democráticos tienden a ser menos democráticos a medida que se profesionalizan.

Para Michels la élite es prácticamente incontrolable y la representatividad de sus miembros altamente cuestionable, ya que llega a tener un modo de vida y unos intereses que no coinciden con los de la base. La “clase política” de las organizaciones es una clase dominante y, en consecuencia, está a priori en una posición que contradice con los intereses de los miembros que representa. Su objetivo es mantener y aumentar su poder. Las tendencias oligárquicas se retroalimentan con lo que Michels llama la “incompetencia de las masas”. La gente que pretende influir en la política de la organización necesita evidentemente participar en el mayor número posible de actividades y de reuniones. Deben conocer bien los problemas y las cuestiones internas y externas y tener los conocimientos, la formación y la energía para dar respuestas satisfactorias. No obstante, en realidad pocos miembros reúnen las condiciones que les permitirían tener ese papel determinante. Las exigencias de trabajo, de familia, las actividades de ocio y otras cosas similares limitan el tiempo y la energía necesaria. Ante la tarea de realizar un trabajo especializado –porque toda organización compleja requiere este trabajo para no colapsar- y ante sus

necesidades cotidianas inmediatas, la gente prefiere dejar la dirección del colectivo en manos de los líderes y ser guiado por ellos. Al fin y al cabo, cada líder aspira a ganar el apoyo de la base para acceder al poder o mantenerse en él.

La trayectoria personal y política de Michels muestra las implicaciones amplias de su teoría. Cuando formuló la “ley de hierro de la oligarquía” –en 1911- era izquierdista y su crítica se dirigía hacia las organizaciones y partidos obreros que obviaban la importancia y el papel de las jerarquías internas de sus colectivos. Escribía: “La democracia es un tesoro que nadie descubrirá jamás en una búsqueda deliberada; pero al proseguir nuestra búsqueda, al trabajar incansablemente por descubrir lo indescubrible, realizaremos una tarea que tendrá resultados fecundos en sentido democrático...” La democracia para este Michels de 1911 era un ideal que, aunque no podemos conseguir, sí que podemos acercar asintóticamente. Sin embargo, con el paso de tiempo su pesimismo dejó de ser fecundo y se volvió deprimente: Michels se movió a posiciones teóricas a favor de los líderes carismáticos, que gracias a sus cualidades extraordinarias podrían contestar las tendencias oligárquicas de la organización siendo... oligarcas ilustrados. Cuando murió en 1936 en Italia, el autor se había vuelto admirador de Mussolini y fascista.

### **1.1.3. La inevitabilidad de los representantes-expertos (2): Schumpeter la democracia representativa como única democracia posible**

Otros teóricos optaron por un pragmatismo que no necesariamente condujera al pesimismo –y menos al pesimismo que conduce al fascismo. Aunque es verdad que las élites son inevitables, en la democracia el público siempre puede dar el poder a una élite y no a otra. El Gobierno, ciertamente, se encomienda a políticos profesionales; no obstante, estos políticos están forzados para responder a las presiones populares por el simple hecho de que el público puede auparles al poder pero, también, descabargarlos (Heywood, 2004). Joseph Schumpeter describió el método democrático como aquello en el que los individuos consiguen

el poder de la toma de decisiones mediante la competición por el voto de la gente. El gobierno de los expertos es el elemento central e inevitable de la democracia, según esta perspectiva. Su poder está fuertemente condicionado por la votación y las preferencias del público en el momento de las elecciones, y este condicionamiento es la forma de implicación política más adecuada para los ciudadanos: la toma de las decisiones finales debe dejarse en manos de los políticos profesionales. Schumpeter nos propone un experimento mental para explicar por qué el pueblo no debe tomar las decisiones: Transportémonos –nos dice- con el pensamiento a un país hipotético en el cual, por procedimientos democráticos se persiga a los cristianos, se condene a la hoguera a las personas acusadas de hechicería y se dé muerte a los judíos. Sin duda alguna, no aprobaríamos estas prácticas por el solo hecho de haber sido decididas de acuerdo con procedimientos democráticos. Ahora bien, la cuestión decisiva, para este gran teórico austro-estadounidense, es la siguiente: ¿Aprobaríamos la propia constitución democrática que dio origen a tales resultados, o nos inclinaríamos más bien por una constitución no democrática que pudiera evitarlos? (Schumpeter, 1942).

Según Schumpeter, lo razonable para un demócrata sería adoptar la segunda opción y ello no sería contradictorio, porque el ideal e interés último no es la democracia. La democracia, en esta conceptualización, no es sino un método político para llegar a decisiones políticas. En consecuencia, no puede ser un fin en sí misma, con independencia a las decisiones que produce. El objetivo es proteger los intereses del individuo y eso hace necesario limitar en cierto grado los principios democráticos. Schumpeter desconfiaba de la participación política más allá de la votación y el ejercicio de las libertades políticas, y su argumentación nos suena al miedo a la “tiranía de las mayorías”, que encontró también otra expresión en los comentarios de Seymour M. Lipset (1960) sobre las “predisposiciones autoritarias de las clases bajas” que, si se da una constelación de factores, pueden, según él, constituir una amenaza para el sistema democrático. Lipset considera que “es posible que el individuo de la clase baja haya estado expuesto al castigo, a la falta de amor, y una atmósfera general de tensión y agresión desde su primera infancia, todas estas experiencias que

tienden a producir hostilidades arraigadas profundamente...” (Lipset, 1960: 101) que le pueden conducir al “autoritarismo político”. Argumenta que la formación cultural de la persona de las clases bajas desde su infancia no ha conseguido “estimular sus intereses intelectuales, su “refinamiento social general” y “su comprensión de diferentes grupos e ideas”. Así que tiende a encarar la política en términos de negro y blanco, un deseo de acción inmediata, una impaciencia a la conversación y la discusión, una carencia de interés por las consecuencias políticas a largo plazo, y una facilidad de ser seducido por líderes que ofrecen una interpretación demoníaca de las fuerzas del mal (Lipset, 1960) Las palabras de Lipset, gran defensor de la democracia liberal, suenan al vocabulario de los aristócratas contra la *plebe*. Schumpeter elabora, y refina este *miedo a la democracia* –diría Rancierre (2006)- que Lipset expresa de modo más primario.

Además, Schumpeter argumenta que los políticos ni pueden ni deben representar al pueblo porque no expresan una “voluntad general” prefigurada. Al mismo tiempo que la expresan, la configuran. El electorado no decide la agenda de las cuestiones pendientes, tampoco tiene plena libertad para elegir a los miembros del parlamento entre la población elegible. Los mecanismos de los partidos deciden la lista de los candidatos. Como regla general se trata de procesos controlados por los líderes de la formación política. Los electores se limitan a aceptar la oferta con preferencia a las demás o rechazarla.

Dicho de otra manera, según este teórico, la democracia no significa ni puede significar que el pueblo gobierne efectivamente, en ninguno de los sentidos evidentes de las expresiones “pueblo” y “gobernar”. “La democracia significa tan sólo que el pueblo tiene la oportunidad de aceptar o rechazar los hombres que han de gobernarle” (Schumpeter, 1942: 371). Y eso no se puede hacer sino por políticos profesionales –pues, la cuestión radica entonces en la existencia y la selección de buenos profesionales. Ante aquellos que protestan que la política no debería convertirse en una profesión, el teórico austriaco-americano responde que tal objeción es pura ideología, sin ninguna significación práctica. La política implica una dedicación de índole profesional y relega las demás ocupaciones de un hombre al rango de ocupaciones accesorias. Enfrentémonos abiertamente con

los hechos, propone Schumpeter, y reconoceremos que la política se convierte inevitablemente en una carrera. Dedicarse a la política al fin y al cabo es un trabajo de coordinación y de toma de decisiones similar al trabajo del hombre de negocios. La diferencia es que el político profesional tiene que operar no con las condiciones específicas del mercado y con las mercancías sino con las condiciones generales de la coyuntura política y social en la que está inmerso, y también con los votos (Schumpeter, 1942).

En ningún caso se trata de una exposición de cinismo teórico. Schumpeter -siguiendo a Weber (1919)- comenta que su perspectiva no excluye los ideales ni el sentido del deber. De la misma manera que el sentido del deber y los ideales del servicio y de eficiencia tienen un papel en la configuración del comportamiento del hombre de negocios, sin cuestionar la primacía del móvil del lucro, el político profesional –por lo menos si es lo suficientemente bueno- se mueve sin olvidar su compromiso con el bien común, aunque su motivación principal sea siempre conseguir el poder y mantenerse en él (Schumpeter, 1942).

#### **1.1.4. La democracia representativa y el pluralismo político como modo de equilibrio en sociedades heterogéneas.**

Robert Dahl por su parte hace una demostración rigurosa de la imprescindible necesidad de un gobierno de políticos expertos. La democracia en sociedades como las nuestras puede ser funcional solo si tiene la representación como eje de su funcionamiento. Tanto el número de personas como la extensión del territorio determina la forma de organización democrática. La participación directa y constante es imposible en tales condiciones. Aunque es un ideal democrático, es inalcanzable cuando se trata de una nación o una población amplia. La única solución factible, aunque muy imperfecta, es que los ciudadanos elijan las personas que estén en cargos más importantes y los sometan a una rendición de cuentas más o menos eficaz, despidiéndoles, digamos, si es necesario en elecciones sucesivas (Dahl, 1998). Dahl define tal democracia como democracia

poliárquica o poliarquía, un régimen que aunque no sea democracia en sentido estricto de la palabra, es lo que más se aproxima a ella.

Dahl es quizás, el teórico del pluralismo político por excelencia. Para él, la heterogeneidad de los intereses sociales, expresadas mediante instituciones “poliárquicas” crea una distribución del poder bastante democrática, y dificulta posibles ejercicios de dominación por parte de algún colectivo social. Aunque una clase social o un grupo puede dominar el sistema político en algún momento o sobre algún tema, tal dominio no suele prolongarse, a causa de la multiplicidad de los actores sociales implicados. Las desigualdades existen, pero son dispersas, en el sentido de que ningún grupo tiene todos los tipos de recursos al mismo tiempo; como por ejemplo estatus social, legitimidad, riqueza, conocimiento o cargos públicos. Es más, Dahl en su estudio de la vida política en la ciudad de New Haven, en los Estados Unidos, considera que es relativamente fácil penetrar el “estrato político”, definido este como aquel grupo de ciudadanos que es altamente activo en la vida política. De esta manera los deseos de los ciudadanos llegan a los políticos, que intentan responder a ellos a medida que estos deseos pueden traducirse en una pérdida de votos (Dahl, 1961). La dispersión de las desigualdades y la permeabilidad del estrato político y de la competición política crea la distribución pluralista del poder.

#### **1.1.5. Aspectos de la democracia representativa (1): Las élites**

Por otra parte, el pluralismo de Dahl reconoce que no es posible evitar la formación de élites. Los ciudadanos delegan una autoridad enormemente discrecional para decisiones de extraordinaria importancia. Y, aunque puedan penetrar el “estrato político”, siguen estando separados de este, especialmente de algunas de sus partes. Esta condición no produce sólo representantes electos sin también un entramado de políticos, administradores, burócratas, funcionarios, jueces, organismos internacionales -estos últimos aún más lejanos. Las relaciones entre todos estos grupos y las organizaciones no están bajo control

democrático. Se da un proceso de *regateo entre élites políticas y burocráticas*. Si la votación es un método que garantiza una limitada promoción de la democracia en cuanto al gobierno elegido, en el caso del conjunto del funcionamiento estatal e inter-estatal, el defecto democrático es aún más grande (Dahl, 1998).

No obstante, este déficit, según el politólogo norteamericano, no llega a anular la democracia representativa. La negociación entre élites se da dentro de los límites establecidos por las instituciones y procesos democráticos. Por supuesto hay que reconocer que estos límites muchas veces son laxos, y fácilmente desplazables a favor de la libertad de estas minorías. El control popular no es robusto, y las élites políticas y burocráticas poseen gran discrecionalidad. Sin embargo, en los países democráticos no son despóticas. Las elecciones periódicas suponen un control, que aunque no sea constante, es lo suficiente categórico y les obliga a tener en cuenta la opinión popular. Además, cuando hay que tomar decisiones, los grupos dirigentes se controlan mutuamente. El regateo, precisamente por ser tal, no permite el ejercicio de un poder abusivo. Y en la medida que los representantes electos participan en las diferentes negociaciones, constituyen un canal a través de cual los deseos y los valores de la gente pueden tener cierta incidencia en la toma de decisiones. Las élites políticas y burocráticas de los países democráticos son poderosas, mucho más de lo que puedan serlo los ciudadanos corrientes, pero a pesar de ello se mantienen dentro de unos límites. (Dahl, 1998)

#### **1.1.6. Aspectos de la democracia representativa (2): los grupos de interés**

Dahl argumenta que el gobierno mantiene siempre múltiples niveles de negociación y contactos con diferentes grupos sociales y así el sistema político tiende a crear pautas de interacción entre una especie de soberanías limitadas de los actores sociales. Gracias a la existencia de estas esferas de influencia se evitan los conflictos severos. Los límites entre estas no están claramente definidos y, por tanto, las disputas y las tensiones tienen que resolverse mediante la negociación. Es decir, el coste de cualquier intento de aumentar bruscamente

un dominio particular aparecerá mayor que las posibles ganancias. El equilibrio dinámico que se forma en estas condiciones no permite la configuración de un claro centro de poder. No hay un grupo único que posea influencia suficiente para imponer sus objetivos. Ni es fácil la formación de una coalición entre actores heterogéneos a favor de estos objetivos. Las coaliciones se forman *ad hoc* y representan convergencias ocasionales de diferentes líderes y sus grupos respectivos. Se puede decir que gracias a la heterogeneidad de las élites y de los grupos de interés, se crean escenarios de negociación y diálogo, que hacen posible una vida relativamente democrática. La democracia poliárquica es una realidad y no una fachada, ya que nunca el poder llega a acumularse en manos de una clase dominante o un grupo de poder hasta el punto de bloquear el pluralismo en la política (Dahl, 1961). No obstante, Dahl, aunque defiende la existencia y el funcionamiento del pluralismo liberal como única alternativa democrática posible, no es insensible a las desigualdades sociales, ni a los peligros que presuponen para la democracia los grandes intereses socioeconómicos.

En este sentido Dahl defiende y al mismo tiempo propone vigilar al gobierno. No se puede vivir en una sociedad como la nuestra sin dejar la toma de decisiones en manos de los políticos profesionales. La enorme complejidad social imposibilita la implicación política constante. Pero la inevitabilidad de esta condición no quiere decir que no haya diferentes versiones de política, unas más democráticas que otras. Nos encontramos, digamos, con diferentes niveles de calidad democrática. Los ciudadanos y las ciudadanas, para Dahl, deben implicarse en la vida política lo máximo posible para mantener políticamente activa la heterogeneidad de los intereses sociales y así imposibilitar los juegos de poder que se contradicen con los deseos de la gente normal y corriente (Dahl, 1998, 1961).

En todo caso, Dahl considera que la implicación política no puede sino ser limitada, y aún así seguir siendo efectiva. Ya que hablamos de sociedades complejas y extendidas, donde el único sistema político posible es la democracia representativa, el sentido de la democracia se centra en las libertades de expresión, asociación y el sufragio universal. Al mismo tiempo, la implicación

política ciudadana, aunque sea limitada y deje gran discrecionalidad a los representantes -y poder a las élites, es efectiva ya que puede anular políticamente los representantes que se contradicen abiertamente con los deseos ciudadanos. Además, dado que los ciudadanos tienden a organizarse en diferentes colectivos y crear diferentes canales de comunicación con diferentes políticos y centros de poder, el poder se heterogeneiza, se dispersa y, en consecuencia, se acerca más a la lógica democrática –a pesar de no ser nunca un poder democrático. Dahl supera la contradicción verticalidad (autoritarismo) y horizontalidad (democracia directa) describiendo una condición en la que tanto el poder político como la ciudadanía quedan fragmentados en un puzle de intereses, relaciones y alianzas que promueve la negociación, el pacto y la posibilidad de la inclusión de una diversidad de voces en la política. Así pues, el poder de los políticos profesionales no puede ser abusivo sin anularse por la crisis de los ciudadanos en el momento de las elecciones.

Para el pensamiento pluralista liberal, la representación y el gobierno de los políticos profesionales está estrechamente ligado de la expresión de grupos de interés o de grupos de presión. La comunicación entre el gobierno y los grupos de interés es el canal de implicación cotidiana de la ciudadanía por excelencia, más allá del momento de las elecciones. La gente se asocia para defender sus intereses, -sobre todo cuando se sienten afectados- creando grupos que intentan influir en la toma de decisiones. Desde las obras de Bentley (1908) y de Truman (1951), los grupos de presión o de interés se han considerado como uno de los fundamentos del gobierno. Es decir, el gobierno no consiste solo en el poder de un ejecutivo, sino en la interacción de un ejecutivo con diferentes grupos sociales que crean una red alrededor de este gobierno que lo alimenta, lo detiene y lo expande. Bentley sugería que el gobierno se debe concebir no sólo como un comité, sino también como un sistema de relaciones: “government is the process of the adjustment of a set of interest groups in a particular distinguishable group or system without any differentiated activity, or "organ," to center attention on just what is happening” (Bentley, 1908).

El gobierno, para él, no es un grupo de personas sino una red de actividades. Considera los grupos de interés fundamento del gobierno y del equilibrio social: “When groups are adequately stated, everything is stated” (Bentley, 1908: 77). Más allá de las instituciones formales, lo que importa es la negociación, el regateo, la disputa y el pacto entre individuos que han llegado a asociarse entre sí formando grupos, diferenciándose así de otros que están en un proceso de asociación diferente. Evidentemente, como bien sabemos, no todas las asociaciones tienen el mismo poder. En este archipiélago de poderes y contrapoderes, los mismos políticos profesionales son un grupo de asociaciones grupales que tiene el rasgo especial de condensar en diferentes grados y maneras las exigencias y las relaciones de todos los otros grupos sociales. Truman explica que cuando el gobierno toma decisiones no lo hace solo por la presión de los grupos existentes, sino también porque nuevos grupos se van a formar para defender sus intereses si llegan a ser negativamente afectados por las decisiones políticas (Birch, 2007). El funcionamiento social se basa en un equilibrio dinámico entre grupos existentes o potenciales. El desequilibrio ocurre cuando alguno de los grupos llega a tener demasiada influencia y es en ese momento que emergen otros que contestan la influencia del primero. El desequilibrio acaba cuando el gobierno y los grupos lleguen de una u otra manera a reestablecer un nuevo equilibrio relativo.

En todas estas perspectivas vemos que la perspectiva pluralista potencia el liberalismo político con ciertos matices importantes: La democracia no se basa en la libre expresión solo de los individuos sino en la posibilidad, que tienen los ciudadanos, de asociarse. *Política significa asociación*. El gobierno es la representación de estas asociaciones en el marco de un sistema político determinado por las libertades típicas del régimen parlamentario y del sufragio universal. Se puede decir que el gobierno es la representación de la influencia de los grupos existentes o potenciales –ya que tal como hemos visto las decisiones políticas se toman a veces teniendo en cuenta los grupos que se pueden formar por los afectados.

### **1.1.7. Aspectos de la democracia representativa (3): La participación-lobbying**

Se ve que el pluralismo intenta crear un vínculo entre el liberalismo político y la lógica de la participación. Según el, la política es y debe ser la competición reglada entre diferentes grupos e intereses. Los individuos que son impotentes cuando actúan por separado pueden influir si actúan colectivamente y unidos con otros, que comparten intereses similares. No obstante, esta lógica de implicación política no suele sobrepasar los límites del pensamiento liberal: el punto de partida de la decisión de implicarse en acciones colectivas es el interés individual. Los grupos de interés o de presión son seccionales, expresan un sector de la sociedad, grupos étnicos, profesionales, económicos etc. La diversidad de los intereses conduce a la creación de colectivos que intentan maximizar sus beneficios para sus miembros, creando por ejemplo lo que en la cultura norteamericana se llama *lobby*. Es posible decir que asociarse para crear un *lobby* es la versión liberal de la participación política.

Algunos teóricos, por ejemplo, James M. Buchanan y Gordon Tullock (1962) o Anthony Downs (1957) argumentan que la implicación política no se basa en alguna pretensión de promover el interés general, sino que, haciendo eco a Schumpeter, consideran que cualquier análisis de esta actividad debe reconocer la primacía de los intereses individuales. Tal como plantearon los autores de “teoría de la elección pública” -que se diferencia del pluralismo en poner mayor énfasis al interés individual, políticos, burócratas y ciudadanos no buscan sino aumentar sus beneficios individuales y reducir sus costes. Todo es resultado de un cálculo personal, y la implicación en la política, en los partidos o en los grupos de presión es resultado de este cálculo. La política desde esta perspectiva es un simulacro del mercado. El mercado es el espacio común a medida que lo común se concibe como un espacio de intercambio entre vendedores y consumidores, una extensión de la vida privada. Centro de la vida colectiva es la multiplicidad de las vidas privadas. Los ciudadanos, ciertamente, pueden movilizarse para defender los bienes comunes –por ejemplo, el medio ambiente. No obstante, no lo

hacen a favor de la sociedad en general, sino porque saben que una destrucción de estos bienes afectaría dramáticamente su vida personal. La vida política es una suma de cálculos -muchas veces mediante los grupos de interés y de presión. Y el gobierno equivale a un cálculo final que incluye los de los políticos profesionales, los expertos y los ciudadanos. Así, desde este punto de vista, no puede existir política que no se base en la representación, porque sólo ella puede asegurar la co-articulación de todos los deseos individuales diferentes. Y la participación se puede ver sólo como una práctica que gira alrededor de la selección de representantes entre las candidaturas disponibles, como la implicación interesada del individuo solitario de una manera que ni puede ni pretende romper sus soledad.

#### **1.1.8. Aspectos de la democracia representativa (4): Los partidos**

De hecho, el pluralismo se basa en la existencia de partidos que se forman por ciudadanos unidos por determinados principios. Los partidos son el vínculo más formalizado de los ciudadanos con la política (aceptando que los grupos de presión o de interés poseen un grado de formalidad significativo pero más reducido) ya que mediante ellos pueden acceder al gobierno o transferir sus perspectivas al mismo. "Partido", de hecho, nos recuerda Giovanni Sartori (1997), quiere decir partes de algo, partes de un todo. Con ellos, la diversidad y las discrepancias se vuelven productivas para la vida política, la nutren y la sostienen. El pluralismo es un modo de funcionamiento que se da por sentado, casi como una banalidad, pero es un modo de funcionamiento político extremadamente sofisticado y eficaz: ya que el humano es un ser social y necesita pertenecer siempre a algún colectivo. Ahora bien, la vida en común requiere que esta necesidad no desemboque en la creación de fracciones que puedan entrar en conflictos mutuamente destructivos -así, la historia política antes de la modernidad se puede ver como una guerra entre fracciones. El pluralismo acepta y delimita el conflicto, alejando el fantasma de la guerra mediante la definición de una condición básica: "ninguna demanda total es legítima" (Sartori, 1997: 62), es

decir, ninguna demanda que plantee aniquilar las otras perspectivas o el marco de discusión pluralista.

El pluralismo liberal consigue imponer esta condición no sólo con medios retóricos y educacionales, sino porque se retroalimenta con la realidad social de las sociedades contemporáneas: actualmente la gente puede participar en grupos no impuestos por la tradición o las instituciones. Estas afiliaciones suelen ser múltiples y transversales: por ejemplo, los seguidores de un equipo de fútbol pueden ser seguidores de diferentes partidos políticos y al revés. De esta manera la agudeza de las disputas se reduce. La política pluralista posibilita la implicación política de los ciudadanos en la política a medida que facilita la convivencia, la des-radicalización de los conflictos, y así un equilibrio de costes-beneficios favorable para los individuos. Aunque es cierto que esta implicación es limitada, no obstante es bastante sólida. Aunque discontinua y fragmentada ha sido duradera. Se puede afirmar una realidad histórica difícilmente cuestionable: Las democracias liberales, a pesar de sus problemas, han ofrecido el modo de implicación política ciudadana más duradero en la historia.

#### **1.1.9. A modo de resumen**

Este rastreo indicativo y selectivo muestra la ambivalencia de la democracia liberal, que intenta conjurar dos principios: la soberanía popular y el gobierno de los expertos. Todo el pensamiento a favor de la democracia parlamentaria representativa sufre esta tensión: la democracia no se debe volverse “populista” y en consecuencia debe considerarse como “gobierno aprobado por el pueblo”, pero no “gobierno del pueblo”. Por otra parte tampoco debe convertirse en un régimen autoritario dirigido por una minoría de expertos. Así que hay varios pensadores, que se definen sobre todo como pluralistas, que no se oponen a la participación de los ciudadanos, sino todo lo contrario: la consideran un elemento vitalizador y necesario (Dahl, 1990). Pero ven como imposible una radicalización de esta participación y, por tanto, se considera que la participación se basa en las libertades políticas y tiene como momento decisivo el voto. No puede haber

participación vinculante más allá del sufragio universal y las libertades de expresión, asociación, y de protesta pacífica. Otros pensadores como Rilker (1982) sugieren que la única participación posible y deseable es la votación, ya que es imposible, o una impostura, asumir la existencia de una “voluntad general” -con la forma de voluntad política colectiva configurada y concreta- que se podría representar en el gobierno. Lo que se puede elegir, sugiere Rilker, son los políticos, no las políticas.

Los pensadores liberales aceptan la centralidad de los intereses individuales que pueden, en diferentes grados, solaparse entre sí y así crear un marco de preferencias comunes. Pero es imposible concebir el electorado, el pueblo o la ciudadanía como un cuerpo político que puede tener un objetivo común. Puede existir una voluntad de todos, pero no puede existir una voluntad general. En consecuencia, la participación en la vida política no puede ser sino limitada. La representación estará centrada en un proceso de selección entre las alternativas disponibles *generales y no específicas* y también en la selección los candidatos respectivos –en otras palabras, la ciudadanía no puede producir su propia alternativa sin la mediación de los políticos expertos.

El mayor argumento a favor de esta perspectiva es su pragmatismo. “La cosa funciona”. No obstante, otros teóricos sugieren que existen una serie de problemas en sus concepciones de la política. La diferencia no es sólo de índole normativa sino también descriptiva y analítica. ¿De verdad no puede existir una voluntad general? ¿La voluntad de la gente no se puede transferir a las decisiones políticas más allá de la selección de personas y unas laxas preferencias ideológicas –que cada vez se vuelven más difusas? ¿La ciudadanía está menos capacitada que los políticos expertos para realizar la actividad política? Plantearemos respuestas diferentes a las de los teóricos liberales en las próximas páginas de nuestro texto.

## **1.2. La política como participación.**

Hablando de participación es necesario intentar hacer una pequeña genealogía teórica del término que, al mismo tiempo, es una crítica a la democracia liberal y representativa. Se trata de un rastreo parcial que, no obstante, nos permitirá entender que se trata de debates antiguos que cobraron un peso especial después de la segunda guerra mundial y que explican la prevalencia actual de las reivindicaciones democráticas actuales. Una tradición que se ha relacionado más con el pensamiento de la “izquierda”, aunque solo sea después de los 60’ que esta relación se hizo explícita.

Después de las referencias a la participación se desarrolla el debate sobre los significados de la representación. La representación es el término que une la tradición representativa/liberal y la tradición participacionista. Se puede decir, reduciendo al máximo, que se diferencian respecto del papel que otorgan a aquella –central en el primer caso y secundaria en el segundo. Veremos que se trata de un término con múltiples significados cuyo esclarecimiento es útil para los propósitos de esta investigación.

El apartado sigue con una breve descripción de la perspectiva deliberativa y también -eso es importante- del contexto en el que emergió. Se explica que la propuesta deliberativa ha sido la heredera actual de la reivindicación de la democracia participativa o “directa” de las décadas anteriores, una herencia que se caracteriza por una menor hostilidad hacia el sistema político de la democracia actual. La propuesta deliberativa es útil e interesante porque propone una manera de hacer política que es crítica con la política actual, pero sin dejar de ser pragmática y aplicable.

### 1.2.1. La participación es el poder del pueblo

En el siglo XVIII Rousseau escribía:

---

“La soberanía no puede ser representada, por la misma razón por la que no puede ser enajenada: consiste en la voluntad general, y la voluntad no se representa, porque o es ella misma, o es otra; en esto no hay medio. Luego los diputados del pueblo no son ni pueden ser sus representantes: son tan solo sus comisarios, y no pueden determinar nada definitivamente. Toda ley que el pueblo en persona no haya ratificado es nula, y ni aun puede llamarse ley. El pueblo Inglés cree ser libre y se engaña: porque tan solo lo es durante la elección de los miembros del parlamento, y luego que estos están elegidos, ya es esclavo, ya no es nada” (Rousseau, 1762: 78)

---

La concepción de Rousseauiana es clara y contundente: el “representante” es sólo un mensajero, un portavoz de la voluntad general. Entre el gobierno democrático y el pueblo debe haber una relación de continuidad que se rompe si el gobierno pretende “representar” al pueblo. La democracia es el control que ejerce la gente sobre la gestión de las cuestiones que les conciernen –una definición bastante más exigente que la idea de que la democracia se basa en la selección de los candidatos más adecuados, en la selección de la política más preferible en el momento de las elecciones, o en la presión de algunos grupos sobre el gobierno para satisfacer sus demandas sectoriales. En la concepción participativa de la democracia, el gobernante es gobernado y el gobernado es el gobernante. Condición necesaria para que suceda esto es que la voluntad de los gobernados no sea la mera suma de voluntades particulares sino algo que las supera: ser una voluntad colectiva que tiene el carácter de un lazo orgánico entre sus miembros. Se trata incluso de la libre renuncia, por lo menos si es necesario, de la satisfacción de sus deseos individuales con el objetivo de crear una fuerza común, que pertenezca a todos y a nadie en concreto. El contrato social de Rousseau no es un pacto entre el gobierno y la gente. Es el compromiso entre la gente, que tiene como consecuencia la creación de un comité de personas (gobierno) que simplemente enuncia y aplica el acuerdo de los ciudadanos.

Rousseau promueve la idea de que el poder democrático es un lugar vacío. Como diría Jacques Ranciere (2006) es el poder de todos y de cualquiera. No hay nadie que pueda ocupar este lugar sin que sea un usurpador. Esta vacío porque es de todos y en consecuencia nadie lo puede ocupar. Cuando el poder es de todos y por tanto el gobernante se identifica políticamente con los gobernados, las prácticas de liberalismo político –la selección entre candidatos, la sustitución de ellos o incluso la crítica al gobierno- no tienen sentido democrático. Por tanto, la “voluntad general” de Rousseau es radicalmente participacionista. Requiere la implicación constante y generalizada de todos, en todas las decisiones políticas y en todos los momentos. Requiere una tremenda dosis de disciplina colectiva y de trabajo. El contrato que defiende y propone es un gesto radical de colectivización que crea un “cuerpo moral y colectivo, compuesto por tantos miembros como la asamblea contiene votos, y que recibe de este acto su unidad, su identidad común, su vida y su voluntad” (Rousseau, 1762: 15). Se trata efectivamente de una prescripción ético-política (Cunningham, 2002).

Este carácter prescriptivo es una característica de toda la perspectiva participacionista. Si los defensores del liberalismo parten de la idea de la aceptación de la imperfección humana y de su egoísmo, para los participacionistas la concepción del ser humano es mucho más optimista y prometedora. Esta fe, característica de los textos Rousseauianos se manifestará también después de la segunda guerra mundial, en los 60’, cuando una coyuntura histórica de movilizaciones y luchas dentro y fuera del primer mundo hizo creer que todo era posible. Las ideas de Rousseau se hicieron presentes y muchos quisieron llevar las consecuencias de su pensamiento hasta sus últimas consecuencias.

En 1962, estudiantes activistas norteamericanos se juntaron en la localidad de Port Huron de Michigan y fundaron la organización más emblemática de la “Nueva Izquierda” Norteamericana, el SDS (“Students for a Democratic Society”). El manifiesto de la organización incluía como punto central un llamamiento a la “democracia participativa”, como fin y también como medio. Consideraba al ser

humano como intuitivamente valioso y poseedor de una irrealizada capacidad para la razón, la libertad y el amor. Planteaba la cuestión de generar un movimiento de democratización de la sociedad americana, superando la apatía y el individualismo, para crear un proceso de cambio social que superaría la desilusión que habían generado los errores y el autoritarismo de la antigua izquierda. (Florida, 2013).

---

“As a social system we seek the establishment of a democracy of individual participation, governed by two central aims: that the individual share in those social decisions determining the quality and direction of his life; that society be organized to encourage independence in men and provide the media for their common participation; that decision-making of basic social consequences be carried on by public groupings; that politics be seen positively, as the art of collectively creating an acceptable pattern of social relations; that politics has the function of bringing people out of isolation and into community, thus being a necessary, though not sufficient, means of finding meaning in personal life; that the political order should serve to clarify problems in a way instrumental to their solution; it should provide outlets for the expression of personal grievance and aspiration; opposing views should be organized so as to illuminate choices and facilities the attainment of goals; channels should be commonly available to related men to knowledge and to power so that private problems -from bad recreation facilities to personal alienation, are formulated as general issues” (Hayden, T., & Students for a Democratic Society, 2005)

---

En una época en la que los Schumpeterianos llevaban la voz cantante en el ámbito académico, político y en todos los foros de debate “serios”, el manifiesto de Port Huron constituía un acontecimiento social y político de primer orden. Evidentemente no era su sofisticación analítica sino sus pretensiones prácticas las que dieron lugar a su impacto. Pretensiones prácticas que condujeron a una movilización masiva alrededor de su espíritu y sus objetivos, e hicieron reflexionar tanto a los ciudadanos no activistas como a los políticos y a los académicos. En otras palabras, el texto originó un cambio de paradigma en el pensamiento político, incorporando la idea de la participación al discurso público, algo que se ha mantenido incluso en los últimos años, cuando la corriente liberal ha aparecido como la opción más fuerte de todas, incluso la única, en algunos momentos. Así por ejemplo, la presencia del discurso a favor de la participación se ve en la

petición de una “democracia real” en el movimiento de las plazas en el Estado Español y en Europa o en la intensa producción teórica en los campos de la teoría política, o incluso en los documentos institucionales más progresistas. Y eso a pesar de que la tradición totalmente opuesta sea la imperante -la tradición que sostiene que la sociedad y la política son extensiones del mercado y en consecuencia no se plantea ni puede plantear cualquier cuestión de democratización participativa de la vida política. Lo único que se puede plantear es la eficiencia tanto del mercado como del sistema político que opera en paralelo.

### **1.2.2. La crítica del pluralismo y de la democracia liberal**

El manifiesto de Port Huron partía de la premisa de que el liberalismo político no cumple y no puede cumplir sus promesas. Las ideas de Schumpeter y de Dahl de que la gente, aunque no pueda decidir el contenido de las políticas aplicadas, puede reemplazar al personal político si sus decisiones le decepcionan, o que la presencia de grupos de presión y con acceso a los mecanismos de gobierno permite una dispersión del poder y una representación relativamente equilibrada de los intereses sociales, se presentaban por los pensadores más críticos como una descripción idealizada de la realidad política liberal. Una realidad en la que la incidencia de la mayoría ciudadana en la toma de decisiones dista de ser efectiva.

El control de la política mediante elecciones periódicas y el ejercicio de las libertades políticas, o el equilibrio en la representación de los diferentes grupos en la toma de decisiones no suelen existir. Así lo afirma con contundencia C. Wright Mills (1956). El poder político pertenece a un entramado de políticos, grandes empresas privadas y sobre todo a un sector específico de ellas; la industria militar. Efectivamente, hay alguna dispersión de poder y es verdad que hay ciertos sectores sociales que tienen algún tipo de incidencia en las políticas aplicadas. Pero tal dispersión en ningún caso es homogénea sino graduada y es ese entramado el que posee el mayor grado de fuerza. No se puede obviar, según

Mills, que la historia del Occidente avanza sobre una línea recta: la línea en la que los medios de opresión y explotación, de violencia y de destrucción, así como los de producción y reconstrucción aparecen progresivamente aumentados y cada vez más centralizados.

El supuesto equilibrio en la distribución del poder supone algún grado significativo de equidad. Sin embargo, hay cierta evidencia empírica de que el equilibrio, cuando aparece para algunos grupos o personas, suele crear un desequilibrio para otros. Evidentemente los grupos dominantes o ascendentes proclaman la existencia de un armonía de intereses, pero el objetivo político de esta proclamación, dice Mills, no se puede esconder: es que su dominio siga ininterrumpido, estable, y pacífico. Así pues, los grandes empresarios condenan a los obreros movilizados y a los líderes obreros como perturbadores de la paz laboral y social, ya que se supone que perjudican los intereses –universales- de cooperación entre empleadores y empleados. De modo similar los estados privilegiados condenan a los más débiles en el nombre del orden y la estabilidad internacional, defendiendo en términos morales lo que han ganado con la fuerza. (Mills, 1956). Al fin y al cabo la dispersión del poder, es una fachada.

Un grupo de presión es una noción amplia que incluye situaciones muy heterogéneas entre sí. Dejando al lado que una gran parte de la sociedad no llega a constituirse en este tipo de grupos, una buena parte de los grupos existentes se dirigen por una cúpula directamente conectada con el mundo político, mientras la mayoría de sus miembros siguen apáticos. Las asociaciones que los pluralistas liberales elogian como base de una democracia sana son instrumentos de relaciones públicas para sus líderes profesionales y también para los profesionales políticos. Sirven como bases de su poder. Y también, se puede decir, el juego de controles y equilibrios entre diferentes grupos es una versión del antiguo lema “divide y domina”, frenando una expresión más directa de las aspiraciones populares (Mills, 1956).

En todo caso, el parlamento y las otras estructuras políticas a las que llegan las peticiones de estos grupos se deben entender como el nivel medio del ejercicio del gobierno. En este nivel por supuesto se debate una amplitud de cuestiones, pero no es el nivel donde se toman las decisiones más importantes. Mills no deja de repetir en diferentes puntos de su obra "The Power Elite" que el presidente de los EEUU tomó la decisión de entrar en la segunda guerra mundial sobrepasando el parlamento y los procedimientos respectivos. El nivel de negociaciones públicas entre los actores sociales es donde la discusión de los temas más importantes está fuertemente condicionada por decisiones tomadas en niveles más altos y opacos. Hablar públicamente sobre los temas más importantes es la excepción, no la regla. Además, los políticos que comunican con los grupos de presión y el "público" suelen tener una visión de la política tan cortoplacista y centrada en su supervivencia política personal que tienen como modo de actuación no entrar en conflicto con nadie –si es posible- y realizar lo máximo de pactos posibles. En consecuencia, no son propensos a actuaciones decisivas. De esta manera la política pluralista tiende a ser un equivalente a una política degradada, muy lejos de las descripciones idealizadas de Schumpeter, de Truman o de Dahl. Mills (1956) considera que la política americana evoluciona según una creciente degradación. Comenta que EEUU en buena parte es más una democracia política formal que una estructura social democrática, y que incluso los mecanismos políticos formales son débiles.

Los defensores de la democracia liberal consideran que nuestras democracias se basan en la posibilidad de discutir libremente y públicamente las diferentes cuestiones. La multiplicidad de opiniones y de perspectivas se enfrentan en el marco del diálogo, de la negociación y del pacto, y las diferencias conducen a un equilibrio relativo. Las disputas se absorben porque son regladas, y las tensiones, precisamente para poder encontrar canales de mediación política, incluso parlamentaria, no suelen llegar a un conflicto abierto. La imagen que se da desde estas conceptualizaciones es que en la sociedad debe primar la armonía de intereses.

No obstante, los mismos teóricos liberales han contradicho esta imagen. Anthony Downs (1957) sugiere que los ciudadanos intercambian su voto por ciertos -posibles- beneficios materiales que les ofrece o les ofrecería el gobierno de un partido. Por tanto, la estabilidad social no está dada, sino que es resultado del hecho de que la mayoría de los ciudadanos tienen intereses inmediatos similares, que conducen a preferencias políticas cercanas y no opuestas o especialmente diferenciadas. Si los intereses de los diferentes grupos sociales –por así decir- no son similares, el espectro ideológico político se polariza o se fragmenta conduciendo a situaciones que Down define como “propensas para la revolución” (revolution-pron) o de un “multipartidismo inefectivo” (ineffective multiparty) en cuanto a sus posibilidades de gestionar y gobernar de manera eficaz. Down, siguiendo el espíritu utilitarista, sugiere que la armonía de los intereses debe ser creada y producida materialmente a través del acercamiento de los intereses inmediatos de los individuos. En consecuencia el equilibrio no siempre es posible mediante la mera confrontación de opiniones en un marco pluralista.

Según Mills (1956), la validez de la imagen de una sociedad en la que los intereses al final se armonizan se ha cuestionado también por Marx, cuya idea de la lucha de clases está más cerca de la realidad que la presunta armonía de intereses. Para Marx los intereses opuestos en el conflicto entre clases sociales son inconciliables e imposibles de resolver a medida que se mantienen las actuales relaciones sociales. Marx y Mills estarían de acuerdo con la idea de que el equilibrio no puede existir porque los diferentes “grupos de interés” (existentes o potenciales) están conectados entre sí y con el poder político con relaciones totalmente asimétricas. Los ciudadanos, incluso si tienen los mismos derechos políticos formales, no tienen los mismos recursos, ni los mismos privilegios y no pueden ejercer la misma presión sobre la toma de decisiones. Tal como escribió Marx en 1844 (1932), por una parte, hay trabajadores que se alienan porque no les pertenece ni la actividad que ejercen ni su producto ni, en consecuencia, ellos mismos en el momento de la realización de esta actividad. Por otra parte, están los propietarios de esa actividad, que gozan los frutos de la misma. Así que el vínculo entre democracia formal y capitalismo vacía la democracia de cualquier

contenido. La “armonía de intereses”, cuando se consigue, es la paz social como resultado del sometimiento colectivo de una parte de la sociedad a la otra.

En la misma línea, Ralph Miliband (1969) critica la teoría pluralista. Para Miliband, la participación política de los ciudadanos normales y corrientes, a saber, de la mayoría de la sociedad –la participación del voto y las libertades políticas- no es más que una “competencia imperfecta”. El uso principal del término se refiere a una situación del mercado oligopólica o monopólica que cancela en parte o totalmente la libre competencia de empresas. Si para los teóricos pluralistas la libre y reglada confrontación de opiniones y grupos de interés permite un equilibrio relativo a favor del interés común y si para los teóricos de la “elección racional” social o pública, como Downs (1957) o Buchanan y Tullock (1962), la competencia entre los partidos funciona como la competencia libre de las empresas – a favor de los intereses tanto de los clientes como de las compañías, para el neomarxista Miliband esta competencia en la política no puede sino caracterizarse como “imperfecta”, a saber, inefectiva. Según este autor, se puede decir que la competencia existe, pero los principales intereses organizados de estas sociedades y, sobre todo, el capital y los trabajadores, no compiten en términos más o menos iguales. Uno de los dos es capaz de alcanzar una ventaja decisiva y permanente esta competencia. El mundo de los negocios disfruta de una ventaja dentro del sistema estatal en virtud de la composición y las inclinaciones ideológicas de la élite estatal. El mundo de los negocios también disfruta de una formidable superioridad fuera del sistema estatal, en términos de las presiones inmensamente más fuertes que, por comparación con los trabajadores y con otros intereses, puede ejercer en la consecución de sus fines (Miliband, 1969: 174). El “interés nacional” está estrechamente ligado con el mundo de las finanzas, es decir con los intereses de las grandes empresas privadas. Además, la relación entre gobierno y grandes intereses privados se refuerza por el constante intercambio de personal gubernamental y empresarial mediante el cual la burocracia del estado recluta miembros desde el sector privado y los altos cargos públicos consiguen oportunidades de empleo lucrativas cuando se retiran. En este sentido, la vida política en las democracias liberales está fuertemente

condicionada y restringida por su lazo orgánico con el sistema económico. El liberalismo político consigue menos efectos liberales de los que pretende.

Las democracias modernas se basan, para Peter Bachrach (1967), en una teoría de “elitismo democrático” según la cual cierta pasividad de la gente y un grado de exclusión en la toma de decisiones es necesaria para la estabilidad política. En esta concepción de la democracia el valor fundamental es el equilibrio político y la cuestión se centra en proteger al liberalismo de los excesos de la democracia, antes que en utilizar medios liberales para avanzar hacia la materialización de los ideales democráticos. Eso no está conforme, comenta Bachrach, con la teoría democrática, que concibe el interés público tanto en términos de resultados como en términos de procesos. La teoría democrática valora no sólo las decisiones alcanzadas a la luz de las necesidades de la comunidad, sino también el grado de participación pública en ellas. No puede haber un interés común definido por una minoría, incluso si esta minoría es elegida, y sin la participación de la ciudadanía. Un interés común definido por una élite de expertos (elegidos por supuesto entre candidatos diferentes, pero esto no cambia esencialmente el argumento) es un oxímoron. Esto no excluye, dice el politólogo norteamericano, la existencia de élites, en el sentido de grupos de personas sobresalientes en diferentes ámbitos, gracias a sus habilidades personales. Pero estas élites deben servir de guía y estímulo. La élite, no debe ser dominadora y creadora sino sometida y pasiva.

Peter Bachrach, junto con Morton S. Baratz (1962), argumenta que el examen de los grupos de interés que influyen en la toma de decisiones sobre cuestiones (*issues*) concretas no demuestra la validez de las premisas liberales y pluralistas, según las cuales las libertades políticas permiten la dispersión democrática de poder – algo que intentó mostrar Dahl (1961) en su estudio “Who Governs?” Evidentemente, tal dispersión se puede mostrar en este tipo de estudios. La cuestión no radica en que el estudio de Dahl u otros similares sean sesgados. El problema es que, aparte de la toma de decisiones, hay también la *no toma de decisiones* (*non decision making*). La toma de decisiones se debate públicamente cuando las cuestiones son *seguras*, es decir, no amenazan al statu-quo. Otras

cuestiones, que son más sensibles y que pueden provocar desestabilización política y social, están excluidas de este debate y no suelen aparecer en la *agenda* de las discusiones. Existen mecanismos de exclusión de estos temas, que los autores denominan *movilización de sesgos* (*mobilization of bias*), que priorizan ciertos intereses sociales mediante la anulación de la posibilidad de hablar sobre temas que les afectan. Se trata de valores, procedimientos y rituales que suprimen la discusión de temas conflictivos y permiten sólo la apariencia de algunos relativamente “inocuos”.

Los autores critican a los teóricos pluralistas que afirman que el análisis de las fuerzas sociales y políticas que se activan sobre cuestiones concretas muestra la geografía de la distribución del poder en una comunidad. Para Bachrach y Baratz (1962) los “issues” no necesariamente ofrecen una imagen empíricamente válida de esta distribución. Y eso porque las estructuras del poder no siempre se evidencian en los debates públicos ni aparecen de manera explícita. Hay que tener en cuenta no sólo las palabras, sino también los silencios. No sólo lo que se habla sino también lo que nunca, o de manera solo accidental, se dice.

Un caso especial de crítica de la democracia liberal es la crítica de C. Schmitt (Schmitt, 1932; Mouffe, 1999). Antes de Schumpeter, este autor criticó la concepción de la democracia como mero procedimiento sin ningún contenido sustantivo. La democracia no se puede considerar sólo un método que hace posible la coexistencia de individuos y opiniones diferentes, es decir, no es sólo la técnica que asegura la articulación de una multiplicidad de libertades individuales. Democracia quiere decir la reducción del poder de mando, esto es, alcanzar el máximo grado de identificación entre el gobernante y el gobernado. Tal reducción no puede emerger desde la confrontación de perspectivas y posiciones individuales, ya que el gobierno del pueblo es un gobierno colectivo, que se basa en una decisión colectiva, en una afirmación y fuerza común, y no en la perpetua y reciclada dispersión que defienden los liberales y los pluralistas.

Dicho de otro modo, siguiendo a Schmitt, la heterogeneidad social que es la base del pluralismo y del liberalismo político debilita la democracia. Por tanto, la democracia liberal se puede considerar la edad infantil de la democracia, pero no la existencia de una democracia efectiva. La democracia presupone, argumenta, la homogeneización. Es la expresión de la voluntad unitaria del pueblo, reflejada a favor de una determinada configuración del Estado, sobre unos determinados principios e ideas directrices.

Para Schmitt la idea de la deliberación pública (en el sentido aquí del debate público entre diferentes opiniones) y la decisión por que mayoría tiene su sentido y justificación si tenemos en cuenta el Estado Liberal-Burgues del siglo XIX. Una decisión por mayoría puede justificarse a partir del principio mayoritario si se da por sentada la heterogeneidad social reflejada en el parlamento y los representantes. Sin embargo tal expresión mediante la representación no afirma el poder del “demos” precisamente porque el “demos” queda, según él, aunque representado políticamente diluido, polvorizado por la condiciones sociales de la sociedad burguesa y su ideología respectiva, el liberalismo político.

La democracia dice Schmitt no se funda en la libertad sino en la igualdad. La libertad carece de fundamento democrático, corresponde a una orientación moral humanista e individualista. El fundamento de la democracia no es la libertad, que conduce a la dispersión, sino la igualdad, que fomenta la unidad, y en consecuencia la posibilidad de fundar un interés común, unas “ideas directrices”. En este caso el gobierno sí que puede ser un gobierno del pueblo y no sólo un gobierno “aprobado por el pueblo”. Schmitt ve en la representación una anulación de la democracia y aboga por una expresión directa de la voluntad popular.

El problema que surge en las teorías de Schmitt es especialmente interesante porque no se refiere sólo a él, ni a su trayectoria vital y política, que le condujo al partido nazi, sino a todas las concepciones antiliberales, participacionistas radicales o directas de la democracia: si existe una posibilidad de transferir directamente la voluntad del pueblo al gobierno o a un órgano ejecutivo -

llamémoslo como sea-, es decir, si la democracia plena es posible, entonces ¿cómo se hace posible un espacio de oposición a esta democracia, de crítica, de resistencia ante las decisiones políticas del gobierno? Dicho de otro modo, aceptando la posibilidad de una organización política que no “traicione” la voluntad popular, ¿no damos a esta organización una fuerza aplastante? ¿Y no expulsamos cualquier voz disidente a la posición del “enemigo del pueblo”? Al final, ¿qué es mejor; ¿una democracia parcial, siempre expuesta a la crítica, o una democracia “plena”, que desde el momento que consigue etiquetarse como tal, imposibilita la crítica? Volveremos a este punto más adelante.

### **1.2.3. Desde la crítica a la exploración de alternativas**

Ahora bien, una serie de teóricos intentan conectar la crítica de la democracia liberal y representativa con ideas sobre lo que sería una democracia participativa y sus modos de funcionamiento. En este nivel de discurso no se trata de comentar sólo las limitaciones y los problemas de la democracia basada en la representación sino también de trazar las líneas de unas nuevas estructuras políticas.

Benjamin Barber aboga por un proyecto al que define como “democracia fuerte”-y argumenta que esta es uno de los tres posibles tipos de democracia (Barber, 1984). La democracia liberal es la versión “débil”. Se funda en la premisa de que el hombre está solo. Nacimos extranjeros, solitarios, vivimos nuestras vidas como miedosos extraños y morimos en un horripilante aislamiento. La separación es insuperable. La comunidad es una abstracción y solo el individuo es real. El *nosotros* para el liberal –dice Barber- es siempre una sospechosa reificación o una agregación de los yo es:

---

“Somos los hijos del Edén, expulsados del Jardín y para siempre desvestidos del lazo que nos podría haber hecho hermanos y hermanas. Quizás vivimos juntos, pero siempre vivimos juntos separados (Barber, 1984: 69)

---

El liberal, no obstante, celebra esta separación y la considera una fuente de libertad. Permite la gestión de los asuntos públicos a favor del bienestar, que es siempre individual, porque todos somos diferentes. Sigue la premisa de John Lock que plantea que los hombres han consentido vivir bajo el gobierno solo para la preservación mutua de sus vidas, libertades y propiedades. W. Churchill ilustra con ironía la fe liberal en la democracia a través de una de sus célebres frases: “La democracia es el peor de todos los sistemas políticos, con excepción de todos los sistemas políticos restantes”. La democracia que defiende el liberalismo concibe que la sociedad es un conjunto de intereses privados , que crean entre sí un espacio político común limitado, lo que es necesario para proteger sus intereses. La comunidad política es elemental, ya que lo importante son los derechos individuales. En consecuencia, la participación de la ciudadanía en la política no puede ser sino mínima. Ya que el prototipo y el núcleo de la convivencia es el mercado, la política reproduce su lógica: personas y grupos que negocian entre sí y llegan a pactar las relaciones y las condiciones de intercambio que mejor -en circunstancias dadas- promueven sus intereses. No existe en esta concepción, comenta Barber, ningún principio independiente, trascendental, que nos aclare la forma justa para definir las reglas de esta convivencia y, en consecuencia, queda sólo la posibilidad de diálogo, negociación y regateo entre los individuos para resolver las tensiones y los conflictos.

El segundo –de los tres tipos de democracia- según Barber, es la democracia unitaria: el objetivo y la práctica de esta se halla en una comunidad homogénea y fuerte, identificada con ciertas premisas éticas y políticas. La participación de los individuos es constante y activa para promover los intereses de la comunidad. Sin lugar a dudas, tal concepción parte de las teorías de Schmitt. El gobierno no es representativo de la comunidad, sino que está identificado con ella. Encarna su voluntad, es el “gobierno del pueblo” y no sólo un gobierno aprobado por el pueblo. Se basa en la equidad, pero no en la autonomía de los individuos. No es sólo un método para organizar la vida social, sino que tiene como contenido sustantivo la defensa y el elogio de la comunidad de referencia. Si para la

democracia liberal –“débil”- el conflicto se resuelve mediante la negociación, en la democracia unitaria el conflicto se resuelve mediante el consenso de todos y su identificación con la comunidad.

La propuesta de Barber es la democracia “fuerte”. Se basa en la noción de la comunidad no colectivista, que no requiere la identificación con el grupo, pero sí la participación activa en el mismo. Lo político no existe como un espacio limitado entre intereses individuales, como en el caso de la democracia liberal, ni se expande a todo rincón de la vida, como en el caso de la democracia unitaria (*todo es político, todo deber ser objetivo de discusión para ver si concuerda con nuestros valores*), sino que se basa en la participación activa y el autogobierno, no en cada momento de la vida ni en todos los niveles de las estructuras políticas –algo imposible e indeseado, pero sí cuando se debaten las decisiones políticas importantes. El autogobierno debería organizarse a través de estructuras e instituciones facilitadoras, a las que Barber describe extensamente; desde los referéndums y las asambleas locales hasta la elección de cargos públicos por sorteo. No idealiza la comunidad y las capacidades ciudadanas, pero considera la presencia de potencia colectiva como imprescindible e enriquecedora. No promueve la identificación con el gobierno, ya que el gobierno y la sociedad, necesita la crítica, pero disminuye la distancia entre representantes y representados. El conflicto se resuelve mediante la creación de una comunidad capaz de deliberar sobre las diferentes cuestiones y convertir el interés individual en bienes públicos.

Macpherson (1977), por su parte, argumenta que la democracia liberal se puede entender de dos maneras: la primera, como democracia de una sociedad capitalista de mercado. La segunda –inspirándose en las teorías de John Stewart Mill- como la política de una sociedad en la que todos sus miembros tengan igual libertad para realizar sus capacidades. Por desgracia -argumenta- el mismo término se usa para significar la libertad que los poderosos usan para aplastar a los débiles mediante la aplicación de las normas del mercado como para designar la libertad que todos deberían tener para que desarrollasen sus capacidades.

Para este autor, la ética clave del liberalismo -la libertad del hombre y de la mujer para realizar sus capacidades humanas- no es algo que tenga que ver solo como las sociedades capitalistas (Macpherson, 1977). El autor hace un análisis del liberalismo que sigue la concepción marxiana de la oposición de las fuerzas de la producción y de las relaciones productivas. Para Marx el capitalismo competitivo como sistema de relaciones sociales aumenta la fuerzas productivas, pero este mismo sistema luego pone un límite al desarrollo de estas fuerzas – a causa de la contradicciones inherentes del sistema. De modo similar, el apetito de libertad individual aumenta dentro de este sistema, pero luego este sistema lo frena, para sujetarlo a sus principios competitivistas.

El autor define tres modelos de democracia:

a) El primero es la democracia que pone como valor central la figura del hombre del mercado. Su argumento se basa en la hipótesis de que el hombre es un consumidor infinito, de que su motivación suprema es maximizar la corriente de satisfacciones o de utilidades y de que la sociedad no es más que una acumulación de tales individuos. El gobierno es necesario para la promoción del Producto Interior Bruto, y para nada más. Esta democracia partiendo de las ideas de J. Bentham y James Mill consideraba inevitable la existencia de la sociedad capitalista del mercado, y la democracia no podría ser sino meramente protectora de este sistema.

b) El segundo modelo parte de las ideas de John Stewart Mill que, viendo el aumento de la conflictividad social y de la fuerza de la clase obrera, después de las revoluciones 1848 y del movimiento cartista en Inglaterra, abogó por una democracia que tendría como eje el desarrollo de las aptitudes humanas. El sistema democrático debe tener como objetivo el aumento de la cantidad de desarrollo de la propia personalidad de todos los miembros de la sociedad. El hombre no se ve como un apropiador y consumidor, sino como alguien que puede y debe ejercer y disfrutar de sus capacidades. La participación política se considera esencial para este ejercicio.

En pocas palabras, la primera concepción de la democracia –la de una democracia protectora- corresponde a la idea de la democracia liberal como sistema político del mercado libre. La segunda –la de una democracia “desarrollista”- se corresponde con la democracia liberal como se define por el liberalismo ético, que veía la competición y la desigualdad como condiciones del mercado que se deben controlar.

c) Ahora bien, en el siglo XX, según Macpherson (1977), aparece un tercer modelo -a partir de Schumpeter y de los planteamientos pluralistas- que es, de alguna manera, la maduración del segundo modelo, sin el acento moralista de J.S. Mill y más adaptado a las exigencias de la realidad. El sistema democrático liberal en este tercer modelo emerge como un análogo del mercado, donde el ciudadano votante consume los planteamientos que mejor le convienen. Schumpeter y los pluralistas no pasaban por alto las pretensiones sociales del liberalismo ético, pero sí que intentaban hacerlas más realistas. Defendían medidas a favor de la justicia social, pero no tenían ilusiones sobre las posibilidades de una organización igualitarista, humanista y/o participativa de la sociedad.

Macpherson propone la evolución hacia un cuarto modelo, un modelo de democracia participativa, que debería expresar mejor las premisas de la democracia liberal como un sistema de la libertad para todos y todas; un liberalismo digamos que ha reconocido y asimilado la crítica marxiana. Considera que la “materia prima” son los colectivos y los movimientos a nivel de barrio y en los lugares de trabajo que luchan por una democratización en la toma de decisiones- no olvidemos que su obra se escribe en 1977, cuando los movimientos de la “nueva izquierda” aún seguían activos. Propone un sistema piramidal, que partiría de asambleas de base que llegarían mediante la elección de delegados en niveles sucesivos hasta la formación de un gobierno nacional. Plantea que la superación de la apatía política es parte fundamental de su propuesta y aquello que define sus posibilidades de éxito.

Lo que es más interesante en este autor es que considera la democracia participativa, como verdadera heredera del liberalismo. No la ubica en la corriente de alguna tradición revolucionaria de la izquierda –aunque sí que reconoce la similitud de su sistema piramidal con el “centralismo democrático” que defendía en la teoría, pero no en la práctica, el partido bolchevique. La ubica en la continuación del liberalismo ético de J. S. Mills. Y, así, permite a la idea de participación presentar nuevos argumentos a su favor.

Carole Pateman, por último, es otra teórica influyente de la democracia participativa. Argumenta que la democracia participativa requiere ciudadanos y ciudadanas que tengan las competencias respectivas. La democracia representativa requiere un nivel de cualificación bajo. En consecuencia, es necesario un cambio psicosocial en las personas, que puede emerger desde la potenciación de las experiencias participativas existentes. Estas experiencias y su fortalecimiento promueven la evidencia de que la participación es posible y eficaz, y en consecuencia son la base necesaria para su generalización. Para Pateman la participación no es algo que se limita a la esfera estrechamente política, sino que se debe extender a la familiar, a la educativa y a los espacios de trabajo (Pateman, 1970)

Dedica, pues, una buena parte de su obra a la descripción de las experiencias participativas, sobre todo en los ámbitos industriales y de trabajo. El punto central, evidentemente, en torno a la participación industrial es que implica la modificación, en un grado menor o mayor, de la estructura de mando ortodoxa. Es decir, aquella toma de decisiones que se hace sin la participación de los trabajadores. La autora es bastante cuidadosa en algunos puntos en no alabar cualquier experiencia participativa. La participación puede ser un método efectivo para incrementar la eficiencia, y se puede usar para legitimar decisiones “top-down”, persuadiendo a los empleados para que acepten decisiones ya tomadas. Eso se llama *pseudo-participación* (Pateman, 1970: 68). Además, distingue entre participación parcial y participación plena. La primera se basa en un control

relativo sobre la toma de decisiones. La segunda se identifica con procesos participativos vinculantes, con una toma de decisiones colectiva. La “democracia” en los espacios de trabajo, según Pateman se refiere a menudo a situaciones de pseudo-participación, que indican sólo la existencia de un ambiente amistoso. Comenta, además, que “participación” y “democracia” en los espacios de trabajo no son términos intercambiables. La participación puede existir sin una democratización de las estructuras de autoridad. Es también posible que se hayan introducido mecanismos de participación plena en un nivel bajo dentro del contexto de una autoridad –incluso democrática- dominante. No obstante, sea como sea, Pateman afirma que hay evidencia empírica de que la participación parece tener efectos psicológicos significativos incluso en dosis pequeñas. En este sentido, la participación parcial o la pseudoparticipación se puede ver como un ejercicio democrático que posibilita mayores avances (Niemeyer, 2011).

A partir de estos planteamientos comenta una serie de experiencias participativas en los espacios de trabajo y sobre todo acerca de la experiencia de la autogestión en la antigua Yugoslavia. Todas estas experiencias muestran que la propuesta de democracia participativa no es poco realista, aunque su realización es siempre una cuestión abierta. Lo triste en el discurso de Pateman de aquella época es que ahora sabemos algo que ella no parecía saber: todas estas experiencias fracasaron. Su optimismo era excesivo (Carter, 2006). La ilusiones participativas de aquella época se difuminaron, bajo las sardónicas sonrisas de los liberales.

#### **1.2.4. A modo de resumen**

En el fondo de los argumentos de la democracia participativa hay una convicción ontológica: la sociedad no es la suma de intereses particulares que interactúan a partir de su propio beneficio –aunque esto conduzca a actuaciones colectivas- sino un conjunto de relaciones, un entramado de entidades inseparables. Se considera que el liberalismo actual e imperante, que otorga a la política un espacio limitado entre los individuos, que considera que hay poco espacio para lo común en la vida de las personas, no es sino una condición impuesta, una

corrupción de las conciencias a partir de la imposición de un régimen social, político y económico que representa los intereses de una minoría y que al que le conviene que la gente se quede lejos de cualquier idea de -la construcción de una- voluntad general. Desde esta perspectiva, la política democrática está relacionada con un ideal de unidad y cohesión social. Los liberales y, sobre todo, los pluralistas no se oponen a este ideal, pero se enfrentan al mismo con cierto pesimismo o realismo –depende de la perspectiva desde la que se contemplan sus posicionamientos. En todo caso, los planteamientos participacionistas tienen un carácter mucho más de prescripciones normativas que los de la democracia representativa. Tienen más fe en el futuro y, a pesar de las declaraciones de modestia que caracterizan a Pateman o a McPherson, se puede decir que también presentan una cierta fe en el progreso, en el espíritu de la Historia.

No se puede obviar que, con la excepción de Schmitt, todos estos teóricos beben del pensamiento político del amplio espectro de la izquierda, en concreto, de la nueva izquierda de los 60' que intentó deshacerse de la vieja y pesada herencia del movimiento comunista doctrinal. La historia trató sus propuestas un poco mejor que a las del movimiento izquierdista clásico. Un poco mejor, pero no mucho mejor. Ahora leemos los textos de Pateman, Macpherson o Barber con cierta condescendencia, ya que la participación, aunque está bastante presente en el lenguaje institucional de las últimas décadas, hasta el punto de poder hablar de algún tipo de “giro participativo” (Jasanoff, 2003b), no determina la toma de decisiones. Esta parece ubicada cada vez más en los organismos interestatales e internacionales y, así, aún más alejada de las posibilidades de implicación ciudadana. La historia no ha avanzado hacia los posicionamientos participacionistas, a pesar de su introducción fragmentaria en diferentes momentos de la vida social (Pateman, 2012). Sin embargo, tal como hemos dicho antes, el debate sigue abierto sobre la relación entre participación y representación política. Los mismos autores, u otros, han vuelto con planteamientos renovados que hacen que el debate sobre la democratización de la política y de la sociedad esté lejos de haber acabado. Intentaremos hacer un rastreo indicativo de algunos de estos debates.

### **1.3. La representación política, entre la democracia participativa y la democracia representativa**

La representación no es un proceso específico de la democracia representativa. Aparece tanto en la tradición participativa como en la representativa. Ahora bien, lo que difiere es el papel que se le otorga. Mirando los planteamientos de Burke y Rousseau se puede anotar que la diferencia radica en el poder del representante ante sus representados. *Grosso modo*, la democracia representativa otorga autonomía e independencia al representante. Para la tradición participativa, el representante es solo un portavoz, un mensajero. Aunque en años recientes, por ejemplo, en el movimiento de los indignados, su pudo escuchar la consigna “nadie nos representa” y aunque la tradición asamblearia suele gritar “todo el poder a las asambleas” es inevitable afirmar que no puede existir organización política de la sociedad, y aún más, no puede existir sociedad, sin la representación (Näsström, 2006). Vivir en colectivos mayores que grupos pequeños implica encargar a determinadas personas la ejecución de algunas tareas en nombre del colectivo. Y, también, encargar a determinadas personas que tomen decisiones en nombre de este mismo colectivo. Incluso la tradición anarquista reconoce lo inevitable de la representación, puesto que sus congresos y asambleas coordinadoras suelen constituirse por portavoces, delegados o representantes de diferentes grupos.

Se puede decir entonces que la diferencia se basa en la distribución del poder decisorio entre representantes y representados. Para las democracias actuales, que siguen la lógica Schumpeteriana tal poder cae del lado del representante. Es él quien toma las decisiones. Efectivamente, el representante se puede sustituir mediante las elecciones, pero esto no cambia esencialmente el esquema según el cual funciona el escenario político: las ciudadanas y los ciudadanos se limitan a votar y a elegir entre candidatos y programas políticos diferentes vagamente definidos. La toma de decisiones la hace la persona elegida.

Para los demócratas participacionistas el poder de los ciudadanos debe estar mucho más extendido, llegando a alcanzar el derecho de deliberar sobre decisiones políticas concretas. Según el esquema rousseauiano, el representante no es sino el órgano ejecutivo del resultado de esta deliberación. No obstante, hay que subrayar que las experiencias de democracia participativa varían notablemente y no hay una concepción única del papel de la persona representante. En todo caso, queda claro que la perspectiva de los ciudadanos y las ciudadanas sobre la política y su implicación en ella está estrechamente ligada con su actitud ante el tipo de representación que consideran legítima.

Weber consideraba que la representación consiste en que “la acción de algunos miembros del grupo es imputada al resto donde se supone, y de hecho es así, que el resto considera la acción como legítima y vinculante para ellos” (Weber, 1911 en Pitkin, 1967: 42). Esta definición podría encajar tanto con la tradición participativa como con la representativa. No cabe duda que los estudiosos de las ciencias sociales y políticas tienen una deuda a Hanna Pitkin y su análisis ilustrativo de los varios significados del término “representación”. *Representación* significa, nos dice, hacer presente algo que sin embargo no está presente en un momento determinado. ¿Pero qué clase de acción se exige para cumplir tal premisa? Las diferentes respuestas activan la famosa controversia “mandato-independencia” (Pitkin, 1967). Por una parte, según la idea del *mandato*, el representante debe hacer en una determinada ocasión lo que harían los representados –y esta idea está cerca de la democracia rousseauiana o participativa. Por otra parte, según Burke y toda la tradición liberal, el representante debe ser independiente y utilizar el tiempo y los recursos que tiene para tomar la decisión más apropiada.

Toda la tradición liberal y pluralista (incluso la que reconoce la necesidad de participación ciudadana) parte de argumentos sólidos para defender tal independencia: nuestras sociedades son extendidas y complejas y tienen que gestionar asuntos extremadamente variados y complejos. Apelar constantemente a

la implicación de la gente es totalmente inoperativo e inaplicable. Sin embargo, hemos visto que los participacionistas, como Barber, Pateman o Macpherson, no son tan ingenuos como para exigir una participación constante. Tampoco apoyan la lógica de un mandato estricto por parte de los representados. Lo que proponen es un aumento significativo de la participación que deje algún espacio para la independencia del representante, una independencia limitada pero no nula.

La cuestión de la representación y la controversia “mandato-independencia” se complica también por lo que Lisa Disch (2011, 2012) llama “*constituency paradox*” (la paradoja de los constituyentes (electores)”: la representación no puede expresar unos intereses ciudadanos formados con anterioridad al proceso de la representación. Los intereses se expresan en el curso del proceso y los debates respectivos. Desde esta perspectiva, para Pitkin (1967), el representante no puede sino inclinarse a una independencia que se limita sólo por su responsabilidad (*accountability*) ante la ciudadanía, por su obligación de rendir cuentas de sus acciones, a la espera que de la ciudadanía expresa su posible acuerdo con ellas. Sin embargo, es evidente que rendir cuentas, explicarse, ser responsable ante la ciudadanía de los propios actos no es suficiente para ser representante. Estos actos siguen y culminan la representación. Van *después de* esta. También es necesario un acto que va antes y no después: este acto es la *autorización*. Autorización y responsabilidad (*accountability*) son los dos adornos formalistas de la representación según Pitkin.

Pero aquí no acaban las categorizaciones de la representación: la autorización y la responsabilidad son las categorías formalistas. También hay categorizaciones *substantivas* :

a) La representación *descriptiva*. Pensemos en los científicos, politólogos, estadistas, sociólogos, etc. que se interesan por la apropiada composición de una asamblea legislativa -para que refleje los distritos electorales, los géneros y, en general, la composición social o sociológica del electorado. Se trata de una

concepción de la representación que ve a las entidades representantes como una muestra de las entidades representadas

b) La representación *simbólica*: la semejanza entre representante y representado no se considera necesaria en este caso. El papa simboliza la Iglesia Católica y por tanto es su representante. La misma función puede tener un objeto inanimado: pensemos por ejemplo las banderas nacionales, ciertos edificios etc.

c) La representación como “*actuar por*” alguien: el abogado que habla de parte de su cliente, o el político que habla de parte de sus electores son ejemplos de este tipo de representación.

Las diferentes categorías de la representación se solapan de varias maneras. Un grupo político puede funcionar como representante en el sentido de “actuar por”, pero no en el sentido descriptivo o simbólico. Un grupo de discusión (focus group) puede hacerlo en sentido descriptivo pero no en sentido simbólico o de “actuar por”.

Jane Mansbridge (2003) propone un esquema diferente. Distingue cuatro categorías de representación política:

a) La representación promisoria (*promissory representation*), apuntalada en la idea de que durante la campaña los representantes hacen promesas a su electorado. Promesas que a veces cumplen y a veces no. Es quizás el modelo de representación dominante en los escenarios políticos actuales.

b) La representación anticipatoria (*anticipatory representation*), que parte de la idea del voto retrospectivo: los representantes se centran en la aprobación de sus acciones por parte de los representados después de su realización y en el momento de las elecciones. Lo que valida al representante viene después del curso de su actividad.

c) La participación giroscópica (*gyroscopic representati3n*), que se basa en la concepci3n de inter3s, y del “sentido com3n” de los representados que constituyen la base de los valores y de las conductas del representante. El representante funciona como un giroscopio que gira alrededor de su propio eje, manteniendo al mismo tiempo una orientaci3n y la persecuci3n de ciertos objetivos. Cuando los ciudadanos, por ejemplo, eligen una persona fuertemente comprometida con la legalizaci3n del aborto, activan este tipo de representaci3n. Lo que es importante es la similitud entre los valores y las actitudes del representante y de los representados sobre uno o varios temas.

d) Por 3ltimo, seg3n esta autora, existe la representaci3n subrogada (*surrogate representation*), que se manifiesta cuando el representante expresa las preferencias no espec3ficamente de sus votantes o representados, sino de grupos sociales m3s amplios. Por ejemplo, cuando un diputado que se opone a la guerra lidera la campaa pol3tica y social respectiva, que puede superar los l3mites de la poblaci3n que representa formalmente.

Todos estos tipos de representaci3n pueden ser compatibles entre s3. Se trata m3s bien de dimensiones que pueden coexistir en el seno de un proceso representativo, aunque una sea la dominante. Es posible decir que en las democracias occidentales los representantes pol3ticos emergen seg3n el modelo de la representaci3n girosc3pica. Evidentemente hay la dimensi3n promisorias y anticipatorias, y tambi3n en algunos casos la representaci3n subrogada. Pero, tal como hemos dicho, en una vida pol3tica dominada por los medios de comunicaci3n y la sucesi3n r3pida de im3genes y est3mulos, en pocas palabras, por el espect3culo pol3tico, lo que predomina son los contornos ideol3gicos, pol3ticos y personales muy generales de la presencia de cada pol3tico, y no sus propuestas o acciones espec3ficas -pues, la participaci3n deviene *girosc3pica*.

La complejidad de todas estas categorizaciones se ve en el caso de los “mandatos” que se basan en la independencia del delegado: por ejemplo, cuando en un proceso de negociaciones el “mandato” de la ciudadan3a sea que el

delegado negocie con un grado de libertad bastante considerable. Los ciudadanos le pueden haber instruido para actuar con esta libertad. O, por otra parte, en aquellos casos en los que un delegado independiente puede optar –gracias a su libertad- por seguir en un tema específico las instrucciones estrictas que la ciudadanía haya definido de una u otra manera (Rehfeld, 2010).

Sea como sea, actualmente es posible decir, siguiendo a Jane Mansbridge (2011), que la representación en las democracias parlamentarias se puede describir como basada en la independencia del representante y como una selección, y posible restitución, entre representantes “giroscópicos”, elegidos a partir de sus valores, actitud y carácter y no tanto posicionamientos y propuestas políticas concretas. La independencia del representante hace que la representación sea algo más que representación, en el sentido estricto de la palabra. La representación determina los representados más que al revés. Si democracia es reducir al mínimo el poder del mando, se ve la extrema complicación y dificultad de encontrar, un método de representación que refleje los intereses y la voluntad de “la base”, un modo de representación que cumpla criterios de calidad democrática.

Rehfeld (2009) sugiere que, al fin y al cabo, la representación emerge cuando existe una audiencia que puede reconocer a una persona como representante. Cuando esta audiencia usa reglas de reconocimiento democráticas surgen los casos familiares que se debaten en la teoría política. Cuando la audiencia usa reglas de reconocimiento no democráticas, surgen los casos de representantes no democráticos. Parece que la representación no tiene ningún vínculo intrínseco con la democracia, y no se debe considerar históricamente un fenómeno democrático. Partiendo de todo el panorama de categorías inteseccionadas de la representación es posible decir que en las sociedades pluralistas como las nuestras se da una mezcla de elementos democráticos y no democráticos. Representación y democracia mantienen siempre una relación tensa (Urbinati y Warren, 2008).

#### **1.4. Una propuesta de conciliación entre las tradiciones liberales y participacionistas de los 80: la democracia deliberativa**

Democracia participativa y democracia representativa -que también la podemos llamar “liberal” siempre y cuando no olvidamos que este último término puede tener, según Macpherson (1977) significados más allá del liberalismo imperante- han sido dos tradiciones antagónicas. Entre las dos propuestas la desconfianza ha sido mutua y también las críticas. Las de los primeros desde posiciones ético-normativas. Las de los segundos desde posiciones pragmáticas-realistas.

Es correcto decir que se trata de dos tradiciones heterogéneas y que no han faltado los puentes entre ellas. Y también hay cierta evidencia histórica que la relación entre los seguidores de la democracia participativa y los schumpeterianos de diferente índole reflejaba -hasta cierto punto- las disputas políticas y sociales que, después de los 60', que emergían desde los antagonismos y los conflictos sociales en los que protagonizaban los archipiélagos de colectivos de la “nueva izquierda”.. Se trataba de un *ciclo de luchas* (Dyer-Witthford, 1999) durante el cual el sistema político y democracia liberal se enfrentó a una multitud de demandas sociopolíticas que tenían como objetivo la entrada dinámica de amplios grupos de la población en los procesos de toma de decisiones. O quizás, una transformación, a veces radical, en la toma de decisiones. La organización del trabajo, del hogar, de la universidad, de la escuela, y todas las estructuras jerárquicas se criticaron por una multitud de movimientos que tenían como objetivo la radicalización de la democracia en todos los niveles de la vida. Efectivamente, este cambio en la toma de decisiones estaba ligado con cambios en la organización económica y social.

El ciclo cerró con la entrada de la década de los 80' y amplias reestructuraciones laborales, sociales y económicas. Algunos teóricos, por ejemplo Toni Negri y Micheal Hardt entre otros, la ha descrito como paso desde “fordismo” al postfordismo (Hardt y Negri, 2000). G. Deleuze por su parte hablo del paso de las

“sociedades disciplinarias” a las “sociedades de control” (Deleuze,1990). Se puede resumir el lugar común de estos posicionamientos teóricos de tal modo: si para el fordismo y la sociedad disciplinaria la subjetividad era un resultado de una imposición analítica con pretensiones *homogeneizantes*, el postfordismo y la sociedad de control opta por el desarrollo de la *heterogeneidad* social. Opta por la proliferación de los modos de individuación, de los estilos, de las modas, de las estéticas, y también de los modos de asociación social. Por ejemplo para las sociedades disciplinarias, la regla en las fábricas era que los salarios dependan del puesto jerárquico -y también, como es evidente, de la coyuntura económica. En las empresas postfordistas el salario, aparte de la coyuntura económica, depende del "merito" del trabajador. (Deleuze, 1990) Otro ejemplo es la medicina: Para las sociedades disciplinarias del fordismo la medicina seguía protocolos médicos estrictos para todos los pacientes y una imposición clara y contundente por parte del médico. Para la medicina de las sociedades del control, la tendencia es la variación del tratamiento según las características del paciente específico y una incorporación de las variables subjetivas, psicológicas y sociales en el tratamiento.

Dicho de otro modo, las reivindicaciones emancipatorias de las décadas de los 60 y los 70 se asimilaron en las estructuras económicas, sociales y políticas institucionales de modo que favoreciera estas instituciones. La producción masiva (en las escuelas, de las fábricas, de los hospitales) se sustituyó por una producción personalizada e interactiva siempre y cuando no cuestionara el imperativo del máximo rendimiento posible. Se promovió la expresión de la particularidad subjetiva en un plano que la hiciera productiva. *Productiva* quiere decir -en este punto- *biopolíticamente* productiva: dirigida a la expansión tanto de los beneficios económicos como de las aptitudes humanas (Foucault, 2004). La producción biopolítica, según Hardt y Negri (2000) es una fase de la producción en la que lo económico, lo político y lo cultural se superponen e infiltran crecientemente entre sí. En la producción biopolítica actual el control tiende a volverse "democrático", inmanente en el cuerpo social, interiorizado y distribuido

en las mentes y los cuerpos de los ciudadanos. Anima internamente nuestras practicas comunes y cotidianas.

Así que a causa de la radicalización social de los 60 y los 70 se consiguió una libertad compatible con la preservación de las organizaciones sociotécnicas jerárquicas en las empresas, las universidades, los hospitales etc. Las antiguas jerarquias se actualizaron hasta cierto punto, incorporando la implicación activa del sujeto en la vida social y política siempre y cuando las regulaciones institucionales tengan la última palabra.

En este marco, nace a los principios de los 80 la propuesta de la democracia deliberativa. Se trata de un campo teórico que según Habermas propone como fuente el desarrollo de procedimientos deliberativos en el marco de las instituciones, como requisito y presupuesto de calidad democrática. La ley del estado democrático y sus fundamentos constitucionales seguiere Habermas, (Flynn, 2004) no son una fuente suficiente por sí sola para asegurar el carácter democrático de las instituciones . Es necesaria también la legitimidad discursiva y deliberativa que se produce en la esfera pública. La deliberación según esta concepción teórica es un paso o una fase de un proceso dialógico y discursivo para llegar a decisiones que legitiman las instituciones democráticas. Evidentemente cualquier organismo “privado”, grupo o asociación pueden seguir procedimientos deliberativos. En todo caso, este enfoque teórico no deja de enfatizar su enfoque institucional (Floridia, 2013), su interés por la reformación democrática institucional. (Habermas,1994) La consigna “democratizar la democracia” lo ha puesto eso en manifiesto.

Antonio Floridia (2013) sugiere que, aunque los planteamientos de los teóricos deliberativos -por ejemplo, Habermas (1992), Dryzek (2010), Steiner (2012), Parkinson y Mansbridge (2012)- son diferentes, es posible formular una mínima definición unitaria que capte las características de esta teoría: La cuestión central es la contraposición entre, por un lado, un modelo de democracia "agregativo" y por otro, un modelo "discursivo" o "transformativo". En el primer caso las

preferencias individuales se consideran inmutables y el debate político consiste en el debate entre estas diferentes perspectivas. Las opiniones son "data" que entran en la arena política buscando un punto de equilibrio. Schumpeter, Dahl, Truman, Downs, y en general los teóricos liberales y pluralistas reproducen de una o otra manera este modelo. En el segundo caso, las opiniones no son "data", sino que se forman y se transforman a través de la deliberación colectiva. El procedimiento deliberativo se basa en el intercambio de argumentos y en la inclusión de todas las voces concernidas.

Tales procedimientos basados en una especie de reflexión colectiva, que tiende no al equilibrio sino a la hibridación de las diferentes perspectivas con el objetivo de extraer lo mejor de cada una y así llegar a las mejores decisiones posibles, contempla también la posibilidad de diferencias inconciliables. En este caso el objetivo no es la hibridación, sino la identificación de posibles áreas de compromiso y trabajo común. La perspectiva deliberativa es una propuesta normativa que considera que todas las voces que pueden presentar argumentos pertinentes deben y pueden implicarse en el proceso deliberativo y la toma de decisiones.

Este punto de vistas ha inspirado en un amplio abanico de mecanismos participativos. La reciente historia de la participación ciudadana esta marcada por la teoría deliberativa. También es importante tener en cuenta que la democracia liberal puede verse como un gran mecanismo de inspiración deliberativa (Dryzek, 2010). Las lectoras y los lectoras habrán observado que los cimientos básicos de un deliberación -la libertad de la expresión, el diálogo, la selección de los argumentos que se han considerado mejores en el curso de esto diálogo como base para la toma de decisiones- están en los fundamentos constitucionales de casi todas las democracias occidentales. Es posible decir que la deliberación colectiva es el ideal que caracteriza nuestras democracias, aunque también es verdad que estas democracias suelen mantener una distancia significativa desde este ideal.

A modo de resumen, la teoría deliberativa nació junto con la retirada del multiforme movimiento de la democracia radical, y su desarrollo es paralelo con la transición desde la sociedad disciplinaria-fordista a la sociedad de control-postfordista. No obstante, dada la heterogeneidad de las aportaciones teóricas, sería un error verla como un discurso destinado solo a fortalecer el orden político actual. Dryzek puntúa que si la propuesta deliberativa no tiene mucho margen de desarrollo en las estructuras de los estados modernos -puesto que es un modo de funcionamiento profundamente democrático, que aspira poner todos los problemas bajo el escrutinio del proceso dialógico y del debate público. El estado nacional actual está condicionado, limitado, restringido, comenta el autor (Dryzek, 2010) por la economía política capitalista transnacional. La primera tarea de todos los estados en esta realidad es mantener la confianza de los actuales y potenciales inversores, y evitar las fugas de capitales. Este imperativo condiciona el debate político y la toma de decisiones y puesto que la influencia de los procedimientos democráticos y deliberativos induce un peligroso elemento de indeterminación, se restringe a veces radicalmente. La reciente historia europea ha dado testimonio de esta triste realidad. (Kaplanis, 2011)

Añadiríamos que tampoco la burocracia estatal se podría caracterizar como especialmente comprometida con una expansión de la democracia deliberativa. Hay cierta evidencia empírica que su visión promueve una práctica política opaca, cortoplacista y elitista dirigida al mantener la máxima cuota de poder, prestigio y privilegios posibles. La desconfianza de las instituciones ante los procesos deliberativos emerge desde el modelo actual del ejercicio de la política y eso, dicho sea de paso, no es culpa sólo de los mercados y del capitalismo transnacional.

## 1.5. La política en las sociedades del conocimiento

Estamos inmersos en un período de transición. El que va de las sociedades disciplinarias a las “sociedades de control” (Deleuze, 1990; Sandoval, 2000; Tirado y Domènech, 2013) -proceso no lineal ni consistente, sino fragmentado y contradictorio. Tal transición según algunos teóricos pasa por el desarrollo de los mecanismos participativos como recurso de producción biopolítica. (Thorpe y Gregory, 2008). Términos como producción biopolítica y sociedad de control significan que el poder busca la máxima expansión de las aptitudes humanas para desarrollarse y no su represión como en fases históricas anteriores (Foucault, 1994). Y tal proceso no se puede entender si no se tiene en cuenta el papel del conocimiento en nuestras sociedades. No es por casualidad que se habla de “sociedad de conocimiento” -sociedades en la que cada vez más áreas de la vida requieren competencias cognitivas complejas y constantemente actualizadas. Una creciente cantidad de elementos, herramientas y códigos sociotécnicos se han introducido en toda actividad humana – en la línea de favorecer los imperativos de *crecimiento y desarrollo constante*, que son los significantes por excelencia de nuestra época. La vida se tecnifica de tal manera que vida y tecnociencia se vinculan en un complejo y totalizante entramado. Los “cosmogramas” de nuestro mundo, tal como diría Isabel Stengers (2010) cambian constantemente. Nuevas cuestiones aparecen. Las variables y las implicaciones de cada decisión son cada vez menos previsible. La incertidumbre se ha convertido en una constante y se hace constitutiva de la vida: ya no se limita a medida que el conocimiento avance sino se expande con ello. A medida que conocemos más, crece el área de las preguntas que no sabemos responder y aún más tomamos conciencia de las preguntas desconocidas, de las preguntas que no se responden porque ni se pueden plantear. Aunque la brecha entre las respuestas a las preguntas existentes y la creación de nuevas siempre ha sido constitutiva del trabajo científico, en las condiciones actuales tal brecha parece incontrolable. No podemos generar conocimientos apropiados para cada problema. Desde la economía hasta el medio ambiente las decisiones –que muchas veces son de

vida y muerte- se deben tomar bajo la máxima incertidumbre (Innerarity, 2013). Según otros autores (Jasanoff, 2003a; Wynne, 2008; Jasanoff y Kim, 2009) cada sociedad crea su imaginario sociotécnico y actualmente este imaginario, enfocado en la predicción y el control parece insuficiente. Necesitamos, dice Jasanoff (2007) tecnologías que acepten la ambigüedad, la indeterminación, la humildad.

Es evidente que esta situación cambia las relaciones entre ciencia y política. Los estudios de la ciencia y la tecnología llevan años insistiendo en que la ciencia y la política forman parte de un mismo tejido sin costura (Bijker y Law, 1992; Domenech y Tirado, 2009). Su implicación en campos altamente politizados como la economía, la salud pública o el medio ambiente hace necesario superar dos dogmas: la separación estricta entre hechos y valores, y entre ciencia y política (Domenech y Tirado, 2001). No obstante, sería un error pensar que este entrelazamiento es una condición reciente, fruto de los avances tecnológicos y científicos de los últimos años o de las últimas décadas. La ciencia, la sociedad, y la política han estado siempre estrechamente ligadas. Collins y Pinch (1993) muestran como factores nada científicos han jugado un papel determinante en el avance científico y concluyen que la lógica de la ciencia no es esencialmente diferente de la lógica de la vida cotidiana. En consecuencia, se puede decir que la incapacidad actual de llegar a una toma de decisiones a partir de un conocimiento científico objetivo ha puesto de manifiesto lo que solía estar en estado latente, a saber, el carácter político del trabajo científico y tecnológico, la imposibilidad de distinguir entre un área donde el conocimiento se produce y otra –la de la política– en la que el conocimiento se aplica.

Según la visión clásica, la ciencia y la tecnología pasan por el trabajo de personas expertas. La persona experta tiene una agenda de intereses que la motivan a la acción. No investiga cualquier cosa sino aquello que se corresponde con sus intereses o los intereses de su grupo. Hans Reichenbach (1938) mostró que la emergencia de cada pregunta científica depende de factores no sólo científicos sino también psicológicos, sociales, políticos (Reichenbach, 1938; Hoyningen-Huene, 2006) Comenta, por ejemplo, que, en los estudios matemáticos, según los

reportes de los grandes científicos del campo, las consideraciones estéticas tienen un papel determinante en la creación de nuevos teoremas. Todo estudio científico, por neutro y objetivo que se considere, tiene un punto de partida que incluye un entramado de factores, necesidades y motivaciones. En buena parte lo que expresa es una tensión subjetiva— que deviene actitud científica, a medida que se depura de los elementos específicos de la vida de la persona investigadora que han generado el concernimiento por el tema para conectarse con una problemática universal. Dicho de otra manera la ciencia, es una transcripción de lo particular a lo universal, de lo subjetivo a lo objetivo es decir, un intento de crear un lenguaje compartido abstrayéndose de las condiciones específicas y locales del contexto donde ha emergido la cuestión.

Sin embargo, el origen subjetivo, particular y local de la investigación no se borra nunca. Siempre hay una toma de partido ante el mundo cuando se decide estudiar algo. El sujeto del conocimiento entra en el campo de estudio con la pretensión de algún cambio, personal o compartido. En este sentido hay una cosmovisión, unos valores, una política que nutre la búsqueda del conocimiento. Foucault mostró los orígenes políticos de la epidemiología o de la estadística como herramientas de regulación de la vida de la población y para disminuir los costes de su gestión (Foucault, 1994). En una conferencia del 1976 el pensador francés hace una interesante lectura del segundo libro del *Capital* de Marx para criticar las concepciones jurídicas del poder que identificaban el poder con la prohibición, la ley y el Estado. Sugiere que, según Marx, el desarrollo social moderno se ha basado en poderes múltiples y dispersos: el taller donde dominan relaciones serviles, la propiedad donde dominan relaciones esclavistas, el ejército, eran pequeñas regiones de poder, donde empezaron a ocurrir cambios y desarrollarse nuevas prácticas que dieron lugar poco a poco a las estructuras del estado burgués del siglo XIV. La sociedad burguesa emergió a través de este proceso fragmentado variado que dio lugar a las grandes estratificaciones sociales y las estructuras políticas que conocemos.

En este desarrollo la tecnociencia y la política han sido las dos caras de la misma moneda, formando un tejido sin costura y retro-alimentándose constantemente. Determinadas invenciones, como la máquina de vapor y el fusil del siglo XIX han sido decisivas para la industria, el ejército y el estado modernos, al mismo tiempo que el espíritu utilitarista y disciplinario de las instituciones alimentaba la búsqueda de nuevas tecnologías (Foucault,1994). El conocimiento avanzó ligado con intereses y prioridades, activado por los deseos humanos , y también modificándolos. Sabemos desde Foucault que cada saber tiene determinados efectos en las estructuras del poder y que cada poder produce los saberes que lo sostienen. A medida que el poder se encuentra unas veces concentrado y otras veces disperso formando una compleja geografía de relaciones asimétricas, el conocimiento tiende también a producirse a través de rutas diferentes, institucionalizadas y subterráneas, compatibles entre sí o antagónicas. En definitiva la sociedad del conocimiento es un conjunto de relaciones asimétricas cada vez más mediadas por la posesión del conocimiento y de la experticia. Política y tecnociencia modernas aparecen interdependientes e inter-determinadas.

### **1.5.1. Kuhn y el “programa fuerte” de la Sociología del Conocimiento científico**

La dimensión política de la producción del conocimiento se puso en evidencia ya desde las “Estructura de las revoluciones Científicas” (Kuhn,1962). Efectivamente, Kuhn señala el adoctrinamiento de los jóvenes investigadores, así como la desestimación de las anomalías, como condiciones de la vigencia del paradigma. Las divergencias de una minoría de investigadores se consideran susceptible de conducir a una crisis. Todo eso remite a relaciones en el seno de la comunidad científica, y se puede ver como un conjunto de operaciones políticas. Si el avance científico no se produce sólo por los datos sino que los cambios de visión que resultan de estas operaciones tienen un papel primordial, entonces habría que reconocer al científico como agente político. En la medida en que cada trabajo científico se dirige a una comunidad, es una empresa, *inter alia*, retórica y

relacional. Presentar un trabajo, argumentar a su favor y convencer el colectivo de estudiosos/as que corresponde, quiere decir que este colectivo tiene su Ágora. Tanto lo científicamente válido como lo falso son resultado de la existencia y del funcionamiento de ella.

*El programa fuerte* de la sociología del conocimiento científico (Bloor, 1976; Barnes and Bloor, 1982; MacKenzie, 1981;) desarrolló esta premisa: tanto lo verdadero como lo falso son operaciones sociales. Efectivamente lo verdadero y lo falso se distinguen como tales empíricamente. Pero hay que dejar de atribuir la falacia a los factores sociales y la verdad a la realidad objetiva. Lo social produce no sólo la falacia sino también la verdad. Lo verdadero se distingue de lo falso pero tanto lo uno como lo otro son categorías del conocimiento. Emergen, no pre-existen. *El programa fuerte* se encuentra aquí con Foucault –aunque no lo hace explícito: la verdad no se descubre cavando la materia que la oculta. Es una articulación teórico-práctica, que desde luego no puede existir sin referencias al mundo de los objetos, pero necesita una serie de procedimientos sociales, una serie de mediaciones para constituirse. La mediación aquí se debe entender no como transferencia de un objeto desde un lugar a otro durante la cual el objeto no cambia sino como una transformación, que genera una realidad de otro orden, la realidad científica. Según el programa fuerte tanto las verdades científicas, como también toda producción científica, se articulan a partir de la actividad de los grupos relevantes (Bloor, 1999), a partir de la actividad de agentes sociales. Si algunos hallazgos no corresponden a la realidad empírica eso también es una parte de la historia social, que se debe narrar de modo paralelo a la historia de los hallazgos válidos. Collins y Pinch (1993) cuando presentaron las historias de diferentes descubrimientos científicos para mostrar su carácter muy social y poco “objetivo” no abogaban a favor de un constructivismo social ingenuo, sino que rechazaban la idea de que lo verdadero es *a priori* una derivación de lo empíricamente correcto mientras que lo erróneo se debe a la intrusión de factores sociales a la evidencia empírica.

En otras palabras: Lo empíricamente correcto y lo erróneo se articulan a partir de una realidad social y también no-social (Barnes y Bloor, 1982) y estas articulaciones producen resultados específicos. Los resultados difieren porque sus causas -tanto sociales, como no sociales- difieren también. Los factores que conducen a lo científicamente verdadero y a lo falso se deberían explicar *ad hoc*. No hay una predominancia *a priori* de la realidad en el caso de lo verdadero, y de la sociedad en el caso de lo falso.

### **1.5.2. ANT y las cinco políticas**

La propuesta de la ANT radicalizó los postulados de la sociología del conocimiento científico. Si para los sociólogos del “programa fuerte” sociedad y realidad no social son las causas del conocimiento tanto verdadero como falso para los estudiosos de la ANT ni siquiera es posible distinguir entre lo social y lo no social. (Latour, 1990; Domènech y Tirado, 2005). Los sociólogos de conocimiento científico postulaban que tanto lo verdadero como lo falso se deben explicar a partir de operaciones que son sociales. Para Latour no hay tal cosa como lo “social”. Sociedad y naturaleza se “co-producen”. No es la sociedad lo que emerge sobre la base, de un mundo de objetos no-social sino que lo social dura gracias a estos objetos. En el curso de esta evolución los sujetos sociales modifican los objetos y están modificados por ellos. En cualquier punto de este mundo vemos entramados donde el sujeto deviene objeto y el objeto deviene objeto de un acción, creando cadenas de asociaciones heterogéneas donde la agencia se diluye a lo largo de ellas. Habla de una nueva condición ontológica en la que no hay objetos y sujetos puros sino todos devienen, según Latour, cuasi-objetos. Ni hay naturaleza por una parte, ni sociedad por otra. Hay la *socionaturaleza*.

Así pues, Kuhn, el programa fuerte, o la ANT, hicieron ver la producción del saber como una operación política. Subrayando los estrechos e insolubles lazos entre lo social y lo no social, mostraron el carácter político de la ciencia y la tecnología. El carácter político de la tecnociencia era consigna central de las voces críticas de

los 60' y los 70'. Aquellas críticas cuestionaban la orientación de la investigación y exigían una producción del conocimiento socialmente comprometida. Se interesaban más bien por la política en el sentido tradicional de la palabra (Martin, 1993) y el análisis de la ciencia en aquella época estaba muy ligada con el radicalismo político. Se hablaba de la política que emerge desde los grandes segmentos sociales, que emerge, como dirían Deleuze y Guattari (1980) del estado, las instituciones, las empresas. En pocas palabras se interesaba por la macropolítica.

Ahora bien, Foucault, Deleuze, el programa fuerte y la ANT han abierto un campo de estudio más allá de la macropolítica. Intentaron analizar la política que se produce en las articulaciones moleculares de las entidades de nuestro mundo. Hablaron de la política invisible de todo tipo de intercambio. Así que decir que la tecnociencia contiene política o la política está en todas partes sería correcto pero poco útil, ya que la política que se hace en un parlamento y la política que se practica en un laboratorio no tienen el mismo sentido. (Latour, 2007).

Latour ha hecho una categorización de los diferentes significados del término política, que es interesante porque permite entender como un tema puede llegar o no llegar al debate público. Hay política incluso cuando este tipo de debate está ausente y, por tanto, es posible decir que la producción tecnocientífica o la vida cotidiana también hacen política. Las discusiones o las disputas públicas emergen como una practica puntual y localizada de una vida política mas amplia -que incluye desde los tratamientos médicos hasta la distribución de las tareas domésticas. El debate sobre las diferentes formas de organización política - representativa, participativa, deliberativa- se refiere a la política explicita, la política de las diferentes asambleas o parlamentos y no sobre toda vida política, que tal como se ha dicho, sobrepasa los limites de los espacios del debate público.

Cualquier avance científico o tecnológico es político. No en el sentido sólo de las explicaciones sociológicas de sus causas sino en el sentido estricto del término

político: cada hallazgo conlleva la modificación de la distribución del poder en nuestro mundo. Un nuevo aparato, una nueva bacteria cambia los *cosmogramas* (Stengers, 2010) que habitamos. Después del SIDA, por ejemplo, la composición del territorio de la vida es diferente. Alguien podría objetar que no ha cambiado el territorio del mundo sino el mapa -que la imagen del mundo se ha hecho más completa gracias al descubrimiento del virus. Pero para Latour tales concepciones son parte de la antigua dualidad sujeto-objeto o naturaleza-sociedad que critica: Tanto el mapa como el territorio emergen y se modifican en paralelo e interactúan. Hasta el punto de que no solo el mapa refleja el territorio sino también este último refleja el mapa. Según Latour, este es el primer tipo de política (política-1)

Ahora bien, si la entrada de un nuevo actor humano o no humano en los cosmogramas de nuestro mundo llega a generar un concernimiento público, la política cambia de nivel. Se hace "social" y entra en la área de las relaciones e interacciones humanas. El asunto (issue) que crea una tensión social se llama política-2. Se puede decir que ha salido de los *cosmogramas* y ha entrado en los *sociogramas*. La movilización de grupos concernidos, movimientos y asociaciones ciudadanas es política 2.

El carácter de la política cambia si el gobierno, con sus decisiones, intenta intervenir. Cuando el gabinete asume acción y toma decisiones, o muestra que no va a tomar ninguna, estamos en el campo de la política 3. Es el momento en el que la política se encuentra con el Estado. El encuentro entre la política y el Estado cambia el carácter de la política porque la convierte en un ejercicio de soberanía. Aparece la pregunta "¿quién manda aquí?". Los actores políticos deben posicionarse ante el gobierno y sus decisiones: Expresar su acuerdo o desacuerdo, mantener silencio, protestar y elegir las formas de protestas, o avalar las decisiones tomadas y elegir las formas de apoyo. Los sociogramas se convierten entonces en *escenarios políticos*. Siguiendo a Latour esta sería la Política 3.

Ahora bien, cuando el escenario político funciona según la lógica de la deliberación colectiva o de la discusión política, como diálogo/disputa entre actores que presentan argumentos con el objetivo de encontrar la mejor alternativa –en un parlamento, en un asamblea vecinal, en un encuentro entre agentes institucionales y asociaciones ciudadanas, en una manifestación- la política cambia de nivel. Es la política 4. En este tipo de política el escenario político se hace *proceso deliberativo y/o conflicto político*. Efectivamente no todos los temas llegan a esta fase. A veces porque la política se queda en el nivel de la ejecución y no de la deliberación/conflicto y otras porque las tensiones se disuelven –los temas “se arreglan” por acuerdos implícitos y sin una discusión manifiesta. Se puede decir, que la política 3 es el momento en el que la deliberación y la discusión se convierten en el modo por excelencia para gestionar un asunto.

Es necesario hacer una observación. Latour en su artículo considera que la política 4 es la política deliberativa de Habermas (2010). Pero en este estudio, siguiendo el espíritu no sólo de Habermas sino también de Schmitt o de Marx se considera que la política 4 no es solo la política deliberativa sino también la política que conduce al conflicto. Política 4, en esta tesis, es la política en el sentido clásico de la palabra.

La política toma otras características cuando la decisión tomada por parte del gobierno y/o la respuestas sociales llegan a crear un nuevo equilibrio, una nueva pauta estandarizada en la gestión del asunto. Se trata del momento en el que el debate público ha cerrado y el tema se ha incorporado a la vida diaria y “se da por sentado” . Es la política 5, la política que apasionaba a Foucault, la política que no se declara como tal pero que es política en el sentido de la gestión administrativa de las poblaciones. Escuelas, psiquiátricos, planificación urbana o roles de género, no se debaten públicamente en la mayor parte del tiempo. No suelen problematizarse. Pero incluso así son política. Desde luego el debate se puede abrir en cualquier momento. Mientras esto no pasa, estamos en el campo de la política-5. La política cinco es el momento de la *biopolítica*.

Lo que es interesante en el relato de Latour es su planteamiento de que hay operaciones políticas incluso cuando no hay nada aparentemente político. En algún sentido “la política está en todas partes” tal como dijo un entrevistado de nuestro estudio. El mérito de Latour es que no generaliza y no propone una politización homogénea de toda la vida –“todo es política”- sino que crea y compagina diferentes significados de ella. Ahora bien, no debemos cometer el error de considerar que un tema debe pasar por todas estas fases, o que estas fases son secuenciales. Bastantes veces aparecen de forma casi simultánea o su orden puede alterarse. Por ejemplo una decisión del gobierno (política 3) para ilegalizar el aborto puede conducir a un tensión social (política 2), al debate público (político 4) y/o afectar los roles de género (política 5). *Muchas veces se trata de diferentes aspectos del mismo momento.* En todo caso, el autor francés describe adecuadamente el sentido de nuestra fase histórica en la que la política ha traspasado los límites de las organizaciones públicas para emerger como un elemento intrínseco de las instituciones “privadas” –la empresa, la familia, el grupo de amigos, el laboratorio de la investigación científica. Es útil pensar que la discusión sobre la relación entre la política representativa y la política participativa, sobre la política de los expertos y la política de la polis, se desarrolla dentro de las coordenadas latourianas.

### **1.5.3. El tejido sin costura entre política y ciencia en las tierras de los ganaderos Ingleses.**

El relato es bien conocido. Wynne (1992) nos ofrece una magistral aproximación al tema. En 1987 ocurrió el accidente de Chernóbil. La consecuencia para los granjeros de la región de las Cumbria en Inglaterra consistió en una prohibición de la venta de carne de ovejas que era básica para la economía local. Las instituciones afirmaban que los niveles de contaminación caerían después de unas semanas y que la venta podría volver a empezar como antes. No obstante, las cosas no sucedieron así, los niveles permanecieron altos y la prohibición se

prolongó. Las afirmaciones sucesivas de los científicos resultaron equivocadas. ¿Qué pasaba?

En la región había también una planta nuclear local, que en el pasado se había considerado fuente de contaminación radioactiva y en la que también habían ocurrido accidentes en épocas anteriores. La contaminación persistente después del accidente de Chernóbil, pues, no se debía sólo a la lluvia radioactiva procedente de allí sino a la planta local. Los científicos oficiales hicieron un diagnóstico equivocado a pesar de sus aparatos técnicos sofisticados. Eran los habitantes de la región los que, a partir de su experiencia cotidiana y sus conocimientos de la historia y de la vida de la región, pudieron intuir que la contaminación venía desde la planta de Sheffield y no de Chernóbil.

En otras palabras, cuando los ganaderos ingleses se enfrentaron a la prohibición de vender la carne de sus ovejas, vieron la prohibición como científicamente impuesta y, como tal, indiscutible. Pero la afirmación de los expertos de que los niveles de la contaminación caerían y la prohibición terminaría después de unas semanas no eran nada realistas, ya que los datos mostraban que los residuos radioactivos seguían en altos niveles. El gobierno decidió prolongar la prohibición indefinidamente. Los científicos oficiales que fueron a las tierras de los ganaderos utilizaron metodologías que eran inoperativas en aquel terreno. Y así fracasaron en dar una explicación consistente de por qué los niveles de contaminación radioactiva seguían altos.

Como bien sabemos ahora, la contaminación en aquella región no se debía tanto a la lluvia ácida proveniente de Chernóbil sino a la actividad prolongada de la planta nuclear local. Y los granaderos, con su conocimiento local, respondían a la perplejidad de los científicos -ante los altos niveles de contaminación- mostrando la causa verdadera mucho mejor. Decían: “la contaminación es alta porque está pendiente del monte la toca el humo que sale de la planta nuclear que está al lado.” No obstante, los expertos no escuchaban estas explicaciones “ingenuas” y se encerraban en la defensa de su posición como expertos. Además, el orden

institucional, temiendo el impacto no sólo de su fracaso de predecir sino también de no haber detectado (¿u ocultado?) que Chernóbil no estaba sólo en Rusia sino también en las tierras Inglesas -un Chernóbil que sangraba durante décadas- se volvió aún más opaco e inasequible al debate público, a la deliberación colectiva. Se puede decir, siguiendo a Wynne (1992, 2007, 2008) que la fijación de los expertos en la estandarización, la predicción y el control les hizo responder a la cuestión bastante peor que las personas legas, cuyo bagaje cultural y social les hacía más abiertas a la indeterminación y a la incertidumbre.

Ante una situación compleja, hacer buena ciencia sería incluir un pluralidad de voces en la discusión del caso. Lo que se vio en el estudio de que Wynne (1992) es que la política y la tecnociencia, tal como se conciben desde las estructuras oficiales, parten de la idea de que la ciudadanía no se interesa o no puede implicarse en cuestiones de alto contenido “tecnocientífico”. La cuestión se convertía en una controversia abierta y publica, una política 4. Se puede suponer, sin gran probabilidad de equivocarse, que se discutió en los despachos y los parlamentos de los gobiernos locales y nacionales, no obstante, esta no era la única dimensión política del asunto: En los campos de Cumbria apareció con intensidad también la política 2 (la tensión social), la política 3 (las decisiones tomadas por las autoridades) o la política 5 (los roles preestablecidos entre expertos y legos, entre instituciones y ciudadanía). Se puede decir que la dimensión de la política 4 -de deliberación colectiva o de disputa política pública- no se hizo efectiva, y no llegó a determinar la gestión del asunto, produciendo, por ejemplo un cambio según los planteamientos de los no-expertos. Las críticas de los habitantes de la región se expresaban cada día pero parece que no llegaron a un nivel que les permitiera presentarse como una fuerza política colectiva ante las gestiones de los expertos y de las autoridades.

#### **1.5.4. El tejido sin costuras en el caso del SIDA.**

Similares cuestiones surgieron en el estudio de Epstein (1995) en Estados Unidos sobre las intervenciones de los y las activistas de las asociaciones de

personas seropositivas. El estudio de Epstein se refiere a la movilizaciones de estas asociaciones en torno a la investigación biomédica sobre la enfermedad. Su trabajo explica cómo los activistas empezaron a reivindicar ser escuchados por el aparato institucional biomédico, que tendía a subestimar la experiencia de la enfermedad a favor de la investigación y la ciencia rigurosa y objetiva. Los activistas desempeñaron un trabajo de formación propia para poder entrar en los espacios donde las personas expertas debatían las cuestiones respectivas. Reivindicaron su participación en el curso de la investigación biomédica y así consiguieron constituirse como interlocutores válidos de las personas expertas y de las instituciones. Mostraron la necesidad de incorporar las consideraciones sociales y éticas en el curso de la producción del conocimiento y también problematizaron la estructura jerárquica entre expertos y no expertos, entre médicos y pacientes. Protestaron por los diseños de los experimentos de nuevos tratamientos, que permitían el acceso a los tratamientos experimentales sólo a un determinado perfil de paciente, excluyendo otros que habían seguido otros tratamientos o tenían hábitos de vida insalubres. Los activistas comentaban: “To rely solely on official institutions for our information is a form of group suicide.” (Epstein, 1995).

El activismo de este grupo reivindicó un cambio en los términos en los que se tomaban las decisiones de los expertos. Los pacientes y sus familias sostenían que estas decisiones deberían ser resultado de un proceso de debate en el que no podrían faltar las personas más concernidas. Hasta aquel momento las decisiones se tomaban sólo por los que presuntamente sabían más, los expertos. Pero a medida que se demostraba que las instituciones, incluidos sus científicos, no podían resolver el problema de la nueva enfermedad, su credibilidad disminuía, creando las condiciones para la entrada de las voces disidentes. (Domènech, Feliu, Garay, Iñiguez, Peñaranda, & Tirado, 2002)

No obstante, Epstein (1995) comenta que la continuación de esta historia ha sido irónica: las activistas que se formaron hasta el punto de volverse interlocutores válidos de los autoridades científicas del país, aquellos que al principio

protestaban por los diseños experimentales pidiendo experimentos más inclusivos, en un momento determinado empezaron a cambiar de ideas. En el curso de su trabajo común con los expertos y a medida que se veía que el tratamiento del SIDA no llegaría pronto, empezaron a reconocer la necesidad de tener una base de “datos duros” provenientes de pacientes de un determinado perfil “puro”. Una nueva división surgió en el movimiento entre los expertos-legos y los legos-legos. Los primeros asimilaban el pensamiento científico mientras que los segundos seguían protestando sobre los criterios estrictos de los diseños experimentales.

¿Qué pasó en este caso? Las decisiones se tomaban según lo que Callon, Lascoumes y Barthe (2001) llaman la “doble delegación”: la gente normal y corriente delega la toma de decisiones políticas en los políticos expertos. Y también delega la producción de conocimiento a los científicos expertos. Los ciudadanos viven en una condición de pasividad respecto dos coordenadas, la tecnociencia y la política, ubicados en el cuarto que se corresponde al “negativo” de los dos ejes. Se supone que no saben ni de política ni de tecnociencia. Pero a medida que los asuntos se vuelven cada vez más complejos y la incertidumbre aumenta, los políticos y los científicos pierden sus credibilidad como personas que saben. Y se crean las posibilidades de que los sujetos sociales empiecen a circular por las diferentes posiciones: el experto se vuelve ignorante y busca la ayuda en el conocimiento experiencial del lego, que muestra algún tipo de saber especial del cual el especialista carece. Por esta razón, Callon y sus colaboradores (2001) abogan por la creación de espacios de trabajo común entre expertos y no expertos como vía para promover la hibridación del conocimiento: crear vías donde el conocimiento tecnocientífico y las voces de las personas concernidas dialoguen *on equal footing* y prevalezca la posición mejor argumentada y no la posición de la persona con mayor prestigio.

No obstante, el trabajo de Epstein nos muestra algo que Callon y sus colegas omiten: el lego a medida que se familiariza con los asuntos complejos que examina con sus interlocutores expertos puede llegar a aceptar sus criterios. En

otras palabras, el hecho de que el movimiento de los activistas anti SIDA se dividió entre legos-legos y legos-expertos muestra que un proceso deliberativo implica cambios en varias direcciones. El trabajo común y “on equal footing” quiere decir que cualquier perspectiva puede llegar a priorizarse. Y que el diálogo debe hacerse a base de argumentos pertinentes y no de “status” social.

Otra vez se ve la dimensión política de esta cuestión biomédica. Se sabe, desde los trabajos de diferentes politólogos (Truman, 1951; Dahl, 1961), que diferentes grupos sociales pueden tener cierta incidencia en la toma de decisiones porque solo así se alcanza el equilibrio en las sociedades pluralistas. Una democracia puramente representativa no contribuye a tal equilibrio. Pero la cuestión de los tratamientos del SIDA y de las decisiones sobre la contaminación de las tierras de Cumbria en Inglaterra no exigían la participación del público solo por la necesidad de un equilibrio entre voces diferentes. Pasaba algo más radical: no existía centro de poder fiable. Ya no se trataba de la necesidad de un equilibrio sino de una deliberación: intercambio de perspectivas para conseguir las mejores decisiones tomadas, y también, como la otra cara de la misma moneda, para conseguir decisiones con la mayor legitimación social. El pluralismo clásico y agregativo no podía responder a la coyuntura. Así que la propuesta deliberativa encontró cierta aplicabilidad. Volveremos a estos puntos más adelante

En términos latourianos, la acción de las asociaciones de los pacientes y sus familiares activó la política 4, el momento de activar el debate público y abierto entre perspectivas diferentes. Con la identificación del HIV, la política apareció como política1: el mundo había cambiado después del HIV. Se puede decir, siguiendo a Stengers (2010), que su composición cosmopolítica se modificó a medida que los actores humanos y no humanos, sociales y naturales crearon nuevas asociaciones, nuevas conexiones entre la vida y la muerte, la salud y la enfermedad, los virus y las bacterias y nuestros cuerpos. También apareció la política 2 porque surgió una tensión social alrededor del virus. Simultáneamente – y no secuencialmente- la toma de decisiones políticas y las declaraciones por parte del gobierno, y, en consecuencia, la pregunta “¿quién debe mandar aquí y

cómo?” marcó la activación, por así decir, de la política 3. Y ya que el tema también afectó el “modo de vivir” de la gente, los roles y las actitudes preestablecidas sobre la salud, la sexualidad, la moral, se puede decir que tuvo una dimensión que correspondía a la política 5.

Lo que pasó también es que el cambio de perspectiva vino cuando se activó la política 4, el debate público. Esta discusión -que condujo a la inclusión de todas las voces *on equal footing*- permitió una gestión más eficaz y legitimada de la cuestión. Efectivamente, la política en el caso del HIV no se volvió totalmente 4. No todo empezó a ser objeto de una deliberación colectiva. No obstante, se vio que la política de las personas expertas, la política del estado se enfrentó a unas limitaciones que exigían nuevos recursos, y esos recursos fueron, precisamente, la activación de procedimientos deliberativos y participativos.

#### **1.5.5. La participación ciudadana en las sociedades del conocimiento.**

Lengwiler (2008) sugiere por su parte que la comunicación entre expertos y ciudadanos ha estado bastante presente en la historia moderna de la producción del conocimiento. Política y ciencia han estado siempre estrechamente ligadas: La ciencia era parte integral de la cultura burguesa emergente durante el siglo XIX o de los discursos del movimiento socialista en el la primera mitad del siglo XX. En otros casos, los científicos trabajaron con y por el colonialismo. Tanto para la política progresista como para la conservadora mantenían lazos más que evidentes con la comunidad científica.

La participación de la ciudadanía en la ciencia y la demanda de una producción de conocimiento socialmente comprometida tiene sus orígenes, según este autor en los movimientos sociales de los años 60' y 70' -antes de las propuestas deliberativas. Se puede decir que el giro participativo después de los 90 expresa tanto la victoria como la derrota de aquella demanda. Victoria porque su necesidad se reconoció a nivel institucional (Rowe y Frewer, 2004). Y derrota porque, tal y como comentan Callon y Rabeharisoa (2007), la actividad económica

de los mercados es siempre el condicionante de la actividad participativa- así que se trata siempre de una participación limitada. Esta última no puede sino tener objetivos compatibles con el mercado.

En este marco, y a partir de las aportaciones teóricas de la propuesta deliberativa y el “giro participativo”, ha habido desde los finales de los 80’ una larga experiencia de mecanismos de participación ciudadana que marcan la vida de la democracia actual: “Citizens’ Panels”, “Citizens Juries”, “Deliberative Pulls”, “Scenario Workshops”, “Consensus Conferences” (Abelson y Gauvin, 2004). Prestigiosas instituciones europeas como la House of Lords Select Committee for Science and Technology plantearon en el año 2000 la necesidad de incorporar los legos en las actividades de investigación y educación científicas, no como elemento adicional y opcional sino como parte normal e integrado de estos procesos (Irwin, 2006). El acercamiento de las democracias actuales a mecanismos de participación de los legos (inspirados por la lógica deliberativa y no por las perspectivas de la “democracia directa”) se ve también en la actividad de las mismas revistas científicas, el núcleo duro de la experticia. Durante el año 2002 se desencadenó una fuerte controversia sobre la posible contaminación en México de los maíces nativos por maíces transgénicos. La famosa revista “Nature” recibió propuestas de artículos con conclusiones opuestas, basados en estudios con similares niveles de coherencia y rigurosidad. Ante la dificultad de evaluar *los estudios* con las metodologías usuales (peer-review, etc.), la dirección de la revista tomó la decisión de publicar los textos divergentes con la nota de que deseaba permitir a los lectores juzgar la ciencia por sí mismos (Delborne, 2011).

No obstante, Collins y Evans (2002, 2003) matizan la hipótesis de que, en las sociedades complejas, la deliberación ciudadana sobre asuntos tecnocientíficos es siempre positiva y necesaria. Sugieren que existen cuestiones técnicas que el público general no puede abordar y discutir -salvo aquellos expertos no acreditados oficialmente que han adquirido los conocimientos necesarios. Aunque parece correcto afirmar que la ciudadanía debe tener acceso a la toma de decisiones políticas sobre tales cuestiones, eso no quiere tener que sea útil la

implicación en discusiones técnicas de aquellos ciudadanos que no poseen conocimientos específicos. Los autores proponen que hay que definir las posibilidades y las condiciones de comunicación entre expertos-legos y no promover ilusiones de que las puertas de la ciencia pueden estar siempre abiertas.

La cuestión del papel de la deliberación en los entramados tecnocientíficos y políticos está lejos de estar cerrada. Wynne (2003) argumenta que no existe una fase técnica y una fase política -de toma de decisiones- separadas. La fase técnica de un tema es resultado de una negociación sobre el significado y la relevancia de este tema. No existe el núcleo de lo “objetivo” donde la deliberación no cabe, porque este núcleo es resultado de un marco de significados y consideraciones públicas. Wynne considera que la idea de que las puertas no siempre pueden estar abiertas refuerza la imaginación cultural liberal basada en la aceptación acrítica del cientifismo occidental. Jasanoff (2003) repite que la experticia científica está políticamente construida –y no “objetivamente”. La política está en el núcleo del conocimiento. Y Rip (2003) añade una observación, que recuerda la insistencia Kuhniana en las dinámicas internas de la comunidad científica: el objetivo primordial del hombre de la ciencia es su lucha por su reputación. Igual no podría haber algo más político en la producción del conocimiento. Las afirmaciones científicas se producen por luchas y consensos, y siguiendo a Jasanoff (2007) se puede decir que la incertidumbre es irremediable incluso en al núcleo del conocimiento científico.

Es posible decir que la tecnociencia oficial y las instituciones de la democracia actual desarrollan actitudes paralelas ante la deliberación y la participación: le es necesaria pero también pretenden contenerla, y limitar su marco de actuación (Roberts, 2004). Pretenden incorporar las consideraciones y la creatividad de las/os ciudadanas/os puesto que son recursos que permiten no sólo mayor legitimización de las decisiones políticas sino también mayor conocimiento de situaciones locales y específicas y mayor eficacia. En todos estos debates, la “doble fractura” emerge como una limitación, y también como una condición casi

insuperable ya que política y tecnociencia moderna son inconcebibles sin esta escisión. Este tipo de tensiones atraviesan toda la literatura de los estudios de Ciencia y Tecnología y el “giro participativo” apunta de una u otra manera a esta fractura (Maranta et al., 2003)

Este “giro participativo” cobra diferentes significados en relación a las diferentes perspectivas sobre las luchas del Poder (Horst, 2010) y el orden social. A medida que el pensamiento se hace más sensible a la cuestión del Poder y los conflictos sobre su distribución, más suspicaz se vuelve hacia el papel de los expertos, hacia las jerarquías que parten del Saber. Cuando el pensamiento liberal sugiere que la participación constante en la política es inviable de la misma manera que la ciencia oficial aboga por el carácter periférico y no vinculante de los mecanismos de participación ciudadana, las instituciones evidencian su relación dinámica y tensa con la propuestas deliberativas. El pacto entre deliberación e institución ha sido difícil porque siempre la relación entre la Política basada en la Polis, y la Política basada en los expertos/representantes ha sido complicada.

Los científicos acreditados tienden a cierto conservadurismo político; el estatus de los expertos acreditados está vinculado con la afirmación de la idea de que el “público no sabe” (Cook, Pieri y Robbins, 2004; Davies, 2008; Gisler y Kurath, 2011). Los expertos consideran la participación de los legos como un proceso que naturalmente debe reforzar los postulados de los expertos (Young y Matthews, 2007). Para los expertos, las preferencias políticas de los ciudadanos y sus percepciones sobre los posibles riesgos de cada situación se basan en su ignorancia (Besley y Nisbet, 2011). Y a veces incluso temen que revelar la incertidumbre que atraviesa la vida de la tecnociencia incrementaría la confusión sobre un problema particular (Frewer et al., 2003). Los científicos suelen creer que sus acciones y creencias provienen del mundo “natural” mientras que las de las personas legas de interpretaciones, inclinaciones e intereses personales (Burchell, 2007). En la mayoría de los casos, los hombres de ciencia suelen pensar que hablan según lo que dicta su pensamiento racional mientras la gente

normal y corriente habla según lo que sienten. El conocimiento lego se ve como intuitivo, a- sistemático y no analítico.

Pero a pesar de las limitaciones que la realidad sociopolítica impone a los mecanismos de participación, no siempre falta el optimismo; hablando de ciencia y participación, Fuller (2003) sugiere que las “conferencias de consenso” en las que el público se convierte en jurado -con posibilidad de determinar la agenda y las conclusiones- es un importante avance democrático. Los procesos participativos pueden ser una herramienta importante para crear lo que él llama un “ciudadano científico”. Para este objetivo, debemos contener la tendencia según la cual los no expertos se ajustan a las opiniones de los expertos pero los expertos no modifican las suyas. La participación puede ser un proceso superficial pero también puede ser un marco de negociación profunda entre conocimientos “locales” y “científicos” para llegar a saberes originales. En términos de Irwin y Michael (2003), hay que plantearse el objetivo de crear nuevas configuraciones entre expertos y legos y movernos más allá de la dicotomía experto/público que caracteriza las formas convencionales de la lógica de la tecnociencia oficial y las estrategias paternalistas de “popularizar” la ciencia. Dicho de otro modo, la cuestión no es transferir conocimiento que el público no tiene. La sociedad de conocimiento para estos autores es un terreno político, y la socialización del conocimiento es la condición que nos permite movernos más allá del esquema según el cual los especialistas deben mitigar la desconfianza del público comunicándole los saberes necesarios –para superar el “déficit” que tiene el público. En otras palabras, sería la hora de dejar de concebir la ciudadanía según el *deficit model* (Miller, 2001).

Gibbons y sus colaboradores (1994) destacan la oposición entre dos modos de conocimiento: el modo 1, que es académico, iniciado por la persona investigadora y basado en las categorías disciplinares tradicionales; y el modo 2, que es menos basado en el trabajo académico disciplinar y más en estudios transdisciplinares realizados cerca del “contexto de la aplicación” mediante acuerdos colaborativos y redes no sólo formales sino también informales. El modo-2 se basa en alianzas

heterogéneas entre practicantes desde campos diferentes. Actualmente, el conocimiento se implica más en la vida del mercado, condición que, según los autores, por una parte se ve como amenaza a la autonomía y a la calidad de la investigación y, por otra parte, puede estimular el estudio de nuevas cuestiones. Al mismo tiempo, gracias a la diversidad de los actores, hay una mayor demanda de transparencia y responsabilidad social (social accountability). La heterogeneidad de los practicantes anima el diálogo entre diferentes puntos de vista y, en consecuencia, la reflexividad epistemológica y política. El modo-2 nos recuerda la propuesta de Callon y sus colaboradores (2001) de completar la “investigación confinada” (confined research) con la “investigación en el campo” (*research in the wild*) para abordar problemas complejos que conciernen al público. Waterton y Wynne (2004) argumentan que el conocimiento se puede producir bien en los canales y las formas oficiales o bien evitándoles o sustituyéndolos.

Otros autores tienen puntos de vista diferentes ante la participación y las herramientas deliberativas: aunque los procesos participativos tienen como objetivo declarado hacer permeable la frontera que separa los legos y los expertos, otorgando a los no expertos, por ejemplo, el derecho de definir la agenda del debate o elegir especialistas de su preferencia, tal frontera nunca se hace tan permeable como para crear un contexto de negociación verdaderamente “democrático”. Pueden surgir cuestiones interesantes, pero los no expertos difícilmente se ubican en el mismo nivel que los expertos. Las autoridades políticas reconocen la importancia y la coherencia del discurso de los no-expertos, pero se acepta que los especialistas saben más y que, por tanto, ellos deben tener más poder decisorio en las cuestiones tecnocientíficas.

Siguiendo a Levidow (2007), la participación se ha hecho *mainstream*; su objetivo no es la democratización de la ciencia sino la creación de un mercado de opiniones. Este autor nos comenta que su finalidad es medir el impacto social de las tecnologías, pero no valorar las tecnologías en sí. Se supone entonces que, en las formas existentes de participación, no se puede dar una crítica que

presuponga un cambio radical de perspectiva. En la misma línea, Laurent (2009), cuestiona el uso de facilitadores profesionales en los procesos participativos, puesto que no es fácil distinguir la facilitación de la influencia. Laurent argumenta que los facilitadores, por ejemplo, tienden a marginar las voces que ven en los avances tecnocientíficos un intento del control social. En pocas palabras, la teoría deliberativa se caracteriza por su ceguera ante las luchas por el poder (Laurent, 2009). Según Irwin (2006) las autoridades promueven los procesos participativos porque pretenden disolver las dudas de los más escépticos ante los desarrollos tecnocientíficos y restaurar la confianza en la comunidad científica (y también en la clase política). A mayor transparencia, mayor legitimación. Sin embargo, en el mismo texto Irwin sugiere que un debate abierto no necesariamente conduce a mayor confianza hacia la comunidad científica, ni mayor legitimación social. Además, para él, el “público” no está dado. Cómo no hay un acceso directo a la naturaleza tampoco hay un acceso directo al “público”. La opinión pública está abierta a múltiples construcciones, incluidos los argumentos y los contra-argumentos sobre lo que el público “realmente” piensa y lo que “realmente” es (Irwin, 2006). Irwin comenta que bastantes veces en los procesos participativos se priorizan los puntos de vista de ciudadanos con la mente “abierta” frente a ciudadanos que tienen puntos de vista pre-configurados (es decir, los “activistas”). Por tanto, existe siempre la cuestión sobre el cómo se crea y se estructura el marco de participación. En otras palabras, hay que evitar idealizar la participación dado que esta se desarrolla en un marco estrictamente delimitado por la economía y la política actual (Callon y Rabeharisoa, 2007; Lengwiler, 2008)

Kashefi y Mort (2004) critican la reducción de la experiencia social y subjetiva en “outputs” estandarizados útiles para uso institucional. Papadopoulos (2011) comenta que las políticas participativas operan como fuerzas correctivas en los fallos de las instituciones existentes, es decir, como elementos complementarios y periféricos. Actúan afirmando una distinción entre la fase política y la fase técnica. A nuestro parecer, la “fase técnica” se refiere a la fase de la producción de conocimiento. La “fase política” se refiere a su “aplicación”. Mediante las metodologías participativas institucionales el público puede -como mucho- regular

la “aplicación”, es decir, el uso social del conocimiento pero no puede definir las vías y las formas de conocer., Puede decir su opinión, sea cual sea, pero no puede decidir un cambio profundo en las cuestiones de la agenda científica. Nos parece que la participación emerge como una conexión entre la ciudadanos y las estructuras institucionales, incluidas las instituciones científicas y que tal conexión deja estas estructuras intactas. Según las críticas, la identidad del lego y del experto no se cuestionan y no se negocian en este tipo de participación ciudadana.

Thorpe y Gregory (2008) endurecen la crítica a los procesos participativos. Partiendo de A. Negri y M. Foucault, estos autores consideran que la participación es parte del desarrollo del control biopolítico de la población. Lo ciudadanos que participan ofrecen sus capacidades cognitivas y relacionales al servicio de los objetivos oficiales. Los procesos participativos emergieron en la fase post-fordista de la producción capitalista para fortalecer el compromiso y la productividad de los trabajadores manuales o/y cognitivos. Actualmente, se usan para reclutar la inteligencia colectiva en la construcción de tecnologías más adaptadas a las necesidades de sus consumidores. La participación ciudadana entra en la producción del conocimiento tecnocientífico como una fuerza vitalizante. La producción post-fordista la necesita porque necesita el incesante flujo de novedades que miles de cerebros interconectados pueden ofrecer.

Thorpe y Gregory comentan que la participación no produce sólo tecnologías sino también “públicos”. El público, según este punto de vista, no es algo prefigurado antes de entrar en los procesos participativos. No tiene unas inquietudes, unas posturas o unos discursos pre-formados. El público se crea cuanto se crea en el campo de un debate o diálogo determinado. Esto significa que, en los procesos actuales de participación, el público no determina la cuestión sino que es su resultado. El alcance de las actuaciones de este público se determina por los límites del escenario en el que se mueve. Transgredir estos límites equivale a dejar de reconocerse como público e interlocutor válido. Es decir, para los más críticos, la participación es una fuerza conciliadora de los diferentes actores que

coexisten en su seno, que en otros contextos estarían en posiciones antagónicas.,. Thorpe y Gregory argumentan que, por tanto, el desarrollo de este tipo de cohesión social es la respuesta de las autoridades frente a la posibilidad de un “éxodo social”, a saber, el incremento de la capacidad de las multitudes de crear formas de organización y comunicación, no-institucionalizadas, a-legales y horizontales. Según tal punto de vista, la participación en sus versiones existentes e institucionalizadas, funciona como una herramienta que permite contener y limitar el planteamiento de los movimientos colectivos rupturistas.

### **1.5.6. El intelecto general**

Esta línea de pensamiento considera que la fuerza de todo saber no está en la experticia oficial, en la ciencia institucional y su equipos. El conocimiento oficial avanza para responder a las reivindicaciones sociales y clasistas. Estas luchas se desarrollan

siempre en una determinada organización del trabajo y de la sociedad. Se desarrollan en ella, y hacen peligrar el poder económico-político que las utiliza para extraer la famosa “plusvalía”: Así pasó por ejemplo con los talleres y los artesanos del siglo XIX y los principios del XX: Los artesanos gracias a sus conocimientos podían controlar totalmente el ritmo de la producción. Los propietarios de la industria entendieron que el conocimiento era el poder del artesano. En consecuencia deberían organizar la producción de tal modo que hiciera esta conocimiento innecesario. De esta manera emergió la “Organización Científica del Trabajo” (Coriat, 1991) que imponía una fragmentación y enumeración exhaustiva de los gestos necesarios para producir el producto final y que sustituía al artesano con un trabajador que no sabía sino repetir el mismo movimiento.

Actualmente, la “nueva economía” basada en las nuevas tecnologías y el trabajo de colaboración entre diferentes productores es resultado de la resistencia de los trabajadores al trabajo repetitivo y mecánico de la fase histórica anterior, a saber, de la fase fordista (Negri y Hardt, 2000). Es resultado también de las amplias

protestas sociales contra una sociedad que bloqueaba la creatividad de las personas no solo en los espacios de trabajo sino también en las escuelas, las universidades y los hogares. Así que hoy ha emergido un modo de producción que intenta incorporar al máximo no sólo la inteligencia personal y colectiva sino también los afectos y cualquier expresión subjetiva. Dicho de otro modo, la economía basada en el conocimiento y el trabajo colaborativo emergió porque las/os trabajadoras/es, la juventud, las mujeres se negaban a participar en un modo de funcionamiento laboral, académico, escolar, familiar, estrictamente jerárquico, mecánico y autoritario

En otras palabras, la presión social que ha cambiado la economía pasa por los cambios en la producción del conocimiento. La producción del conocimiento se vuelve más colaborativa, contextual, reticular, y menos institucionalizada porque sólo así se puede asimilar la exigencia de una mayor democracia y de una mayor participación en la producción de la vida. Llamémoslo modo-2 (Gibbons, 1994), hibridación (Callon, Lascoumes, & Barthe, 2001), etc, se trata al final de manifestaciones de la “intelectualidad de masas” (Negri y Lazzarato, 2001), un término que sigue el término *General Intellect* propuesto por Marx. Las dos nociones se refieren a saberes, códigos y informaciones circulantes y compartidos que no pertenecen a nadie personalmente y son la fuerza de la producción económica y social.

Marx (1939) argumentaba que el saber colectivo e impersonal se cristaliza en las máquinas de la fábrica fordista, que se convertían en el eje de la producción capitalista, desplazando al trabajador individual. Las máquinas son resultado de la evolución y de la circulación del saber social general, que cuando se oficializa toma la forma del progreso científico-tecnológico. Ahora bien, el salto que han dado algunos teóricos (Negri y Lazzarato, 2001; Virno, 2007) es que los conocimientos sociales no adquieren solo las formas de máquinas materiales (tridimensionales) sino también llegan a producir otro tipo de máquinas, “materiales” e “inmateriales” al mismo tiempo, que tienen la forma de códigos, lenguajes, redes, conocimientos y informaciones que hoy en día, tienden a ser el

centro de la producción económica. Desde las bolsas hasta el twitter, la fuerza productiva es la relación entre personas que multiplica las contribuciones individuales, las transforma y les da la forma de un flujo común y desterritorializado. Miles de mentes interconectadas que comparten informaciones, estilos, saberes.

Así que, a partir por ejemplo de una cuestión específica, vemos que se forma y se manifiesta una especie de competencia cognitiva colectiva que va más allá de máquinas específicas. Los teóricos comentan que la erudición científica del trabajador individual no se cuestiona aquí. Lo que pasa es que las actitudes más genéricas de la mente ganan un estatus fundamental como recursos productivos. Ellos son el lenguaje, la disposición de aprender, la memoria, el poder de abstracción y de la relación y la tendencia hacia la auto-reflexividad. Hay que pensar la “General Intellect” (GI) como la facultad de pensar en general, más allá de los resultados del pensamiento- por ejemplo, un libro, una formula algebraica. Para entender la GI es interesante pensar como ejemplo el acto mediante el cual cada locutor utiliza el potencial inagotable del lenguaje para realizar enunciados irrepetibles aunque las palabras se repiten constantemente. Como el intelecto y la memoria, el lenguaje es el recurso más común y menos “especializado”. El buen ejemplo de intelectualidad, nos dicen estos teóricos, de masas es el orador, no el científico. La intelectualidad de masas no tiene nada que ver con una aristocracia de especialistas. De hecho, es lo contrario de ella.

#### **1.5.7. A modo de Resumen.**

Si algo se evidencia aquí es que la sociedad del conocimiento produce la implicación de la ciudadanía en la vida política y tecnocientífica a causa de la expansión de los saberes circulantes y compartidos. Se trata de una implicación que tiene una relación tensa con el orden institucional. Las autoridades por una parte temen la participación y la deliberación colectiva, y por otra parte la quieren utilizar para conseguir mayor legitimación de sus decisiones políticas y incluso

mayor eficacia. La experticia en la política y la tecnociencia queda cuestionada en este marco por los conocimientos y las experticias socializadas y colectivas.

Por tanto se considera hoy que incorporar la visión de las personas legas en la gestión de las problemáticas complejas no es sólo un imperativo ético-político sino también pragmático. Se puede decir siguiendo al Dewey (1927) que el carácter novedoso y complejo de muchas cuestiones hacen que los procedimientos estandarizados y las experticias respectivas sean insuficientes para dar respuestas. Así que se hace necesario el mayor dialogo posible para explorar nuevas posibles perspectivas de solución, que salen del marco de las prácticas políticas y técnicas habituales. El potenciamiento de la inteligencia colectiva, que la sociedad del conocimiento promueve, hace que la democratización profunda de la vida se convierta en una fuerza de enorme productividad, tanto para la tecnociencia como para las decisiones políticas.

La condiciones de la sociedad del conocimiento activan de nuevo el debate, aunque sea de manera implícita, entre las grandes tradiciones de la política moderna: la política representativa y la política participativa. Un debate que hace necesaria la referencia a la propuesta deliberativa, que enriquece el abanico de las posiciones que se pueden adoptar en esta discusión. El dialogo o el conflicto entre todas estas perspectivas nos hace pensar cómo se puede o se debe plantear la representación, que evidentemente no es elemento propio sólo de la tradición representativa/liberal sino que es indispensable en cualquier modo de organización política. Examinaremos todas estas dimensiones enseguida, porque nos permiten comprender el fondo de la discusión actual, sobre las características que deberían tener la política y la democracia en nuestras “sociedades de conocimiento”

## **Capítulo 2**

### **Sobre el método del estudio**

Habría que aclarar en este punto nuestro recorrido metodológico mediante el cual buscamos identificar significados de las explicaciones de las personas legas y de las expertas a partir de diferentes tradiciones teóricas y políticas de la democracia: la tradición de la democracia liberal, la de la democracia participativa, y la propuesta deliberativa -en una condición específica que se llama “sociedad del conocimiento”. Pero para explicar este objetivo sería necesario de definir a qué lógica se adscribe esta investigación.

Lo que se busca aquí no es sólo identificar patrones de ideas o argumentos, sino captar lo que puede ser más significativo en el intento de ampliar nuestras posibilidades relacionales y políticas de indagar nuevos modos de hacer política. Se busca actuar, trazando los contornos de una propuesta política que esté anclada en discursos y prácticas que no se producen en individuos (activistas o investigadoras/es) o grupos aislados, sino que atraviesan el cuerpo social o/ y colectivo. Los sujetos de las entrevistas son nuestros aliados puntuales en el marco de un estudio que pretende hacer teoría práctica. Se busca una propuesta de estructura o funcionamiento colectivo más democrático que la democracia actual. Y se intenta hacerlo no creando un modelo de una democracia ideal, sino un borrador que se podría materializar, porque se habría basado en la experiencia. Lo que nos interesa, en otras palabras, es delimitar qué elementos de los planteamientos de las personas expertas y legas puede ser más útiles a la hora de producir la propuesta de democracia que necesitamos.

En otras palabras, rastreamos los discursos que afloran en las entrevistas para identificar lo que podría ser más significativo para los soñadores y las soñadoras de la democracia “real”, o para el proyecto que pretende extender el poder del Demos en todos los rincones de la política, de la economía, y demás niveles de la vida. La atención que se presta a los sujetos parte de la idea de que la persona normal y corriente por estar sometida a todo tipo de presiones y problemas no es una persona que necesite “pedagogía”, sino que, por el contrario, ve algo que los otros, académicos teorizantes, quizás no podemos. Los activistas suelen tener un perfil demasiado identitario e ideológico que les impide conectar con estas

experiencias. Pero hay que atravesar las barreras de la ideología y escuchar lo que la “base social” dice -si se trata de emancipación colectiva.

Siguiendo a Dewey (1927) se puede decir que los movimientos que intentan aproximarse a la democracia “real” están condenados a aproximarse -como mucho, añadiríamos- asintóticamente a su objetivo. Es imposible crear una situación totalmente democrática, ya que esto presupondría una estabilidad simétrica entre los seres de este mundo. Siguiendo a Foucault (1976) se puede decir que tal simetría es totalmente imposible. Esta concepción no excluye la posibilidad de una propuesta teórico-práctica que pueda crear un salto cualitativo en el movimiento democratizador. La elaboración de herramientas para este salto es necesidad primordial. Y tales herramientas, para ser utilizables, deben tener vínculos con los repertorios de las prácticas ya existentes. Dicho de otro modo, es necesario alejarse de aquellos posicionamientos políticos que se limitan a la pura denuncia. Es necesario volver a las voces de la gente de la calle, para conectar la denuncia de las limitaciones severas de las estructuras políticas existentes con las dinámicas latentes, lo cual podría activar un movimiento democratizador potente y eficaz. La intención del estudio, por tanto, es *pragmática*: Pretende trazar las líneas generales de lo que se podría hacer para llevar al cabo el espíritu de la democracia radical de la nueva izquierda de los 60, sin olvidar que el fracaso de aquellas ideas es algo que ha tenido causas que no se pueden obviar -que son precisamente su idealismo moralista, que veía como potente y considerable una apuesta por una vida “común” y participacionista, que, hablando empíricamente, siempre ha sido poco duradera.

En este sentido, el presente trabajo -que no quede ninguna duda- parte de convicciones teóricas claras: a saber, la promoción de la democracia participativa es una opción razonable y realista para la gestión de los problemas de las sociedades contemporáneas. Entendiendo que es preciso que esa democracia sea una democracia más “real” -siendo siempre conscientes que una democracia plena es imposible. Aunque tal modo de entrar en la investigación puede sugerir la crítica de que puede conducir a obviar elementos importantes del material del campo (Ryan y Bernard, 2003) y, en este sentido, ser una mala manera de hacer

ciencia social, se debería añadir que cuando hablamos de democracia, la investigación y la política tienden a formar un tejido sin costura, y por tanto la perspectiva subjetiva y parcial no puede sino ser determinante.

El deseo democratizador, ha sido siempre controversial. Aunque su contenido ético no se cuestiona abiertamente, su eficacia sí; se considera hasta catastrófica, cada vez que entra en el orden del día. Aquí se hará la defensa de la mayor *-no idealizada-* radicalización democrática posible. Así que este trabajo se aleja de cualquier pretensión de inmersión en el trabajo de campo sin presupuestos teóricos para extraer lo presuntamente novedoso que este campo podría inducir. Desde el punto de vista del autor de este texto, no existe posibilidad de hablar de democracia y de política en ausencia de una perspectiva política propia.

## 2.1 A modo de hipótesis

Un elemento importante del estudio, en consonancia con lo recientemente dicho más arriba, ha sido hacer un mapeo breve y esquemático de las teorías de la democracia. Aunque estas teorías han sido variadas, se podrían reducir tal como hemos dicho en dos grandes corrientes: la participacionista y la de la democracia representativa. La primera se ha conectado con el pensamiento político de la “izquierda”. Sin necesariamente oponerse totalmente a la democracia representativa, apuesta por un modo de hacer política que no se limita en las elecciones y el ejercicio de las libertades políticas clásicas, sino que propone que estas libertades se extiendan hasta crear mecanismos de toma de decisiones vinculantes: la libertad de expresión en este caso, se conecta con una posibilidad de acción inmediata. La expresión de la opinión se convierte en expresión de una praxis colectiva. La segunda tradición se basa en la idea de que la gente no desea implicarse en la política, así que el modo más funcional de hacer política es limitar el espacio de la política a las elecciones y las libertades políticas tales como se conciben en el pensamiento liberal. Según la segunda perspectiva, el peso de la toma de decisiones cae en la figura del representante -al contrario de lo que pasa en las propuestas participativas, en las que el representante suele tener un papel más limitado o incluso es visto con suspicacia. Se ve que la cuestión de la representación es el elemento diferencial entre las dos tradiciones. Se puede decir, simplificando, que a medida que su importancia aumenta nos movemos desde el primer modelo al segundo.

En este marco la propuesta deliberativa tiene una importancia que vale la pena destacar. Aboga por el diálogo más abierto posible como una fuente imprescindible de ideas y propuestas de soluciones. Va más allá del pluralismo clásico, “agregativo”, que aboga por la expresión y el equilibrio entre opiniones diferentes y da por sentada la inalteridad de estas opiniones durante el diálogo. Para la propuesta deliberativa, lo importante es precisamente eso, la posibilidad de crear perspectivas novedosas mediante el debate y la reflexión colectiva, y eso no incluye sólo las propuestas que emergen desde los acuerdos sino también

aquellas que emergen desde las divergencias. Los planteamientos no excluyen que esta práctica se aplique en los cuerpos representativos de la democracia parlamentaria. Sin embargo, Dryzek (2010) deja bien claro de que el estado capitalista y la democracia liberal no pueden sino obedecer a una determinada visión de la economía y de la política y por tanto la aplicabilidad de la lógica de la deliberación no tiene muchas posibilidades de éxito en las estructuras políticas existentes. Por tanto se puede decir que, mientras la tradición participativa “rousseauiana” defendía la democracia participativa porque sólo esta sería una democracia “real”, la perspectiva deliberativa, defiende la participación de todas las voces concernidas por razones no sólo éticas, sino también pragmáticas; por razones de eficacia política. En este sentido, dota a la idea de participación de una fuerza de la que carecía en sus versiones clásicas.

El planteamiento anterior, estrictamente relacionado con el breve estudio teórico presentado, es un punto de partida que expresa el posicionamiento subjetivo del autor de este texto -su cercanía a las propuestas y las ideas que van más allá de la democracia liberal. El estudio ofrece la posibilidad de hacer algo que tanto falta a los y las activistas, encerrados en sus castillos ideológicos: ver como la perspectiva a favor de la máxima participación posible encaja con lo que la gente dice. Estudiando cómo la gente experta y lego se posiciona ante las diferentes posibilidades de participación -o no participación- política, o qué incidencia tiene la idea de la implicación política en las respuestas de las respuestas entrevistadas podremos identificar los límites de esta idea y así armarla con más realismo, es decir, mayor potencia.

Se entrevistaron expertos y legos para ver qué imágenes de la política, de la participación, de la ciudadanía y de la democracia política emergen desde sus recursos, teniendo como referentes la tradición participativa, la tradición liberal y también -añadiríamos, la propuesta deliberativa. Nuestro contexto socio histórico es “la sociedad del conocimiento”, en la que se constatan dos premisas básicas: 1) el conocimiento tecnocientífico se ha convertido en parte esencial de la toma de decisiones por parte del gobierno y 2) los expertos en la administración y en la tecnociencia no pueden gestionar por sí solos un mundo complejo y sus

respuestas carecen a menudo tanto de eficacia como de legitimidad. Los asuntos nuevos y complejos y la producción compartida de conocimiento crean una nueva coyuntura para la participación política. Hay que ver cómo la gente, y también los expertos que trabajan para la administración, ven la política y la participación en esta coyuntura y así comprender mejor los límites y las posibilidades de la idea y de la práctica de la participación en el momento histórico actual.

Lo que la gente dice, en otras palabras, nos muestra lo que se puede hacer en la práctica, sin esperar que la gente cambie, que la gente entienda, que la gente deje de tener "falsa conciencia", que..., que... Hay que tener sueños, pero despiertos, con los ojos abiertos, y aceptar lo irrealizable de estos sueños si contradicen nuestras posibilidades. Sin duda estas posibilidades se deben ampliar, pero la experiencia existente nos dice que no se pueden ampliar más allá de un límite. Y el límite no lo impone el voluntarismo de las minorías políticas sino la gente.

## **2.2. El procedimiento del trabajo de campo**

La orientación metodológica del estudio se ha basado en las técnicas cualitativas (Denzin y Lincoln, 2000). Tal como se ha dicho muchas veces, la investigación cualitativa no se interesa por comprobar las causas del fenómeno estudiado, sino lo que la gente plantea como causa de ese fenómeno. De modo más general, por cómo los sujetos explican o cómo dan sentido a una situación determinada. En el estudio presente, la cuestión es identificar los puntos de vista de las personas expertas y no expertas sobre la política y la democracia, teniendo como referencias diferentes teorías de la democracia para ver cómo pueden emerger las ideas sobre la ciudadanía, la participación, la democracia y la política a partir de sus discursos

Dicho de otro modo, el interés cualitativo es por los conocimientos, las actitudes y las creencias que atraviesan la interacción social y la forma mediante la cual estos aspectos regulan la práctica. Se estudian los discursos por los cuales las personas dan sentido a su relación con la política y la democracia. Estos discursos determinan como las personas expertas organizan los procesos de participación institucionales y como conciben la política y la democracia. También determinan como la gente se enfrenta a las posibilidades de implicación política en su vida, dentro o fuera de la procesos participativos

Es necesario aclarar en este punto que el material de campo ha sido resultado del trabajo que se hizo entre julio de 2013 y julio de 2014 en el proyecto “Ciudadania a la societat del coneixement: anàlisi dels obstacles a la participació ciutadana en processos deliberatius”, financiado por el Departament de Governació i Relacions Institucionals (2013 DEMOC 00033) y cuyo investigador responsable era Miquel Domènech. En este proyecto, lo que interesaba eran las dificultades que afrontan los ciudadanos para acudir a los procesos participativos convocados por los Ayuntamientos y otras agencias de la administración. En otras palabras, se estudiaba la relación de la gente de la calle con la participación que promueven las instituciones. Se planteaban también preguntas y abrían discusiones sobre la

relación no solo con los procesos participativos institucionales sino también con la participación política en general. Por tanto, se puede decir que se indagaba la relación de la gente con la política en general.

La primera fase del proyecto incluía la identificación de procesos participativos organizados en la comunidad de Cataluña. De estas experiencias, se seleccionaron cinco. Estas cinco experiencias se usaron como referencia para plantear y realizar entrevistas con expertos y grupos de discusión con ciudadanos de los Ayuntamientos respectivos.

Más concretamente se han utilizado:

a) Entrevistas en profundidad con las personas expertas. Tal como se sabe la entrevista es una de las técnicas básicas de la investigación cualitativa y permite conocer los argumentos que las personas plantean sobre una cuestión. Se realizaron entrevistas con las personas organizadoras de procesos participativos previamente seleccionados. Como es fácil adivinar, no ha sido difícil contactar con el técnico o la técnica, ya que el contacto está disponible en la web. Las entrevistas han tenido una duración de una hora aproximadamente y han seguido un guión que incluía preguntas sobre: 1. Trayectoria de la entidad en la organización de procesos participativos. 2. Información general sobre el caso a estudiar 3. Dificultades encontradas por la implicación ciudadana. 4. Estrategias con las que se afrontaron estos obstáculos.

b) Grupos de discusión. El grupo de discusión también es una técnica ampliamente aceptada en la investigación cualitativa. Con la ayuda de las personas expertas -que han sido "informantes claves"- y personas conocedoras del contexto local se realizaron contactos con gente que muestran diferentes perfiles y se han invitado a intervenir en debates sobre el significado de la participación y la política. En cada grupo de discusión se convocaron alrededor de 10 personas con los siguientes criterios: 1. Que las asistentes no se conocieran entre sí. 2. Que el grupo estuviera equilibrado en sexo y edad : 5 hombres y 5 mujeres de las siguientes franjas de edad (2 o 3 personas por franja): 18-25, 25-40, 60 y más. 3. Que las personas asistentes cumplieran alguno de los siguientes

perfiles a) personas vinculadas activamente a asociaciones, pero que no se hayan implicado en procesos participativos organizados por las administraciones. b) personas vinculadas a asociaciones, que se hayan implicado en procesos participativos pero no en la experiencia estudiada. c) personas que no estén vinculadas a asociaciones, que se hayan implicado en procesos participativos, pero no en el proyecto del Ayuntamiento concreto. d) personas que no pertenecen a asociaciones y que no se hayan implicado en el caso analizado. Para el desarrollo de los grupos de discusión se ha seguido un guion con preguntas sobre. 1) La percepción que tienen las personas asistentes sobre la política y la participación. 2) la opinión sobre la participación ciudadana en su municipio 3) los obstáculos que dificultan la implicación de la ciudadana en los procesos participativos.

En otras palabras se han estudiado cinco casos de convocatorias en las que se invitaba a la gente a participar. A partir de este material se intenta identificar cómo emerge la imagen de la participación, de la democracia, de la política y de la ciudadanía, teniendo como referente nuestro momento histórico actual en el que el conocimiento se ha convertido en un componente esencial de todo proceso de toma de decisiones.

### 2.3. El procedimiento de análisis

El análisis ha seguido la lógica del análisis temático. Según Braun y Clark (2006) es un método para identificar, analizar y presentar pautas (temas) dentro de los datos. Tal como hemos comentado anteriormente, es importante reconocer que nuestros valores y posición teórica orientan la investigación y en consecuencia la identificación de los temas. Aquí no se suscribe la visión del realismo *naïf* de dar voz a los participantes del estudio. Por tanto, el criterio para identificar los temas no es solo la medida en que estos temas se repiten tal como sugieren, Ryan y Bernard (2003) -aunque evidentemente la repetición sigue siendo siempre un criterio imprescindible ya que la idea del tema-pauta no se puede concebir sin la idea de la repetición. Cada tema tiene un número de manifestaciones en el conjunto de los datos (que son nuestras entrevistas). No obstante, un mayor número no quiere decir necesariamente que el tema es más crucial (Braun y Clark, 2006). En el presente estudio, el fondo de cada lectura ha sido el abanico de las diferentes teorías de la democracia (las corrientes liberales, y participativas/deliberativas) y las perspectivas que aspiran explicar las condiciones específicas de la sociedad del conocimiento. Este marco ha funcionado como guía para identificar temas que nos permiten hacer las extracciones discursivas posiblemente novedosas que nos interesan.

Así pues, a partir de lecturas sucesivas, se han identificado una serie de citas que se relacionan con el argumento teórico -lo que hemos presentado en el apartado “a modo de hipótesis”. La relación de nuestra *hipótesis* con los temas que emergen no es directa sino tangencial. Los discursos de las personas expertas y no expertas manifiestan inquietudes significativas sobre la política, la democracia, la participación y la ciudadanía. Pero solo una mirada interesada en las discusiones respectivas podría relacionar las entrevistas (tanto individuales como colectivas) con ellas.

Las diferentes citas se han agrupado de tal manera que han dado lugar a diferentes temas-pautas. Luego a partir de estos temas se han creado temas más

generales, con un mayor nivel de abstracción siguiendo las directrices del Braun y Clark (2006) y Attride-Stirling (2001). Dicho de otro modo, los temas del primer orden dan lugar a más de un tema “de segundo orden” o “temas organizativos” (Attride-Stirling, 2001). La relación de los temas-1 con los temas-2 (organizativos) no es unívoca, sino que tienen mantienen múltiples relaciones entre sí.

La diferencia entre los temas “primarios” y los “secundarios” es que los segundos implican un mayor grado de análisis. Mientras que los temas de primer orden son básicamente descriptivos, aunque no les faltan elementos teóricos, los temas del segundo orden son básicamente “analíticos”, y tienden más a abstraer desde los diferentes temas primarios las cuestiones más relacionadas con los objetivos de nuestra investigación. Los temas analíticos son la profundización de nuestro análisis, la manifestación de su aspecto más teorizado. Son los ejes de las posibles discusiones que podrían emerger desde el material de campo. En este sentido, la diferencia entre los temas de primer y segundo orden no es que los segundos condensen los primeros -como suele pasar en otros estudios donde algunas docenas de temas primarios dan lugar a la emergencia de unos pocos temas organizativos- sino que los segundos desarrollan los primeros. La diferencia entre los temas del primer orden y del segundo es su intensidad analítica. Los temas “analíticos” indagan los significados que son latentes en los primeros.

Después de la reducción de los temas primarios-descriptivos en temas analíticos se ha llevado a cabo una reflexión teórica global, que permite explorar aún más la relación de nuestro material con las diferentes aportaciones teóricas. Se puede esperar tal relación será, básicamente, ecléctica: los planteamientos de los ciudadanos y de los expertos incluirán elementos de diferentes perspectivas teóricas aunque en diferente medida. Sobra repetir, una vez más, que las conversaciones realizadas se perciben con una determinada escucha que intenta descubrir los significados latentes relacionados con la cuestión del presente estudio.

## **Capítulo 3**

### **Voces expertas y legas sobre la política y la participación**

Ahora vamos a ver como las nociones de la participación, de la democracia, de la ciudadanía y de la política emergen desde las voces de los sujetos de nuestro estudio. Hay temas que emergen una y otra vez en estos relatos y nos muestran ciertas cosas interesantes: que la participación es una actividad difícil y laboriosa, que requiere superar una serie de obstáculos para ser realizada. La actitud del gobierno es importante, ya que que la toma de decisiones pasa por este, y la ciudadanía se implica cuando ve que se muestra permeable a sus demandas e inquietudes. La implicación política de la gente también está condicionada por los valores y las prácticas que circulan en los hogares, las escuelas, los medios de comunicación, la sociedad en general. La figura del experto emerge como elemento central de los procesos participativos ya que que son los que pueden organizar los procesos y también conducirlos hacia proyectos y propuestas concretas y realizables. La participación emerge como un aparato que debe articularse con la existencia de un gobierno técnicamente eficaz y éticamente impecable.

Se menciona la existencia de una política que se pueda ejercer por cualquiera y no sólo por los políticos. La relación entre la política de la Polis y la política de los políticos, entre la política de la ciudadanía y la política oficial puede ser conflictiva, caracterizada por la desconfianza y la decepción. Los procesos participativos institucionales tienen una legitimidad que no es fácil de establecer, ya que se enfrentan constantemente a la cuestión de que si son representativos de la población en general. La política de los políticos tiene siempre este argumento a su favor a medida que la gente no participa.

Las voces de nuestro estudio comentan extensamente esta no participación: la vida cotidiana con sus exigencias, sus dificultades y también sus comodidades aleja la gente de la política. La política participativa es muy exigente para la vida de las personas –especialmente si tenemos en cuenta que los resultados son dudosos. Algunos colectivos están prácticamente fuera de la política y la participación en ella, y algunos ni son considerados parte de la ciudadanía por el orden jurídico vigente.

Al final, las voces ciudadanas nos ofrecen relatos en los que se mezcla tanto la fe en la democracia con la sensación de impotencia. El deseo de implicarse en la vida colectiva y la retirada personal. La crítica con la aceptación. La cuestión de la organización democrática de la sociedad queda abierta como antes, pero con matices ilustrativos.

### **3.1. La participación no se da de manera espontánea. Hay que propiciarla.**

A partir del material de campo queda claro que tanto los técnicos de los ayuntamientos como las personas ciudadanas ven la participación como un proceso difícil, laborioso, que requiere gestiones, estrategias y políticas determinadas para llevarse a cabo. Para llegar a la participación hay que crear las condiciones que la hacen posible y el contexto social, material, pedagógico que permita su existencia. Exige conocimientos organizacionales, buena comunicación con la ciudadanía, apoyo institucional, políticas educativas en el seno de la escuela y de la familia, y la existencia de unos valores mediante los cuales se reconozca como algo necesario y positivo. La realidad actual impone la no-participación como normalidad. Desde las entrevistas y los grupos de discusión emerge la idea de que implicarse en la política no es una cuestión sólo de decisión individual, sino de sinergias que empujan hacia ella desde la familia, la escuela, la administración, los medios de comunicación o el contexto económico, social e ideológico más amplio. En el marco de este estudio, la participación surge como un proceso que va, sobretodo, de “arriba a abajo”, que se basa en un conocimiento especializado específico y que requiere de la tutoría del gobierno local y/o central. Así que las personas expertas manifiestan la necesidad de traspasar el conocimiento que tienen sobre la participación y la democracia a la ciudadanía. Los técnicos de los ayuntamientos aparecen como los que hacen la participación posible, como los que deben atraer, estimular, captar el interés de la ciudadanía. El éxito de las gestiones institucionales es clave

para el éxito de los mecanismos participativos. Pero esto no es suficiente; tal y como sugieren las voces ciudadanas, es necesaria una serie de mutaciones en la mentalidad colectiva, en la ideología imperante, en la ética del comportamiento ciudadano, para llegar a la participación. La participación requiere cambios profundos en diferentes niveles de la vida.

### **3.1.1. Conocimiento experto sobre procesos participativos**

Lo que queda claro en los discursos tanto de los especialistas como de los legos es la asimetría constitutiva de los procesos participativos: las instituciones organizan la convocatoria y definen sus diferentes elementos. La ciudadanía responde -o no- a ella y se mueve en el marco que está definido institucionalmente. En este sentido la participación está sometida a una fuerte contradicción.

Se supone que se trata de la implicación de los ciudadanos y las ciudadanas a asuntos que les conciernen, de la necesidad de influir sobre la resolución de problemas de la vida colectiva y no dejar este trabajo sólo a los políticos profesionales. La idea a favor de la participación es que, a pesar de que un grado de delegación puede ser necesario, ya que la gestión política no se puede ejercer por todas las personas a la vez en cada momento, es necesaria cierta implicación de las personas concernidas para asegurar la “calidad democrática” de las decisiones respectivas.

No obstante, la organización de la participación no es participativa, la decisión de organizar un proceso participativo en los casos estudiados se toma desde arriba. La agenda la definen los organizadores y no está sometida al escrutinio público. La ciudadanía puede hablar sobre esta agenda, pero no sobre cualquier otra.

---

Nosotros somos el órgano especializado para concretar la participación ciudadana en aquellos proyectos que el equipo de gobierno marque...

(Entrevista Lleida, p1)

---

Según los expertos, la participación es resultado del gobierno y no al revés. Los gobernantes marcan la agenda, que no se define por las inquietudes de la ciudadanía, sino desde las inquietudes del gobernante o desde la percepción que tiene el gobernante sobre las demandas de la ciudadanía.

La participación emerge en este marco como resultado de la actividad de los expertos.

---

Nosotros habíamos contratado una empresa externa, le explicamos las líneas que queríamos seguir y hemos diseñado un proceso con diferentes fases (Entrevista Vilafranca, p2)

---

Según esta concepción, es necesario un saber técnico especial para organizar un proceso participativo. La organización democrática emerge como una articulación de elementos específicos que no se da fácilmente sin la intervención de especialistas. Las instituciones pueden definir la agenda general, sin embargo, conseguir organizar un debate participativo a partir de esta agenda requiere, a menudo, de la contratación de empresas privadas. Así pues, un sector del mercado de servicios tiene también un papel en la materialización de la participación ciudadana.

---

Nosotros tampoco teníamos la práctica de hacer procesos participativos. Entonces, lo que hicimos para dinamizar cien personas ...yo no sé por dónde empezar... a no ser que uno venga y que guíe un poco y que una reunión de cien personas me sirva de alguna cosa... un máximo beneficio. Hay empresas especializadas en dinamizar los actos. (Entrevista Figaró, p2)

---

Las empresas privadas, pues, aparecen como un recurso al alcance de las

instituciones para obtener el conocimiento experto necesario. Gobierno (local), empresas privadas-grupos de expertos y ciudadanía son los tres eslabones que hoy en día se consideran necesarios para organizar un proceso participativo. Emerge la idea de que la organización democrática de un grupo y una población está sometida a la división actual del trabajo, que la convierte en un trabajo especializado, un trabajo que no se puede realizar por cualquiera. Dicho de otro modo, los procesos participativos exigen una organización técnica que la ciudadanía no puede realizar. La política se considera un trabajo para personas especializadas, como todo trabajo en el mercado laboral actual, y, de modo similar, la organización de la deliberación colectiva -aunque se refiera al debate entre personas no necesariamente expertas- debe ser guiada por expertos. La participación ciudadana debe ser dirigida por la experticia institucionalizada.

Lo que presenta especial interés es que los expertos consideran que los participantes necesitan algún tipo de formación y pedagogía para implicarse en los procesos participativos. Puesto que la participación requiere conocimientos especializados, es necesaria la formación de los ciudadanos para que puedan implicarse en los espacios participativos.

La experta de Figaró argumenta:

---

Pero no es tan fácil decir: “ahora hacemos procesos participativos”. Sobretudo mucha formación, mucha pedagogía... y eso lo hacemos abriendo canales entre ayuntamiento y ciudadanos. Hemos empezado abriéndolo no solo en los presupuestos participativos, sino también en muchos ámbitos (...) el día que tenían el curso: “mira, queremos saber tal”, nos encontremos en una sala o en una al lado. Esto necesita mucha pedagogía, sobre todo para la gente que no tiene nacionalidad española ni votan aquí. Necesitas explicar que “para nosotros sí que es importante tu opinión”, “necesito que me digas como te gustaría...”. La verdad es que responden muy bien. Tienes que buscarles, tienes que ir (Entrevista Figaró, p1-3)

---

La participación no es algo que emerge inmediatamente desde cualquier posición y actitud social sino que es resultado de una cultura, de una lógica, de una mentalidad. Requiere una conciencia política específica. Las personas, según este planteamiento, suelen tener un déficit en esta cultura y en esta actitud, que se puede superar mediante una pedagogía dirigida por los expertos. Lo interesante es que la cultura democrática se ve como algo fomentado por personas expertas. Las personas expertas deben transmitir la cultura democrática y los conocimientos sobre los procesos respectivos a las personas no expertas. En este sentido, los procesos deliberativos bien estarán dirigidos por los expertos o bien no existirán.

Tal como hemos dicho, la transmisión de conocimientos necesarios -la formación- para la participación no tiene que ver sólo con el procedimiento, sino también con la agenda de los temas que se van a debatir. El técnico de Vilafranca argumenta que

---

“el día que se constituía el grupo de participación, que era como llamábamos al grupo de personas que participaban, se les presentaba el proceso. Pero luego había un taller de diagnóstico, y después otro de información de presupuestos que lo hizo un regidor. Los reunió un día, les explicó cómo funciona un presupuesto municipal, qué es lo que se dedica a inversión y qué a funcionamiento, a qué se dedican las inversiones, qué está previsto para el futuro y qué hay hasta ahora.. un poco formación en presupuestos municipales (Entrevista Vilafranca, p2)

---

Puesto que los temas de nuestro mundo son complejos, las personas participantes deben estar bien informados y formados. Antes de hablar y actuar las personas no expertas necesitan el asesoramiento de las que sí lo son para actuar.

Otra vez vemos la idea de que el ciudadano no es capaz de participar si no está acompañado por el especialista. Tomar decisiones relacionadas con la gobernanza es un actividad técnica y un trabajo sometido a la división de trabajo

de nuestras sociedades.

### **3.1.2. La promoción de la participación.**

Es un lugar común entre las personas entrevistadas afirmar que la participación no se da si no se incentiva de alguna manera. Y la primera forma de incentivación es una buena comunicación:

---

No todos se enteran de las convocatorias. Es un tema de estrategias de comunicación. Usamos las redes sociales, pero hay gente que no se entera de estas convocatorias a través de las redes sociales. Hemos... intentamos encontrar actividades para llegar a la gente. Si después podemos decir que lo hemos intentado de todas maneras y no ha participado la gente, podemos replantear esta necesidad de participación ciudadana. (Entrevista Girona, p5)

---

En el discurso del experto la ciudadanía aparece como el destinatario al que no es fácil llegar. Entonces, las gestiones para atraerla deben tener la forma de estrategias. Ya que la gente no se entera de los procesos participativos –y eso insinúa que la participación aparece como algo fuera de la vida cotidiana- el éxito de los procesos participativos requiere el uso de técnicas y lógicas publicitarias. Cobra la forma de una seducción con finalidades políticas.

---

Depende de las propuestas. Mira te voy a contar sobre los últimos que hicimos. Por ejemplo, nos cuesta que la gente joven de toda la población venga a votar. Porque pasa de la política. Es normal. De 20 a 25 la gente no está muy implicada. Se trata de buscar propuestas atractivas. Si tienen alguno motivo para votar, tendrás la respuesta adecuada. Se trata de hacer un titular muy atractivo. Depende de la población. Una (¿?) de la población que salió hace unos años era poner césped en el campo de

fútbol. Nos encontramos con toda la gente que vino a votar los presupuestos participativos. Eran todos los futbolistas del pueblo. Nos preguntábamos “cómo que vienen tan jóvenes?” Claro. Es la propuesta. A veces lo haces expresamente, a veces no. Tenían un motivo. Se organizaron, vinieron para votar. Y también importante es el procedimiento. Llevamos la urna de votación al campo de fútbol. No digan “ven al ayuntamiento” (Entrevista Lleida, p5)

---

El apartado anterior incluye varias significaciones del concepto de participación desde la perspectiva del técnico en participación. Primero, que el momento más importante para la participación institucionalizada es el voto, y no la deliberación colectiva. La participación aparece aquí como un reproducción de la democracia representativa o como un pequeño referéndum sobre un tema concreto. Prevalece la necesidad de tener un resultado claro que tenga cierta legitimación por la cantidad de personas que han votado y, por tanto, una votación masiva se ve como criterio de éxito.

La reducción de la participación en la votación no es un hecho inocuo. Afirma la primacía del mecanismo de la votación – y no de la deliberación- en los procesos participativos y reproduce el voto como eje de implicación política. En este marco, la persona votante no es una fuerza activa sino pasiva, no determinante sino determinada por los argumentos de los organizadores o atraído por sus gestiones.

En otro punto, el técnico entrevistado dice:

---

Horario, lugar, que no haya futbol, que no haya fiestas, que no tengan fiestas patronales... pensar en toda la coyuntura que sea propicia para que la convocatoria sea un éxito. Y a partir de ahí la gracia propia de la convocatoria, y del refuerzo por teléfono y de viva voz, siempre... incluso aprovechando que teníamos alumnos en prácticas... esta convocatoria se hizo en mano. Se fue a los bares y restaurantes para que no pensaras que era publicidad institucional o propaganda política y se fue por los bares-restaurantes para darles esa publicidad en mano y de

convencerles que era importante que participaran...(Entrevista Lleida, p9)

---

El entrevistado insinúa que la gente se guía por sus necesidades inmediatas y la búsqueda de satisfacciones fáciles. Si la participación tiene como rival otras actividades más agradables, tiene todas por perder. Según el técnico, participar no puede ser algo antagónico a la diversión. Lo que nos dice es que la gente suele dedicar su tiempo libre no a cosas que requieren disciplina, sino a cosas que le proporcionan una satisfacción inmediata. Por tanto, los técnicos intentan separar la idea de la participación de la idea del sacrificio. Además intentandisociarla de la política convencional, mostrarla como algo nuevo.

En la misma línea, la técnica entrevistada de Figaró sugiere:

---

No tienes que hacer sólo una pregunta, que es lo hacen habitualmente. No es manera de que participe la gente. Porque un día no se acordará la gente. También tienes que hacer acciones variadas para no aburrir. También tienes que ir a buscar. Evidentemente, cuesta. Por ejemplo, ir a un casal y buscar (Entrevista Figaro, p1)

---

Sin embargo, aunque la disociación entre participación y la política clásica o la política como labor y disciplina parece necesaria, no debe ser completa. El técnico de Vilafranca comenta:

---

Primero que todo, hemos aproximado mucho a la gente al ayuntamiento. Por eso la primera presentación, en un lugar municipal, elegante, noble, del ayuntamiento, que es el salón de pleno. Y que la explicación del funcionamiento del proceso, estuviera validado por el alcalde y el regidor. (Entrevista Vilafranca, p5)

---

Los procesos participativos requieren validación oficial. Tener el prestigio del reconocimiento oficial. Y estar en un entorno que dé la sensación de seriedad, "nobleza". La participación que promueven las instituciones se debe relacionar,

según ellas, con las prácticas, los lugares, incluso los rituales de la política oficial. El ciudadano debe sentirse acogido por un entorno seguro. Su implicación tiene que ser aprobada por la Ley. Eso es importante: en la perspectiva oficial, la participación va siempre acompañada de la ley.

En suma, la participación en la perspectiva institucional debe ser al mismo tiempo atractiva, agradable y también mostrar cierta oficialidad y formalidad. El lazo entre lo oficial y lo participativo se constituye mediante ceremonias. Y parece que la participación ciudadana funciona si las personas participantes ven que existen ciertas garantías por parte de la administración y que ella tiene la responsabilidad de su organización.

### **3.1.3. La mentalidad de la no participación**

---

Jo penso que lo que falta realment és el... el criteri de pensament, eh?... el pensament crític. No existeix, no existeix... (H1: Totalment d'acord.) En altres èpoques, jo què sé... si parlem de la il·lustració francesa, doncs hi havia tot un pensament filosòfic o crític a darrere que... clar... i és una evolució... Però nosaltres tenim això, una democràcia sense massa coneixement crític a darrere... jo lo que veig. (Grupo de discusión Girona, p.38)

---

Nuestra época se opone a la crítica. Lo digiere todo, y todo lo asimila. Quizás también se ríe con todo, pero con una especie de risa cínica. La falta de crítica se conecta con la historia del pensamiento y su fase actual. La decadencia de la crítica se funda en una decadencia del pensamiento, según el entrevistado. Las grandes tradiciones filosóficas de la ilustración, o quizás los grandes relatos, han evolucionado hacia una forma de democracia desconectada de la crítica. Pero, ¿cómo puedes tener una democracia sin Crítica? Quizás porque la crítica y la

política se consideran el trabajo de unas personas expertas. Los que pueden participar en el diálogo público, criticar o tomar decisiones, no son los sujetos de la Polis, sino sólo una minoría de representantes. Delegados políticos que surgen desde una masa de ciudadanos acrílicos. Así pues, esta democracia parece un oxímoron. La des-activación de la tradición del pensamiento filosófico y político moderno, la ausencia de esta tradición en nuestras vidas, promueva la política de la no participación, las democracias contradictorias y mutiladas del Occidente. En el grupo de discusión de Lleida se puntúa la comodidad como factor de despolitización, de la política despolitizada del individualismo.

---

Jo crec que ens hem tornat... la societat aquesta capitalista, ens ha tornat tan individualistes que... bueno, que ser generós, participar... doncs, hòstia, només pensem en nosaltres mateixos. I això és..., ho trobo a faltar, sí, que hi ha un... lo que deia ell, que a Banyoles són uns quants que sempre són els mateixos; que a la Bisbal passa igual. Vas a una activitat d'aquí; som els mateixos. Vas a allà; som els mateixos. Sempre som el tant per cent petit de la població que fem les mateixes coses a diferents àmbits i trobes a faltar molt gruix de la població i jo crec que... no sé? a aquesta gent com motiva'ls perquè participin? Perquè seria collonut que entre tots féssim tot, però és complicat. Jo crec que som massa individualistes tots plegats avui (Grupo de discusión Girona, p.27)

---

Si en la política se implican -como resultado del individualismo- sólo una minoría de ciudadanos comprometidos, finalmente, lo que se pone en evidencia es la influencia del sistema capitalista. Capitalismo, individualismo y no participación son eslabones de misma cadena. La pasividad masificada es resultado de este sistema económico y social.

En otros momentos la no participación se relaciona con los medios de comunicación:

---

No ho sé, jo lo que sé, parlant de política en general... penso, bueno, perdona, és a dir, si tingués de... de... suprimir alguna cosa, jo suprimiria els mitjans de comunicació. Vull dir que, en aquest moment, els mitjans de comunicació crec que ens fan molt de mal. És a dir, fa molts anys que ens fan una mala jugada. I els mitjans de comunicació no ajuden en absolut a l'evolució... a l'evolució, social i personal. I penso que els mitjans de comunicació tenen excessiu poder; que se'ls hi ha donat, efectivament. Perquè acaben siguent el butlletí oficial del... deee... l'etiqueta corresponent. És a dir, cada diari sabem què llegim i penso que això s'hauria d'acabar, perquè, en realitat, no està donant realment un... criteri imparcial de la qüestió. O.. mitjans de comunicació canvien, o se suprimeixen. Vull dir que no influeixin per res (Grupo de discusión Girona, p.38)

---

Según esta aportación, los medios de comunicación no promueven la crítica, tan necesaria para una democracia efectiva. Los medios de comunicación anulan esta fuerza porque tienen un poder excesivo. Son el boletín oficial del estado, y difunden la información que conviene a la clase política. Condicionan tanto la actitud de los ciudadanos que al final son ellos, los medios de comunicación -y no el pueblo- los que tienen el poder de determinar el curso de la vida política. Los medios de comunicación corresponden a los intereses de las instituciones, de los partidos o del estado. La situación parece irremediable. Si no cambian, tendrían que estar suprimidos en el nombre de los valores democráticos. Medios de comunicación, delegación política y no participación están ligados

---

Jo crec que va molt relacionat, o sigui, ... bueno... és no... vull dir... i és que... jo és que ho veig... ho veig molt clarament en aquest sentit, eh? Que és que... que la gent no és autocrítica i a la gent l'importa un bleto tot el què passi al seu entorn. I, per desgracia, avui en dia... els nanus adolescents d'avui en dia... i això s'ha de tractar a partir dels deus anys, perquè, a partir dels setze anys, és... salves dos, eh? És veritat, eh? I he

parlat amb professionals del sector, eh? Vull dir que... o influeixes directament o... en els moments adequats o és difícil, és difícil, és molt difícil (Grupo de discusión, Girona, p.28)

---

La ausencia de autocrítica y el desinterés por lo que pasa en nuestro alrededor aparecen estrechamente conectados. Ser auto-crítico se ve como una condición necesaria para actuar políticamente. Poner las propias decisiones y la propia vida bajo escrutinio es un proceso de concienciación y en consecuencia puede conducir a la participación. Al contrario, la ausencia de este examen crítico, conduce a la reproducción pasiva o activa de los problemas y del sufrimiento que caracterizan la realidad actual.

Se puede decir que el entrevistado nos sugiere la dimensión de la ética personal, la de asumir plena responsabilidad por las consecuencias de nuestros actos a nuestro alrededor. En otras palabras, si se piensa que todo lo que hacemos produce el mundo que nos rodea, entonces el quehacer se hace un objeto de reflexión y decisión importante. La autocrítica se puede ver como base de la política, porque todas las personas producen y reproducen la realidad que nos rodea, de diferentes maneras. Y, en consecuencia, todos y todas estamos implicados en una vida común.

La misma idea se manifiesta en el grupo de discusión de El Figaró:

---

la gente es muy cómoda, es cómoda. Les gusta que les traigas todo hecho. Y después viene la crítica. (Grupo de discusión Figaró, p.20)

---

Acomodación y no participación están relacionadas. El goce personal y consumista, incluso el goce inerte, repetitivo y estancado, ese goce aburrido que la sociedad actual ofrece a sus miembros, debilita la política de la polis, y las posibilidades de participación. El ciudadano adopta la actitud del consumidor que

lo quiere todo hecho y prefabricado para quejarse después que la calidad del producto no correspondía al precio, a su imagen publicitaria o lo que sea. Vivir en las condiciones materiales y económicas de la sociedad actual es vivir para criticar desde el sofá, como se dice en el lenguaje coloquial.

Ya que la acomodación debilita el deseo de participar, ¿no sería mejor aceptar la realidad y dejar la gestión política en manos de los expertos?

---

Jo, perquè creuen que no son escoltats. Jo crec que es el tema essencial. Tampoc hi ha compromís com per que hagi aquesta opció de ser escoltat, saps? Vull dir, es allò; "ja ho farán" (...) Però tampoc es dóna aquesta... No hi ha aquest compromís de la gent com a dir: "Si, jaestic. El meu compromís son vuit reunions y vaig a vuit reunions al mes, o tres o lo que sigui". Però la gent complirà el primer día i –ho que passa- al segon dia ja no ve (Grupo de discusión Figaró, p.5)

---

Otra vez se ve la articulación entre la ausencia de participación, el modo de vida centrado en lo personal, la falta de compromiso social y la política profesional opaca. El individualismo moderno y la política profesional forman un sistema circular cuyas partes se retroalimentan. Efectivamente, la gente reconoce vagamente la necesidad de ir a las reuniones para tener algún tipo de implicación política. Pero esta voluntad tiene un carácter bastante secundario y periférico y dura poco. Y se puede observar que la gente no suele mostrar la voluntad de participar en la política al mismo tiempo que no confía a los políticos profesionales. Delega en los que no confía, renuncia a implicarse a lo que se supone que determina su vida, aunque tal determinación no esté en manos seguras.

La explicación podría ser que la política se considera una especie de gestión que no va a cambiar por la participación. Como un piloto automático que obedece a algunos parámetros técnicos sin posibilidad de interrupción. La política se ve como gestión técnica, y las ideas de la democracia envuelven esta gestión y

quizás puedan definir qué candidato la puede ejercer, pero no pueden entrar en su núcleo.

En otras intervenciones se comentan otras causas de la no-participación política:

---

Bueno, jo crec que el problema... n'hem dit molts... poden ser molts, però jo crec que la manera de ser de les persones, per exemple, ¿no? La seva personalitat, la seva... el seu tarannà. Si això influeix en ser participatiu o no, ¿eh? També la manera en la que t'han educat... si t'han educat des d'una participació... també. (Grupo de discusión Girona, p.28)

---

Personalidad, terreno personal, educación. Todo el contexto de la vida de la persona y, evidentemente, de la persona joven, tienen consecuencias directas en la manera en que esta persona ve la vida política. Ya que toda la vida que hemos vivido nos ha empujado o nos ha alejado de la política, se podría decir que la vida y la política es un tejido sin costura. Muchos teóricos y teóricas han subrayado el carácter político de la vida cotidiana. Aquí nos interesa enfatizar que incluso la ausencia de una política explícita en la vida cotidiana produce su política. Cómo sugiere Latour (2007), cualquier práctica sociomaterial, al fin y al cabo, manifiesta una política implícita o explícita.

La crítica del modelo social, de su cultura y sus valores, se dirige bastantes veces a la pedagogía que las instituciones y las generaciones mayores aplican a sus miembros, y sobre todo a sus miembros más jóvenes:

---

Ni fotre, ni fotre la culpa a tots els polítics, ni fotre la culpa a tots els mestres... jo crec que a casa hem fet algo malament. Jo com... jo, com a pare, parlo i, hòstia, hem delegat... jo crec que sí. (Grupo de discusión Giróna, p28)

---

En este planteamiento en el grupo de discusión de Girona, se atribuye máxima responsabilidad a la pedagogía del hogar. Los padres y la familia se ven como responsables de empujar a los jóvenes no hacía la vida de la comunidad y de la Polis, sino a la vida individualizada y a la inercia. Cuando el entrevistado dice “hemos delegado”, quiere decir que los padres, que dan el ejemplo, son los primeros en tener esta actitud de no implicación política y son los primeros en dejar la política en manos de los políticos. Así que sus hijos toman como modelo esta política y lo reproducen. La familia es un núcleo de pedagogía política, y este núcleo actualmente promueve la política de la individualización y de la pasividad.

En el grupo de discusión de Girona se comenta:

---

Cadascú a la seva parcel·la... i és que no en vol saber res. I res.. i jo me'n vaig al meu hort i no sé què.. i és que no en vull saber res.. i... i... i... i per desgràcia vivim en un món, en un model de societat, totalment egoista i personalista i... i... i és aixís, i... i... i jo veig, i encara... i per desgràcia això s'ha traslladat als joves d'avui en dia, i és un reflexe totalment del sistema d'avui en dia. Vull dir jo ho veig, jo ho veig treballant amb joves i així, i dic, hòstia, nanus de deu anys, d'onze anys, dotze anys, totalment desmotivats... i que els importa un blede què faran d'aquí deu anys o quinze anys.. és que els hi dius i... bah! a mi.. jo no vull fer res. I t'ho diuen aixís, perquè no són persones autònomes, són persones que no tenen cap mena d'il·lusió per res.. i és així. I parlant amb nanus t'ho diuen eh! Diuen, hòstia avui... aah... “hoy me quedao en casa toda la mañana porque me ha dao la gana”; i dic, hosti, per què? “Pues sí, hombre, porque en casa miro la tele, no sé qué, tal..” i dius, bueno... però un nano de setze anys... però això, això no t'ho poden.. jo crec que aquí hi ha una decisió directa des de... des de... el sistema educatiu. Hi ha coses que s'estan fent malament, i a partir d'aquí... a partir d'aquí, hi ha coses que jo crec que s'han de canviar. (Grupo de discusión Girona, p.27)

---

Comentando la vida de los jóvenes, el ciudadano entrevistado argumenta que el

sistema actual debilita no las posibilidades de implicación política sino cualquier proyecto que pueda romper la repetición, la inercia, el pasatiempo sin sentido. La causa, según él, son los valores individualistas y egoístas que debilitan lo que podríamos llamar las posibilidades de las personas. Debilitan no sólo los proyectos colectivos sino incluso la calidad de vida personal, ya que conducen a la persona a una actitud inmediatista y cortoplacista. En otras palabras, pensar sólo en sí mismo conduce al estancamiento colectivo y también individual.

Indirectamente, la calidad de vida personal se considera inversamente proporcional a la fuerza del individualismo. Indirectamente, esta calidad se relaciona con la conciencia de que hay una vida común para defender. Lo que permite salir adelante en la vida es lo que te hace salir a la calle, al espacio público y sus diálogos. Dicho de otro modo, no se puede vivir bien sin estar implicado en los asuntos colectivos. Este entrevistado cuestiona la supuesta oposición entre el disfrute de la vida y la participación política. Cuestiona la equivalencia entre el sacrificio y lo político. La política participativa no es sacrificio sino oportunidad de crecimiento colectivo e individual. Lo que nos dice es que no puedes crecer sin la Polis. La desconexión de la política conduce a una disolución de la creatividad personal que hunde la persona en la indiferencia. Para ser creativo y productivo hay que romper el aislamiento individualista y nutrirse de los lazos con los otros – lazos cuyo ámbito de existencia por excelencia son la Polis y su Política.

También en el apartado anterior aparece la idea de que la actitud de los jóvenes es indicativa del estado general de la sociedad en este asunto. Según el entrevistado, los jóvenes no tienen intereses otros que los inmediatos, y eso les separa tanto de la política como de su propia creatividad. El sistema educativo aparece como uno de los factores que alimentan esta cultura inmediatista, desmovilizadora y apolítica.

### **3.2. Poder experto y democracia**

Hay una realidad que la ciudadanía implicada debe tener en cuenta. Una realidad que se crea por limitaciones objetivas y también institucionales. Así que, para que la participación tenga sentido, es fundamental su encaje con esta realidad. El personal político y el personal técnico son los actores que mejor conocen y pueden guiar este encaje. Aunque la perspectiva y la experiencia de la ciudadanía sean importantes, los expertos (políticos y técnicos) deben presentar las limitaciones que marca esta realidad y ofrecer su asesoramiento a la ciudadanía participante. En este marco, queda claro que la participación y la democracia no lo puede cuestionar todo y que la gente necesita, y debe reconocer, el papel de la experticia -sobretudo porque los elementos técnicos condicionan la toma de decisiones. El personal político debe moverse a partir del mismo principio que caracteriza la actividad de los técnicos: la posesión de conocimientos especiales que les permitan ejercer su profesión. Desde esta perspectiva, la política profesional se ve como una actividad ejercida por las personas que tienen las capacidades específicas de hacerlo. El político profesional se legitima a medida que, como el médico o el ingeniero, tiene el saber respectivo. Pero, a parte del saber, se enfatiza también otro elemento que es imprescindible para el ejercicio de la profesión del político-experto. Este elemento es su ética. Su comportamiento debe ser impecable, sobre todo en lo que se refiere a la posibilidad de adquirir privilegios personales. El saber por sí sólo no es suficiente. Tiene que estar acompañado por la vocación de servir a la gente y ser acorde con los valores de la justicia. La eficacia política está estrechamente ligada con la ética, y las mejores soluciones técnicas son tales en la medida en que son justas. Un poder legítimo y eficaz sería el poder de estos expertos. Entre los relatos de las voces de este estudio, aparece la idea de la democracia como un proceso de autonomía guiada por un personal técnicamente capacitado y éticamente integro.

### **3.2.1 La realidad presenta unas limitaciones que deben ser identificadas por los expertos**

Los expertos consideran que las propuestas de los ciudadanos a veces están fuera de la realidad, y se deben corregir o rechazar por las intervenciones de expertos que consideran tales propuestas inaplicables e imposibles. Las estructuras y normas sociales, que definen qué se puede hacer y qué no, se enfrentan como si fueran las leyes inamovibles de la realidad.

---

Salieron muchas propuestas que no tenían que ver con inversiones, por ejemplo, ayudar a las familias necesitadas. Eso no es inversión... en eso no podemos usar el dinero. Un poco ajustar las propuestas con la realidad, ¿no? (Entrevista Vilafranca, p3)

---

Este apartado presenta un interés especial. Si atendemos a las palabras que ha usado la persona entrevistada, vemos que las propuestas no aceptadas se caracterizan no solo como no aplicables sino también como algo fuera de la realidad. Lo que no se puede aplicar a causa de ciertas limitaciones sociales y políticas, que como tales son contingentes, se ve por parte del experto como una impostura. El discurso experto convierte la imposibilidad social en una imposibilidad objetiva. El especialista da el marco sociopolítico establecido por sentado. Lo ve como una condición insuperable. Se puede decir que este marco adquiere una transcendencia, que aunque no tiene ningún soporte empírico y científico respectivo, se presenta como tal porque el orden vigente tiene el poder de imponerla.

---

Había un equipo de valoración técnica que valoraba económicamente las propuestas; si era viables, y si eran viables técnicamente, porque a veces no se pueden hacer. O no son competencia municipal. Y después esta información se pasaba a la comisión mixta formada por asociaciones de vecinos, representantes municipales... (Entrevista Girona, p2)

---

A veces el discurso a favor de la realidad cobra la forma de undiscurso a favor de la Economía. La financiación delimita lo posible. Nada nuevo bajo el sol. Lo que es más interesante es la rectitud con la que se rechazan propuestas en el nombre de su inviabilidad económica. Se ve como los gobiernos (locales o nacionales) declaran la imposibilidad de redistribuir los fondos económicos, y ponen esta imposibilidad como límite de las decisiones de los procesos participativos. La economía es el límite de la democracia, según esta perspectiva.

Otro elemento que limita los procesos participativos es que algunas propuestas requieren actuaciones que superan las competencias municipales para ser realizadas. En este caso los límites de la participación no los pone la economía sino la estructuración de la Administración. La organización de los poderes institucionales, es decir, la organización del aparato burocrático del Estado, hace que algunas ideas no se apliquen porque requieren la intervención de otras instituciones de este aparato. Dicho de otra manera, las estructuras políticas limitan la participación no porque algunas decisiones políticas particulares y subjetivas se oponen a las decisiones de los procesos participativos sino porque tales perspectivas políticas se han materializado en una determinada organización técnica de la toma de decisiones y de la vida política que no deja espacio para las perspectivas de los “de abajo”.

El experto en Vilafranca comenta:

---

“La participació ha de reforçar un treball tècnic” (Entrevista Vilafranca, p8)

---

El trabajo técnico es el eje de las decisiones políticas. Esta frase insinúa que es inalterable, porque expresa la realidad objetiva y sus necesidades. Ahora no es la economía ni la estructura política las que ponen los límites de los procesos participativos, sino un concepto diferente: la Técnica. De algún modo, la técnica se ubica en el origen de las decisiones políticas y de la política misma. Aunque se podría decir que es resultado de la producción social y de la actividad humana, no obstante se ve como el origen de esta actividad. Se ve como su condicionante,

como su base incuestionable. La realidad objetiva de nuestros tiempos es la técnica, según el entrevistado.

Técnica, economía y estructura burocrática de estado articulan el límite de los procesos participativos.

### **3.2.2. El gobierno de los expertos**

Una imagen que se repite bastante es que la política en el mundo actual no puede sino incluir la gestión de cuestiones técnicas y por tanto debe ser ejercida por técnicos/científicos:

---

jo veig també que la manca de preparació dels individus fa que ...és a dir, si en altres països, esmento França, una persona ha de tenir un nivell d'estudis, un nivell de sociologia política, per a poder accedir a la política... crec que això a hores d'ara nosaltres en patim, perquè en funció de l'alcalde, si hi ha fet història, tenim un model de societat, i en funció de l'alcalde, si ha fet veterinària, en tenim un altre. Llavors crec que la societat necessita tècnics polítics també. Vull dir, penso que ens falta a... la meritocràcia està molt bé, però ara no tothom... És a dir, perquè ets president de futbol potser no pots ésser un bon polític. Jo penso que falta especialitzar la política, i ep, uns objectius que tampoc són massa clars (Grupo de Discusión Girona, p6).

---

No sólo es un trabajo que requiere un experticia -y según lo anteriormente planteado una experticia en la gestión de lo social- sino que este trabajo incluye también dimensiones técnicas que requieren conocimientos adicionales. La política se debe ejercer por profesionales de diferentes sectores, cuyos saberes les permiten responder a las demandas sociales. Según esta perspectiva, no cualquier persona puede ejercer el gobierno, ni es suficiente que un político sea una persona atenta, éticamente correcta, organizativa y práctica. Nuestro mundo

complejo hace que la gobernanza se base en un trabajo político-técnico. El político profesional debe saber moverse entre los ensamblajes de la política con la técnica. Y su formación determina las respuestas políticas que da. En otras palabras, la democracia hoy en día se enfrenta ante una limitación impuesta por la técnica y parece que las diferentes políticas corresponden a diferentes opciones técnicas. Según esta visión, la técnica determina la política y no la política determina la técnica.

Un participante en el grupo de discusión de Lleida comenta:

---

si queremos transformar la realidad que te rodea, tenemos que escuchar y depende de lo que digas, nosotros, a nivel más técnico, se puede hacer una cosa o la otra. (Grupo de discusión Lleida, p42)

---

En la gobernanza democrática, los técnicos están al servicio del pueblo. El técnico describe los mundos posibles. El ciudadano los mundos deseados. La cuestión radica en saber moverse entre la voluntad subjetiva y las limitaciones objetivas. Parece que hay dos territorios delimitados que deben comunicar entre sí: la política que proviene de la ciudadanía, como un conjunto de consideraciones sociales planteadas por la ciudadanía y la política ligada a la tecnociencia, como un conjunto de posibilidades técnicas planteada por los especialistas respectivos. Sin las consideraciones sociales y ciudadanas no hay democracia. Sin los conocimientos técnicos tampoco, porque la democracia existe sólo si funciona.

En esta perspectiva, la única democracia que puede funcionar es la democracia de los buenos expertos. O, en otras palabras, la democracia representativa en la que los buenos expertos-gobernantes escuchan a la ciudadanía.

En una línea similar un entrevistado, hablando de una cuestión relacionada con los huertos de la ciudad sugiere:

---

Hombre, yo creo que ahora, para tirar estos huertos adelante... hay

mucha gente que lo hacen ... y saben. ¡Pero hay mucha gente que no han hecho nunca nada! Entonces, lo que les faciliten unas personas conocedoras... como otras... personas jóvenes, técnicas en la materia: ¿cómo se ha de plantar?, ¿cómo se debe abonar?, ¿cómo se tira el agua?, ¿cómo se debe hacer? ¡Es muy importante! Y eso hay que agradecerle muchísimo el Ayuntamiento. Quiero decir... hay que agradecerle. ¡La gente ha quedado muy contenta! (Grupo de discusión Girona, p40)

---

Para la ciudadanía, la política no es nada trascendente, teórico, ideológico. Se reduce a cuestiones prácticas y en saber gestionar estas cuestiones. La política es la respuesta a las necesidades colectivas inmediatas. La institución obra bien cuando tiene el personal técnico necesario y lo pone al servicio de la ciudadanía. De hecho, la institución debe ser este servicio técnico. La política pragmática de la que hablábamos antes, es una política de los técnicos, que deben siempre estar comprometidos con el bien común. Reconoce su posición en cuando personas expertas cuya palabra siempre tiene un peso especial y considera que su presencia e incorporación en los espacios de participación ciudadana es imprescindible

Una entrevistada en Falset sugiere:

---

hi ha gent que té més capacitat o té la oportunitat de pensar sobre com dissenyar... jo que sé, aquesta taula, i llavors els altres hi podem aportar... jo que sé, idees o crítiques, o.... vull dir que són processos tan vàlids com, com el que pugui sortir de baix cap dalt, ¿no? ¡Que també els de baix cap dalt de vegades són caòtics! (Grupo de discusión Falset, p27)

---

Los técnicos tienen más capacidad y posibilidades de gestionar los problemas sociales y de diseñar propuestas de soluciones. La participación del público es necesaria para criticar, complementar, mejorar desde un punto de vista social las propuestas técnicas. La entrevistada dice que los procesos “top-down” son tan

validos como los “bottom-up”. Indirectamente plantea que la gestión de los técnicos, complementada por la participación del público, funciona mejor que una organización democrática, digamos, “radical”, en la que los expertos complementan el poder del pueblo. En este apartado, la política desde abajo cobra un matiz peyorativo ya que se considera “un poco caótica”. Emerge una vez más el típico argumento de la incapacidad de la ciudadanía de gestionar *directamente* los asuntos que la conciernen. Emerge también la necesidad de basar la gestión de estos asuntos en los expertos/técnicos y de promover la colaboración entre ellos y los no expertos manteniendo en todo caso la primacía del discurso de los especialistas

La argumentación a favor de un gobierno en el que los expertos/técnicos tienen la primera palabra llega a forma más compensada quizás en el discurso de una participante de Girona:

---

D2: Mm... Bueno, jo crec... sóc la Joana, jo crec que la política és una ciència i és el que actualment, ara... la forma que tenim per organitzar la nostra societat, crec que és lògicament això (Grupo de discusión Girona, p5)

---

La política, la organización de la vida colectiva y común se considera como una ciencia, un proceso racional. Ahora bien, la preguntas a formularse desde esta perspectiva son: ¿si la política es esta ciencia, se debe ejercer por los expertos de esta ciencia o por todos? ¿La política es una ciencia como las otras o es una ciencia de tipo diferente? Y más allá: ¿La ciencia es cosa de las personas expertas o de cualquiera?

En otras palabras, el apartado se puede leer de dos maneras diferentes: en primer lugar, como si abogara a favor de una gobernanza experta. En segundo lugar, como si abogara a favor de una experticia colectiva, como si se dijera que expertos somos todos. La organización de la sociedad es una ciencia, dejemosla a los científicos. O bien, la organización de la sociedad es una ciencia de la sociedad, entonces que todos ejerzamos esta ciencia. Sea como sea, lo que

emerge son las complejas relaciones entre la vida del conocimiento y la vida de la Polis. No todos se pueden dedicar a los avances del conocimiento, no obstante, todos se implican de una u otra manera en ellas, con lo cual estos avances les conciernen. La gobernanza en la época de la biopolítica es racional y calculadora –y nos atrevemos a decir que incluso una gobernanza basada en los principios de una democracia radical será también biopolítica, porque el desarrollo de las aptitudes humanas es parte de cualquier proyecto político después de la Ilustración. La biopolítica actual oscila entre un gobierno de los expertos y de los técnicos y un gobierno de cualquiera como decía Rancière (2006), un gobierno de todos.

### 3.2.3. Ética y experticia

En el Grupo de discusión de Vilafranca un participante comenta:

---

pero es que el político, lo que entendemos por políticos, representa que tienen que saber de política... que tampoco saben, ¿no? O sea, el político está fundamentalmente, me digáis lo que me digáis, para sostener el poder todo el tiempo que pueda. A costa de lo que sea, de ciudadanos, del otro. (Grupo de discusión Vilafranca, p.21)

---

La desacreditación de los políticos se repite a medida que los políticos se consideran malos expertos. Asociada a la idea de la mala experticia encontramos otra vez la idea de que el personal político está apegado al poder y es indiferente a las necesidades ciudadanas y a la cultura democrática. Los ciudadanos ven la política como una actividad ligada al saber, al conocimiento. La desacreditación del político a causa de su apego a su cargo se relaciona con su incapacidad. El significado latente aquí es que la política no es una actividad que se pueda ejercer por cualquiera, sino por personas especializadas. El vínculo que aparece -aunque no es explícito- es que los políticos profesionales que son expertos de verdad no

son idénticos con los que están apegados al poder. El conocimiento experto protege al personal político de la tentación de olvidar la lógica democrática según la cual el poder es del pueblo y sólo del pueblo. El verdadero político experto es alguien que debe conocer que el poder es del pueblo y se ejerce en su nombre. El conocimiento que deben tener las personas que están en el poder está conectado con una determinada actitud ética ante el ejercicio de este poder. Para este entrevistado, sabe ejercer el poder aquella persona que no llega a amar su cargo y sus privilegios o, mejor dicho, la personas que no convierten su cargo en privilegio.

Desde esta perspectiva, la ética emerge conectada con la labor de conocer y de adquirir conocimiento. Una persona que ama su cargo no sabe desempeñar sus funciones. El conocimiento pues, no es solo un conocimiento técnico –aunque lo puede o le debe incluir como veremos más adelante- sino que implica esta actitud ética sin la cual la persona no se considera capacitada.

En la misma línea , otra ciudadana sugiere:

---

penso que és una eina molt necessària, la política per organitzar la societat, vull dir... tenir uns representants polítics. Però actualment la visió que tinc del funcionament no és... no és gens satisfactori. Vull dir, penso que els polítics haurien d'estar al servei de la societat i actualment no és així (Grupo de discusión Vilafranca, p2)

---

La política es el trabajo de la organización social. Los representantes políticos son los encargados de ejercerlo. Pero este trabajo se realiza sólo si ellos están fijados en su objetivo: servir al pueblo. El político no es un amo, sino un sirviente. Aunque manda, obedece. Dicho de otro modo, puede mandar sólo si obedece. El político desempeña su trabajo, muestra que sabe hacerlo cuando, mediante su mandatorio, su poder individual se hace vehículo del poder popular. Cuando este mandato no circula desde el pueblo al político y desde ahí otra vez al pueblo, cuando se cortocircuita, entonces, la maquinaria del gobierno democrático falla. Y la pieza que no funciona en este caso, es él, el político profesional. Saber hacer

política es mantener la circulación del poder desde su fuente hasta que vuelva otra vez a ella.

Ideas similares se repiten en bastantes ocasiones durante los grupos de discusión  
Por ejemplo en Tarragona:

---

I per mi la política -com em sembla que ja s'ha definit bastant bé- és la gestió de la societat, ¿no?, per part d'unes persones que hem triat. I a partir d'aquí podríem començar a explicar que la situació que estem ara ens pot agradar més o ens pot agradat menys o quan no es fa bé la gestió, no?, o que no és justa. Però em sembla que és bastant repetitiu, em sembla que la idea és bastant la mateixa que hem dit fins ara. (Grupo de Discusión Tarragona-Falset, p3)

---

Desde este planteamiento, se afirma la imagen de la política como trabajo que se realiza por personas elegidas por el pueblo. La sociedad debe ser gobernada desde un afuera que surge desde su interior, que nace de ella, y que sólo entonces es una gestión “justa”-es decir, eficaz y democrática-. La ciudadanía puede ejercer algún grado de control sobre las personas a las que encarga esta tarea, y expresar su satisfacción o descontento por sus actuaciones. El buen gobierno se valora según dos variables: justicia y eficacia. Lo que vemos también en este pequeño apartado es que la gestión justa y la gestión eficaz están estrechamente ligadas. Se puede decir que la justicia y la funcionalidad van de la mano en la gobernanza democrática. Es posible pensar que cuando este vínculo se rompe es peor tanto para la justicia como para la funcionalidad/eficacia del gobierno.

La ciudadanía no deja de enfatizar la dimensión ética de la política

---

I ja és lo que deia ella... té raó; ha de ser gent preparada, però sobretot ha de ser gent honrada. Necessitem gent honrada ara mateix. És una base molt important. (Grupo de discusión Girona, p7)

---

El entrevistado habla de la necesidad de cuidar el estrecho vínculo entre política y ética. Los políticos deben ser personas honradas, y sólo entonces –una vez más– están capacitados para ejercer su cargo. El vínculo entre política y ética, que hace que el político profesional sirva al pueblo, se puede y se debe mantener por el control del pueblo. El poder institucional es democrático a medida que se basa en una clara actitud ética. No obstante, tal actitud no emerge “espontáneamente”, sino que requiere mecanismos de control. Hay que pedir cuentas a los políticos, hay que controlar su poder, comentan las personas entrevistadas. La ciudadanía, y no el personal político, es el factor que asegura la política democrática. Actualmente, el control sobre el representante es una cuestión abierta. Las estructuras políticas actuales no dejan margen para el control popular sobre el representante sino mediante los partidos. Pero parece que los partidos no favorecen la implicación crítica en los asuntos políticos. Se podría decir incluso que es un factor que frena la implicación política de la ciudadanía. La idea latente que vemos aquí es la idea de que toda la organización de la democracia liberal no se muestra eficaz a la hora de asegurar la vigencia de las premisas democráticas.

---

Jo crec en la honestedat, en la honradesa. Pot tenir els seus fallos o les seves equivocacions, com tots tenim, no? Però, doncs és això, no? Per mi és això. ¿Que després tens uns ideals i els pots practicar a través de la política? Doncs, sí, és així també, no? Així és com jo veig la política i els polítics, amb els seus errors que poden tenir (Grupo de discusión Tarragona-Falset, p4)

---

Se afirma otra vez la necesidad de una “ética del representante político”. La ética se plantea como un imperativo más fuerte que cualquier ideal. Se reconoce que se pueden cometer errores, pero el imperativo de una conducta impecable sigue presente. La ciudadanía no se cansa de repetir que más allá de las diferencias políticas o ideológicas, lo que diferencia un político del otro es el grado en que consigue tener una actitud ejemplar.

La noción de la gestión surge de una u otra manera varias veces. Aquí vemos

este planteamiento de otro participante:

---

Penso que la política doncs és, bueno, doncs és necessària, però no ho és l'ús que se'n fa, vaja. Vull dir, l'ús i la gestió, perquè per mi és una mala gestió. A part de que, bueno, jo he vingut de Filosofia i tinc una assignatura que és política, en sí, i, bueno, en resum, té molts ideals, però ideals que quasi bé utòpics, no? Perquè, vull dir, no és té en compte tampoc per el poble... és que és bàsicament la mala gestió que se'n fa de tot plegat. Considero. (Grupo de discusión Giróna, p5)

---

La política debe ser la gestión correcta de lo social. Un trabajo práctico, materialista, organizativo que parte de las necesidades inmediatas para ofrecer soluciones y no tanto ideales “utópicos”. Según esta participante, hay que dejar al lado las narrativas grandes que supuestamente parten del pueblo y sus movimientos, ya que actualmente ni este pueblo está dispuesto a defenderlas. La política como relato de la emancipación, de la libertad o del progreso, como elemento esencial de la trayectoria de una humanidad que sale adelante, es cosa del pasado. Y, también, parece fuera de lugar la definición de la política y de la democracia como participación constante. El relato izquierdista, participacioncita o rousseauniano, no responde a nuestras necesidades prácticas. Lo que necesitamos es lo que queda después de la desilusión progresista, la política – insinúa la participante- de resolución de problemas.

Lo que es interesante en el planteamiento de esta ciudadana es que apunta hacia la posibilidad de hacer dos tipos de política: la primera es la política de la gestión del mundo. En esta perspectiva el mundo está dado y todo lo que hay que hacer es organizar y resolver las cuestiones que surgen. Se trata, tal vez, de dar respuestas a problemas concretos, específicos -antiguos o nuevos. Lo único que puede distinguir las respuestas es que sean buenas o malas. En este caso está bastante ausente la ideología, la teoría o la filosofía política. Se trata de una política pragmática. Claro está que tal política se ejerce por personas que no olvidan su compromiso social.

La otra política es la política de los grandes relatos, la política de los ideales. En esta política no se trata sólo de dar respuestas pragmáticas sino de alcanzar objetivos transformadores. Es la política que intenta o que quiere cambiar el mundo. Y el cambio primordial es, quizás, la misma realización de la política de la polis, es decir, el pleno autogobierno. Dicho de otro modo, la política más allá de la gestión es la política con el eje en la participación. La democracia desde esta perspectiva no es el gobierno representativo sino el autogobierno inmediato de la comunidad. Este es el ideal democrático difícil de alcanzar. Esta es la utopía. La política más allá de la gestión es una forma de relacionarse con esta “utopía”

### **3.3. ¿La política es de los políticos o de la Polis?**

La ciudadanía considera que los políticos y los gobiernos están alejados de los intereses sociales y ejercen la política de puertas a dentro, dejando la participación en un papel secundario y periférico, que no afecta a una política que gira alrededor del mantenimiento de los privilegios de la “casta”. No obstante, hay una política que se puede hacer por cualquiera, una política que no se separa de la Polis y su vida cotidiana. Se trata de una política como arte de convivir con los otros, se trata de la actividad de los diálogos cotidianos para gestionar cualquier asunto, para educar, para cuidar, para estar juntos. No obstante, muchas veces esta política se marginaliza y se invisibiliza a causa de la centralidad que tiene la experticia del político profesional. También es verdad que la ciudadanía no parece tener plena conciencia de su potencial, aquello que le permitiría intervenir en la realidad que la rodea. Sea como sea, la política oficial y la política de la Polis mantienen relaciones densas y a veces conflictivas. En este marco, la legitimidad de los procesos participativos emerge como una cuestión difícil y complicada ¿A quiénes representan un grupo de ciudadanos que deciden acudir a un proceso participativo organizado por la administración o, de modo más general, implicarse en la vida política? El político está legitimado porque suele ser electo. La persona ciudadana no lo es, y por eso se la ve como representativa de lo que se respira en la vida de las personas normales y corrientes. Es representativa porque es una de esas personas. Cuando la constitución sociodemográfica de los participantes es similar a la de la población en general, la participación puede ser representativa, según las entrevistas realizadas. No obstante, siempre es bastante incierto si el proceso participativo en sí refleja las inquietudes generales de la gente, ya que la presencia de determinados perfiles en un espacio no asegura la conformidad de la discusión que se hace dentro de él con las discusiones que se hacen fuera.

### 3.3.1 La desconfianza ciudadana

Un participante sugiere:

---

Sí, però jo em refereixo a que això és un nivell molt bàsic, que per mi participar seria "estem parlant de la llei de l'avort, doncs fem un procés de participació que tots debatem de si s'hauria de posar sobre la taula la llei de l'avort", i llavors la gent participaria sobre les lleis, per exemple... clar això és un nivell molt més elevat. I, després, jo crec que sí que queda limitat per l'administració. La participació més bàsica, a la que ells ja els hi va bé que participis endavant, mentre no moguis gaires coses importants... (Grupo de discusión Girona, p17)

---

En esta apartado se reafirma el problema de la pre-definición de la agenda del proceso. La participación interesa a las instituciones sólo cuando se trata de asuntos secundarios. Cuando se trata de algo verdaderamente importante los representantes son los que toman las decisiones. Parece que la lógica de la independencia del delegado (Pitkin, 1967) mantiene su supremacía ante la lógica deliberativa. La participación se añade a unas estructuras de delegación que dejan al delegado sin control desde abajo y no afecta estas estructuras como eje del sistema de toma de decisiones. La ciudadanía se convoca para hablar sobre lo que se permite decir.

Otro participante del grupo de discusión de LLeida comenta casi lo mismo:

---

los procesos participativos parece que solo estén encarados a construir esta plaza... pues vamos a consultar, a ver la gente, si quiere participar ... (?) esta plaza, a ver cómo será, qué debe tener. Pero siempre los procesos participativos, yo los que conozco, son encaminados a eso... a cosas más del paisaje urbano. Puede ser, a nivel de ... de construcción de plazas. Pero, no sé si se deberían hacer también procesos participativos en otras áreas. No solo en estas (Grupo de discusión

Lleida, p21)

---

Se puede decir que lo que el participante insinúa es que la participación se limita a temas de urbanismo o medio ambiente. Y en estas cuestiones no se puede plantear cualquier cosa, tal como se ha comentado antes. Otros temas fundamentales, por ejemplo, relacionados con las finanzas no entran en el repertorio de los procesos participativos. Ni la política exterior u otros temas importantes de la vida política como la inmigración.

---

Una vegada, bueno més d'una vegada, de fer processos de participació on les entitats són grans i la majoria de vegades no hi he anat. I la raó sempre ha sigut perquè donava la sensació que no servia gaire per re. Sí, sincerament. O que potser el nostre poder de decisió allà dintre, dels estudiants, era molt baix. I que em semblava una mica com pedre el temps, i per això sempre he decidit no anar-hi i no ficar-m'hi (Grupo de discusión Girona, p26)

---

Resulta evidente, que los procesos participativos “top-down” no satisfacen las expectativas ciudadanas. La gente ve en los procesos top-down una reproducción de la política institucional opaca, que hace de la participación un elemento decorativo.

Otra persona del grupo de discusión de Vilafranca comenta:

---

crec que si el govern que mana desenvolupar aquestes dinàmiques de participació... i és un tràmit. Ja hem vist dos exemples. Vull dir, no fer cap conclusió eh, però també és perquè ells no creuen en aquests principis (Grupo de discusión Vilafranca, p19)

---

Para los ciudadanos, por detrás de la política participativa institucional hay hipocresía política. En este sentido, la participación sirve para que la clase política enmascare democráticamente el autoritarismo institucional.

Para los entrevistados de los grupos de discusión, estas visiones promueven una visión determinada de la política, basada en la primacía del orden institucional. La centralidad de las instituciones de la delegación parece inamovible. Y el personal político, cuando acepta y promueve tal participación, es para consolidar esta centralidad y no los principios de la democracia deliberativa/participativa

Un miembro del grupo de discusión de Girona dice:

---

No volen sentir dir res (...) Tenen una por de que qui sigui els hi pugui prendre.. no, no, no. Tu demanes una idea, una opinió... en general no s'accepta. Vaja, bé, veig que en general el polític té al·lèrgia a la crítica i quan, en realitat, a vegades... doncs precisament, vull dir, no en trobo la part positiva eh?... entén-me, eh? (Grupo de discusión Girona, p21)

---

Algunas personas participantes usan palabras verdaderamente descalificativas para hablar de las intenciones de la política institucional y sus “giros participativos”. Los políticos tienen alergia a la crítica e incluso tienen miedo de perder su posición privilegiada. Cuando se llega a propuestas “buenas”, estas no se aceptan porque prevalece el interés por el privilegio por encima del interés por el bien común y la calidad democrática de las decisiones tomadas.

Al final, todo el proceso parece una pérdida de tiempo.

Un entrevistado del grupo de discusión de Figaró sugiere:

---

“Pero que sí que considero que cuando una participación, acá, no modificó, que no decidió algo realmente participativo, no sé... Porque se me da una propuesta y yo voto por sí o por no. Se decide en un sólo día; en una hora. Yo esta manera de manejar me para decidir algo ni con la compra en el supermercado. Entonces, muchas veces digo no. Ese día no puedo venir. También hay alguno que viene quemado con años y dice no; “me quedo aquí” o “me quedo en el bar hablando, no voy.” (Grupo de discusión Figaró, p8)

---

La participación funciona como un simulacro de las elecciones. Una votación en un día determinado sobre una cuestión prefigurada. El ciudadano comenta que la calidad deliberativa de tal proceso es aún más baja que las compraventas del mercado. Su comentario está cercano a la idea de que la participación institucional sirve para legitimar decisiones ya tomadas. Por tanto, no merece más atención.

Otro entrevistado en el grupo de discusión de Girona dice

---

Sí, perquè tot lo que diuen, diguéssim, si realment lo que diuen fos veritat i ho complissin, cap problema. Però és que tot lo que fan és dir-te mentides contínuament i no complir. I cada vegada anem pitjor, a pesar de que ells diguin que és al revés.\_Si ens volen fer veure que tot s'arregla, que tot anirà bé, que tot està més calmant, i és tot mentida.\_Sí, sí ho és. Jo n'estic super-convençuda. Però, bueno, tu has dit la veritat. I de veritat ho dic que, bueno, és tot una comèdia.(Grupo de discusión Girona, p2)

---

Mentira. Comedia. Calmante. La participación según el entrevistado equivale a la manipulación de la ciudadanía. Es el vehículo para tranquilizar a la gente inquieta, que ve que sus condiciones de vida empeoran. Los mecanismos participativos intentan convencer a la gente de que la democracia, la economía y la política funcionan bien en el momento en que funcionan cada vez peor. Las nuevas herramientas, técnicas o políticas, no son indicadores del progreso, sino que ocultan un retroceso, la crisis generalizada, la ausencia de perspectivas. Los políticos profesionales son conscientes de esta situación, pero engañan a la ciudadanía. No dicen la verdad, no cumplen sus compromisos. En este sentido, parece que participar es participar en un engaño

Otra persona del grupo de discusión de Lleida dice:

---

Los ciudadanos estamos en un lado, los políticos en otro... siempre hay esta sensación de rechazo con respecto a los políticos; con todo lo que

está pasando. Y también la sensación de no ser escuchado, no ser considerado por parte de la clase política que muchas veces... tienen intereses propios que desconocemos y están en otras esferas de las que está el ciudadano de calle. Por decirlo así. (Grupo de discusión Lleida, p2)

---

La entrevistada sugiere que entre la gente y la política oficial hay una fractura bien marcada. La gente normal y corriente y los políticos constituyen dos grupos bien delimitados. El grupo de los políticos está separado de la vida social y vive en otra esfera, tiene otros intereses. La imagen que la ciudadanía tiene de la política actualmente podría ser la imagen que el pueblo tenía o tiene de sus reyes, de sus nobles. La clase política funciona como una clase social alta. La división entre ciudadanos y políticos adquiere los matices de una división clasista.

La ruptura entre la ciudadanía y la política se ve en las palabras de un participante de El Figaró

---

“jo a molts polítics, si sóc sincer i amb total llibertat, no els crec. No crec gaire en la política perquè no em demostren confiança en aquest aspecte. Però si és al poble sí, perquè és un poble petit i els conec. I de prop hi confio.” (Grupo de discusión Figaró, p16)

---

El entrevistado contrapone el pueblo y la pequeña comunidad a la clase política. La clase política es lejana e invisible, el pequeño pueblo es cercano y conocido. La cuestión de la confianza aparece relacionada con una cuestión de distancia de escala. Estar implicado con el otro, con su vida, o vivir en un espacio común, permite confiarle, trabajar con él y, a partir de eso, hacer política. Se puede decir que emerge la contraposición entre la política de unos presuntos especialistas, que se hace a puertas cerradas, y por otra parte la política de la Polis.

En otro momento un entrevistado del grupo de Lleida sugiere:

---

D3: Eso que decís que los políticos no os escuchan, o no escuchan... yo hace poco que estoy en la asociación de vecinos como presidenta y me ha sorprendido, porque a veces tú tienes una idea muy buena; pero se escuchan las ideas de... más afines a su partido. Tú no eres de ningún partido y te apartan. Hasta que a base de bofetadas y (?) pues sí; era buena idea. Pero primero es la idea de su partido... afín a su partido. Si tú no eres afín a ese partido, te cuesta mucho entrar a hablar con los políticos (Grupo de discusión Lleida, p3)

---

La capa de los políticos comunica con la ciudadanía mediante la organización de sus partidos. La única posibilidad de comunicar con ellos, no son los procedimientos abiertos deliberativos/participativos, sino la afiliación a las organizaciones políticas que dirigen. Evidentemente no se trata de comunicación democrática sino de una relación vertical en la que probablemente prevalece la lógica del intercambio o de un intercambio interesado: el afiliado reconoce y trabaja por el poder del político a cambio de ser escuchado. Dicho de otro modo, el ciudadano puede comunicar con los políticos a medida que les da más poder. Si no se da eso, está apartado, no comunica con ellos y si su presencia molesta, se elimina, incluso con la violencia.

Desde esta perspectiva, el estrato social de los políticos ejerce un poder sobre el cuerpo social que supera las limitaciones que supuestamente la democracia impone a este poder. Emerge la imagen de un poder político partidista, opaco, interesado, autoritario, incluso violento. Surge la imagen de las “democracias de plátano”, aquí, en el corazón de la civilización europea. Parece que en el siglo XXI y en la era de los giros participativos, la clase política no solo no se considera capaz de realizar estos giros, sino que se define en términos de un poder pre-moderno, pre-liberal, incluso arcaico.

---

D1: ¿Pero lo que has dicho es que sí los políticos le tienen miedo a la consulta? Yo creo que no tienen miedo, simplemente que ellos ya están en el poder y les es igual. O sea, les es igual. No es que tengan miedo. Es que simplemente tienen el poder agarrado y ya no les importa la sociedad. Ellos dicen: “Yo estoy aquí y yo mando. Me es igual lo que digáis. Ya podréis gritar lo que queráis” (Grupo de discusión Lleida, p9)

---

El poder político es un poder indiferente a la ciudadanía. La fractura entre política oficial y ciudadanía es tan profunda que los políticos ni se sienten afectados por la presión ciudadana. Según el planteamiento del entrevistado, los que están en el poder creen que pueden estar ahí para siempre ya que nada les afecta. Entre el estado y la clase política hay una fusión que imposibilita la implicación política de la ciudadanía. La conexión entre el personal político y el poder estatal es tan profunda que la participación, la influencia de la base social sobre la toma de decisiones se anula. Lo que observamos es que los ciudadanos consideran que las premisas de las democracias liberales no están nada vigentes. Lo que se supone que ha sido una de las mayores conquistas de los últimos siglos, los principios del famoso Estado de Derecho, parecen inexistentes. En algún sentido, *nunca hemos sido modernos*. Aunque se supone que el poder es del pueblo y se da a las personas delegadas para ejercerlo en su lugar, se ve que este principio se ha vuelto totalmente in-operativo. Los representantes se han apropiado del poder del pueblo, han privado el pueblo de su poder. En pocas palabras ante los ojos de la ciudadanía, por lo menos a veces, se comportan como usurpadores.

Tal como hemos dicho en este estudio, hay momentos en los que los expertos científicos critican a los políticos profesionales. El científico social, el experto en la participación, critica a los representantes políticos su falta de sinceridad y transparencia, su actuación a partir de intereses personales. Pues se ve que entre los expertos técnicos y los expertos políticos hay una fractura. Los primeros aparece realmente comprometidos con sus objetivos de trabajo, mientras que la experticia de los delegados no es sino una experticia en la manipulación y el engaño:

---

Primer, no entenen la participación. La participació que entenen és de despatx, de dinar i de camarilla (Entrevista Falset, p5).

---

La participación aparece como una faceta, una parte de las técnicas de una clase corrupta. No sólo no promueve la política democrática, sino que facilita una clase política desprestigiada. Por detrás de los mecanismos participativos, los privilegios y los poderes de unos grupos cerrados siguen siendo determinantes. Por detrás de los procesos participativos está una realidad opaca.

En el grupo de discusión de Girona, se plantea lo siguiente:

---

H4: Jo també, en relació a això que tu dius... jo estic molt d'acord en lo que hi ha moltes persones que voldrien canviar, fer coses, però, Bueno, pa què, no? jo sol faré algo? No faré res... i llavors no ho fan. I també, bueno, ho he dit abans que ho penso; que tal com s'ha estat fent la política s'ha quedat com una cosa súper llunyana a la qual no hi podem accedir. Llavors, jo estic... Bueno, no podria estar més d'acord en què moltíssimes persones no fan res perquè es creuen que ells no poden fer res sinó són algo. (Grupo de Discusión Giróna,p12)

---

Una vez más, el apartado anterior afirma la inasequibilidad de la política oficial, su carácter no participativo. También muestra que la participación, cuando se manifiesta de una u otra manera, difícilmente sirve para algo. Lejanía de la política, individualismo e ineficacia de la participación parece tres condiciones relacionadas entre sí. Eso conduce a que la creencia de que nada se puede hacer desde la participación y de que la política es una práctica que produce resultados a medida que es institucional, oficial.

La paradoja es notable: la política oficial es corrupta, antidemocrática e ineficaz. No obstante, no hay alternativa. No hay otro camino para la restauración del

poder popular, que es la esencia de la democracia. Aunque la ciudadanía subraya que la situación actual es profundamente problemática, sin embargo, la decepción domina. Como si todos aceptaran “There is no alternative”.

### **3.3.2. La política de la Polis**

La Política, se reconoce, es una práctica compartida y dialógica entre todas y todos. Al mismo tiempo se afirma la necesidad de un gobierno.

---

[Política] seria gestionar una mica les necessitats que tenim i que una persona general sigui el qui ens governa a tots. I, bueno, seria això, no?, gestionar les necessitats que tenim i poder, entre tots, fer les mateixes.  
(Grupo de discusión Tarragona-Falset, p3)

---

En estas tres líneas coexisten estas dos concepciones de la política: primero la política como gestión experta, como la autoridad de la persona especialista en el nombre del bien común. Segundo, la política como poder y gestión colectivos, que plantea las diferentes cuestiones entre todas las personas implicadas y busca soluciones mediante procesos participativos. Estas dos concepciones no están nítidamente separadas, sino que coexisten. La política es una actividad especializada y también es una actividad de todas y todos. Política es una praxis experta, y también una praxis colectiva. Si es una experticia se basa en una acumulación de conocimientos, en un avance del saber. Si es colectiva este progreso debe ser de una u otra manera obra común. En la política democrática, la figura del experto y del lego interactúan constantemente -incluso si esta interacción no sea armónica.

Un entrevistado de Falset sigue en la misma línea y, quizás, la proyecta un poco más:

---

H5: Bé, doncs, és l'art de conviure. O sigui, quan un s'aixeca un matí i diu "bon dia" al veí, també és la política. És que la política la bategen només uns senyors que dirigeixen, o no sé què, manen, o que deixen de gestionar les coses. No. La política és l'art de conviure amb tots, per mi, no? I, aleshores, cadascú... allò que es troba, doncs, ha de fer la política que li correspon... (Grupo de discusión Tarragona-Falset, p4)

---

Es una intervenció densa en significados. Primero, la política es la vida de la polis en todos sus momentos o, mejor dicho, toda vida común deviene política. La convivencia, el lazo social en sí, es una constante negociación, un constante proceso de construcción y reconstrucción. Es algo entre todos y todas y no sólo de unos pocos. La política atraviesa la vida cotidiana, ya que implica una concepción del cómo debe ser el mundo y la vida. Además, toda relación es política en la medida en que exige organizar o construir el espacio en el que se encuentra. Toda vida deviene política de una u otra manera...

En otras intervenciones el énfasis en la política como una actividad de todos aumenta. Se subraya su carácter de deliberación colectiva. No se valora positivamente la consideración de que la política sea de los políticos.

---

Llavors, jo penso que estic molt d'acord amb lo que ha dit en Pere. Jo penso que la política, bàsicament, és el fet de transmetre les opinions pròpies d'una persona en debat, en una discussió, lo que sigui; però també penso que és molt important de posar-hi un matís de... de transmetre aquestes idees amb... amb l'afany de portar a les persones que t'escolten cap al teu territori. Llavors, penso que, això que dèiem ara, estem fent política amb això que fem ara... també és política. I també penso que el que ens ha passat és que, tal i com s'ha estat fent la política, doncs ha portat a que la gent ho vegi com una cosa superllunyana i com un algo amb lo qual no... no... no podem... O la política és una cosa que només ho poden fer certes persones a la qual no hi podem arribar, no sé per com s'ha transmés o com s'ha fet. Penso

que s'ha acabat generant aquest dinàmica i aquesta idea. Llavors penso que és molt important que... que tothom sigui com molt conscient de que la política es pot fer a molts nivells i siguent persones de molts tipus i amb moltes ideologies també. (Grupo de discusión Girona, p5)

---

La política es el diálogo público. Emerge la imagen del Ágora ateniense como el espacio por excelencia de la democracia y de la política. Política es también cualquier comunicación sobre los asuntos de concernimiento colectivo –política no es sólo el proceso que se relaciona con la toma de decisiones o procedimientos formalizados, sino la constante circulación de ideas y la generación de nuevas a partir del dialogo. La política no es sólo de los expertos. Hay una multiplicidad de niveles donde puede haber actividad política y por tanto es una actividad inclusiva en la que todas las personas se pueden implicar. La política del Ágora se liga en este apartado con la inclusión de la ciudadanía y el pluralismo político. Participación política, ejercicio activo de la ciudadanía y pluralismo político son dimensiones del mismo proyecto.

También en las últimas frases sugiere que la participación no es un espacio homogéneo sino diversificado. La entrevistada sugiere que la implicación política se relaciona con la manifestación de estas diferencias. La ciudadanía activa es una ciudadanía plural, que permite la comunicación entre posiciones diferentes. En consecuencia, la participación se puede ver como un medio de integrar estas diferencias, de cohesionar los diferentes estados de la ciudadanía. Es aquella actividad que promueve la colaboración y la convivencia. Esto parece obvio en la teoría, pero no tanto en la práctica, aunque sea importante: pocas veces se enfatiza la ausencia de aquel espacio del dialogo público que permitiría a las personas hablar sobre su descontento o sus preocupaciones, conectar con las preocupaciones e intereses de los otros y así elaborar su malestar o plantear respuestas prácticas.

---

...com el sentit de que... el sentit de que el fet de veure com... com la política només la pot fer gent formada fa que després, a la pràctica, ens

cohibim de voler-hi participar. Tot i que això no treu que no poguem estar preparats per participar al nivell al que s'ens demana. No sé si m'explico. (Grupo de discusión Girona, p7)

---

La entrevistada plantea que la política profesional, por basarse en el supuesto saber de estos profesionales, inhibe la participación ciudadana. El factor, pues, que imposibilita la implicación de la gente es el supuesto conocimiento que es imprescindible para hacer política y que la mayoría difícilmente puede adquirir. Los ciudadanos legos ven a los políticos como poseedores de unas capacidades de gestión, de organización y de decisión que ellos no tienen. Esta conexión entre saber y poder dificulta la creación de un poder compartido, democrático y participativo. Desde esta perspectiva, crear las condiciones de un poder participativo implica cuestionar la autoridad del experto y dejar espacio para el surgimiento de un sujeto colectivo dotado de un conocimiento dialogante. Es posible decir que la entrevistada critica la caja-negra del conocimiento político experto, que es un mecanismo paralelo y ligado a la política de los despachos cerrados. Abrir la política es abrir sus cajas-negras, desmitificarlas, dialectizarlas y crear una nueva cultura y una nueva experticia, colectivas y, en la medida de lo posible, horizontales.

Además, promover la política participativa y crear una nueva cultura de experticia compartida tiene que ver con una nueva actitud por parte de “los de abajo”.

---

no participava tant, però sempre m'interessava la política. Perquè jo penso que moltes vegades deixem la política a l'altra gent i després ens queixem perquè no tenim resultats, però és la nostra culpa, perquè no participem, només ens queixem. (Grupo de discusión Tarragona-Falset, p4)

---

Esta actitud requiere abandonar la queja, la protesta pasiva e impotente, individualizada y desde la casa, para pasar a la reivindicación participante. Es obvio que el cambio hacia una política de la Polis, requiere la reconstrucción de

su *Ágora*, y el *Ágora* no puede sino ser creada por el ciudadano. Se puede decir que hablamos de una nueva ciudadanía, activa y concienciada, que no es el ciudadano tal como se configura en el discurso actual de la Administración –el buen ciudadano receptor de las decisiones de la clase política, el que obedece siempre a las leyes, el ciudadano del *ciudadanismo*- sino el/la *citoyen* de la revolución Francesa –es decir el sujeto constituyente y central de la vida política.

---

D3:.. els hi hauriem de dir, oi, que no ho han complert? Doncs això... això... això... això, no dimiteixin no. Al carrer! Que ells no són ningú.( Grupo de discusión Vilafranca, p6)

---

La participante en el grupo de discusión de Vilafranca, sugiere que el nuevo ciudadano pasa de la queja a la reivindicación y a la demanda. La queja es individual, la demanda es colectiva. Cuando el político falla en su papel de delegado de la voluntad popular, esta voluntad debe ser efectiva imponiendo su dimisión. Debe dejar al lado las fórmulas legales y salir a la calle. Lo que vemos aquí es la repetición de la idea de que según una nueva concepción de la ciudadanía de la que hablamos antes, la gente de la Polis es el factor que constituye la vida política. El ciudadano no es una pieza instituida por el sistema político, es la fuerza instituyente de este sistema. Tiene incluso derecho a la rebelión -la declaración de “los derechos del Hombre y del Ciudadano” de 1793, en medio de la Revolución Francesa, lo reconocía con claridad.

Las posiciones a favor de una política de la polis se condensan una vez más en las palabras de un participante de grupo de discusión de Lleida:

---

D2: Son maneras de participación, de manifestarse, de dejar llegar el qué. Una política aplicada a la ciudadanía. No política como entendemos... sí política de abajo, de base (Grupo de discusión LLeida, p3)

---

Política de los de abajo. Política de la base. La política más allá de las

instituciones, más allá de la fractura entre expertos y no expertos, la política del saber hacer colectivo.

Los planteamientos a favor de una política de la Polís a veces se radicalizan y llegan a plantear que la vida personal incluso es política. Según estos puntos de vista la política es algo inmanente en la vida

---

Cada día hacemos política, crec jo. (Grupo de discusión Vilafranca, p7)

---

Aquí se extiende el significado de la palabra política. La política es actividad de la polis, actividad colectiva. Pero, al mismo tiempo, es actividad interpersonal. Las relaciones de amistad, de cuidado, de apoyo mutuo, se pueden considerar políticas, y también las relaciones competitivas y las relaciones de poder –que se entrecruzan con las primeras.

Otra entrevistada comenta:

---

D4: La relació entre persones per mi és política. Jo sóc mestra; jo cada dia estic educant i jo crec que estic fent política perquè estic fent que... estic intentant generar pensament crític. I quan hi ha interacció entre un grup de persones, per mi això és política. És la primera, de darrere. (Grupo de discusión Vilafranca, p9)

---

Cualquier interacción grupal es política. Si todos los colectivos influyen o producen el contexto en el que actúan y sus relaciones, entonces devienen explícitamente o implícitamente políticas. Esta maestra sugiere correctamente que su trabajo de pedagogía es político, ya que intenta crear pensamiento crítico. Es como si dijera que cualquier acto de cuestionamiento de lo establecido es político. No obstante, nos podemos preguntar por qué el acto de afirmar o aceptar lo establecido, de no promover el pensamiento crítico no es también una actividad

política. La persona o el colectivo despolitizado también producen el mundo que les rodea, incluso si es una producción automática, inconsciente. Berger y Luckmann (1965) argumentaban que el hombre produce el hombre incluso mediante sus automatismos cotidianos, incluso cuando está inmerso en un mundo que parece dado e inmodificable.

Esta es la idea que afirma la entrevistada del grupo de discusión de Falset-Tarragona

---

D4: Jo penso que sí, eh... Jo estic segura que sí, que som voluntària o involuntàriament... som actors polítics... perquè el que fem... no? són maneres d'actuar, però que tenen conseqüències a la casa, a la societat, a l'escola... (Grupo de discusión Tarragona-Falset, p8)

---

Sea como sea, la vida y la política están estrechamente e intrínsecamente ligadas. Criticando o aceptando lo establecido, articulando discursos o sin decir nada, los humanos actúan políticamente porque su actividad tiene consecuencias en las casas, la sociedad, la escuela. Dicho de otra manera, la actividad que se manifiesta como no-política y el discurso del "a mí no me interesa la política", también son políticos. El acto de aceptar silenciosamente y perpetuar la organización actual del mundo es quizás la forma más difundida de hacer política.

---

H4: Bé, jo per fer un incís, voldria dir també que la política la fem tots. Però, llavors, cal veure també a quin nivell de política; o sigui, a quin nivell ha de fer la política cada persona. O sigui, per exemple, jo, que porto grups d'esplai, grups de colònies, em puc considerar un polític davant dels meus... de les persones que tinc sota el meu càrrec; explicant-te'ls-hi, doncs, lo que poden ser valors, educació que reben, lo que sigui... (Grupo de discusión Girona, p7)

---

Cada uno puede actuar políticamente según el espacio donde se encuentra. Cada uno puede funcionar, incluso, como experto político, aunque no esté implicado en la política clásica. La política puede emerger desde la vida cotidiana en cualquier momento. Toda relación social, por incluir significados sobre el “cómo” se deben hacer las cosas y vivir la vida, es política. La búsqueda o la afirmación de unas propuestas normativas o leyes explícitas, o implícitas, a nivel cotidiano es política.

### **3.3.3. Participación y representación**

Es importante pensar desde dónde obtienen su legitimación las personas participantes en un proceso participativo. La comunidad de los legos, a diferencia de los expertos, no posee ningún conocimiento especializado. No son convocados en base a ese conocimiento. Entonces, su opinión se legitima, diríamos, por la misma idea de la democracia, que reconoce el poder del pueblo, es decir, de todas las personas normales y corrientes que viven en esta comunidad, independientemente de sus experticias. La democracia representativa reconoce el poder del pueblo al mismo tiempo que la técnica, la economía y la organización burocrática del Estado imponen que este poder deber ser compaginado con el poder de las personas especializadas.

Los técnicos en participación se plantean a menudo la cuestión de la representatividad y la legitimidad de las personas participantes. El técnico de Lleida dice:

---

Es una pregunta que nos toca mucho la fibra. Para mí, una participación más o menos buena en unas elecciones, a título personal, es que votara más de un 80%. Pero sabéis que las elecciones normalmente las vota un 20%, un 22, un 30 y pico. En el caso de la participación, cuando no se trata de un proceso constituyente, cuando no hay cargos electos, ni influencia sobre las instituciones, nosotros hemos cogido como referencia la respuesta publicitaria. Como en el ámbito de la publicidad tienen una

respuesta del 2%, entonces todo lo que sea superar esta ley que tienen en el mundo de la publicidad para nosotros es buena. Porque si en el mundo de la publicidad, con todo lo que invierten, solo consiguen una respuesta del 2% del sector al cual va dirigido, nosotros superar ese 2% ya nos damos con un canto en los dientes. Es la única referencia científica que tenemos para decir si hemos hecho o no una buena participación en el sentido en el que ha habido una provocación a una respuesta. Hasta que no exista otra referencia académica a la cual podamos acogernos... (Entrevista Lleida, p8)

---

Este experto replica la lógica de la democracia representativa. Los ciudadanos participantes tienen que ser representativos de la población más amplia. Son representativos cuando provienen de una cantidad de respuestas a la convocatoria que supera el 2% "del sector al cual va dirigido". Las personas participantes tienen que representar algo incluso si es un 2% y este 2% es de las respuestas a la convocatoria y no expresa un acuerdo lícito entre la minoría participante (el 2%) y la mayoría silenciosa (el 98%). Dicho de otro modo, no se plantea la necesidad de que el punto de vista de los participantes exprese el punto de vista de la población que no participa. Se considera suficiente sólo que los que participan provengan de una fuente de candidatos que supere el 2% de la población.

El experto intenta aplicar una de las varias lógicas de la representación. Pero ya que es imposible aplicar la lógica de la representación de las opiniones de la ciudadanía -la representación formal o substantiva, según Pitkin (1967), aplica las lógicas de selección de muestras representativas, una especie de representación descriptiva. En este punto no vamos a comentar cómo la lógica de la publicidad ha influenciado la lógica de los procesos participativos. Nos interesan más las condiciones según las cuales la persona participante funciona como representante: como el científico-técnico representa la naturaleza y el representante político representa el pueblo, el participante, que ni representa objetivamente la realidad ni es delegado del pueblo, tiene que funcionar como una muestra representativa de la población más amplia. El grupo de los

participantes, según los expertos, debe ser una muestra. Evidentemente, la muestra, y lo que manifiesta, no significa nada en sí salvo si está manejada, evaluada, interpretada por algún técnico. Con lo cual, se puede afirmar otra vez la idea de que el interés sobre la representatividad de esta muestra está relacionado con la primacía de la voz del experto en los procesos participativos, que es la persona que evalúa qué es se considera representativo y qué no.

El técnico de Vilafranca repite el mismo argumento:

---

Bueno es una crítica que siempre hemos recibido; pero bueno... la respuesta es clara: pueden ser representativos porque, de hecho, teníamos todos los perfiles de edad: gente que trabaja, que está en el paro, gente que piensa con una ideología o que piensa de otra... teníamos diversidad de personas. ¿Por qué no puede ser representativo? El número no es lo que representa, sino la calidad de los participantes. Por tanto es una crítica... que venía mucho de un grupo de la oposición. Pero nosotros teníamos claro que era correcto. Y en este caso porque vinieron 50, pero en otros procesos pueden venir 25 personas: las entidades que sabías que vendrían, y los cuatro más reivindicativos de ese tema... ¡Eso sí que no es representativo! Pero en este caso, esa crítica no se podía hacer... porque en este caso era representativo. Lo veías en el debate; cuando se discutían las propuestas había diferentes ideas, maneras de pensar, propuestas. A nosotros nos agrada mucho todavía el sistema presencial... para cualquier proceso de participación. Alguna vez lo que se había planteado es hacer un proceso solo *online*, sin reunión presencial. Pero la verdad es que vimos que no, que el debate... encontrarse diferentes perfiles de personas presencialmente, escuchar el punto de vista de un joven, de una persona mayor, poder contrastarlo, debatir, para nosotros todavía es importante eso. A pesar de que ahora hacemos pocos procesos... creemos que lo que estamos haciendo ahora del plan local de juventud será el último que haremos. (Entrevista Vilafranca, p9)

---

Se repite la idea de que el grupo de los participantes tiene que ser una muestra

representativa de la población. El grupo, aunque pequeño, puede o debe ser representativo según algún tipo de criterio científico. Cuando la lógica de la representación de opiniones (representación formal o substantiva) se vuelve inoperativa y no aplicable, viene la lógica de la representación descriptiva a salvar la validez de los procesos participativos. Este tipo de representación responde, según el técnico entrevistado, a las cuestiones de la calidad democrática y de la representatividad de estos procesos.

El técnico de Lleida comenta:

---

Sí, pero normalmente cuando dices “demanda social” no se puede definir como demanda, porque muchas veces es un grupo de cinco ciudadanos o dos comunidades de vecinos, o una parte opositora del equipo de gobierno en aquel barrio, del regidor de barrio, que empieza algo, pero que no se sabe realmente qué impulso social tiene, cuantas personas hay detrás, qué fuerza tiene, qué realmente opina el barrio. Porque el barrio no son cinco personas, son 20.000 personas que viven en aquel barrio. Entonces cuando dices “demanda social”, no se sabe exactamente si es demanda social; entonces por eso el proceso de participación tiene todas las fases en las que tiene que medirse, valorarse, concretarse, y saber si realmente hay demanda social o no. Yo sé que en el caso del barri del camp de esports hubo una cierta queja, respecto a otros barrios: que ellos no tenían piscinas o las que tenían eran privadas. Y comenzaron a pasar por el barrio unos papeles para recoger firmas y a los dos, tres meses nos llegó (...) “me gustaría hacer un proceso de participación sobre”... y entonces es cuando se empieza. Fue un motivo de... ¿fue un reactivo lo de los vecinos? No lo sabré nunca. La sospecha es que sí, ¿no? Pero no te sé decir. Es verdad que luego no se ha hecho lo mismo en ningún otro barrio, solo en aquel en el que surge la queja de que no tenían piscina (Entrevista Lleida, p2)

---

Según el experto, la participación debe materializarse como resultado de la evaluación de las demandas sociales que hacen las instituciones. Resultado de lo

que ven en relación con las demandas y las quejas de los ciudadanos. El técnico comenta que la organización de un proceso participativo se debe dar cuando hay una demanda generalizada. Esta demanda ha de evaluarse empíricamente y objetivamente. Comenta que se debe “medir”, es decir, ser valorada según cierta mentalidad científica. Pero luego el técnico acepta que en realidad tal valoración objetiva no se hace y que los procesos se valoran según la intuición de la administración. Al fin y al cabo, los procesos se organizan a partir de la sospecha de que un tema concierne a una parte de la ciudadanía.

En otras palabras, lo que vemos es que el técnico sugiere que no se puede asegurar tal representatividad de estos. El proceso se organiza, al fin y al cabo, a partir de las intuiciones de la administración. Es la intuición política de los miembros de la administración sobre lo que es importante o sobre lo que no es, sobre lo que debe surgir o no, lo que permite la realización de los procesos. Al final se trata de herramientas que se activan a partir de las actuaciones de determinadas subjetividades políticas, y que expresan sus perspectivas, y no de procesos “neutros”.

En todo caso, en los comentarios de las personas expertas sobre la representatividad podemos apreciar cuatro elementos importantes. Primero, que la representatividad es piedra fundamental de la participación: las personas participantes deben representar algo, de uno u otra manera. Segundo, que tal representatividad no se puede conectar solo con la delegación, ya que el participante no es un delegado. Tercero, que la mejor manera para aplicar la lógica de la representación en los procesos participativos es aplicarla en el sentido de que el grupo sea una muestra representativa de la población. Y, por último, que tal representatividad no se puede asegurar, porque en la organización de los procesos participativos la intuición y la subjetividad de los organizadores no dejan de ser determinantes.

### **3.4. Política y vida cotidiana.**

La Polis es un conjunto de individualidades o grupos heterogéneos, y eso hace que el deseo o la necesidad de hacer política esté condicionado por la vida cotidiana de cada persona. Existen múltiples posibilidades que conducen a la no participación. Problemas de movilidad y de condición física por la edad o dificultades legales, lingüísticas y culturales en el caso de los inmigrantes. Pero no son solo las dificultades sociomateriales las que impiden la participación. También la acomodación y el hecho de tener las necesidades básicas relativamente satisfechas hacen aparecer a la política como algo irrelevante, como una práctica fuera de la vida. Vivir una vida muy difícil o muy acomodada conducen de manera similar a la ausencia del interés por la vida en común. En este panorama se entiende que la disponibilidad del tiempo determina el grado y el tipo de implicación política. Las múltiples exigencias de las vidas de las personas limitan el tiempo que se puede o se quiere disponer para ir a un encuentro o una asamblea. La política participativa parece poco compatible con la vida familiar, laboral, personal. El individualismo y la organización temporal de la vida están ligadas. La política oficial y la priorización de las necesidades personales de la gente también se interconectan, ya que unos escenarios políticos rígidos y lejanos desaniman el deseo de hacer política, efecto similar al que tiene la cotidianidad actual hiper-acelerada.

#### **3.4.1. La ciudadanía fragmentada**

Lo que vemos es que la implicación de la gente es algo que se debe conseguir laboriosamente. Los técnicos intentan sacar a la gente de los ritmos de su vida para que entren en un proceso participativo. No es algo fácil y sólo pocos lo hacen. Si algo es evidente es que la población no tiene ningún interés especial para implicarse en la vida política. La no-participación es la regla, la participación es la excepción. La vida política y la vida cotidiana evolucionan como dos ramas

separados que periódicamente echan puentes entre sí; sean las elecciones, los procesos participativos institucionales o los movimientos sociales, que no suelen ser duraderos. Antes dijimos que la técnica, la economía y la burocracia del estado limitan la participación, según lo que habíamos visto en las entrevistas de los expertos. Ahora veremos que la cotidianidad, con sus compromisos materiales, sus hábitos, sus ritmos y sus angustias es quizás el desmotivador más importante.

La inconstancia de los puentes entre política y vida cotidiana surge en las palabras de la especialista de Girona:

---

Igual es complicado que participen según el proceso. Digamos, del ámbito de la ciudad, las personas adultas de 40, 60 años, están más motivadas para participar en su barrio, para mejorar su ciudad. Los jóvenes, se movilizan mucho sobre temas del ámbito político o de derechos o así... En cambio para mejorar su barrio o mejorar cosas más cercanas, no. No acabamos de llegar, no sabemos cómo llegar. (Entrevista Girona, p4)

---

No hay un interés colectivo y general de participar. Hay una pluralidad de intereses y de concernimientos. Cuando los técnicos apelan a la “ciudadanía” se encuentran ante múltiples subjetividades, cada una de las cuales con sus intereses particulares. La ciudadanía está fragmentada y se moviliza por diferentes motivos. Así que la gente mayor se implica más en los procesos participativos de las instituciones y sobre temas que tienen que ver con su entorno inmediato. Se puede decir que les importan más las relativamente pequeñas – aunque la definición de lo que es pequeño o grande es bastante arbitraria- mejoras de su vida. Con la gente más joven pasa algo diferente, tienen objetivos políticos más ambiciosos y es posible decir que la política grande, la Política en mayúsculas les atrae y les moviliza más.

Que la ciudadanía está fragmentada y se mueve por diferentes motivos se ve también en otros apartados de las entrevistas:

---

Los que trabajamos en el ámbito más social, vemos mucha gente que lo está pasando muy mal, ¿de acuerdo? Y es la población que está un poco invisible, que ni va a las manifestaciones, ni sabe que es una manifestación... Hablo de jóvenes inmigrantes que es lo que trabajo yo... y ves que se les están vulnerando sus derechos y, como dijiste tú antes, son gente que paga sus impuestos, paga su luz, cuando va al supermercado también paga sus impuestos; son invisibles sin papeles, que llevan ocho años aquí. El otro día se hizo una manifestación por los derechos de los inmigrantes, por el tema de los papeles, y había 150 personas. ¿Cuántos indocumentados hay aquí en Lleida para que sólo vayan 150 personas? Pero todavía hay gente que se les considera... ¿no? invisibles, que realmente están sufriendo todo eso: sus derechos son vulnerados, y son gente que tampoco participa. Puede ser que la gente que trabajamos desde las entidades en este caso también debemos ayudar a esta gente para que también... entren dentro de procesos participativos (Entrevista Figaró, p9)

---

Los problemas específicos de cada comunidad afectan sus posibilidades de participación. En el caso de los inmigrantes, las grandes dificultades de cubrir necesidades básicas y llegar al estatus de ciudadano les excluyen del ejercicio de sus derechos políticos y sociales. Sabemos, tanto desde la experiencia como de la teoría, que la vida cotidiana ejerce una presión que aleja las personas de la política. Esta presión puede tener manifestaciones muy variadas y en el caso de los inmigrantes es la lucha por la supervivencia -también puede absorber la supervivencia muy asegurada. Sea como sea, y aunque parece negativo para la calidad democrática de nuestras sociedades, la implicación política toma el aspecto de una actividad de... ocio o de un lujo inasequible en el caso de colectivos desfavorecidos.

Ni la ciudadanía ni la vida son homogéneas. Hay diferentes experiencias vitales en función de los diferentes “ejes de opresión y privilegio”, de las exclusiones y las discriminaciones sociales, que dificultan el acceso a la vida pública. Mejor dicho, dificultan la misma existencia de esta vida. La participación política y la democracia tienen sentido si incluyen estas voces. Tal como se ha comentado, se afirma la antigua crítica que veía que la otra cara del ejercicio de la ciudadanía era la creación de un gran campo social donde esta participación es imposible: mujeres encargadas con tareas domésticas y de cuidados, gente mayor, inmigrantes. El ciudadano activo, al final, no es cualquier persona, sino la que se ajusta a determinados parámetros socioeconómicos. La política participativa no puede avanzar si no aborda la cuestión. Algunas personas no pueden entrar en la participación ciudadana porque no se consideran ciudadanas. Este obstáculo es la política invisible de las jerarquías, de las discriminaciones, de los privilegios y los roles que se dan por sentados.

En otras palabras, aquí se comenta la exclusión política de determinados grupos de gente. Nunca se habla de la imposibilidad de participar de un inmigrante, de una persona muy mayor, de alguien que está en una silla de ruedas. La participación ciudadana parte de una definición excluyente de la ciudadanía.

---

...con el tema de los inmigrantes. Los hemos trabajado mucho y hemos dedicado muchos esfuerzos. Pero, supongo, el problema es el ámbito cultural que, puede ser, nos cuesta más llegar (Entrevista Girona, p4)

---

La fragmentación de la ciudadanía y de sus intereses, que dificulta -o promueve en otros casos- la implicación política, tiene que ver a veces con la “cultura”. Según la entrevistada, la comunicación con las comunidades de los inmigrantes es más difícil porque sus características culturales dificultan el contacto de las instituciones con ellos y la llegada de la información.

La noción actual de la ciudadanía se ve interpelada por el carácter multinacional y

multicultural de nuestras sociedades. La cultura aparece relacionada con las posibilidades de participación política, e indirectamente la cultura occidental aparece como la más conectada con la democracia. En este punto no vamos a juzgar sus argumentos. Lo interesante es que, según su percepción, no todas las etnias o culturas dificultan o facilitan de manera igual la implicación política. Y que la ciudadanía es un conjunto de posiciones diferentes en las que se tienen diferentes relaciones con la participación.

---

las reuniones eran los vespres, 8 de la tarde... lo que para algunas personas mayores era muy tarde, o que después no podían volver solas a casa... y alguna de las reuniones, sábado en la mañana... que era el momento en el que a nivel global parecía que era el momento que más disponibilidad tenía la gente. Consultamos alguna vez qué les venía mejor... y es muy difícil encontrar un momento que todos tengan disponible para participar. (Entrevista Lleida, p5)

---

Lo que vemos aquí es las personas mayores tienen algunas dificultades adicionales para participar. Si la inmigración es una barrera, la edad puede ser otra. La participación requiere la inclusión de una multiplicidad de necesidades y capacidades, y entre ellas algunas requieren una atención especial. La gente mayor suele sufrir una especie de exclusión de la “ciudadanía activa” cuyo ejercicio se liga más con personas más jóvenes.

Además se puede observar que el experto comenta la dificultad de encontrar un punto común entre todas las individualidades y las vidas que podrían estar en los procesos participativos. La cotidianidad en las sociedades actuales fragmenta los lugares comunes, y los ritmos diarios. Ya no estamos en las épocas en las que el barrio, la fábrica o la iglesia constituían una referencia colectiva y una regulación de hábitos compartida. Ahora cada uno y cada una marca su propio ritmo. No es el momento de comentar si lo que vale más en esta condición es la libertad o el aislamiento que conlleva. Lo que es seguro es que la participación política carece

de aquella comunalidad que constituía su base material en las décadas anteriores. O mejor dicho, sin tintas pesimistas, los espacios y los tiempos comunes de la participación política del pasado, de la asamblea del partido o del sindicato han dejado de ser operativos. Estos espacios y estos tiempos son más fluidos y reticulares y eso plantea peculiaridades organizativas que son cuestiones de “vida o muerte” para la política participativa.

### **3.4.2. Tiempo de la participación**

A nivel general, la falta de tiempo aparece como un factor determinante. Muchas veces esta falta de tiempo está ligada con los compromisos familiares:

---

básicamente problemas de tiempo, ¿eh? Disponibilidad de tiempo... o problemas familiares... no tenemos mucho sistematizado el porqué se descolgaron. Nos dieron algunas razones... pero no sabemos el porqué de todos. (Entrevista Lleida, p6)

---

Tiempo y vida familiar son dos elementos que aparecen frecuentemente para justificar la dificultad de la participación. Se ha comentado muchas veces que el ejercicio activo de la ciudadanía y la vida doméstica son dos cosas que no es fácil compaginar. Que la dedicación a una conlleva la no implicación en la otra. La participación política, al fin y al cabo, es un trabajo, una actividad laboriosa, y la persona participante está ante la cuestión de si la dedicación y el coste valen la pena.

La experta de Girona hace comentarios ilustrativos sobre este punto:

---

Si, de acuerdo. Y antes, cuando empezó el movimiento vecinal, es porque había muchas deficiencias. Los servicios mínimos de cada barrio

no existían. Pero ahora que todos tienen las necesidades cubiertas es muy difícil que la gente se movilice. Entonces, hay unos cuantos que son los más activos, que luchan por el bien común pero la gran mayoría de gente no participa en los procesos participativos. Eso es un gran reto. Yo no tengo la solución, no sé si la encontramos... (Entrevista Girona,p3)

---

En este fragmento, la entrevistada conecta la implicación política con la organización material de la vida cotidiana. Argumenta que la gente se moviliza para impulsar mejoras en su vida y su ciudad, para satisfacer necesidades inmediatas. La política como expresión de la lucha por el bien común en esta perspectiva no tiene tanto motivaciones morales sino materiales. La política cobra fuerza si se hace materialista. El interés por la comunidad no radica en alguna negación del bienestar individual como se puede ver quizás en algunas lecturas de las grandes tradiciones políticas y/o religiosas, sino que es el medio mediante el cual se afirman los intereses del propio individuo. La política es una práctica para mejorar la calidad de la vida personal.

No obstante, hoy en día que bastantes necesidades parecen cubiertas, la gente no suele movilizarse. La satisfacción de las necesidades priva la política de su "combustible". ¿Para qué luchar, si la vida parece pendiente del empleo individual, de los ingresos, de una organización de servicios más o menos cubierta? La gente ve la calidad de la vida como una correlación de decisiones individuales. Entonces lo que pasa es que los que siguen participando son los que lo hacen no tanto por motivaciones materiales, sino por motivaciones éticas -que no son suficientes para motivar a la mayoría de la población.

---

Porque no conoce, no sabe, lo que es participación ciudadana. Hay gente que está muy movilizada y sensibilizada con eso. Pero gente que su cada día es trabajar con su familia, les cuesta entender qué quiere decir participación ciudadana y qué se puede conseguir. Hay un poco de crisis de los valores de las personas. Entendiendo como valor el bien común.

La gente es mucho más individualista. La gente no entiende que puede mejorar su ciudad, su barrio, su estado, su país. No tienen este interés. Y el tema, también, tener las necesidades cubiertas. Hay gente que no tiene esta necesidad. Podemos hacer una campaña institucional de promover la participación, yo creo que la Genenaritat hizo un buen trabajo. Se hizo el tema del estatuto... Ahora con la consulta hay que aprovechar la oportunidad... (Entrevista Giróna, p6)

---

El desinterés por la política se relaciona con un ensimismamiento y una concentración en la vida personal y familiar. El bienestar pasa por este interés y la reivindicación o deliberación colectiva queda fuera del campo de las posibilidades personales. La indiferencia por el bien común se etiqueta como “individualismo” y “crisis de valores”. En esta perspectiva, el giro a lo personal y a una lógica que ve el bienestar como una cuestión independiente de la vida común, adquiere connotaciones éticas peyorativas. El enfoque individualista e inmediatista se ve no como una decisión entre muchas sino quizás como una actitud decadente. El ciudadano es tal a medida que se interesa por su ciudad en el sentido de la “Polis”. Un Ciudadano sin Polis sería una impostura. Además, la entrevistada sugiere que la misma subida de la calidad de la vida empuja hacia esta actitud. Parece que cierta insatisfacción material es necesaria para la activación política y para el posicionamiento ético propio del ciudadano. El ciudadano que tiene los servicios sociales de calidad, los ingresos asegurados o el consumo se somete a una evolución antropológica que le aleja de la política.

En la misma línea la entrevistada de Lleida comenta:

---

Son distintos motivos los que hacen que la gente no participe. Yo los centraría en tres. Uno, por escasez de tiempo. Si la gente estuviera ociosa, tuviera más tiempo para dedicarse a sus propios objetivos personales o profesionales, posiblemente participarían más. La otra es... no quiero decir falta de compromiso, pero sí la decepción con la clase

política institucional. Como la participación está vinculada o, en parte, surge por iniciativas institucionales y como hay un desarraigo de las instituciones por el descrédito de la clase política, entonces asocian al funcionario-ayuntamiento-político-clase política... no, entonces no. Porque se entiende que la clase política debería estar más comprometida, tendría que trabajar más, ser más sincera, transparente, vinculada, etc. Como eso está en la materia gris del ciudadano, ese es un segundo motivo para no participar. Que tiene que ser la clase política la que tiene que solucionar los problemas porque para eso se les paga. Por tanto, ellos atienden a poder recibir las buenas o las malas decisiones de los políticos. En caso de las malas, se les castigarán, y de las buenas, se les agradecerán. La tercera es porque el ciudadano o ciudadana tiene otras prioridades, que no es la propia vinculación con procesos de participación. En esto están vinculadas las dos anteriores. Entonces las prioridades son otras; ir al fútbol, salir con mi mujer, ir al cine, al teatro, etc. Por eso el nivel de participación en partidos y asociaciones es muy baja.. hay otras prioridades. Las prioridades son del momento.. (Entrevista Lleida, p11)

---

En este apartado rico en significados se condensan varias explicaciones de la apatía política actual. La falta de tiempo, la desacreditación del sistema político, la evitación de asumir plena responsabilidad sobre el futuro y el presente que conduce a la delegación de esta responsabilidad, la búsqueda de una vida anodina. Al fin y al cabo, una actitud que busca separar lo político de lo personal. Los ciudadanos se centran en su vida personal y delegan la responsabilidad de la vida colectiva a unos expertos. Esta actitud está ligada con un cierto apego a una vida regular, normal, canónica, sin los acontecimientos que pueden marcar un antes y un después.

El entrevistado comenta la existencia de una cierta visión cortoplazista en la perspectiva de los ciudadanos. Según él, la visión de la política y de la sociedad a largo plazo, la visión histórica es algo que se ha abandonado. Se puede decir que el ciudadano actual pretende vivir en un tiempo sin acontecimientos que marquen

un antes y un después.

Parece que una relación circular está establecida entre delegación política, la desacreditación de la clase política, la individuación y la falta de tiempo. Estos elementos se retroalimentan. El interés por la vida personal -la familia, el ocio, los deportes, etc.- y la consecuente falta de tiempo hace que la disponibilidad para la política sea reducida y que haya que delegar los asuntos que conciernen a la vida en común. La delegación es tan alta como lo es la dedicación a la vida personal. Desde el momento en que el político se hace una figura extraña que, no obstante, regula con sus acciones la vida cotidiana de las personas, su desacreditación es cada vez más probable.

La relación delegado-ciudadano se caracteriza por una tensión estructural. Actualmente esta tensión ha aumentado por la constelación de elementos anteriormente mencionados. La clase política se desacredita porque se ha convertido en un grupo de delegados de la clase dominante, un colectivo directamente conectado con las élites. La desacreditación alimenta la individuación y la convicción de que la vida política está llena de engaños y mentiras.

Es como si la persona experta reconociera en esta frase lo vano de sus intentos de organizar procesos participativos para las instituciones. La realidad social produce la despolitización porque, según se dice en esta última intervención, funciona como una enorme máquina de producción de pasividad: la vida es personal, lo político se concibe como algo fuera de la vida, como un lugar de desilusión e intrigas. La persona se ve como un destinatario pasivo de los resultados de la vida política. Vida política y vida cotidiana están alejadas. El ciudadano moderno parece completamente producto de esta escisión. Se trata del relato de una Polis decadente, sin política. Se trata del relato de unos ciudadanos privados de relaciones orgánicas entre sí, que se desarrollan entrando y saliendo de burbujas privadas, que difícilmente se cuestionan.

Sin embargo, una participación activa en la política, a pesar de su identificación con valores positivos, se considera que tiene un coste.

---

D2: Faltan esos valores... de solidaridad y de altruismo... y de trabajar un poco por... ¿no? ... es... Pero yo creo que es el ritmo que tenemos en nuestra sociedad, ¿eh? Es que... afortunadamente hoy en día pueden estar trabajando y tienen los horarios que tienen y tienen vida, y... ¿todo es que es un bucle en el cual tampoco te queda tiempo! ni para ti mismo! ¿ni para disfrutar de tu tiempo libre! ¿No? Con lo cual, a veces pasa que sea difícil: los que querrían no pueden por... cuestiones... obvias (Grupo de discusión Lleida, p26)

---

Dos imágenes. La primera es la imagen de la vida basada en lo colectivo, en los valores de la solidaridad, la vida de compartir. El tiempo de esta vida no se distingue fundamentalmente del tiempo de la Polis, y entre el individuo y su colectivo aparece un lazo orgánico. La otra imagen es la vida absorbida en la satisfacción de las necesidades individuales e inmediatas, la vida cuyo tiempo aparece cargado con compromisos y obligaciones. Esta última vida se vive bajo una presión constante. La falta de tiempo reina, la sensación de que el sujeto debe correr para cumplir sus deberes es implacable. En algún momento aparece la posibilidad de un tiempo libre, pero este tiempo de ocio, básicamente, tiene una presencia fantasmagórica que no es real -quizás porque la vida actual transcurre con el sueño de cumplir sus compromisos y disfrutar del tiempo libre que viene después, pero ese momento bien se pospone constantemente bien aparece otra vez como un tiempo lleno de compromisos

---

M: Es costoso, ¿no? Lo que dices es que participar es costoso de alguna manera.

H1: Con las vidas que llevamos, sí ((ríe)).

M: Es decir... antes lo decías [se dirige a D1], si tienes un examen pues el examen pasa primero...

H4: El costo es personal, particular de... de horas...

D2: De cada uno...

H4: Bueno, de participación...de dedicación... de... que son tuyas, que son personales. Que lo dedicas a la ciudadanía, o al barrio o al.. ¿no? (?)  
¿no?

.....

M: Y estas horas las retiras de alguna otra cosa...

D2: ...o de tu familia. O de alguna actividad tuya de tiempo libre, o de aprendizaje o de formación. Por eso es muy importante que liberes, ¿no? y que sirva para alguna cosa. (Grupo de discusión Lleida, p38)

---

“Sí, veía algún cartel porque iba al bar o... Pero no me llegaba muy bien la información. También quizás hubo un poco de desidia, porque yo, bueno... uno viene cansado, ¿no? Y, después, el fin de semana ya directamente con los niños, la familia...” (Grupo de discusión Figaró, p27)

---

Los mismos argumentos se repiten para explicar la no participación. En la vida actual, la política está en el último escalón de las prioridades. La vida política tiene un coste para la vida personal y requiere una redistribución de tiempo y de energía que resulta poco agradable. Parece que, según las personas entrevistadas, este coste no es asumible. Es como si la implicación política cuestionase los fundamentos de la vida actual. Y, de hecho, así parece. La vida de la no implicación política –la política del individualismo apolítico- es el modus vivendi del ciudadano moderno. Familia, trabajo, educación, ocio se oponen. Toda actividad y esfuerzo de crecimiento personal no sólo no pasa por la participación,

sino que también se opone a ella. El individuo moderno crece sin lazos orgánicos con su Polis, u omitiendo la conciencia de esos lazos. Es como si se dijera: el mayor obstáculo para la participación es toda organización de la vida. El mayor obstáculo es la constitución misma del sujeto moderno, que se crea y se desarrolla tapando sus lazos por debajo de una ideología y practica individualistas.

Sin embargo, la individuación del sujeto moderno también es la base de su libertad. Precisamente por considerar el *ciroyen* centro de la vida política y fuerza del dialogo público, la modernidad le considera también como una presencia anterior a la construcción de cualquier comunidad. Enfatizando la libertad de la persona ante las limitaciones externas, se prioriza esta libertad ante la actividad colectiva.

---

“...és difícil tenir una relació fluida, però sí que... per lo petits que som, podríem tindre... podria ser tot més obert, diguem-ne. Potser més transparent. El que passa és que és difícil, eh? Vull dir que, realment, cada quatre anys participem en una petita mesura, la que podem. I després, doncs, jo que sé... tots tenim el nostre dia a dia; que si canalla, que si no sé què, que si problemes a la feina, que si l'altre... i et va diluint tot el que seria la participació, no? Realment tinc ganes de fer-ho, però tens poc temps.(Grupo de discusión Falset-Tarragona, p6)

---

El argumento ya se convierte en típico. Falta de tiempo y una escala de prioridades cotidianas en la que la política está en los últimos escalones. El tiempo emerge como una cuestión central no sólo de la participación política sino para toda la vida. El sujeto moderno corre constantemente. La multiplicidad de frentes personales hace que la delegación sea la única alternativa de gestión de los asuntos comunes. Además, se nota que la gente tiene conciencia de que esta falta de tiempo que se convierte en falta de implicación política es perjudicial para la sociedad y la vida. No la comenta con indiferencia, sino con cierta decepción.

Otro entrevistado del grupo de discusión de Falset hace comentarios similares

---

Jo crec dues coses. Bueno, una, el tema que anaves dient tu... una mica és el temps, que a vegades és això que has... disposes de poc temps. És valuós, és el que tenim... allò, dius: "ostres tu". I, a vegades, doncs prioritizes coses, eh? Això podria ser una. I clar, la família és lo primer, no? (Grup de discussió Falset-Tarragona, p30)

---

Otra vez emerge el tiempo como valor, como algo que se tiene y se gasta -se puede pensar que hay una consideración del tiempo paralela a la del dinero. Hay que invertir este valor para que produzca más valor: crecimiento personal, profesional, económico. Y la inversión es personal, individual. Parece que el sujeto se concibe a sí mismo como una empresa que tiene que cuidar su marca. Lo que prima es la lógica del máximo rendimiento, la lógica de la economía, del desarrollo constante de las aptitudes personales. El objetivo, evidentemente, es la felicidad del individuo según los valores modernos. Es posible decir que se reproduce en este punto la lógica biopolítica individual que comentaba Foucault (2004). Según esta perspectiva, el tiempo "perdido" es algo que se marca como un pecado capital. Eso es interesante: aunque se reconoce la legitimidad del imperativo ético de participar, al mismo tiempo este imperativo entra en conflicto con otro: la lógica de la autovalorización constante. Es decir, se reconoce la necesidad de gestionar un mundo común, pero esta necesidad queda sometida a la necesidad de gestionar y expandir el territorio personal.

Vemos que el tiempo de la participación, el tiempo de la polis democrática y el tiempo de la autovalorización constante se oponen entre sí, según algunos de los comentarios de los sujetos entrevistados. Empíricamente comprendemos que la deliberación colectiva, el debate, la confrontación de opiniones, la falta de una autoridad que de órdenes, es una condición que conduce a procesos que requieren tiempo. Si la cuestión es una producción cuantificada y maximizada, entonces la democracia deliberativa/participativa se podría considerar poco

apropiada. La noción actual de tiempo parece que tiene una relación densa con la participación política.

## **Capítulo 4**

**Realización y superación de la demanda de una “democracia real”.**

Hemos llegado al punto de establecer un diálogo. El significado no se produce como mera revelación desde las palabras de los sujetos sino que es resultado de este diálogo entre el texto y el lector. Por tanto, este significado no será neutro y objetivo, sino parcial y condicionado por su subjetividad. El autor de este texto no intenta ocultar sus preferencias políticas: tiene su propia narrativa de la realidad, de la política y de la democracia. Y está a favor de aquella corriente que pretende dotar a la vida política de una fuerte dimensión participativa. En este sentido, está atento a todas las contribuciones críticas a las estructuras políticas actuales, contribuciones que empiezan con Rousseau y que llegan hasta el liberalismo ético y los movimientos de la “Nueva izquierda” y de la “democracia radical”. Su interés pasa por comprobar qué queda de aquellos discursos en las voces ciudadanas y expertas entrevistadas, al mismo tiempo que entiende que la incapacidad de aquellos movimientos de crear estructuras políticas alternativas a la democracia liberal y representativa es el resultado de unas limitaciones profundas en la concepción de la ciudadanía, de la política y de la democracia. En otras palabras, si el liberalismo político ha sido la tradición imperante será por algo: será porque ha conseguido entender algo que los participacionistas y demócratas radicales no han podido entender.

La ciudadanía –y, en segundo lugar, los expertos entrevistados- manifiestan también posturas ambivalentes y eclécticas hacia las dos tradiciones, la liberal y la participacionista. Esto no es nada extraordinario, ya que los resultados de la investigación social muchas veces son ambivalentes. No obstante, más allá de la mera existencia de esta ambivalencia, es interesante ver cómo se explica, cómo se argumenta, qué razones dan los sujetos a favor de la democracia participativa o de la democracia representativa. Estas aportaciones nos pueden ayudar a crear una concepción de la ciudadanía, de la política y la democracia que supere tanto las limitaciones del pensamiento liberal como del participacionista.

Tal y como se ha dicho, el autor de este texto hará una serie de operaciones de transcripción de las palabras de los sujetos en palabras propias. Hará una serie de actos de interpretación, una extracción de significados latentes, y una reducción de estos significados a algunos puntos que considera más interesantes

y enriquecedores. Serán los resultados del diálogo con las personas entrevistadas y sus planteamientos. Serán los resultados del diálogo con los diálogos de las entrevistas, en otras palabras: un meta-diálogo.

El capítulo tiene cuatro apartados. En el primero se desarrolla la idea que aparece en las entrevistas de que la política gira, sobretodo, alrededor de los problemas prácticos de la vida. Eso afecta también a la política participativa, que tiende a manifestarse cuando los cargos públicos no dan la solución a las cuestiones emergentes -una realidad que permite repensar las condiciones que posibilitan la participación. El segundo apartado plantea algunas nociones de la ciudadanía y de la democracia que subyacen en los relatos de las voces entrevistadas. La ciudadanía es siempre heterogénea y hasta la fecha no ha habido sociedad en la que no haya sido también jerarquizada. Pero también está altamente capacitada para contribuir a la discusión de los diferentes problemas y, por tanto, es posible, aunque no fácil, llegar a aquellas síntesis en el seno de la ciudadanía concernida que permitan intervenciones colectivas en la toma de decisiones. Sin embargo también es verdad que las personas ciudadanas no llegan a la demanda de una democracia radical o directa sino a la petición de una democracia representativa abierta al diálogo público. En el tercer apartado se reflexiona sobre la diversidad de las figuras y de los comportamientos que se abarcan bajo el término “experto” según el material recopilado. La experticia es una condición social, política y epistémica diversa, que incluye diferentes perfiles y posiciones -por ejemplo, en lo que se refiere a los procesos participativos institucionales, los expertos suelen verse a sí mismos como conductores de la participación. Pero también se subraya el carácter dinámico y socialmente inestable de la figura del experto, que a veces está dentro, a veces fuera, de los aparatos de la autoridad. En el cuarto apartado aporta una reflexión sobre la necesidad y la realidad de la colaboración entre personas expertas y la ciudadanía en general. Ante problemas complejos, se plantea la necesidad de la activación de todas las voces que puedan ofrecer elementos para la solución -sinergias en las que la posición del político profesional queda problematizada. El conocimiento hoy es menos poseído y más circulante, y eso hace necesarias y posibles las sinergias y la reflexión colectiva de todos los actores concernidos. El político profesional es una figura cuyo encaje

en estas sinergias queda en entredicho. En el último apartado, se reflexiona sobre la dificultad de seguir utilizando las categorías clásicas para pensar la representación cuando la participación tiene un papel sustancial en la vida política. La implicación de la gente de manera directa en la vida política cambia el papel del representante, que llega a tener una trascendencia política nueva, diferente, que va más allá de las categorías establecidas.

## **4.1. La política es un proceso materialista**

### **4.1.1. La política es una actividad para resolver problemas**

Cuando los hombres y las mujeres se juntan en la Polis, en cualquier Polis, lo hacen para resolver asuntos prácticos. Su convivencia crea una serie de cuestiones que se deben gestionar. Son asuntos que no tienen relación sólo con las ideas -aunque evidentemente también tienen relación con ellas- sino con las cuestiones concretas alrededor de las cuales se desarrollan una serie de tensiones, de debates, de decisiones, de cambios en las relaciones de este mundo. Las personas entrevistadas no dejan de subrayar la dimensión práctica de la política, que suelen expresarla usando la palabra “gestión”. La política es la ciencia de la convivencia, como dice en un momento una entrevistada. Por tanto, es fundamental que sea eficaz.

Los argumentos a favor de la democracia liberal/representativa son su pragmatismo y su funcionalidad. Los argumentos a favor de un gobierno de los expertos es que los expertos saben manejar las cosas, saben hacer que las cosas funcionen. Paradójicamente quizás, tal posicionamiento nos recuerda el carácter asociacionista, maquínico, materialista de la política – que la Política es un modo de (co)funcionamiento entre diferentes necesidades y entidades: la política pone en marcha las escuelas, los espacios laborales, los hospitales, los ejércitos, la administración, las familias.

Tal como hemos dicho, algunos teóricos conciben la política como política de la polis y sostienen que la política democrática debe ser una política de la polis. Pero también es correcto afirmar que la Polis siempre debate sobre cuestiones concretas y no sólo sobre el hecho de su mera existencia. Latour (2007) enfatiza correctamente el carácter pragmático, material, contextual de cualquier actividad política. Esta tiene especial relevancia cuando un nuevo actor de cualquier tipo aparece en los escenarios de nuestras relaciones y requiere nuevas decisiones para la re-estructuración de la nueva realidad que se crea. El cambio en los

cosmogramas de nuestro mundo, la tensión social, los problemas de gobernanza, o los cambios en la biopolítica de la vida cotidiana hacen necesario a veces el debate público. Cada vez que un nuevo actor aparece, entra en los múltiples escenarios de nuestra existencia, se abren nuevas posibilidades de debate, de controversia, de conflicto. Ningún debate se hace sin causa. Todo dialogo gira alrededor de una cuestión [issue] como comentaba el politólogo Dewey. (Dewey 1927; Marres, 2005). La política se activa cuando la gestión estandarizada de las cosas no funciona más, cuando aparecen situaciones complejas y novedosas que superan los procedimientos tipificados. En aquel momento aparece el “qué hacer”, la necesidad de reflexión colectiva, la exigencia de deliberar con los otros, de juntarse con ellos , de activar el sentido de la Polis.

#### **4.1.2. La democracia no puede consistir en una constante asamblea**

Se puede decir que los liberales tienen razón en eso: no podemos apelar a la Polis constantemente. No podemos pensar la vida y la política solo en términos de lo común, de lo compartido, de una constante asamblea donde se debate todo, y en la que todas las personas participantes acaban agotadas, decepcionadas, víctimas del tan conocido *burnout* asambleario. Dahl (1998) explica la imposibilidad de situar la asamblea como eje de la democracia. Nuestras sociedades tienen tal tamaño que se requeriría una enorme cantidad de tiempo y de energía para resolver los asuntos más simples si se usara la práctica de la asamblea. Sencillamente, eso es imposible. No obstante, según Dahl (1998), la implicación política y el interés por los asuntos públicos son siempre necesarios: sólo así -comenta el autor- se puede garantizar la calidad democrática de las decisiones tomadas y sólo así se puede vigilar a los gobernantes y su relación con las élites, que siempre tiende a producir un déficit democrático. Dahl, como Schumpeter, 1942) o Michels (1911) o Weber (1919), argumenta que la política es una profesión, un resultado de la división actual de trabajo y, en consecuencia, no se puede ejercer por todos de la misma manera y en el mismo grado. Es posible decir que es un trabajo a tiempo completo y, por tanto, no puede girar sino

alrededor de la dedicación total de las personas expertas a ella –que por supuesto se deben controlar periódicamente por la ciudadanía-. No obstante, la contribución de Latour y de Dewey nos permiten cambiar la perspectiva: Efectivamente es un trabajo que requiere dedicación completa, en otras palabras, especialización. Pero un dato importante es que la política no siempre se basa en gestiones estandarizadas. Evidentemente, hay una parte de la vida colectiva diaria que requiere gestiones repetitivas y toma de decisiones que no provocan controversia. Esta se puede realizar por los gestores, por personas que ocupan los cargos públicos. Pero democracia quiere decir que cuando aparece un problema que interrumpe la normalidad política y social, se puede activar el diálogo público. La política de la Polis según Latour y Dewey está en estado latente y se manifiesta cuando se requiere la disolución de una tensión.

#### **4.1.3. Las asambleas de la Polis se convocan cuando los expertos y cargos públicos no dan la solución**

Cualquier asunto público tiende a ser objeto bien de la política de los expertos bien de la política que se hace por todas y todos, la política de la polis. A medida que los expertos consiguen manejar una problemática, la tensión pública baja, y el debate público se apacigua. Pero cuando sus gestiones no resultan eficaces, las críticas se agudizan y nuevas voces exigen ser escuchadas y tener un papel decisivo en la toma de decisiones. La experticia queda en entredicho cuando no puede hacer funcionar las cosas y, entonces, la política de la Polis se despierta. Cuando en el curso de las gestiones diarias aparece una tensión, una problemática, cuando la estandarización de la actividad política deja de ser eficaz, el debate se anima y nuevas posibilidades o nuevas propuestas de gestión pueden emerger. La incapacidad del o la representante de resolver los asuntos de una manera que satisfaga a las personas representadas y permita que la vida siga adelante, activa a la gente “normal y corriente” en cuanto sujeto político

El pensamiento liberal, tal como se expresa en los escritos de Schumpeter (1942), argumenta que la democracia no es un fin en sí mismo, sino que debe producir resultados positivos para la prosperidad y la convivencia de las personas –y que en este sentido no es aceptable cualquier decisión sólo por haberse tomado democráticamente. Así que cuando los liberales reconocen que la realidad pone un límite a la democracia abogan a favor de una política y una democracia materialistas. No obstante, el materialismo del Schumpeter no capta algo que Dewey consiguió reconocer: las necesidades pragmáticas ponen un límite a la democracia –por ejemplo, la necesidad de tomar decisiones rápidas y tener en cuenta muchas dimensiones técnicas. Sin embargo, este límite no está dado de antemano. No hay una realidad clara que limite el debate público, la deliberación colectiva, la política de la Polis. Esta realidad se debe indagar. El problema que pone los límites a la actividad del Demos es el mismo que la exige. Ya que no se sabe la solución tampoco se pueden predefinir los límites del debate. En otras palabras, los límites van a aparecer sólo por el diálogo mismo, por el intento colectivo de abordar, definir y resolver el problema. y no a priori, por una definición axiomática de los que saben y los que no saben.

La realidad en la vivimos actualmente y la complejidad de sus problemas es un argumento a favor de esta política y de una concepción materialista de la democracia. Pensemos por ejemplo la epidemia del Ébola: no ha sido sólo un problema médico, sino también ético y político cuando, por ejemplo, se trata de la entrada de inmigrantes desde los países afectados. Ha sido también una cuestión económica que implicaba importantes costes sanitarios. También ha sido un problema filosófico y teórico, ya que vemos que cuando intentamos conocer mejor el mundo que nos rodea mediante nuestras herramientas de predicción y control, las amenazas no disminuyen, sino que se multiplican. En consecuencia, este problema no se puede abordar sólo por las gestiones de los expertos; primero, porque es difícil definir quiénes son ellos y, segundo, porque ciertas dimensiones del problema parece que superen los límites de cualquier experticia. Aquí se ve que la gestión democrática, deliberativa, colectiva, que incluye todas las voces concernidas –y no sólo las decisiones políticas top-down- sería la más eficaz. Sin embargo, también en este debate no todo vale, no todo argumento es pertinente,

no toda propuesta de solución puede ser adoptada. La realidad impondrá sus límites de una u otra manera. El límite aparecerá en el mismo funcionamiento del proceso dialógico. Dicho de manera sencilla, los límites de la democracia deben aparecer sólo mediante procedimientos democráticos. Son estos procedimientos los que pueden decidir: “eso, que lo gestionen las personas expertas”.

Pero en todo caso, democracia quiere decir que la gente normal y corriente tenga la última palabra en las actuaciones políticas. Esta palabra se podrá emitir y ser vinculante sólo si es necesaria: el público aparece cuando hay una cuestión que le concierne y se disuelve cuando la cuestión desaparece (Dijkstra y Gutteling, 2012). En otras palabras, el público tiene un carácter provisional. Sería más adecuado decir entonces que no hay público sino “públicos”. El trabajo de Callon y sus colaboradores (2001) sobre la posibilidades de tomar decisiones democráticas en asuntos tecnocientíficos complejos expresa el mismo pragmatismo de Dewey, ya que plantea la necesidad de los mecanismos democráticos y participativos cuando aparecen problemas que crean una tensión social o, mejor dicho, socio-técnica determinada: tal era por ejemplo el problema del SIDA (Epstein, 1995) o el accidente del Chernobil (Wynne, 1992). La participación, en este sentido, no es constante, pero su potencialidad es estable: se puede y se debe realizar cuando una condición material específica lo exige.

## **4.2. La ciudadanía es un cuerpo reticular y heterogéneo**

### **4.2.1. La heterogeneidad ciudadana debe producir convergencias -que nunca llegan a la formación de una “voluntad general” completa- para que la democracia funcione**

Las voces ciudadanas y expertas enfatizan la enorme variedad que caracteriza la vida cotidiana de los sujetos: variedad en el sentido de la diferencia inter-subjetiva que caracteriza las vidas de las personas y que crea diferentes niveles de implicación. Y también variedad de las jerarquías y de las dicotomías que caracterizan nuestras sociedades: inmigrantes y nativos, mayores y jóvenes, mujeres y hombres. Se puede decir que el famoso “ejercicio de la ciudadanía” se encuentra con una multiplicidad de condiciones sociomateriales. Desde el trabajo de Dewey hasta los estudios de la ciencia y la tecnología o las perspectivas feministas (Crenshaw 1991; Pateman, 1996; Phillips, 1996; Young, 1996) se evidencia que la ciudadanía es un cuerpo altamente *heterogéneo*.

Por tanto, *la voluntad general como base de la política democrática es un término que se debe explicar*. La voluntad general, como fuerza unitaria y efectiva, presupone un grado de homogeneidad que no puede existir en nuestras sociedades complejas. Bentley (1908) y Truman (1951), cuando hablaban de una multiplicidad de los “grupos de interés”, se referían a esta condición de heterogeneidad y mostraban lo que un liberal puede entender sobre ella. Según ellos, es esta heterogeneidad la que hace el pluralismo necesario y posible.

Por supuesto, la heterogeneidad ciudadana determina las grandes divisiones que atraviesan el cuerpo social. Deleuze y Guattari (1980) hablaban de los “grandes segmentos” que definen la ubicación social de cada persona -su procedencia étnica, su género, su clase social. La existencia de estos “grandes segmentos” marca con más intensidad algunos de los cortes internos que configuran la ciudadanía. Es decir, las jerarquías y las desigualdades sociales definen en buena

parte la heterogeneidad social, pero no la explican del todo: incluso una sociedad igualitaria seguiría siendo heterogénea.

En consecuencia, el ejercicio de la política o de la democracia no puede sino tomar la forma de conexiones entre diferentes posiciones sociomateriales y entre una multiplicidad de perspectivas políticas. Se puede decir que, en nuestras sociedades complejas, la ciudadanía y su participación política presenta la forma de red, de un entramado de relaciones, con un grado variable de estabilidad. Toda esta pluralidad se activa cada vez que emerge la cuestión el “issue” deweyniano. A nivel más práctico, la participación no se puede ejercer por unas asambleas masivas y/o constantes. Este proceso está expuesto al desgaste y al cansancio, tal y como quedó demostrado con el movimiento. La participación puede existir y funcionar cuando se dan unas condiciones particulares –y este estudio lo pone en evidencia. Evidentemente, toda una serie de preguntas quedan por responder respecto a la naturaleza de tales condiciones: *¿serán institucionales o no institucionales? ¿Sobre qué cuestión y problemas? ¿Cómo se organizarán?...* Pero, en todo caso, no se puede obviar su carácter particular y localizado. La voluntad general en consecuencia tendrá este mismo carácter.

Tal concepción de la participación está cerca del concepto de “democracia fuerte” de Barber (1984), que se diferencia del de “democracia unitaria”. La distinción es útil porque nos permite entender la comunidad y el “demos” en un sentido no colectivista. La persona que políticamente es activa debe participar en el colectivo, pero no necesariamente identificarse con este. Lo que inspira las relaciones comunitarias entre los ciudadanos no es la hermandad sino la vecindad. Desde esta perspectiva, la particularidad de los individuos no se puede perder si queremos construir una comunidad democrática fuerte. Aunque este estudio evidencia que es necesario superar el individualismo que caracteriza la democracia actual, que es la versión “débil” de los principios democráticos, no obstante, también sugiere que no nos deberíamos perder de vista la irreductible singularidad de la individualidad moderna.

Los liberales tienden a subestimar los lazos que nutren al individuo y el hecho de que su felicidad sea proporcional a estos lazos. Pero en algo importante tienen

razón: el lazo social no debe ser una atadura. El colectivo no puede ser la nueva autoridad trascendente e indiscutible, como en las concepciones de la democracia “unitaria”. El liberalismo, tal como comentaba Macpherson (1977) no sólo es el imperio del más fuerte, sino también el marco en el que todos y todas pueden desarrollar sus capacidades.

Por tanto, habría que reconocer que los obstáculos para participar que provienen de la vida cotidiana, la falta de tiempo o la presencia de otras prioridades son realidades que hay que considerar y no -necesariamente- lamentar. La democracia plena puede ser un ideal útil porque nos ayuda a movernos hacia adelante y a aumentar el grado de la participación significativa. La distancia entre la realidad y los ideales democráticos es una condición productiva y positiva, que nos puede empujar a buscar los cambios que son más significativos en el contexto en que nos movemos para reducir esa distancia. No obstante, quizás no sería correcto pensar: “a mayor participación, mejor”. Los sujetos indirectamente nos sugieren el camino hacia una democracia fuerte, pero no unitaria o colectivista. Una democracia en la que la participación está localizada y centrada en cuestiones concretas y no opera como condición que domina la vida.

Lo que nos indican las entrevistas, la multiplicidad de deseos y de cuestiones que se ponen de manifiesto, es que la existencia de la voluntad general es siempre circunstancial (Lieves, 2014). En una circunstancia específica se puede dar la síntesis entre vectores diferentes, como un denominador común de deseos y posiciones entrecruzados. Se trata de encuentros de diferentes movimientos que atraviesan el cuerpo social. Se trata de voluntades diferentes y convergentes. Cuando Schmitt (1932) señala que la democracia se caracteriza por la igualdad que puede crear una fuerza colectiva de autodeterminación y que, por tanto, liberalismo y democracia son movimientos diferentes, nos permite ver algo esencial: la necesidad de poner las ilusiones unitaristas -la apelación a un demos homogéneo- bajo escrutinio, el escrutinio de las vidas múltiples y corporeizadas de las personas que exigen por sí mismas el tiempo y la energía de gozar de la vida fuera de los compromisos colectivos. El politólogo alemán evidencia, también, la tensión entre libertad e igualdad. La democracia es una condición que

promueve los lazos, la creación y la existencia de un *ágora*, que integra la persona en una comunidad, que promueve su compromiso con ella. Tal planteamiento implica cierta renuncia, por parte del individuo, a actuar de manera independiente y, por tanto, la libertad individual queda auto-limitada por la participación en una vida y política basada en lo común. Así pues, el funcionamiento democrático es siempre algo que presupone una labor de convergencia entre singularidades. La democracia se basa en la fuerza del *Demos* y se impone no sólo a la oligarquía, sino también a la expresión libre del deseo individual. No obstante, dado que siempre queremos ser libres, nuestra individualidad no puede estar totalmente integrada en una vida común.

Hay que aceptar la singularidad de los diferentes actores y partir de esta singularidad para construir la fuerza colectiva que pueda animar el *ágora* democrática (Lieves, 2014). La brecha entre política y vida muestra la necesidad de crear puentes contextualizados y no abogar por una identificación idealizada e imposible de las dos: ya no vivimos en el *ágora* ateniense ni se trata de la asamblea del sindicato de la fábrica o del pueblo. Dewey comentaba, ya desde el año 1927, que las relaciones y las comunidades se estructuran muchas veces sin referencia a la cercanía geográfica (Dewey, 1927). En consecuencia, el *Demos* no es la multitud que se une en una plaza o por lo menos no es solo eso. Es una red entre actores diferentes y heterogéneos que convergen en una actuación común a partir de un movilizador [issue] particular. La participación y la ciudadanía son sensibles al contexto, y no movimientos estables que atraviesan cualquier coyuntura sin determinarse por ella.

#### **4.2.2. La ciudadanía esta jerarquizada y sus estratos más bajos no acceden a los espacios participativos**

Las personas expertas entrevistadas parece que comparten la idea de que la ciudadanía no es un todo homogéneo. Tal y como se ha dicho, incluye diferentes posiciones: gente mayor, inmigrantes, jóvenes –personas que, por otra parte, se

aproximan o no a la política desde su propia perspectiva y según sus intereses. Por ejemplo, la gente mayor comenta que tiene dificultades para acceder a los procesos participativos porque físicamente sus fuerzas están relativamente limitadas. No acceden a las reuniones porque luego deben volver solas a casa. La ciudadanía esta compuesta por cuerpos, cuerpos diferentes. Así que participar o no participar se debe ver como resultado -en parte- de una ubicación sociomaterial (Gauchat, 2011). Los inmigrantes son otro colectivo que evidencia la falacia de hablar de UNA ciudadanía. Enfrentados a diferentes exclusiones y barreras (legales, lingüísticas, económicas) sus vidas no cuentan como vidas que puedan incluir una dimensión política.

Las personas expertas critican -haciendo eco de las críticas feministas- que el uso de términos abstractos como el de “ciudadanía”, que obvia discriminaciones y jerarquías, encubre las situaciones de invisibilización, exclusión o racismo que afecta a diferentes colectivos.

#### **4.2.3. La ciudadanía incluye saberes que van más allá del conocimiento lego**

Pensemos la economía: existe un público más informado y formado que nunca sobre el mundo de las finanzas. Aunque este mundo tiene una complejidad enorme –a causa de la existencia de una multitud de mecanismos y productos económicos/financieros- el conocimiento respectivo no lo poseen sólo los economistas sino amplios sectores de la población –aunque efectivamente no todos. En internet existen numerosas páginas web, textos divulgativos, artículos científicos, noticias, videos donde se explican la economía financiera y también la crisis actual. Además, siguiendo a Gibbons y sus colaboradores (1994) el amplio acceso a la educación superior ha creado un público que no sólo está capacitado para leer noticias o los articulistas populares, sino también *papers* e implicarse en discusiones tecnificadas. Se puede decir que existe una ciudadanía capacitada de participar en el debate, incluso en sus partes más “cajanegrizadas”.

Al mismo tiempo que la economía se determina por mecanismos cada vez más incontrolables y alejados de la voluntad de los gobiernos y de las instituciones nacionales, emerge un público formado y capacitado para implicarse en los debates respectivos. Se puede decir que existe una contradicción profunda en la relación del mundo de las finanzas con la esfera del diálogo público. Por una parte la gente habla constantemente sobre los mecanismos y los procesos que componen este mundo. Por otra parte, este mundo, aunque estimula el diálogo público, es reacio a cualquier posibilidad de determinarse por este diálogo. La crisis actual se puede ver no sólo como un proceso de recesión económica, sino como la tensión entre la esfera pública y la economía, y el incremento de la brecha entre ellas.

En otras palabras –y siguiendo con el ejemplo de la economía: parece que hay una exigencia para un debate abierto sobre los contenidos y las ideas directrices que determinan el funcionamiento de las finanzas. De hecho, este debate se realiza de manera difusa cada día. Es el resultado de la irrupción de agentes nuevos en la vida social –determinados mecanismos de los mercados financieros que han desencadenado la crisis- que han roto las pautas estandarizadas que marcaban la relación economía(capitalista)-sociedad. La gestión biopolítica de la población (política-5) que se daba por sentada se ha perturbado; los pactos conocidos han cambiado. Aunque se pueda decir que el sistema económico sigue funcionando según la misma lógica interna de desterritorialización descrita por Deleuze y Guattari (1972, 1980), la evolución de este proceso y sus transformaciones han sido una cadena de novedades técnicas imprevisibles y profundas.

Berardi (2013b) sugiere que han sido las nuevas tecnologías de la información y la comunicación las que han facilitado y acelerado –hasta límites inconcebibles- la cantidad y la velocidad de las transacciones económicas. Estas transacciones se han organizado a partir de algoritmos que han tomado la forma de automatismos. La economía internacional y transnacional funciona a partir de estos automatismos, ante los cuales los humanos tienen sólo un papel de tutoría. La tecnología, las maquinarias de la información y de la comunicación, han

revolucionado la economía, creando una nueva constelación de actores económicos. Efectivamente, la economía sigue siendo una economía capitalista dirigida al máximo beneficio posible. Pero el agente de esta economía es cada vez menos el empresario individual -una tendencia descrita por Marx (1939) en el famoso “fragmento sobre las máquinas” y ahora plenamente realizada. Existe una discontinuidad dentro de la continuidad histórica del capitalismo.

Los cambios tecnológicos y los nuevos mecanismos en el funcionamiento de la economía provocaron la aparición de nuevos públicos antes y después de la crisis. Los “brókeres”, los ciudadanos con las hipotecas, los pensionistas cuyo sistema de jubilaciones se había conectado con la bolsa, etc. La ciudadanía se encontró implicada en el mundo de las finanzas de varias maneras y desde varias posiciones. La vida y los tiempos personales, los ritmos familiares y laborales, la división del trabajo, en pocas palabras, el ordenamiento biopolítico de la población (política-5) se vio alterado. Efectivamente, la mayoría social está sometida a las consecuencias negativas de la crisis de esta economía. Esta mayoría, compuesta de grupos sociales diferentes, está altamente preocupada con el empeoramiento de su calidad de vida, y también está altamente preocupada por la dificultad que tiene en canalizar de manera productiva su descontento. La heterogeneidad de los públicos afectados impide actuaciones políticas coherentes, unitarias y consistentes. Ya hemos mencionado que la gente no llega fácilmente a una “voluntad general” y que puede actuar sólo a partir de síntesis particulares. Lo que pasa es que tales síntesis no son suficientes para dar otro rumbo a la situación económica actual. La crisis crea una tensión social, una tensión en la política-2 latouriana que es difícil de resolver.

Y eso se relaciona estrictamente (estrechamente) con el hecho de que la maquinaria del gobierno, cuando toma decisiones para mejorar las cosas, fracasa. Las personas entrevistadas lo afirman una y otra vez. El fracaso de las gestiones del personal político, la disfunción del sistema de gobierno, genera una crisis de la política-3, una crisis de su autoridad, de su soberanía. Se ve cada día la impotencia de los gobiernos nacionales ante “los mercados”. Se ve cada día su ansia de mantener la confianza de los inversores transnacionales (Dryzek, 2010)

y su tendencia de adoptar un papel mas bien pasivo ante estos mercados: “no hagamos cosas que les molesten”. En consecuencia, el gobierno fracasa en expresar un noción convincente sobre lo que puede ser la defensa del bien común (Latour, 2007) en las condiciones actuales.

De esta manera, se abre un espacio para la política de la discusión pública (política-4) como un proceso de intercambio y confrontación de opiniones y argumentos sobre lo que debe ser una alternativa a la actitud pasiva ante los mercados. Dicho de otra manera, la situación actual implica tensiones políticas en varios niveles que activan el debate público para ver qué se podría hacer. Desde luego, estos espacios no son neutros políticamente. Cualquier pretensión de no someterse al imperativo de hacer lo que da confianza a los mercados tiene connotaciones políticas e “ideológicas” claras. Lo que nos interesa aquí es la complejidad de la situación -que incluye la destrucción y la devaluación de la vida tanto de humanos como del medio ambiente a favor del “crecimiento”, el descontento social, la impotencia y pasividad gubernamental, la crisis de roles y de papeles sociales establecidos- que hace que la necesidad de deliberar colectivamente no sea un resultado de alguna ideología de izquierdas sino una necesidad pragmática. Hay que volver a la política porque las fuerzas ciegas de la economía trasnacional no tienen ninguna conciencia de las implicaciones de sus actuaciones en la vida. Y esta vuelta es una necesidad expresada por miles de mentes, que comparten, cada vez más, inquietudes, informaciones, conocimientos, convocatorias, críticas, etc. No obstante, aunque expresen la necesidad, pocas personas pasan a la acción.

#### **4.2.4. Las demandas de participación que provienen de la ciudadanía no equivalen necesariamente a la demanda de una democracia “radical”**

Aunque los ciudadanos reconocen la necesidad de una mayor participación en la vida política, no reivindican la democracia participativa o “radical” como sistema político. Critican las instituciones actuales por su opacidad e ineficacia, pero

consideran que tales problemas son más bien eventuales y no intrínsecos a las estructuras de la democracia representativa. En otras palabras, ven los mecanismos participativos/deliberativos como un complemento necesario de la democracia deliberativa o liberal. Las instituciones deben tener la primera palabra en la toma de decisiones en la medida en que estas instituciones funcionen bien.

Dicho de manera diferente, según las voces del estudio presente, el fortalecimiento de la democracia vendrá tanto por una ciudadanía activa como por un personal político que cumpla su compromiso más fundamental: no buscar el beneficio propio. Lo que se exige es una democracia abierta a la ciudadanía y a la participación ciudadana, una democracia que pueda incluir todas las voces concernidas, pero sin anular la responsabilidad del personal político en la toma de decisiones centrales. Los planteamientos de las personas entrevistadas coinciden con las críticas de Peter Bachrach y Morton S. Baratz (1962) a la cerradura de la política oficial ante la posibilidad de debatir públicamente sobre cuestiones cruciales. Los autores comentan que, desafortunadamente, la implicación de los diferentes grupos de interés en la política se define por el grado de permisividad de las instituciones. Se dialoga sobre lo no esencial, sobre lo que sólo es secundario. Las decisiones políticas importantes se toman siempre por los políticos profesionales a puertas cerradas.

Según las sugerencias de los sujetos, esta situación debería cambiar. El público debe poder debatir sobre las cuestiones que determinan su vida. La teoría democrática define el interés público tanto en términos de resultados como en términos de procesos. La teoría democrática valora no sólo si las decisiones alcanzadas benefician a la ciudadanía, sino también el grado de participación pública en ellas. No puede haber un interés común definido por una minoría, incluso si esta minoría es elegida, y sin la participación de la gente (Bachrach, 1967). Pero también la deliberación colectiva, siguiendo a Dewey (1927), es una necesidad pragmática que permite tomar las mejores decisiones posibles ante asuntos difíciles de resolver. *La democracia no es un ideal sino una teoría práctica, un método de trabajo colaborativo, un modo de producción.*

### **4.3. En qué consiste ser una persona experta es un asunto complejo que no está dirimido**

#### **4.3.1. Dos sentidos de la experticia**

En los planteamientos de las personas entrevistadas, la experticia aparece en dos sentidos. En primer lugar, aparece como experticia técnica. En este caso se considera que la gestión política requiere de unos conocimientos particulares que incluyen cuestiones técnicas (sobre la economía, la salud pública, el urbanismo, la educación, el medio ambiente). El manejo de estas técnicas es imprescindible para poder tomar decisiones. Sin embargo, aunque la incluya, la política no es reducible a la técnica.

La experticia técnica puede aparecer como parte de los conocimientos de un político profesional. En algunos planteamientos se reconoce que el político puede ser alguien que conoce bien una materia. Las personas entrevistadas aceptan que no se puede prescindir de él, aunque tampoco se considera que sea el único capacitado para tomar decisiones a causa de sus conocimientos técnicos. Así que cualquier proceso deliberativo debe contar con estos políticos-técnicos que permiten tomar decisiones informadas y realizables. El político-técnico es reconocido y aceptado como un especialista en proporcionar y aclarar los límites y las implicaciones técnicas de las posibles decisiones.

En segundo lugar, tenemos el otro significado de la experticia como experticia política. Se trata de la experticia del político profesional en la toma de decisiones en sí. Es aquella experticia, según la cual la misma política se considera una actividad técnica que no se puede ejercer por cualquiera. De hecho, se trata de la versión más usada del término política. Esta concepción de la experticia provoca gran desconfianza en la ciudadanía. Se ve como sinónima de una política opaca y oligárquica, dirigida al mantenimiento de privilegios. A medida que la experticia del político no se conecta con cuestiones técnicas específicas, sino con la toma de decisiones, inspira gran desconfianza.

Dicho de otro modo, la experticia emerge con un sentido positivo cuando está asociada con la técnica. Y con un sentido negativo cuando se manifiesta como experticia en la toma de decisiones. La palabra “técnica” se debe entender aquí como trabajo de coordinación, de organización de recursos humanos y no humanos, de planificación, o de conocimiento de una materia específica –todos ellos compensados en la palabra “gestión”. En un sentido negativo se la asocia con la “manipulación”: las falsas promesas, la adhesión a los privilegios propios – o, sencillamente, y en términos menos peyorativos, la política opaca y lejana. Los entrevistados sugieren que el político como técnico/gestor –sea técnica de la tecnociencia o técnica de la administración- se puede ver como un profesional aliado. El político como gestor/”manipulador” se ve como alguien que trabaja a puertas cerradas sólo para salvar su posición, como un adversario, incluso.

#### **4.3.2. Las personas expertas se ven a sí mismas como las conductoras de los procesos participativos.**

En las entrevistas con las personas expertas, los sujetos tienden a hablar desde la posición del sujeto que supuestamente sabe y al que la ciudadanía no puede entender. A menudo parece que la ciudadanía debería asumir lo que ellos ya saben. En diferentes entrevistas, las personas expertas comentan que su objetivo es activar la ciudadanía pasiva. Así que, curiosamente, la política de la Polis emerge desde un centro que está fuera de ella, fuera de la población de los ciudadanos normales y corrientes. Según esta perspectiva, la participación emerge desde el Estado.

Los expertos se presentan como portavoces de lo posible, de lo que se puede hacer técnicamente, en definitiva, del sentido de la realidad. El sentido que tiene la experticia en el campo de la actividad científica de la ciencia oficial, se transfiere al campo de la actividad democrática. Así que, paradójicamente, un grupo de especialistas aparecen como los organizadores de la actividad participativa. La democracia, la igualdad de todos en hablar y decidir aparece

como una propuesta del poder experto institucional. Nada nuevo bajo el sol: aunque democracia signifique el poder del demos, parece que en las estructuras políticas actuales este poder necesita siempre la mediación de los expertos. Lo que es interesante en nuestro caso es que la lógica de la democracia actual que definió Schumpeter (1942) -como un régimen del gobierno basado en el control esporádico del pueblo sobre el personal político y no en una determinación generalizada de la política por parte de este pueblo- se extiende a los mecanismos participativos: la participación tal como la plantean los especialistas entrevistados es una práctica que requiere la mediación de las instituciones y de su personal para poder existir -igual que la democracia schumpeteriana en general. La idea de una participación vinculante y autónoma no aparece en los discursos de los expertos entrevistados. Están cerca en la idea de que hay que poner un límite a la democracia y también a la participación, ya que, tal como Schumpeter sugería, una democracia (o una participación) radicalizada podría tener resultados desastrosos. La democracia y la participación no son el fin, según Schumpeter y también los expertos entrevistados, sino medios para conseguir la felicidad y la prosperidad de todos. El público tiene según ellos el papel de un actor al que se debe atraer, captar, seducir -siguiendo muchas veces técnicas publicitarias- para incorporarlo a la persecución de los objetivos institucionales.

Además, si los expertos tienen tanto poder en las democracias actuales es porque los tremendos avances técnicos han vuelto porosa la separación entre expertos en la ciencia y los expertos en la política. El desarrollo económico está estrechamente ligado con los avances tecnocientíficos, y lo mismo se puede decir de la gestión política o las formas de vida cotidianas. Como han evidenciado toda la tradición de los Estudios de la Ciencia y la Tecnología, las epistemologías feministas o estudiosas y estudiosos cercanos a estos campos, la tecnociencia hace política.

Sin embargo, la realidad incluye movimientos contradictorios: la participación “top-down” se ha basado en el llamado giro participativo (Jasanoff, 2003b; Lengwiler, 2008), que ha sido resultado de la concienciación de que los profesionales -tanto

de la tecnociencia como de la política-no pueden gestionar por sí solos un mundo complejo. Tal como hemos comentado varias veces, hoy en día, la técnica y el poder se entrelazan, las problemáticas políticas se tecnifican y las cuestiones técnicas revelan aspectos políticos (Gibbons y col., 1994; Callon, Lascoumes y Barthe, 2001). La presión y las críticas de los movimientos sociales de las épocas anteriores han evidenciado que las gestiones opacas y basadas sólo en prácticas “top-down” resultan contraproducentes. Aunque tal aceptación no recorre en ningún caso todo el campo político institucional -y mucho más hoy en día, en que las gestiones estatales tienden a obedecer directamente a los dictámenes de los mercados financieros- también sería correcto afirmar que el río no puede volver hacia atrás: la críticas a la democracia representativa y a favor de una mayor implicación ciudadana en la política es parte de la cultura política actual. El buen experto no tiene prejuicios, y puede abogar a favor de la mayor democracia si está convencido de la utilidad de la práctica. Evidentemente, será una democracia en la dosis “justa”: como han señalado varios autores desde el campo de los STS y la teoría política (Ward et al., 2003; Irwin, 2006; Young y Matthews, 2007; Levidow, 2007; French y Laver, 2009; Laurent, 2009; Horst, 2010;) no se puede hablar sobre cualquier cosa, y los objetivos institucionales priman en los procesos participativos. Así que las personas expertas son las encargadas de organizar la participación siguiendo tales objetivos.

#### **4.3.3. La reflexividad de las personas expertas**

Lo que es obvio es que las personas expertas/técnicas se diferencian de los que toman las decisiones. Hacen política, pero no suelen ser políticos. Son el “stuff” periférico conectado, desde luego, con los núcleos de poder, pero también alejado de ellos. Los técnicos no toman decisiones que impliquen cambios de rumbo en las directrices políticas institucionales. Y también poseen, por su implicación en la vida del conocimiento, mayor reflexividad que los mismos políticos. En otras palabras, aunque suelen hablar como sujetos de un supuesto saber, también entienden que no es fácil promover la participación desde instituciones que

provocan la desconfianza. Insinúan que trabajar dentro de ellas, aunque ofrece recursos, también limita la credibilidad de sus iniciativas. Las personas expertas entienden las dificultades de la ciudadanía a la hora de participar, sus dudas y quejas. Mientras se refieren a la no participación, también hacen comentarios para describir las características problemáticas del propio aparato de autoridad. Evidentemente, no llegan ni podrían llegar a la denuncia. Sin embargo tampoco se identifican con el discurso de los políticos profesionales.

Reflexividad es la capacidad de cuestionar la propia posición subjetiva, el punto de vista desde el cual cada uno lanza sus enunciados. Es la capacidad de dirigir la mirada analítica no solo hacía el objeto de estudio sino también al propio sujeto del conocimiento. El personal político suele aferrarse al poder y, en consecuencia, mantiene poca capacidad autocrítica y reflexiva (Wynne, 1993). Pero el personal técnico y especializado en diferentes sectores de las “ciencias sociales” está más abierto a propios auto-cuestionamientos. El personal técnico que entrevistamos entiende que el aparato político-técnico institucional no inspira confianza porque está conectado con una larga tradición de privilegios de la “casta”, de corrupción, de mentiras. Aunque se considera que la presencia institucional en los procesos participativos potencia su credibilidad (hace que los procesos participativos parezcan más “serios”), al mismo tiempo la debilita (porque se ven como parte de las relaciones públicas de la administración)

#### **4.3.4. La persona experta científica está en una posición ambigua**

Lo que es importante pensar es que la persona experta, técnica, está de alguna manera en medio de lo institucional y el campo de lo “social”. La persona especialista es alguien que ha sido contratada por la administración de algún ayuntamiento, de la Comunidad Autónoma o del Estado. Y es una de los muchas ciudadanas y ciudadanos que podrían encontrarse en esta posición. No es el político de toda la vida. Por tanto, no se identifica con las instituciones. Además, en los ayuntamientos pequeños, (como por ejemplo el de El Figaró, donde se hizo

una parte del trabajo de campo) el límite entre la persona normal y corriente y los que ocupan algún tipo de cargo es relativamente pequeña y eso hace que los profesionales, sean técnicos o políticos, no sigan su actividad a puertas cerradas ni que sean reacios a la posibilidad de diferentes críticas o auto-críticas.

Es importante tener en cuenta que la experticia no es un campo homogéneo. La “sociedad del conocimiento” hace que la experticia o las experticias se difundan en el cuerpo social. Waterton y Wynne (2004) han subrayado la posibilidad de que la ciencia se produzca tanto por canales oficiales como alternativos y Gibbons y sus colaboradores (1994) han argumentado que actualmente no es sólo la figura del científico la que produce conocimiento, sino la del “practicante”. Y, también, que las fuentes de esta producción no se encuentran sólo en el individuo estudioso, sino las redes de colaboración. Se ha comentado también que el término “experticia” abarca un gran abanico de posiciones sociales (Gardounis, 2015). Aunque se podría considerar que ser experto equivale a trabajar a favor de la ciencia oficial y del papel que cumple en la sociedad actual, también es verdad que vivimos en una “sociedad del conocimiento” en la que el conocimiento no se produce sólo en los canales preestablecidos, sino también mediante comunicaciones entre universidades, movimientos sociales, investigadoras autónomas. La expansión del conocimiento ha convertido la experticia en un terreno heterogéneo y conflictivo, lo cual ha llevado a toda una serie de teóricos a estudiar la producción autónoma del conocimiento y su desarrollo más allá de los canales y los objetivos oficiales, así como sus posibilidades emancipadoras (Berardi, 2001; Hardt y Negri, 2000; Lazzarato, 1996; Negri y Lazzarato, 2001; Virno, 2007). En este marco, se puede decir que hay una creciente tendencia hacia la socialización de la experticia. Se puede decir que la persona experta no es necesariamente una figura de autoridad en el sentido tradicional de la palabra, sino que puede participar en la configuración de posiciones de crítica, de “contra-poder”, de resistencia.

En definitiva, ser una persona experta implica estar en una posición dinámica. Por una parte, probablemente está incorporada en la alguna estructura institucional y así promueve el imaginario sociotécnico imperante (Jasanoff y Kim, 2009). Por

otra parte, dado que no es sino parte de las redes del conocimiento socializadas, la persona experta puede estar implicada en el movimiento de diferentes y diversas “líneas de fuga”. La persona experta es aquella parte de la “general Intellect” que se incorpora a las instituciones para dotarlas de aquellos medios que deberán permitirles desempeñar su función. Y su relación con el personal político es de doble índole: por una parte trabaja para ellos y les ofrece soluciones. En el caso de los procesos participativos institucionales -que es el caso del estudio- les permite conseguir una legitimación que no podrían adquirir sin ellos. Por otra parte, es la demostración viva de que se puede hacer política que no pase por los políticos profesionales. Evidentemente, por razones históricas los políticos profesionales están siempre ahí. Son las personas que se dedican a la gestión política y hemos visto que según los liberales y los pluralistas, como Schumpeter (1942) o Dahl (1956; 1961), no puede existir vida democrática sin ellos. Pero a medida que se consolidan nuestras sociedades como sociedades del conocimiento, la gestión de las problemáticas complejas activa sinergias que muestran una alta capacidad colectiva de gestionar estas problemáticas. El político profesional pierde así la centralidad que tenía antes.

#### **4.3.5. La persona experta puede ser nómada**

La experticia de los técnicos entrevistados no reside sólo en los conocimientos teóricos que poseen, sino en su capacidad de movimiento, dentro y fuera de las instituciones, para crear conexiones entre diferentes aparatos, espacios y personas (Hess, 2011). Son -según las entrevistas- los que mueven la urna para votar cuando concluyen los procesos participativos, son los que coordinan los encuentros, comunican sugerencias, transmiten ideas y saberes. Ser experto en la sociedad del conocimiento, hoy en día, requiere estar en movimiento y abrir canales de comunicación. Los expertos entrevistados son importantes porque permiten las conexiones con los diferentes públicos que la administración necesita.

Los técnicos que trabajan para la administración siguen siendo partes de la “general intellect”. Eso no se debe ver como una exageración literaria: todos hablan de la generación mejor formada de la historia. Todos hablan del hecho de que actualmente la gente, y sobretodo las personas jóvenes, tiene formación y conocimientos, en bastantes casos, más altos que los de los cargos políticos. Es posible decir, entonces, que las personas normales y corrientes no son necesariamente personas “legas”, ya que entre ellas abundan las que poseen estudios o algún tipo de práctica en la vida del conocimiento. La administración o, mejor dicho en este caso, el Estado, actúa como un aparato de captura -para acordarnos de Deleuze y Guattari (1980)- que intenta interiorizar las capacidades, la circulación de saberes, la inteligencia colectiva, para aprovecharse de ellas.

Las personas expertas que trabajan en la administración nos recuerdan a aquellos *hackers* del mundo de la informática que dejan su actividad ilegal o subversiva para trabajar para alguna institución o empresa privada. O, al revés, se parecen a aquellos empleados del estado o del mundo de las empresas que traicionan a sus patrones para pasar al lado de la ciudadanía -según la manera que ellos creen oportuna: Edward Snowden es el ejemplo más ilustrativo de esta conducta. Una persona cognitivamente superdotada y brillante informático, hijo de una familia cuyos miembros trabajaban todos para el Gobierno Federal, políticamente ingenuo hasta el punto de querer enlistarse en el ejército para participar en la “liberación” de Iraq, al final contratado por la CIA, llegó a difundir miles de documentos clasificados que revelaban las políticas de vigilancia del estado norteamericano. De ser el patriota y empleado de los servicios secretos pasó a encarnar la figura del traidor por excelencia. Sus superiores confiesan que “no pueden saber el daño que ha hecho exactamente”. El experto oficial es un sirviente del orden establecido que puede volverse extremadamente peligroso.

Las personas expertas que están en las instituciones son parte del aparato de estado, pero en cualquier momento lo pueden abandonar o socavar. Deleuze y Guattari (1980) hablan de los guerreros en la mitología indo-europea, que luchaban por el príncipe, pero al mismo tiempo difícilmente estaban controlados por él. No emergían dentro del apartado del Estado. Su fuerza nacía fuera de

este y sólo eran captados a posteriori. Para teóricos como Deleuze y Guattari el estado no es sino un aparato de captura de la fuerza colectiva que nace fuera de él. Su papel es regularla, codificarla, institucionalizarla. “Llegan como el destino, sin causa, sin razón, sin respeto, sin pretexto... no se entiende como han llegado hasta la capital, sin embargo, ahí están, y cada mañana diríase que su número aumenta.” (Deleuze y Guattari, 1980: 361). Se ha escrito sobre los guerreros de las soberanías, pre-modernas. Se podría haber escrito también sobre los portavoces de las experticias difusas e interconectadas de nuestros días.

El guerrero poseía una fuerza que se usaba por el príncipe, pero también se podía usar en su contra. La persona estudiosa tiene una potencia similar. Aunque la institución la financia y la sostiene, no deja de vigilarla. Las indagaciones de la persona estudiosa son como un factor de entropía cuyos resultados no se conocen muy bien. Por trabajar con unos códigos semióticos y unas herramientas que sus superiores no conocen, funciona como una navaja de doble filo para las estructuras del poder institucional. Los hombres y las mujeres de la tecnociencia pueden contribuir al poder de los privilegiados. Pero mañana pueden cambiar de bando, poner sus conocimientos al servicio de un poder opuesto, o transferirlas al Demos. El mito del Prometeo, que dio el fuego a los humanos provocando la cólera de los dioses, se podría ver como el arquetipo mitológico de la relación entre conocimiento y autoridades, entre las experticias tecnocientíficas y el Estado -sea el Estado de los Dioses o de los humanos, sea el Estado mitológico o el Estado moderno. Dicho de otro modo, la persona experta es un aliado inestable de las autoridades. En cualquier momento puede traicionarlas y pasar el saber a la humanidad, cambiando el rumbo de la historia para siempre.

El conocimiento traza líneas de fuga. Los códigos, las informaciones, los saberes escapan de los controles de la “propiedad intelectual” para ser ampliamente compartidos. A veces vemos personas expertas en una universidad, un ministerio, una comité. Y luego, los vemos en un edificio ocupado o en un colectivo rupturista, firmando una denuncia, o divulgando sin permiso una determinada técnica. La potencia del 15M, o de los Anónimos, parece ser una

demostración de la presencia de una experticia que puede trabajar a favor de la desobediencia.

Desde Edgar Zilsel (1942) hasta Kuhn (1962), los estudiosos de la ciencia no han dejado de subrayar el carácter discontinuo de los avances del conocimiento. No es la acumulación lineal del trabajo la que conduce a los hallazgos más significativos, sino las “anomalías” que irrumpen en el curso normal de la vida del conocimiento, generando la reacción muchas veces de las academias y las instituciones. El acontecimiento de la creación de nuevos saberes tiene algo de desviación, de evento descontrolado que empuja hacia una reordenación del entendimiento -y a veces también de las relaciones- de nuestro mundo (Stengers, 1993)

#### **4.3.6. La posición reflexiva de la persona experta -en tecnociencia- le permite mantener distancia respecto al gobierno**

¿Tenemos en nuestras entrevistas signos de esta autonomía? Las personas expertas suelen mostrar su desconfianza abiertamente sólo en pocos momentos- en nuestro estudio el entrevistado en Lleida hace un comentario contra los políticos. No obstante, lo que destacamos es que manifiestan su capacidad de reflexión a la hora de abordar las dificultades para hacer la gente participar: El hecho por ejemplo de estar atentos a las diferentes problemáticas que experimentan la gente mayor, los inmigrantes, los jóvenes. o su capacidad de plantear los condicionantes políticos, económicos y sociales de la participación ciudadana. Al fin y al cabo nos muestran signos de una sensibilidad que , teniendo en cuenta que se aborda por personas que trabajan por gobiernos locales, nos permite plantear la posibilidad de que estas personas puedan trabajar a favor de cualquier movimiento participativo bottom-up tal como colaboran en los proyectos top-down.

El experto entrevistado de Girona dice con sinceridad: “hay unos cuantos que son los más activos, que luchan por el bien común pero la gran mayoría de gente no

participa en los procesos participativos. Eso es un gran reto. Yo no tengo la solución, no sé si la encontramos (Entrevista Girona, p3)". Aquí vemos que aparece no como el sujeto-supuesto-saber sino como un maestro que se atreve a reconocer su ignorancia (Rancière, 1987). No olvidemos que hablamos de participación y democracia. La persona experta que reconoce que no conoce el truco que activa la participación, reconoce también, indirectamente, la dificultad de promover la democracia desde fuera, desde la administración y desde el Estado, desde algo que no sea el demos mismo. Aunque las personas entrevistadas pueden hacer diferentes comentarios sobre el porqué la gente no participa, no dudan en mostrar su desconfianza hacia la eficacia de sus gestiones y de esta manera cuestionar su propia experticia. En otras palabras, pueden estudiar los problemas y hacer propuestas de soluciones al mismo tiempo que pueden aceptar que no tienen la solución. Y de esta manera nos dan un testimonio de su posición política particular tanto ante las instituciones como ante el pueblo.

Esta no identificación con el poder político gubernamental y una relativa capacidad de cuestionar la posición propia hacen que las personas expertas sean elementos importantes y constitutivos de los procesos deliberativos y participativos. Su posición reflexiva, que les permite ver los defectos del personal político o de ver la no participación como un resultado negativo del individualismo y de las condiciones de la vida cotidiana de la gente, nos muestra que existen posibilidades de una relación igualitaria con los no expertos y que la propuesta de Callon y sus colaboradores (2001) sobre los foros "híbridos" es realizable. La dicotomía expertos y no expertos se puede cuestionar de manera pragmática, para buscar nuevas configuraciones entre la experticia y la ciudadanía (Irwin y Michael (2003) . Igual que los ciudadanos, la tendencia de la de colaboración con la ciudadanía por parte de las personas expertas no llega a la petición de alguna democracia radical, ni cancela la figura del político profesional. Pero sí que reconoce implícitamente, que su papel histórico, el papel que ha jugado en la democracia clásica Schumpeteriana ya está superado. Los expertos que son contratados por la administración, por proceder del vasto depósito de gente formada no se sienten más cerca al estado que a los/as ciudadanos/as. Igual se sienten más cerca con los otros científicos pero no con los políticos . Cuando

dicen que la participación debe reforzar el trabajo técnico, hacen una propuesta normativa que deja fuera del juego los expertos en la política. Crean un esquema con dos actores: los técnicos y los ciudadanos con partes que colaboran y tienen algo que aportar. El técnico conoce las cuestiones técnicas y las vías de solución. La ciudadanía puede ampliar estas vías o quizás crear nuevas. El político profesional, en cuanto tal, no puede hacer nada pertinente que no lo pueda hacer el técnico o el lego y por eso no se menciona. En otras palabras, el político desde punto de vista práctico según una perspectiva deliberativa, no es sino un ciudadano más. Evidentemente puede con sus gestiones presentarse como una figura necesaria, imprescindible. Pero el punto de vista participativo y deliberativo le impone la exigencia de argumentar como los otros, y pasa por alto sus apriorismos.

## **4.4. La política de la colaboración entre expertos y ciudadanía**

### **4.4.1. Las personas expertas y no expertas deben deliberar *on equal footing* en los momentos de crisis**

Las personas entrevistadas defienden este tipo de política -una política en la que todos y todas puedan participar, expertos y no expertos. La imagen deseada que promueven las ciudadanas del estudio es la de políticos, científicos y ciudadanía debatiendo, trabajando juntos “on equal footing” -es decir, a partir de sus argumentos y no de su estatus social. Las propuestas de Callon y sus colaboradores (2001) sobre los foros híbridos, a saber, espacios de trabajo común donde la identidad de cada actor queda en entredicho y donde lo más importante es un intercambio de perspectivas dirigido a una síntesis, está cerca de esta imagen. Y presenta unas posibilidades interesantes, presentes también en las voces entrevistadas, puesto que entiende la experticia y la no experticia como partes de una relación circular y no como categorías excluyentes.

Hemos dicho que la ciudadanía reconoce al político como un experto, digamos, técnico (en la gestión estandarizada) pero no se acepta como un experto “real” con peso especial en la toma de decisiones importantes. La política como gestión técnica/estandarizada y la política como deliberación de cara a la toma de decisiones importantes se distinguen. Para las voces ciudadanas del estudio, la primera puede ser de algunos. La segunda debe ser de todos.

Aquí cobra pleno sentido la concepción propia de los estudios de la ciencia y la tecnología acerca de que la política y la técnica conforman un tejido sin costura. Cuando un nuevo tema aparece y la experiencia anterior de gestión parece insuficiente para manejarlo -porque las pautas estandarizadas se vuelven problemáticas- se deben inventar nuevas estrategias: el técnico o el político/técnico -siguiendo el material de las entrevistas- pueden contar su experiencia y su perspectiva, pero sin pretensiones de imponer su visión. Pueden tener incluso un poder orientativo. Pero no pueden substituir el colectivo

concernido heterogéneo –del cual forman parte. Epstein (1995) mostró con claridad como la gestión técnica de la investigación biomédica y los procesos de toma de decisiones respectivos se había vuelto inoperativos en las condiciones que creó la enfermedad del SIDA. La gestión estandarizada de la salud -gestión biopolítica o política 5 de Latour- se encontró cuestionada cuando apareció un nuevo agente vivo, aunque no humano: el virus de la enfermedad.

Vale la pena recordar como las implicaciones políticas complejas del SIDA, usando los cinco sentidos de la palabra política que define Latour (2007), nos permiten comprender como la deliberación colectiva puede surgir como una necesidad pragmática en momentos de crisis.

1) La aparición del virus cambió en primer lugar el cosmos que habitábamos, la materialidad de este mundo, la expresión de lo real de la vida y de la muerte, del placer y del dolor. Quiere decir, que según la política-1 latouriana, el cosmograma de nuestro mundo se encontró afectado.

2) También hubo una importante tensión social a medida que a partir de la enfermedad se configuraron nuevos colectivos sociales y nuevos públicos- este ha sido el cambio político-2. (en la política-2 latouriana)

3) El gobierno y los científicos oficiales intentaron resolver el asunto y fracasaron. Sus gestiones fueron desafortunadas y crearon descontento en el público o los públicos interesados. En consecuencia, no se pudo volver a la normalidad después de una gestión rápida, como pasa a menudo. La tensión persistió, creando un nuevo escenario político alrededor del asunto. Hubo una crisis, una crisis política-3 –o, mejor dicho, crisis a partir de la activación de la política-3 latouriana: crisis de gobernanza.

4) Esta situación requería una nueva intervención para ser gestionada: la intervención consistió en los debates públicos y el trabajo -en algunos casos- común entre los expertos en biomedicina, los gestores políticos y las asociaciones de pacientes y familiares: la política deliberativa –política 4- era la política que pudo hasta cierto punto gestionar y permitir una relativa estabilización sociotécnica del estado de la cuestión.

5) Esta crisis de la gobernanza también ha sido una crisis de la administración estandarizada de la salud pública: crisis de la política 5, crisis de la organización biopolítica que imperaba hasta entonces.

La crisis del SIDA hizo necesaria la deliberación entre expertos políticos, científicos y público. Dicho otra vez, la materialidad de la experiencia –la enfermedad en sí-, la aparición de la tensión social, y también las insuficiencias en la gestión gubernamental, hicieron necesaria una nueva gestión sociotécnica de la salud, de las conductas sociales y sexuales, de las relaciones en general. Las deliberaciones entre diferentes actores concernidos funcionaron en esta dirección –con diferentes grados de éxito o fracaso.

#### **4.4.2. Por qué las personas que “no saben” sobre un problema son tan imprescindibles como las que “saben”**

Tal como las voces ciudadanas sugieren en nuestro estudio, una ciudadanía activa es necesaria para la calidad democrática y la eficacia de las decisiones tomadas. Eso no quiere decir que se pueda prescindir de los conocimientos especializados. La colaboración deliberativa entre especialistas y ciudadanos abre nuevas posibilidades de resolver problemas, ya que permite superar los límites del pensamiento encorsetado. En otras palabras, la teoría deliberativa, que se caracteriza por asumir que los actores durante el proceso de diálogo no sólo intercambian argumentos sino que los modifican para llegar a una posible síntesis (Habermas 1992; Habermas, 1995; Doheny y O’neill, 2010; Dryzek, 2010; Floridia, 2013), muestra con coherencia lo que las personas entrevistadas dejan entrever. Y también –hace falta insistir- a partir de la idea de que no sólo la opinión del experto o del político es válida, nos acercamos a la propuesta de Callon, Lascoumes y Barthe (2001), sobre la necesidad de crear espacios de trabajo común entre todas las voces concernidas para gestionar problemáticas complejas.

Evidentemente se puede pensar que no hay nada nuevo bajo el sol en este asunto: la gente, por lo menos en la era democrática, siempre ha dialogado para resolver los problemas. No obstante, lo que se enfatiza ahora es que la democracia y el diálogo público no son sólo un imperativo ético. Se convierten en una exigencia pragmática. La sociedad del conocimiento se caracteriza por problemas cada vez más complejos. La misma sociedad contemporánea, en la cual la experticia es un *sine qua non* de la gestión de cualquier problema, creó también las condiciones para que esta experticia sea efectiva sólo mediante la circulación de los saberes. En otras palabras, el papel de la experticia se potenció con la “sociedad del conocimiento”, al mismo tiempo que se relativizó

La ciudadanía está más informada y formada que nunca. Como dice Berardi (2013b) la sociedad civil europea está llena de ingenieros, informáticos, sanitarios, redactores de textos, estudiosos de las humanidades, de la política, de la ciencia social, es decir, nuestro continente es extremadamente rico... El técnico/científico/gestor experto sigue siendo una figura potente, pero también existe un archipiélago de actores que se deben o se pueden co-articular con él. Incluso muchas de las personas que no están formadas tienen los suficientes conocimientos sofisticados para aportar elementos pertinentes al debate respectivo. Así que la cuestión no es “preguntar a los expertos”, sino, cada vez que un problema emerge, dar por sentada una red de experticias que puede ser activada. Cada experto no es sino un nodo de una red de experticias más amplias. La sugerencia de I. Stengers (2002) parece ser esencial: cuando una persona experta entra en el campo de un problema nuevo se debe preguntar: “¿Dónde están mis coexpertos?”

Cuando una experta en participación defiende que “la participación debe reforzar el trabajo técnico” (experta de Vilafranca) está en lo correcto y se podría añadir: también el trabajo técnico debe reforzar -y de hecho refuerza- la participación. Precisamente porque las cuestiones técnicas son nuevas, se convierten en “issues” deweynianos que requieren del diálogo público para ser abordadas. La participación debe reforzar el trabajo técnico, porque sin ella el trabajo técnico no se puede llevar a cabo con eficacia. Por expresar problemáticas que son sociales

y técnicas a la vez, es imposible llegar a una conclusión “objetiva” sobre lo técnicamente apropiado. Y así la implicación de la gente se convierte en un recurso que, aunque aparece como “social”, al final funciona como un recurso técnico.

La crisis de confianza en la política profesional y la experticia política tiene que ver también con lo siguiente: antes los problemas tenían un aspecto difícilmente captable por las personas normales y corrientes. Con la televisión y los medios de comunicación, cierta información podía ser transmitida a la gente, aunque de manera esporádica y fragmentada. En aquella fase, el personal político se podía ver como un grupo social más formado que el ciudadano medio. Hoy no se puede afirmar algo similar. Una parte importante de la ciudadanía posee un alto nivel de formación –no solo adquirida en alguna fase de su trayectoria vital sino constantemente actualizada por canales oficiales y no oficiales-. Y se puede decir que las personas relativamente jóvenes tienen quizás más conocimientos y más herramientas que el diputado “medio”. Si, además, pensamos en los políticos que permanecen algunas décadas en la escena, entonces la comparación se vuelve peligrosa para ellos: no se pueden llamar expertos en una materia concreta o en una tecnología que no sea la “gestión”, que se basa en relaciones públicas y en el “arte” de la manipulación.

#### **4.4.3. Los políticos no son parte integral de los espacios participativos**

Es interesante ver que el gobierno aparece en los espacios deliberativos sólo para marcar objetivos. No tiene relación orgánica con los intentos de crear una *Ágora* donde se debatan problemáticas concretas. Su posición es exterior. Pretende reclutar la inteligencia colectiva para que trabaje a favor de los objetivos oficiales. Pero más allá de esta imposición, desde el punto de vista deliberativo y participativo, no puede aportar nada *especial*. Si un problema se mira desde el punto de vista pragmático, el gobierno tiene el poder de imponer una u otra solución sólo porque puede imponer “cortes” en la deliberación colectiva. Tiene un

poder especial, pero difícilmente se podría afirmar que también “de verdad” tiene el saber respectivo.

En otras palabras, el gobierno, *tal como lo conocemos*, es un actor que aparece desde el pasado. Las problemáticas complejas que caracterizan las sociedades del conocimiento le superan y las evidencias de la impotencia de los gobernantes en cuanto a las gestiones necesarias abundan. Cada vez más el poder está fuera de ellos, y los expertos entrevistados evidencian esta nueva distribución del poder -por ejemplo, la palabra gobierno o “políticos” aparece relativamente pocas veces en su discurso. El poder puede estar en los mercados, en la ciencia o, desde un punto de vista progresista, en la ciudadanía. El gobierno clásico aparece como un gestor, aún importante, pero envejecido, ineficaz, caduco. Legisla, pero las leyes formales son cada vez más relativas. Decide, pero las decisiones a menudo quedan en papel mojado. Al final, la única posibilidad de demostrar su fuerza es, con ritmos crecientes, la que ha sido siempre: la violencia, la fuerza bruta.

## **4.5. La caída de las categorías de la representación en la democracia participativa / deliberativa.**

### **4.5.1. La controversia mandato-independencia y algunas de las categorías de la representación no son pertinentes para los procesos participativos**

La relación del representante con sus representados se ve como algo que supera las antiguas disputas mandato-independencia. En nuestro estudio no prevalece una preferencia especial a favor de uno u otro lado de la disputa. Evidentemente, todos están de acuerdo en que el objetivo es siempre que el representante esté conforme con la voluntad de la ciudadanía, pero ya que esta voluntad no está configurada -tal y como sugería Schumpeter (1942) o, más tarde, los estudiosos de la “paradoja de los constituyentes” (Lisch, 2012)- difícilmente se puede concluir en favor del “mandato” o la “independencia”. La ciudadanía argumenta a favor de una política en la que los políticos funcionan de manera éticamente impecable y tienen las habilidades técnicas que son necesarias y también a favor de una política basada en el debate público. Este marco puede incluir tanto el mandato, como la independencia del representante.

Además, la democracia deliberativa cuestiona la idoneidad de una representación simbólica. A medida que la representación se hace resultado de la deliberación y del debate, los símbolos pierden su importancia: se relativizan, o, mejor dicho, se dialectizan, durante el dialogo público. El Amo simbólico se cuestiona en el Ágora de la Democracia fuerte. Porque cuando hay un Papa, un Jefe del Estado, una Idea, una Figura u Objeto de adoración fijo, la democracia queda en suspenso: ya no se puede hablar de todo. El debate, la capacidad de decir lo que no se puede decir, cuestionar, problematizar lo que hasta ese momento se daba por sentado es la afirmación de la práctica democrática. Deliberar sobre una cuestión incluye la capacidad de definirla y, en consecuencia, de crear un espacio nuevo de discusión.

Lo que se propone aquí es la primacía de lo instituyente sobre lo instituido y, por tanto, la necesidad de nunca ver la democracia como una condición cumplida: como argumentaba Dewey (1927), la democracia es un ideal que podemos aproximar asintóticamente. En consecuencia, siempre puede haber más democracia, porque esta es siempre un proceso inacabado. Parece arriesgado decirlo, pero la democracia quiere decir la búsqueda y la experimentación para que el poder del demos esté por encima de todo.

Tampoco una *representación descriptiva* (Pitkin, 1967) es una categoría adecuada para explicar la representación específica que caracteriza los procesos deliberativos. La representación descriptiva tiene sentido sociológico, que puede, digamos, encontrar las analogías en la composición de los representantes y los representados. Define una característica de la representación, pero, como es bastante obvio, no se refiere a la relación de la representación con el Ágora. Dicho de otro modo, la representación descriptiva puede facilitar la identificación del representante con el representado. En este caso, las personas ciudadanas pueden considerar las cualidades del representante o pensar que el representante “es uno de nosotros” porque comparten con él ciertos puntos sociodemográficos. No obstante, la procedencia del representante, aunque importante, no garantiza nada. Cuando se ve como una garantía suele fallar -como se vio muchas veces con los “líderes populares”. La participación y la deliberación colectiva producen debates sobre el contenido de las decisiones que se deben tomar. Según los comentarios de las personas entrevistadas, el tema más importante es cómo debe actuar el representante y no tanto de dónde viene.

#### **4.5.2. Las clasificaciones al uso para calificar las diferentes formas de representación, cuando la participación juega un papel importante, no parecen útiles**

Tampoco parece que la ciudadanía se posicione a favor de uno de los tipos de representación de la clasificación de Manbridge (2003): promisoría, anticipatoria,

giroscópica o subrogada. Tales distinciones no se consideran pertinentes para definir la relación del representante con sus representados en un marco deliberativo, definido por la necesidad de debatir y dialogar públicamente sobre las cuestiones importantes.

Lo que determina esta relación, según una perspectiva participativa/deliberativa, parece ser la inmersión del representante en un debate abierto y público. Aquel, debe surgir del debate mismo y, a través de ello, interaccionar con sus representados. Sólo así la representación funcionará según las voluntades de las personas representadas (Young, 2002). La inmersión de las personas representantes en los espacios deliberativos hace que las voces ciudadanas no sean un eco que llega desde el momento de las elecciones generales, sino una fuerza activa y presente, que acompaña al representante durante su actividad. La existencia de un diálogo público hace que no puedan surgir todos los síntomas de la política profesional: la conversión de los políticos en casta que funciona según dinámicas propias; la acumulación de privilegios hasta convertirse en miembros de las clases sociales altas; la corrupción; los regateos entre las élites y los políticos que mencionaba Dahl (1998); la pasividad y infantilización ciudadana...

Hablando de modo general, los espacios participativos y deliberativos, cuando pueden determinar su agenda y tomar decisiones vinculantes, colapsan las antiguas tipologías de representación. Todas estas tipologías daban por sentada la distancia entre representante y representado y tenían sentido sólo a medida que su relación era discontinua, puntual. Mediante estas categorizaciones se intentaba expresar lo que hace el representante en ausencia del electorado. El marco era siempre la democracia parlamentaria. Sin embargo, cuando la representación y la deliberación se desarrollan en paralelo, con unos representantes que emergen desde -o se implican fuertemente en- procesos participativos deliberativos, tales distinciones no tienen tanta importancia: el representante no es la persona que aparece primero como un candidato que es evaluado periódicamente por la ciudadanía según la calidad de su actividad. Es parte orgánica de un proceso que se desarrolla con su participación y también con la de otros actores. Es una voz entre otras, puesto que lo que cuenta en la

democracia deliberativa y participativa no es la posición social de la persona sino la calidad de sus argumentos. En consecuencia, no tiene sentido hacer promesas, ya que la reflexión colectiva no es un espacio de promesas. Tampoco su actividad se evalúa según el modelo de la “representación anticipatoria” (Manbridge, 2003), dado que la actividad deliberativa no es un proceso de evaluación de los candidatos sino una reflexión sobre los contenidos concretos de su actividad y un proceso de creación de mejoras y alternativas. El representante no expresa sólo la comunalidad de sus compromisos y valores con los representados (participación giroscópica) (Manbridge, 2003) porque la conexión con ellos va más allá de unos compromisos y unos valores: es un debate sobre los contenidos de las acciones adecuadas sobre un tema particular. Y, evidentemente, el representante tampoco sigue el modelo de alguna representación “por sustitución”, porque su función en la democracia participativa no es liderar campañas y conseguir la aprobación de la gente, sino juntar su voz con ellos, ser uno de ellos, para dialogar y decidir cuando la situación lo exija.

#### **4.5.3. La temporalidad de la participación afecta el papel del representante**

Las categorías de la representación se basan en una determinada noción de la temporalidad o de los tiempos de la representación política. Se producen en una condición en la que los espacios participativos/deliberativos han pasado a segundo plano, si acaso existen. Las clasificaciones de la representación que hemos visto parten de la idea de la pasividad de la gente, parten del sentido “débil” de la democracia (Barber, 1984). Las preferencias y los deseos del representante se imponen a los de los representados, incluso si el electorado no da su confianza al representante en el momento de las elecciones. En otras palabras, ya que la política actual se organiza en base a la no-participación, el representante elegido adquiere un papel determinante. Dado que los espacios participativos son escasos y limitados, la política que producen estos representantes poco se ve afectada por la actividad política directa por parte de la ciudadanía. A menor participación mayor poder para el representante.

Desde el punto de vista democrático, lo que define la calidad de la relación representantes-representados es que la interacción entre representantes y representados sea viva y activa (Young, 2002). En los espacios participativos y deliberativos la calidad de esta interacción se promueve por el hecho de que el representante sea un participante más, inmerso en el proceso de debate. La multiplicación de estos debates sobre lo que se considera importante, convierte la participación en algo no periférico sino central en la vida política y también en un factor determinante de la actividad de la persona representante.

Para que tenga sentido la participación y la deliberación colectiva como modo de conexión y control del representante, debe ser periódica y relativamente frecuente -sin ser agotadora. Las aportaciones de los ciudadanos de nuestro estudio nos permiten pensar en la necesidad de un equilibrio entre la necesidad de hablar sobre los asuntos importante y las vidas cotidianas de los sujetos. En todo caso, debe ser una práctica bastante más frecuente que las elecciones cada cuatro o cinco años. El tiempo es un gran actor, que defina el funcionamiento de la estructura política. Al final, si un modelo es liberal, participativo o deliberativo, se define por la cantidad de tiempo que la gente quiere dedicar a la política. Una política basada en la deliberación colectiva y la participación debería aumentar significativamente el tiempo en el Ágora, aunque las maneras para que esto sea viable no es una cosa fácil.

#### **4.5.4. La representatividad de los procesos participativos**

Algunos elementos más sobre la cuestión de la representación: los procesos participativos, tanto institucionales como “desde abajo”, muchas veces se enfrentan a la cuestión de “a quién se representa”. Las personas expertas están interesadas en definir lo que representan o pueden representar los participantes de los procesos participativos. Mientras que para los ciudadanos la pregunta gira en torno al grado de representatividad de los políticos, para los expertos, lo que se plantea en términos interrogativos tiene que ver con la representatividad de las

personas ciudadanas que están en los procesos participativos (Rowe, Marsh y Frewer, 2004).

De acuerdo con las respuestas de las personas expertas entrevistadas los procesos participativos son representativos en el sentido de la representación descriptiva, es decir, que reflejen todos los perfiles sociodemográficos (Pitkin, 1967). Tal noción de la representación ofrece cierta legitimación a los procesos participativos, a pesar de que los participantes no sean electos. En este caso, lo que pasa en un espacio participativo se considera una micrografía, una simulación de lo que pasaría en la población más amplia. Como es bastante obvio, la representación descriptiva de los ciudadanos es diferente de la representación que caracteriza las estructuras de la democracia representativa, donde lo que cuenta no es la representación de diferentes perfiles sociodemográficos sino la representación de opiniones políticas.

Otra cuestión que aparece es si la organización de un proceso participativo responde a una demanda social generalizada. Es decir, lo que interesa es si la temática representa los intereses y los concernimientos de la gente. La respuesta que dan las personas entrevistadas es que no se puede saber. Y sólo la intuición política de los organizadores puede evaluar si existe o no tal correspondencia. Abrir un debate de reflexión sobre una cuestión es una decisión política subjetiva, que no puede corresponder en una evaluación “objetiva” de los concernimientos “reales” de la gente (Stilgoe, 2007).

#### **4.5.5. La tensión entre participación/deliberación y representación**

En todo caso, lo que observamos es el divorcio relativo entre la deliberación y la representación tal y como se concibe en la democracia moderna. Podemos observar un cierto distanciamiento entre la Representación y la Democracia. Volvemos, así, otra vez a las críticas de Schmitt (1932), quien sugería que la representación tiene relación con el liberalismo político, pero no con la democracia: la democracia requiere una voluntad colectiva fuerte y no sólo la

expresión de perspectivas individuales mediante algún proceso de elecciones. Partiendo de eso, se puede decir que la democracia requiere un *Ágora*, la comunión de los diferentes puntos de vista, el diálogo *on equal footing*, sin jerarquías ni apriorismos. Requiere una actividad que nos aproxime al ideal de la “voluntad general” -aunque nunca podamos captar este ideal. La democracia no se basa sólo en la expresión de opiniones diferentes, sino también en la configuración de una praxis común. No es el reflejo de individuos que tienen opiniones preconfiguradas, sino la asimilación de estas opiniones en un proceso de reflexión colectiva, en el que estas mismas opiniones pueden transformarse. Dicho de otro modo, lo que los principios democráticos promueven no es la representación de todas las opiniones en una asamblea nacional bajo las limitaciones técnicas y políticas que imponen las diferentes instituciones, sino la aspiración de llegar a las síntesis necesarias para aproximarse a una condición en la que se pueda decir: ahora el poder lo tiene el *Demos*. Sin embargo, al mismo tiempo sabemos que la heterogeneidad social imposibilita que el *Demos* se convierta en una fuerza unitaria y que la misma Democracia necesita la diferencia de perspectivas para nutrir sus diálogos y poder incluir las diferentes voces en ellos.

Sea como sea, deberíamos cuestionar la idea de un “fuera” del *ágora* que debería ser representado -la idea de una mayoría silenciosa que debe tener incidencia política, aunque permanezca en silencio (Young, 2002). Esta es la idea de la democracia débil, que está en las raíces de nuestros malestares y de las quejas permanentes sobre la política. La democracia, el poder del *Demos*, no existe sumando todos los individuos de una población, sino activando sinergias entre aquellas personas que quieren actuar.

#### **4.5.6. Voto y participación**

La participación institucional aún intenta seguir la idea de la máxima representación posible, incluyendo procesos de votación al final de cada

experiencia participativa para atraer a las personas que pueden votar pero no tienen disponibilidad de implicarse en los debates anteriores. Esto muestra que la participación ciudadana institucional busca la legitimación en la lógica y la práctica de la democracia liberal actual.

Desde la perspectiva del acercamiento a una democracia fuerte, esta centralidad del voto resulta problemática. Evidentemente, votar es siempre parte de la democracia. Sin embargo, desde punto de vista deliberativo y participativo, es insuficiente para conducir a la participación política y fomentar los debates entre las voces concernidas. Tal como hemos dicho, esta voluntad no pre-existe, sino que se produce a medida que se debaten las cuestiones entre las personas interesadas. Lo que sería importante es multiplicar y facilitar la existencia de espacios deliberativos/participativos más allá de la votación. La política de la *Polis*, de las personas políticamente activas, es resultado no del sufragio sino de la implicación con lo que viene antes y después de aquel, a medida que esta implicación es necesaria para resolver problemas.

La centralidad del voto en las experiencias participativas es compatible con lo limitado del éxito de estos procesos y con las grandes dificultades que experimenta la gente a la hora de participar. Ya que la participación es limitada, los organizadores están interesados en demostrar que el uso del voto –método representacional por excelencia- en los procesos participativos constituye una práctica legitimadora. Dado que la ciudadanía es un conjunto de posiciones heterogéneas y jerarquizadas con diferentes posibilidades de implicación en la vida política y los espacios participativos, el voto opera siempre como elemento homogeneizador que tapa las fracturas y las diferencias.

## **Capítulo 5**

### **Reflexiones finales**

Lo que nos dejan claro las personas entrevistadas, tanto expertas como no expertas, son dos cosas: primero, la distancia que existe entre las instituciones de la democracia representativa actual y la ciudadanía. Esta última está más bien limitada a un papel pasivo. Aunque es cierto que siempre pueden dejar de renovar su confianza en el personal político, su incidencia en la toma de decisiones diaria es casi nula. Es más, en determinados aspectos de la vida, como es la economía, su papel es aún más limitado. Hasta hace pocas décadas el gobierno democrático estaba bajo la sospecha y la crítica de servir a o estar conectado con intereses económicos que condicionaban sus políticas. La respuesta solía ser que tal conexión, aunque existente, no anulaba la primacía del mandato popular. Hoy en día las cosas han cambiado: el gobierno y el estado aceptan abiertamente que no son sino una extensión de la realidad de los mercados financieros. Así que los centros del poder están aún más alejados de la gente normal y corriente. Y se puede afirmar, sin mucha posibilidad de equivocarse, que comparando nuestra vida política con aquella de hace unas décadas, la vida democrática de Schumpeter y Dahl, que estamos inmersos en una dinámica de constante debilitamiento de aquella.

Dada esta situación, sería un error considerar que nuestra democracia es una democracia "liberal". El liberalismo político, como estado de cosas, que permite la libre expresión y autorrealización de los individuos, como una condición de libertad y prosperidad para todos y todas, está en fase de retirada. Hoy en día la libertad se respeta sólo en la medida en que no tiene ninguna incidencia política. Lo que pasa entre el gobierno y los mercados se replica entre la ciudadanía y el gobierno. La pasividad y la imposibilidad de determinar la toma de decisiones crece. Las constantes reestructuraciones económicas toman la forma de medidas invasivas, que acercan a la gente a un nivel donde no pueden hacer otra cosa sino intentar sobrevivir. La supervivencia no se refiere solo al hecho de estar al borde de la pobreza, que evidentemente es el signo más duro de la ineficacia de la ética del liberalismo. Se refiere también a las serias dificultades que encuentran los que -estando cerca de la pobreza o no- ven su potencial creativo anulado. Las elecciones se convierten en un proceso vacío que se limita a cambios del personal políticos cada vez más insignificantes. Siguiendo a Macpherson (1977),

se puede subrayar una paradoja histórica: el llamado liberalismo económico y el liberalismo político se mueven en direcciones opuestas. La posibilidad de que los humanos desarrollen su potencial disminuye a medida que la leyes de mercado son el eje de la vida social.

Por otra parte, la democracia “real”, la participación plena, la autoorganización social, a pesar de su gran valor ético, no tiene más utilidad que como meta que permiten plantear la exigencia de la constante democratización de la vida social y política. Las críticas de Schumpeter (1942), Dahl (1998) o Michels (1911) destacan la dificultad de crear estructuras políticas horizontales. Al final, la política tiende a producir un grupo de expertos, especializados en la gestión de las cuestiones del estado y la toma de decisiones. Es posible cuestionar que esta realidad que afirma lo inevitable de un gobierno de expertos sea una condición que no pueda cambiar. Lo que no es posible cuestionar es que todos los intentos de abolirla han fracasado. La gente tiende en mayor o menor medida a volver a su vida personal después de las fases de implicación política. Los proyectos de las diferentes tendencias de los movimientos sociales que después de los 60 planteaban el objetivo de un “comunalismo” político no han conseguido ser duraderos. La hegemonía del individualismo moderno se podría atribuir a la hegemonía ideológica de las clases dominantes, a alguna falsa conciencia o a la alienación cotidiana, pero si tanta gente opta por este modo de vida, algo de eso debería de ser tenido en cuenta por los admiradores de la democracia radical. *Incluso cuando la gente admite que se ha vuelto hacia un individualismo nocivo y caníbal, lo que plantea recuperar -según nuestro estudio- no es una vida o una política basada en lo común, sino un funcionamiento colectivo basado en la colaboración o la solidaridad entre singularidades irreductibles a una identificación colectiva. En otras palabras, la crítica a la política actual se hace más en el nombre del liberalismo ético que en el nombre de algún pensamiento “comunalista”.*

El pensamiento de las diferentes izquierdas suele girar alrededor de una tentación de fusión entre la política y la vida. La vida se debe politizar para ser liberada. Toda estructura de la vida debe ser objetivo de una constante problematización y

de un tremendo trabajo de destitución (Agamben, 1999; Comité Invisible, 2015) que luego dará lugar a unas nuevas estructuras y relaciones. Esta tentación conducirá a la generalización de los procesos asamblearios sobre todo y con la participación de todos. Sin embargo, la cuestión es que tal vez este proyecto es no sólo ineficaz, sino también indeseable. Dahl (1998) ha descrito la cantidad astronómica de horas que serían necesarias para la toma de decisiones mediante procesos de democracia directa. Esta práctica es obviamente inviable y, desde la perspectiva de una persona que quiere dar largos paseos, cuidar a sus hijos, enamorarse, leer libros o ver la televisión, no supone ninguna emancipación. Siguiendo a las teóricas feministas (Philips, 1996; Young, 1996; Pateman, 1996), se puede decir que la actividad política, aunque estimulante, suele pasar por alto varias cosas fundamentales de la vida diaria -el trabajo doméstico, las emociones, la sensación de cansancio, los goces corporales y personales- para centrarse en la actividad laboriosa y colectiva. Así pues, los límites de esta política se hacen evidentes, y las posibilidades de crear estructuras basadas en la participación constante resultan bastante disminuidas.

Dicho de otro modo, en este texto se intenta cambiar de perspectiva ante la necesidad de la implicación política. Hasta ahora la cuestión se planteaba con la lógica de que “una democracia directa, radical, participativa sería buena, pero es irrealizable”. La tesis de este estudio es que esta aproximación obvia algo esencial, que la política incluye imperativos morales, pero se distingue de ellos a medida que se refiere a la organización material y la resolución de problemas concretos [issues] de la Polis. Esta organización material incluye los cuerpos y sus vidas y, en consecuencia, no puede prescindir de sus ritmos y sus necesidades. La cuestión estriba en encontrar el punto de conexión entre la vida cotidiana y la política, y no abogar por una constante politización de toda la vida. Se afirma muchas veces que lo personal es político, pero también es correcto decir que su política es compleja, no siempre reducible a la política de los parlamentos o las asambleas y, en consecuencia, aunque se pueda decir que “todo es política”, no todo puede o debe dirigirse a la acción política en el sentido clásico de la palabra (Latour, 2007b)

La existencia de una política profesional y de un personal político a tiempo completo es resultado de esta situación; del hecho de que la gente esté absorbida en sus preocupaciones y placeres individuales y que la relación con la política siempre pase por el filtro de una experiencia singular de la vida. Evidentemente, hay otros factores que pueden explicar la no participación: la falta de confianza, el espíritu individualista de nuestra época, o las dificultades específicas de diferentes grupos como las personas mayores o los inmigrantes. Todo esto podría explicar la ausencia de participación. Pero, al fin y al cabo, es reducible a la relación densa entre política y vida cotidiana. Si el gobierno de los expertos es admitido o deseado es porque la economía del tiempo de la vida no puede sino conducir a la existencia de un grupo dedicado a gestionar lo que la mayoría no puede. No es solo la alienación, la falsa conciencia, o el individualismo nocivo los que promueven la actual absorción de la vida personal. También es la vida cotidiana y sus exigencias la que conduce a la legitimación política e ideológica de la no-participación, de la ausencia de una política de la Polis. Dicho de manera diferente, habría que pensar si las instituciones actuales y la democracia Schumpeteriana no satisfacen una necesidad real no siempre atribuible a una imposición opresiva: la de vivir una vida finita y un cuerpo que también tiene un tiempo limitado. Recordemos una vez más que esta vida corporalizada, que con mayor o menor dificultad puede gestionar sus asuntos propios, tiene dificultades aún mayores para extender su interés hasta llegar a la gestión colectiva y la discusión de las cuestiones de un mundo complejo. Esto es verdad en la realidad del tardocapitalismo actual, pero también sería verdad en una estructura socioeconómica diferente: la ciudadanía, es decir, el conjunto de singularidades que la componen, no puede convertirse en una voluntad general estable, con un grado de coherencia, unidad y eficacia suficiente, que le permita responder a los problemas y tomar decisiones diarias.

Es en este punto que las contribuciones de Dewey (1927), Marres (2005) y Latour (2007b) resultan útiles e interesantes. Ninguno de estos autores tiene o ha insinuado tener la mínima relación con las diferentes corrientes del pensamiento (democrático) radical. No obstante, su lectura resulta extremadamente útil para los seguidores de alguna versión de la democracia "real". Dewey ha mostrado que la

democracia no es una cuestión de todo o nada, sino un método de trabajo que constantemente investiga o debe investigar sus límites. En consecuencia, el proceso de la democratización puede estar siempre abierto, incluso si sus pasos son pequeños y cuestionables. La democratización es un constante experimento al que, cuando fracasa, no le queda más que buscar otros caminos. Incluso pueden haber aspectos de la vida que poco se pueden democratizar, pero esto, ya que no está dado de antemano sino que surge en el curso de nuestra práctica, no anula el movimiento democratizador. En otras palabras, Dewey nos da la oportunidad de pensar no en términos de una dicotomía nítida entre la existencia de la democracia y su ausencia, sino en términos de grado: más democracia o menos.

Además, la Democracia y la política, para el politólogo norteamericano, son siempre actividades para resolver problemas. Los seres humanos se juntan para resolver lo que les concierne, y no porque sea su deber como ciudadanos. El movimiento democratizador se desarrolla alrededor de una cuestión práctica, y todo intento de ampliar la democracia no es un imperativo trascendente sino que tiene una finalidad práctica: la de llegar a soluciones mejor articuladas y colectivamente aceptadas y, en consecuencia, favorecer la emergencia de un mundo donde todos los individuos puedan desarrollar su potencial [*'a good which consists in the development of all the social capacities of every individual member of society'* (Dewey and Tufts, 1908: 474)]. Otra vez hay que repetir que este ideal se plantea desde una perspectiva pragmática: desarrollar el potencial de todos los individuos es el mejor camino para resolver diferentes cuestiones.

Dicho de otro modo, tal y como se ha dicho en otros puntos de este estudio, Marres (2005) explica muy bien en que consiste la eficacia de la democracia según las concepciones dewinianas. Cuando las cosas siguen su curso normal y estandarizado, la gestión en manos de algunas personas encargadas puede ser suficiente. En estos casos no hace falta debatir porque hay un repertorio de respuestas que se reconocen como resolutivas y una experiencia acumulada que promueve pautas de solución. Pero, cuando irrumpen problemas novedosos y complejos, estas pautas y esta experiencia no nos proporcionan la base de una

respuesta. En este caso se hace necesario juntar todas las voces concernidas e interesadas para reflexionar sobre el tema y producir un nuevo camino hacia la solución.

Dicho de otro modo, siguiendo a Marres, la implicación política emerge cuando existe una cuestión concreta, cuando se buscan resultados. Al contrario que el pensamiento dominante e oficial, que ve la irrupción de la multitud en las cuestiones políticas como algo perjudicial para la toma de decisiones en nuestro mundo complejo, Dewey plantea exactamente lo contrario: el Demos puede ofrecer un soplo de aire fresco cuando la coyuntura parece estancada. ¿Cómo? Entrando en la política para mejorar sus condiciones de vida -cuando la política imperante resulta ineficaz y opuesta a sus intereses- planteando soluciones desde un punto de totalmente diferente. La reivindicación de la democracia no aleja la solución, sino que la hace posible. Walter Lippmann (1922), otro pragmatista norteamericano, lo postuló con claridad: “los hombres no desean el autogobierno por sí mismo. Lo desean por sus resultados. Por eso el impulso hacia el autogobierno es siempre más fuerte en cuanto protesta contra las malas condiciones” [“Men do not desire self-government for its own sake. They desire it for the sake of results. This is why the impulse at self-government is always strongest as a protest against bad conditions.”]. La democracia es la respuesta a los problemas. Desde este punto de vista, el pragmatismo -la solución del problema- y el autogobierno forman una unidad: a medida que se abren mayores espacios de reflexión colectiva, a medida que se activan nuevas sinergias entre las personas interesadas, el potencial resolutivo aumenta.

Según la lectura de Dewey que hace Marres (2005), el público, ante situaciones de incertidumbre, situaciones complejas y difíciles, puede promover la solución sólo si actúa como una fuerza instituyente. Según Dewey (1927), las personas crean las instituciones que corresponden a una gestión de los problemas según sus intereses. Cuando la institución fracasa, la ciudadanía la debe re-crear. “Re-crear el estado” [remake the State] es la tarea del público en estas ocasiones, según Dewey (1927: 32). Así que no hablamos de una acción política o periférica al lado de las estructuras establecidas, sino de una acción política fundacional, la

producción incluso de un giro, de un acontecimiento político que marque un antes y un después.

En consecuencia, siguiendo a Dewey (1922) y Marres (2005), el pragmatismo político, enfocado en cuestiones concretas, y la radicalidad democrática pueden co-existir. Intentando gestionar los problemas concretos se pueden crear nuevas estructuras, nuevas realidades políticas y sociales. La nueva realidad emerge cuando las necesidades existentes no se pueden satisfacer en el marco de las relaciones establecidas. La política es una actividad de resolución de problemas: las cosas no avanzan de manera gradual, sino por la irrupción de cuestiones desconocidas que provocan la crítica a las estructuras existentes y, finalmente, su transformación o sustitución. Se ve en este punto el “hegelianismo” de Dewey -su principal formación era hegeliana- que le conduce a plantear la evolución de la democracia como un movimiento hacia adelante, en el cual se crea una democracia cada vez más perfecta a partir del manejo de los problemas que emergen en cada fase.

La participación, la fuerza democratizadora de la política y de la sociedad no hace falta ni puede ser constante para ser determinante. Todo lo contrario; la pasión del cambio no suele ser continua, sino repentina. Eso no quiere decir que el público pueda ser una fuerza determinante e instituyente sin ninguna preparación política, sin haber asimilado aquellos valores que le impulsan hacia la acción y el cambio. Pero el periodo decisivo no suele ser largo, la coyuntura de la participación decisiva de la gente suele estar localizada en el tiempo. *La transformación emerge a partir de momentos de crisis, que son los momentos en los que el gobierno fracasa en manejar los problemas emergentes.*

La idea que presenta este estudio es que el pragmatismo norteamericano plantea una nueva vía entre la democracia Schumpeteriana, que considera que la política consiste en el sufragio universal y el ejercicio de las libertades políticas, y la política rousseauiana, que propone una política extendida, basada en una voluntad general, que delibere y decida sobre todos los asuntos posibles. Es el camino de la democracia “fuerte” ante la democracia “débil” y la democracia “unitaria” (Barber, 1984) que mencionamos en otros capítulos. En el primer caso,

no hay polis sino en el momento de las elecciones. En el segundo caso, el sentido de la Polis es fuerte y constantemente presente en la vida de las personas. Dewey, según la lectura de Marres, propone una Polis que está en estado, digamos, latente y puede emerger en los momentos más importantes. Dicho de otra manera, la base de la política no es una voluntad general abstracta y pre-existente, ni unas instituciones en las que sólo cambia el personal político. Para los pragmatistas, la base de la política es la materialidad de la vida, la satisfacción de sus diferentes necesidades. Es la búsqueda de resultados sobre estos temas lo que activa la vida política y la política deliberativa. La “voluntad general” se crea a partir de cuestiones concretas y en momentos determinados. Cuando estas cuestiones desaparecen, la voluntad general se disuelve también y se puede activar sobre otro temas o en otros momentos.

Si para los liberales la vida individual lo es todo mientras que para los rousseauianos todo es política, Dewey propone en esquema flexible y abierto: unas vidas que se viven de manera singular, pero se conectan por la necesidad de afrontar una cuestión. Entonces, entran en los escenarios políticos y sociomateriales y los cambian. Esta lectura es una herramienta para el movimiento de la participación frente a los que defienden su imposibilidad: las cosas no cambian porque algunos (pocos) participan continuamente, sino cuando la gente se moviliza. Las cosas cambian cuando los ocasionalmente (no) participantes entran en la política. La democracia participativa no es una constante asamblea, sino la asamblea que emerge cuando es necesario. El carácter puntual de esta asamblea y su carácter fundacional están estrechamente ligados. La democracia participativa puede ser una posibilidad real en la medida en que funciona no como ideología sino como modo de resolver cuestiones pendientes y activa procesos que puedan manejar estas cuestiones. En todos los grandes movimientos, en todos los cambios o en todos los grandes debates, encontraremos una cuestión, una entidad, un objeto: una enfermedad en el caso del Ébola o del SIDA; un desplome de los mercados, en el caso de la crisis económica actual; una subida de la temperatura, en lo que se refiere al cambio climático; un cambio de gobierno en otro caso; un cambio de régimen político; una reivindicación laboral...

Lo importante aquí es que la crisis a partir de un tema concreto puede producir potencialmente una crítica de aspectos más generales de la vida, de toda la matriz de relaciones y asociaciones que la ha propiciado. Cuando el debate o el conflicto político se genera sobre algo, la “matriz” se puede poner en cuestión. Entonces se debe reestructurar: Los pragmatistas norteamericanos plantearon esta reestructuración como un proceso de “re-crear el estado” [remake the State]. Para ellos, la re-estructuración del Estado y del orden institucional sería el resultado de esta crisis que tiende a crear un nuevo estado de equilibrio dinámico en el que la cuestión parece resuelta y absorbida en nuevas pautas de nuevas instituciones. La normalidad en estos casos volvería. Quizás se trata de una normalidad diferente, pero, en todo caso, se trata de una normalidad.

Ahora bien, desde esta perspectiva la política no desaparece cuando los sujetos se retiran de las asambleas una vez los asuntos se ha resuelto. Hay política en nuestras relaciones, aunque no se declara como tal. Latour (2007) dice que todo es política, pero no de la misma manera. La organización de la vida en la que estamos inmersos, las pautas, los hábitos, los códigos establecidos que se dan por sentado son política- Sabemos, gracias a Foucault (2004), que las vidas normales y corrientes están basadas en regulaciones (bio)políticas. Y hoy aún más. Siguiendo a Deleuze (1991) en “las sociedades del control”, estas regulaciones se interiorizan, se hacen automáticas, se ensamblan con los deseos singulares de cada persona. Hacemos política cuando sufrimos y cuando gozamos, aunque no es posible, y la mayoría de las veces no es necesario, pensar nuestros sufrimientos y goces como política. Sin embargo -repetimos- cuando aparece la cuestión, un tema, una entidad nueva, la política invisible de la vida cotidiana se vuelve visible. El gobierno puede intervenir y resolver la tensión, volviendo las cosas a su cauce. Pero si la maquinaria del gobierno fracasa, la tensión persiste y aumenta y entonces -solo entonces- la política empieza a seguir los caminos del debate público, incluso del conflicto abierto. Se crean bandos opuestos, las guerras ideológicas, y no sólo ideológicas, se desatan. Es el momento de la política de Schmitt, basada en la distinción amigo-enemigo, la política marxiana de la “lucha de clases”, es la política como

confrontación de diferentes perspectivas dentro o fuera de las asambleas y los parlamentos. Es el momento de la Política, en el sentido clásico de la palabra.

Sea como sea, para los estudiosos de la política hay un problema importante: ¿cómo emerge un problema (issue)? Según Latour (2007) el problema [issue] emerge cuando el gobierno fracasa en su ejercicio político y deja un resquicio para su aparición. Pero la definición de lo que es o no es un fracaso no es tan sencilla, sino que ella misma puede ser objeto de una confrontación política. Por ejemplo, las políticas económicas del gobierno actual; ¿son un fracaso o no lo son? ¿La política en materia de inmigración? ¿El matrimonio homosexual? Tal y como lo han planteado Bachrach y Baratz (1962), puede haber cuestiones importantes que nunca llegan a entrar en la agenda del debate público, precisamente porque la solución dada expresa importantes intereses sociales y cualquier cambio podría provocar grandes turbulencias sociopolíticas. No todos los debates se pueden generar con la misma facilidad y, para algunos, el terreno de su posible acción parece cerrado (Roberts, 2004). Ciertas minorías políticas y sociales intentan provocar discusiones públicas o cambiar la perspectiva de las que están en curso y no lo consiguen.

Pero que algo no emerja públicamente como un problema [issue] no quiere decir que haya ausencia de tensiones en un campo relacional determinado. Pensemos la cuestión de la opresión femenina: siglos de “normalidad”, en los que no había cuestión [issue]; no obstante, la opresión existía. Las pautas familiares, sociales, relacionales, funcionaban hasta que las condiciones sociomateriales cambiaron y colectivos de mujeres empezaron a movilizarse reivindicando la igualdad. No había una cuestión que creó el público. El público y la cuestión [issue] emergieron al mismo tiempo. Y el público que nace es resultado de una acumulación de experiencias pasadas sobre asuntos, debates o conflictos similares. En pocas palabras, cada público tiene su historia de problemas, conflictos, luchas -la mayoría de las veces- invisibles.

Es verdad que Marres (2005), leyendo a Dewey, propone contemplar la posibilidad de que las cuestiones [issues] funcionen como motivos de disputa y de desacuerdo entre diferentes sectores, grupos o personas, dada la heterogeneidad

del campo social. No obstante, lo que se sugiere en este estudio va más allá de lo que explica Marres: si bien es empíricamente posible ver conflictos y disputas públicas a partir de determinados *issues*, también sería correcto afirmar que las jerarquías y las divisiones sociales tienen la tendencia de suprimir el debate sobre cuestiones centrales de la vida y permiten la discusión sólo en temas que no amenazan el status-quo. Eso no quiere decir que los grandes temas de debate público necesariamente no son importantes, sino que la agenda que incluye estos temas muchas veces deja fuera aspectos básicos de la vida o que el planteamiento del problema limita su discusión. Peter Bachrach, junto con Morton S. Baratz (1962) comentan que temas más importantes no se plantean porque se activan mecanismos, diríamos “ideológicos”, que anulan o limitan la posibilidad de hablar públicamente sobre ellos.

En otras palabras, cuando nos referimos a la ineficacia del gobierno a la hora de resolver una tensión que conduce al debate, a la creación de público y de posibles procesos transformadores, habría que pensar que la tensión que produce el público y el debate proviene de dinámicas latentes que atraviesan el cuerpo colectivo. Proviene de contradicciones que explotan cuando se da una condición específica. En esos momentos, la supresión que algunos intereses imponen a la agenda del debate no puede aguantar la emergencia de otros intereses y así la agenda efectivamente cambia. Si los activistas de las asociaciones de enfermos de SIDA y sus familiares consiguieron entrar y determinar hasta cierto punto la investigación biomédica es porque la nueva enfermedad funcionó como un catalizador para la expresión de un malestar acumulado durante años y años de discriminaciones y opresión. Los problemas [issues] presuponen subjetividades que tienen la fuerza y las capacidades de plantearlos desafiando las prioridades dominantes. El tema que hace posible la aparición del público es la parte visible de un iceberg. El caso de la disputa sobre la contaminación de las tierras de Cumbria (Wynne, 1992) -en la que el gobierno y los expertos afirmaban que provenía del accidente del Chernóbil mientras los agricultores de la región planteaban que provenía de la actividad de la planta nuclear de Sellafield durante décadas- muestra la relación entre [issue] y tensiones latentes. El tema-[issue] (contaminación de la tierra después del Chernóbil) reveló unas condiciones

establecidas e insostenibles: las relaciones de mando y hegemonía que existían entre el gobierno y los residentes que imposibilitaban el debate abierto y democrático sobre el papel de la planta nuclear de Shattelfield durante décadas. Dicho de otro modo, el tema [issue] funciona como *síntoma* que permite observar, identificar y, si es posible, remediar el proceso de una “enfermedad” que supera el síntoma mismo.

Pero en todo caso el síntoma es necesario para empezar a luchar contra la enfermedad. Es necesario reconocer que los problemas sociomateriales y políticos superan sus manifestaciones específicas. Sin embargo, las transformaciones siempre pueden realizarse a medida que consiguen crear o aprovechar un momento de crisis alrededor de una cuestión. Dicho de otro modo, el intento -si se da- de cambiar las macro-estructuras y relaciones sociales pasa por la activación de sinergias de diferentes subjetividades en unos momentos en los que una cuestión funciona como oportunidad para dialogar y actuar juntos. La “voluntad general” se produce a partir de la activación de sinergias contextuales y específicas.

Por lo que se refiere a los expertos, se ha dicho bastantes veces en este estudio que el experto técnico puede ser parte de estos espacios, sea el experto oficialmente acreditado o el experto-practicante no oficial. Más problemática resulta la posición del político profesional en estas sinergias. Por estar integrado en el aparato estatal, y por tener que trabajar a favor de este aparato, difícilmente puede ser parte de los espacios donde todos dialogan “*on equal footing*”. Ya que es un político e intenta ganar poder, votos o lo que sea, su inclusión en dinámicas deliberativas es posible que tenga efectos negativos. La desconfianza hacia los políticos mostrada por los sujetos del presente estudio es muy indicativa de esta cuestión. Queda pendiente la cuestión del papel de los políticos expertos en estructuras participativas y deliberativas.

¿Se puede decir que llega un punto en el cual la democracia actual, basada en un funcionamiento de la representación específico, parece poco compatible con el funcionamiento de procesos deliberativos y de participación vinculante? No es fácil contestar. Sin embargo, se puede decir que el potencial colectivo de las

sinergias y las dinámicas deliberativas que se desarrollan en el seno de la sociedad del conocimiento parece encorsetado por las estructuras políticas actuales -y también radicalmente limitado y condicionado por la economía de la sociedad capitalista. La tensión entre la lógica y la práctica de la deliberación/participación y las estructuras e instituciones establecidas (Urbinati y Warren, 2008), y la ineficacia de las últimas a la hora de gestionar los problemas de nuestro mundo, nos invitan a pensar la posibilidad de un giro histórico en nuestros modos de organización política, que probablemente debe tener como objetivo “re-inventar la democracia”.

Ahora, se supone que la “sociedad del conocimiento” abre nuevas posibilidades para este tipo de sinergias. Las redes mediante las cuales se comparten conocimientos, informaciones, códigos, se organizan eventos y encuentros en el mundo tridimensional, tiene un importante papel hoy en día en la producción de las sinergias de las que hablaba antes. La voluntad general tiene la forma de miles de mentes interconectadas que comunican y actúan juntas cuando emerge el “issue” y las tensiones respectivas. La voluntad general pasa, en otras palabras, por el “intelecto general” de Marx y de los autónomos y postautónomos italianos. Y dentro de la realidad de este intelecto, el límite entre los expertos y los legos se hace cada vez más borroso.

En otras palabras, se ha dicho que la ciudadanía está más formada que nunca. Las personas expertas muchas veces están integradas en redes y colectivos de practicantes, en los que las credenciales oficiales tienden a importar menos y el poder efectivo del conocimiento -provenga por donde provenga- es la esencia del proceso creativo. Si la complejidad técnica puede ser un límite para el poder de los procesos participativos, este límite está constantemente superado y desplazado por aquella fuerza que se puede llamar “intelecto general”, “modo-2” o “foros híbridos” -se pueden usar muchas definiciones.

Las cuestiones técnicas que aparecían como un límite para los procesos participativos -en el sentido de que se refieren a realidades objetivas e incuestionables- también pueden hacer aparecer las limitaciones de las gestiones de la experticia oficial, y así abrir el terreno de una discusión social amplia sobre

estas mismas cuestiones. Los estudios de Wynne (1992, 1993), de Epstein (1995) y otros autores, han mostrado como la experticia implica, en parte, la toma de decisiones políticas y subjetivas. Por tanto, las imposiciones técnicas y “objetivas” deben estar expuestas al dialogo público.

Sin embargo, hay algo que contradice la idea de una “intelectualidad de masas” que puede debatir con las personas expertas asuntos complejos: muy amenudo la ciudadanía declara que se siente incapaz de entrar en estas discusiones -y esto hace que el optimismo participacionista de los STS y de campos similares sea cuestionable. La fe en la experticia y la sensación de incompetencia propia en amplios estratos de la población a la hora discutir con las personas expertas sigue vigente. De la misma manera que Collins y Evans (2007) plantean la existencia de una experticia que no puede ser socialmente difundida (la de contribuir directamente a la producción científica), la ciudadanía y las personas especialistas entrevistadas sugieren que la colaboración entre expertos y no expertos no equivale a la eliminación de la separación entre ambos. Parece que el supuesto “déficit” de las personas legas ante las personas expertas (Miller, 2001) se reconoce como una condición real. El movimiento de la “general intellect”, tan estudiado y defendido por Marx, Hardt y Negri (2000), Virno (2000), Negri y Lazzarato (2001), o Thorpe y Gregory (2008), no parece ser plenamente reconocido por muchas personas normales i corrientes. Tampoco quizás por las mismas personas expertas, aunque la posibilidad de oportunidades específicas de participación si que se reconocen

En la misma línea, vale la pena pensar que aunque la capacidad de ciertos grupos concernidos o movimientos sociales de participar en el abordaje de cuestiones complejas no se puede cuestionar (por ejemplo McCormick 2007, 2009) no se puede obviar la existencia de la “otra ciudadanía”, la que no se siente capacitada para participar en la vida de conocimiento, en la vida política y la toma de decisiones. Vemos otra vez los llamados “ejes de opresión y privilegio”, que tanto han comentado las autoras feministas (Davis, 1981; Crenshaw 1991; Sandoval, 2000; Hancock 2007; McCall, 2005;), y que aparecen bajo la forma de las dificultades que experimentan las personas mayores, los inmigrantes o

empleadas domésticas a la hora de participar. La doble fractura de Callon, Lascoumes y Barthe (2001) aparece con más intensidad en la vida de estos grupos: distanciados de la vida del conocimiento y también distanciados de la vida política.

En definitiva, se puede decir que las posibilidades de participación política ciudadana se enfrentan a dos limitaciones: primero, la limitación que concierne a las personas que se reconocen dentro de la llamada “intelectualidad de masas”, “mode-2” o “Intelecto general”. Hablamos de los grupos sociales familiarizados con la vida del conocimiento, informados y hábiles con las nuevas tecnologías. No suelen participar porque ven la política como una actividad opaca determinada por los políticos profesionales, que nada les podría aportar. Los ejercicios participativos los valoran según esta misma perspectiva, como propuestas institucionales que poco sirven para cambiar o mejorar la vida. Pueden participar porque poseen las herramientas y los conocimientos, pero suelen no hacerlo. La corrupción no solo legal sino también moral, la burocratización y la rigidez jerárquica de las estructuras políticas excluye la inteligencia colectiva y hace que las personas más formadas tiendan a ver el presente y el futuro en términos individuales.

La segunda limitación para la participación, es la insatisfacción de necesidades inmediatas de una importante parte de la población, que limita la disponibilidad para implicarse en la vida política. Grandes partes de la población se enfrentan a problemas y exclusiones durísimas -gente mayor, inmigrantes, mujeres encargadas con las tareas domésticas, parados- que les llevan a luchar para sobrevivir y no poder pensar más allá de esta supervivencia. Las limitaciones materiales están estrechamente ligadas con dificultades para acceder a la organización, el lenguaje o el significado de los procesos participativos. Las personas excluidas no entienden lo que se dice en estos procesos o no pueden acudir. La “vida del conocimiento” les queda lejos y -en su caso- se contrapone a la satisfacción de las necesidades inmediatas, que es su prioridad. Las nuevas tecnologías les son poco familiares y suelen sufrir lo que llamamos la “brecha

digital”- que esta brecha tal como se ha dicho no es otra cosa que la brecha social reflejada en el mundo digital (Pimienta, 2007)

Estas dos limitaciones se entrelazan entre sí y se podría decir que forman un continuo. Hay el distanciamiento hacia la política y la participación de la gente formada e informada. De los que identifican la política con las estructuras y las instituciones existentes y se sienten profundamente decepcionados y decepcionadas, por lo que deciden girar la espalda a cualquier propuesta política o, por lo menos, que provenga de la política oficial. Se trata de personas familiarizadas con los discursos universitarios y especializados, que no carecen de los medios técnicos para involucrarse en disputas sobre cuestiones complejas, pero que deciden no hacerlo o ven que no pueden hacerlo de forma productiva. Y también hay el distanciamiento de la gente que ve la enorme sofisticación de la vida económica, política y tecnocientífica como una condición que imposibilita su participación en ellas. Ante la reestructuración profunda de la política, del trabajo y de la vida de los últimos años, son las personas que corren el peligro de quedar definitivamente en los márgenes del tejido social.

Se trata de dos perfiles que evidentemente no están nítidamente separados: por una parte está la figura del trabajador cognitivo, del trabajador postfordista absorbido por una vida laboral y social precaria y competitiva, altamente capacitado y también solitario (Berardi 2010, 2013a, 2013b). Por otra parte, es la figura de la trabajador menos formado, precario o parado, sin las herramientas del primero y sin sus esperanzas de conseguir mejorar su calidad de vida cuando las condiciones económicas lo permitan. El trabajador cognitivo tiene saberes, pero parece que no tiene el poder de utilizarlos en el marco de una actuación política- para él, el “Poder” es una barrera, pero el “Saber” no lo es. Para la figura del trabajador menos formado, tanto el “saber” como el “poder” funcionan como obstáculos. La barrera en su caso es doble.

Así que diferentes categorías de ciudadanos se enfrentan en diferentes grados a la realidad de estas dos barreras a la hora de participar en la vida política. No cabe duda de que no se trata de ninguna regla, sino de un esquema orientativo o un sistema de coordenadas que nos permiten pensar la dificultad de ser activo

políticamente en relación con las condiciones y las angustias de la existencia actuales.

Así que la democracia participativa o los procesos deliberativos se convierten en una cuestión que no se puede plantear si no criticamos las formas de vida y sus condicionantes sociomateriales. Es imposible avanzar hacia este tipo de democracia sin cambios profundos en estas formas y condiciones. Y también es imposible avanzar hacia este tipo de democracia sino se replantea la idea de la participación en términos pragmáticos y concretos, como una actividad que debe ser sensible al contexto [context-sensitive] y a la resolución eficaz de problemas específicos [problem-solving]. Dicho de modo simple, la tesis acaba con una doble recomendación: cambiar las condiciones materiales de la vida para hacer la democracia “real” posible. Y, luego, reconocer las limitaciones reales de esta democracia. El resultado debería ser una democracia profunda, a la vez que efectiva, donde deje de operar la doble exclusión entre política y vida.

## Referencias:

- Abelson, J., & Gauvin, F. P. (2004). *Engaging citizens: One route to health care accountability*. Ottawa: Canadian Policy Research Networks Inc.
- Agamben, G. (1999). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*. València: Pre-Textos, 2002.
- Attride-Stirling, J. (2001). Thematic networks: an analytic tool for qualitative research. *Qualitative Research*, 1(3), 385–405.
- Bachrach, P. (1967). *The theory of democratic elitism: a critique*. University Press of America, 1980.
- Bachrach, P., & Baratz, M. S. (1962). Two Faces of Power. *The American Political Science Review*, 56(4): 947–952.
- Ball, A. R., & Peters, B. G. (2005). *Modern politics and government*. Houndmills: Palgrave Macmillan.
- Barber, B. R. (1984). *Strong democracy: participatory politics for a new age*. Berkeley: University of California Press.
- Barnes, B., & Bloor, D. (1982). Relativism, rationalism and the sociology of knowledge. In Martin Hollis y Steven Lukes (Eds.) *Rationality and Relativism*. Cambridge: MIT Press.
- Bentley, A. F. (1908). *The Process of government: a study of social pressures*. New Brunswick: Transaction, 1995.
- Berardi, F. (2001). *La fábrica de la infelicidad: Nuevas formas de trabajo y movimiento global*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Berardi, F. (2010). Cognitarian Subjectivation. *E-Flux Journal*, (20). Retrieved from: <http://www.e-flux.com/journal/cognitarian-subjectivation/>

- Berardi, F. (2013a). What does Cognitariat Mean? Work, Desire and Depression. *Cultural Studies Review*, 11(2), 57–63.
- Berardi, F. (2013b). *La Sublevación*. Barcelona: Artefakte.
- Berger, P. L., & Luckmann, T. (1965). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aire: Amorrortu, 1968
- Besley, J. C., & Nisbet, M. (2011). How scientists view the public, the media and the political process. *Public Understanding of Science*, 22(6): 644–59.
- Bijker, W.E. & Law, J. (Eds.) (1992) *Shaping Technology/Building Society. Studies in Sociotechnical Change*. Cambridge: MIT Press.
- Birch, A. H. (2007). *The Concepts and theories of modern democracy*. London: Routledge.
- Bloor, D. (1976). *Conocimiento e imaginario social*. Barcelona: Gedisa, 1998.
- Bloor, D. (1999). Anti-Latour. *Studies in History and Philosophy of Science Part A*, 30(1), 81–112.
- Braun, V., & Clarke, V. (2006). Using thematic analysis in psychology. *Qualitative Research in Psychology*. 3 (2), 77-101.
- Buchanan, J. M., & Tullock, G. (1962). *The calculus of consent, logical foundations of constitutional democracy*. University of Michigan Press.
- Burchell, K. (2007). Empiricist selves and contingent “others”: the performative function of the discourse of scientists working in conditions of controversy. *Public Understanding of Science*, 16(2): 145–162.
- Burke, E. (1835). *The Works of Edmund Burke: With a Memoir, Volume 1*. New York: George Dearborn.
- Callon, M., Lascoumes, P., & Barthe, Y. (2001). *Acting in an uncertain world : an essay on technical democracy*. Cambridge: MIT Press, 2009

- Callon, M., & Rabeharisoa, V. (2007). The Growing Engagement of Emergent Concerned Groups in Political and Economic Life: Lessons from the French Association of Neuromuscular Disease Patients. *Science, Technology & Human Values*, 33(2): 230–261.
- Carter, N. (2006). Political participation and the workplace: The spillover thesis revisited. *The British Journal of Politics and International Relations*, 8(3), 410-426.
- Censer, J. R & Lynn, H. (2001). *Liberty, Equality, Fraternity. Exploring the French Revolution*. Penn State: Penn State University Press
- Collins, H. M., & Evans, R. (2002). The Third Wave of Science Studies: Studies of Expertise and Experience. *Social Studies of Science*, 32(2): 235–296.
- Collins, H. M., & Evans, R. (2003). King Canute Meets the Beach Boys: Responses to “The Third Wave.” *Social Studies of Science*, 33(3): 435–452.
- Collins, H. M. & Evans, R. (2007). *Rethinking expertise*. Chicago: University of Chicago Press.
- Collins, H. M., & Pinch, T. J. (1993). *The Golem: what everyone should know about science*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Comité Invisible. (2015). *A nuestros amigos*. Logroño: Pepitas de calabaza.
- Cook, G., Pieri & E. Robbins, P. T. (2004) ‘The scientists think and the public feels’: Expert perceptions of the discourse of GM food, *Discourse and Society*, 15(4): 433-449.
- Coriat, B. (1991). *El Taller y el cronómetro: ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. Madrid: Siglo XXI.
- Crenshaw, K. (1991). Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color. *Stanford Law Review*, 43(6): 1241.

- Cunningham, F. (2002). *Theories of democracy: a critical introduction*. New York: Routledge.
- Dahl, R. A. (1956). *Un prefacio a la teoría democrática*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1989.
- Dahl, R. A. (1961). *Who governs?: democracy and power in an American city*. New Haven: Yale University Press.
- Dahl, R. A. (1990). *After the revolution?: authority in a good society*. London: Yale University Press.
- Dahl, R. (1967). *Pluralist democracy in the United States: conflict and consent*. Chicago: Rand McNally.
- Dahl, R. A. (1998). *La Democracia: una guía para los ciudadanos*. Madrid: Taurus, 1999.
- Davies, S. R. (2008). Constructing Communication Talking to Scientists About Talking to the Public. *Science Communication*, 29(4), 413–434.
- Davis, A. Y (1981). *Mujeres, raza y clase*. Madrid: Akal, 2004.
- Denzin, N. K., & Lincoln, Y. S. (Eds.). (2000). *Handbook of qualitative research* (2nd ed). Thousands Oaks: Sage.
- De Tocqueville, A. (1840). *La Democracia en América*. Madrid: Akal, 2007.
- De Vries, G. (2007). What is Political in Sub-politics?: How Aristotle Might Help STS. *Social Studies of Science*, 37(5), 781–809.
- Delborne, J. (2011). Constructing Audiences in Scientific Controversy. *Social Epistemology*, 25 (1): 67-95.
- Deleuze, G. (1990). Postscript on the Societies of Control, 59, 3–7.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1972). *El Anti-Edipo: capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós, 1985.

- Deleuze, G., & Guattari, F. (1980). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos, 1988.
- Dewey, J. (1927). *The Public and its problems*. Denver : Alan Swallow.
- Dewey, J., & Tufts, J. H. (1908). *Ethics*. New York: Henry Holt and Company.
- Disch, L. (2011). Toward a mobilization conception of democratic representation. *American political science review*, 105(01), 100-114.
- Disch, L. (2012). Democratic Representation and the Constituency Paradox. *Perspectives on Politics*, 10(3), 599–616.
- Dijkstra, A. M., & Gutteling, J. M. (2012). Communicative Aspects of the Public Science Relationship Explored Results of Focus Group Discussions About Biotechnology and Genomics. *Science Communication*, 34(3), 363–391.
- Doheny, S., & O'Neill, C. (2010). Becoming deliberative citizens: the moral learning process of the citizen juror. *Political Studies*, 58(4), 630-648.
- Domènech, M.; Feliu, J.; Garay, A.; Iñiguez, L.; Peñaranda, C. & Tirado, F.J. (2002) Movimientos sociales y conocimiento científico: el impacto del activismo sobre las prácticas científicas del sida. *Psicología política*, 25, 69-88.
- Domènech, M., & Tirado, F. J. (2001). Ciencia, tecnología y sociedad: nuevos interrogantes para la psicología. *Boletín de psicología*, 73, 43-56.
- Domènech, M., & Tirado, F. J. (2005). Asociaciones heterogéneas y actantes: el giro postsocial de la teoría del actor-red. *AIBR: Revista de Antropología Iberoamericana*, (1).
- Domènech, M. y Tirado, F. (2009) El problema de la materialidad en los estudios sociales de la ciencia y la tecnología. In G. Gatti, I. Martínez de Albéniz y B. Tejerina (Eds.) *Tecnología, cultura experta e identidad en la sociedad del conocimiento*. Bilbao: Universidad del País Vasco, pp. 25-51.
- Downs, A. (1957). *An economic theory of democracy*. New York: Harper.

- Dryzek, J. S. (2010). *Foundations and Frontiers of Deliberative Governance*. Oxford: Oxford University Press.
- Dyer-Witheford, N. (1999). *Cyber-Marx: cycles and circuits of struggle in high-technology capitalism*. Champaign: University of Illinois Press.
- Epstein, S. (1995). The Construction of Lay Expertise: AIDS Activism and the Forging of Credibility in the Reform of Clinical Trials. *Science, Technology & Human Values*, 20(4), 408–437.
- Figes, O., & Kolonitskii, B. (2001). *Interpretar la revolución rusa: el lenguaje y los símbolos de 1917*. Valencia: Universitat de València.
- Florida, A. (2013). *Participatory Democracy versus Deliberative Democracy: Elements for a Possible Theoretical Genealogy. Two Histories, Some Intersections*. Bordeaux.
- Flynn, J. (2004). Communicative Power in Habermas's Theory of Democracy. *European Journal of Political Theory*, 3(4), 433–454.
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2012.
- Foucault, M. (1976). *Historia de la sexualidad*. Madrid: Siglo XXI, 2005.
- Foucault, M. (1994), Las mallas del poder. En: *Estética, ética y hermenéutica. Obras Esenciales. Volumen III*. pp 235-254. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (2004). *Nacimiento de la biopolítica: curso del Collège de France (1978-1979)*. Madrid: Akal, 2009
- French, D., & Laver, M. (2009). Participation bias, durable opinion shifts and sabotage through withdrawal in citizens' juries. *Political Studies*, 57(2), 422-445
- Frewer, L., Hunt, S., Brennan, M., Kuznesof, S., Ness, M., & Ritson, C. (2003). The views of scientific experts on how the public conceptualize uncertainty. *Journal of Risk Research*, 6(1), 75–85.

- Fuller, S. (2003). La ciencia de la ciudadanía: más allá de la necesidad de expertos. *Isegoría: Revista de Filosofía Moral y Política*, (28), 33–54.
- Gardounis, K. T. (2015). Criticando los "foros híbridos" en la producción tecnocientífica desde las perspectivas feministas-interseccionales. *Quaderns de Psicologia*, 17(1), 29-38.
- Gauchat, G. (2011). The cultural authority of science: Public trust and acceptance of organized science. *Public Understanding of Science*, 20(6), 751–770.
- Gibbons, M., Limoges, C., Nowotny, H., Schwartzman, S., Scott, P., & Trow, M. (1994). *The new production of knowledge: the dynamics of science and research in contemporary societies*. London: Sage.
- Gisler, P. and Kurath, M. (2011) Paradise Lost? 'Science' and "the Public' after Asilomar, *Science, Technology and Human Values*, 36(2), 213-243.
- Habermas, J. (1992). *Moral Consciousness and Communicative Action*. Cambridge: Polity.
- Habermas, J. (1994) Three normative models of democracy. *Constellations*, 1(1), 1-10.
- Habermas, J. (1995). *Postmetaphysical Thinking: Philosophical Essays*. Cambridge: Polity.
- Habermas, J. (2010). *Facticidad y validez. Sobre el Derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*. Madrid: Trotta.
- Hancock, A.M. (2007). When Multiplication Doesn't Equal Quick Addition: Examining Intersectionality as a Research Paradigm. *Perspectives on Politics*, 5(1), 63–79.
- Hardt, M., & Negri, A. (2000). *Imperio*. Barcelona: Paidós, 2002.
- Hayden, T., & Students for a Democratic Society (U.S.). (2005). *The Port Huron statement: The visionary call of the 1960s revolution*. New York: Thunder's Mouth Press.

- Hess, D. J. (2011). To tell the truth: on scientific counterpublics. *Public Understanding of Science*, 20(5), 627–641.
- Heywood, A. (2004). *Political theory: an introduction*. New York: Palgrave Macmillan.
- Heywood, A. (2007). *Politics*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Horst, M. (2010). Collective Closure?: Public Debate as the Solution to Controversies about Science and Technology. *Acta Sociologica*, 53(3), 195–211.
- Hoyningen-Huene, P. (2006). Context of discovery versus context of justification and Thomas Kuhn. In J. Schickore and F. Steinle (Eds.), *Revisiting Discovery and Justification*, pp. 119-131. Houten: Springer.
- Illich, I. (1981) *Profesiones inhabilitantes*. Barcelona: Blume.
- Innerarity, D. (2013). Power and knowledge: The politics of the knowledge society. *European Journal of Social Theory*, 16(1), 3–16.
- Irwin, A. (2006). The Politics of Talk: Coming to Terms with the “New” Scientific Governance. *Social Studies of Science*, 36(2), 299–320.
- Irwin, A., & Michael, M. (2003). *Science, Social Theory and Public Knowledge*. Maidenhead: Open University Press.
- Jasanoff, S. (2003a). Breaking the Waves in Science Studies: Comment on H.M. Collins and Robert Evans, ‘The Third Wave of Science Studies’. *Social Studies of Science*, 33(3), 389–400.
- Jasanoff, S. (2003b). Technologies of Humility: Citizen Participation in Governing Science. *Minerva*, 41(3), 223–244
- Jasanoff, S. (2007). Technologies of humility. *Nature*, 450(7166), 33–33.

- Jasanoff, S., & Kim, S.-H. (2009). Containing the Atom: Sociotechnical Imaginaries and Nuclear Power in the United States and South Korea. *Minerva*, 47(2), 119–146.
- Kaplanis, Y. (2011). An economy that excludes the many and an “accidental” revolt. In A. Vradis & D. Dalakoglou (Eds.), *Revolt and Crisis in Greece* (pp. 215-228). Oakland: AK Press & Occupied London.
- Kashefi, E., & Mort, M. (2004). Grounded citizens’ juries: a tool for health activism? *Health Expectations*, 7(4), 290–302.
- Kuhn, T. S. (1962). *La Estructura de las revoluciones científicas*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1971
- Latour, B. (1987). *Ciencia en acción: cómo seguir a los científicos e ingenieros a través de la sociedad*. Barcelona: Labor, 1992.
- Latour, B. (1990). Technology is society made durable. *The Sociological Review*, 38(S1), 103–131.
- Latour, B. (1990). *Nunca fuimos modernos: ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires : Siglo XXI, 2007.
- Latour, B. (2007). Turning around Politics: A Note on Gerard de Vries’ Paper. *Social Studies of Science*, 37(5), 811–900.
- Laurent, B. (2009). *Replicating participatory devices: the consensus conference confronts nanotechnology*.
- Lazzarato, M. (1996). Immaterial labour. In Paolo Virno & Michael Hardt (Eds.), *Radical thought in Italy today* (pp. 133–147). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Lazzarato, M. (2013). capitalismo de estado y soberanía. la gubernamentalidad en la crisis actual. In Alain Badiou (Ed.), *El síntoma Griego* (pp. 29–42). Madrid: Errata Naturae.

- Lazzarato, M., & Negri, A. (2001). *Trabajo inmaterial. Formas de vida y producción de subjetividad*. Río de Janeiro: DP&A editora.
- Lengwiler, M. (2008). Participatory Approaches in Science and Technology: Historical Origins and Current Practices in Critical Perspective. *Science, Technology & Human Values*, 33(2), 186–200.
- Levidow, L. (2007). European Public Participation as Risk Governance: Enhancing Democratic Accountability for Agbiotech Policy? *East Asian Science, Technology and Society: An International Journal*, 1(1), 19–51.
- Lievens, M. (2014). Contesting representation Rancière on democracy and representative government. *Thesis Eleven*, 122(1), 3-17.
- Lippmann, W. (1922). *Public opinion*. New York: Harcourt, Brace and Co.
- Lipset, S. M. (1960). *El Hombre político: las bases sociales de la política*. Buenos Aires : Eudeba, 1968.
- MacKenzie, D. (1981). Notes on the Science and Social Relations Debate. *Capital & Class*, 5(2), 47–60.
- Macpherson, C. B. (1977). *La Democracia liberal y su época*. Madrid : Alianza, 2003
- Mansbridge, J. (2003). Rethinking Representation. *American Political Science Review*, 97(4), 515–528.
- Mansbridge, J. (2011). Clarifying the Concept of Representation. *American Political Science Review*, 105(3), 621–630.
- Maranta, A., Guggenheim, M., Gisler, P., & Pohl, C. (2003). The Reality of Experts and the Imagined Lay Person. *Acta Sociologica*, 46(2), 150–165.

- Marres, N. (2005). Issues spark a public into being: A key but often forgotten point of the Lippmann-Dewey debate. En B. Latour & P. Weibel (Eds.), *Making things public: Atmospheres of democracy* (pp. 208-217). Cambridge: MIT Press
- Martin, B. (1993). The Critique of Science Becomes Academic. *Science, Technology & Human Values*, 18(2), 247–259.
- Marx, K., (1932). *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. México D.F: Grijalbo, 1968
- Marx, K. (1939). *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política : "Grundrisse."* Barcelona: Crítica, 1977
- McCall, L. (2005). The Complexity of Intersectionality. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 30(3), 1771–1800.
- McCormick, S. (2007). Democratizing science movements. A new framework for mobilization and contestation. *Social Studies of Science*, 37(4), 609-623.
- McCormick, S. (2009). From 'politico-scientists' to democratizing science movements. *Organization Environment*, 22(1), 34-51.
- Michels, R. (1911). *Los Partidos políticos: un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Buenos Aires : Amorrotu, 1969
- Miliband, R. (1969). *El Estado en la sociedad capitalista*. México: Siglo XXI, 1983.
- Miller, S. (2001). Public understanding of science at the crossroads. *Public Understanding of Science*, 10(1), 308.
- Mills, C. W. (1956). *The Power elite*. New York [etc.]: Oxford University Press, 2000.
- Mouffe, C. (1999). *El retorno de lo político: comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós.

- Näsström, S. (2006). Representative Democracy as Tautology Ankersmit and Lefort on Representation. *European Journal of Political Theory*, 5(3), 321-342.
- Niemeyer, S. (2011). The Emancipatory Effect of Deliberation: Empirical Lessons from Mini-Publics. *Politics & Society*, 39(1), 103–140.
- Papadopoulos, D. (2011). Alter-ontologies: Towards a constituent politics in technoscience. *Social Studies of Science*, 41(2), 177–201.
- Parker, Th. (1858). *The Effect of Slavery in American People*. Boston: William L., Kent and Company. Retrieved from <http://antislavery.eserver.org/>
- Parkinson, J., & Mansbridge, J. (2013). *Deliberative Systems Deliberative Democracy at the Large Scale*. New York: Cambridge University Press.
- Pateman, C. (1970). *Participation and democratic theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pateman, C. (2012). Participatory Democracy Revisited. *Perspectives on Politics*, 10(1), 7–19.
- Pateman, C. (1996). Criticas feministas a la dicotomía público/privado. In C. Castells (Ed.), *Perspectivas feministas en teoría política* (pp.31-52). Barcelona: Paidós.
- Phillips, A. (1996) ¿Deben las feministas abandonar la democracia liberal?. In C. Castells (Ed.), *Perspectivas feministas en teoría política* (pp.79-98). Barcelona: Paidós

- Pimienta, D. (2007). *Brecha digital, brecha social, brecha paradigmática*. Madrid: Funredes.
- Pitkin, H. F. (1967). *El concepto de representación*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1985
- Rancière, J. (1987). *El Maestro ignorante: cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Barcelona: Laertes, 2003.
- Rancière, J. (2006). *El Odio a la democracia*. Madrid: Amorrortu. Rehfeld, A. (2009). Representation Rethought: On Trustees, Delegates, and Gyroscopes in the Study of Political Representation and Democracy. *American Political Science Review*, 103(2), 214.
- Reichenbach, H. (1938). *Experience and prediction: an analysis of the foundations and the structure of knowledge*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Rilker, W. H. (1982). *Liberalism Against Populism: A Confrontation Between the Theory of Democracy and the Theory of Social Choice*. Chicago: Waveland Press.
- Rip, A. (2003). Constructing Expertise: In a Third Wave of Science Studies? *Social Studies of Science*, 33(3), 419–434.
- Roberts, N. (2004). Public deliberation in an age of direct citizen participation. *The American Review of Public Administration*, 34(4), 315-353.
- Rousseau, J.J. (1762). *El Contrato social*. Madrid: Istmo, 2004.
- Rowe, G. & Frewer, L. J. (2004). Evaluating Public-Participation Exercises: A Research Agenda. *Science, Technology & Human Values*, 29(4), 512–556.

- Rowe, G., Marsh, R., & Frewer, L. J. (2004). Evaluation of a deliberative conference. *Science, Technology & Human Values*, 29(1), 88-121.
- Ryan, G. W., & Bernard, H. R. (2003). Techniques to Identify Themes. *Field Methods*, 15(1), 85–109.
- Sandoval, C. (2000). *Methodology of the Oppressed*. Minneapolis: University of Minnesota Press
- Sartori, G. (1997). Understanding Pluralism. *Journal of Democracy*, 8(4), 58–69.
- Schmitt, C. (1932). *El Concepto de lo político*. Madrid : Alianza, 1998
- Schumpeter, J. A. (1942). *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona: Folio, 1996.
- Shapin, S., & Schaffer, S. (1985). *Leviathan and the air-pump : Hobbes, Boyle, and the experimental life*. Princeton University Press.
- Stavrakakis, Y. (2013). La sociedad de la deuda. Grecia y el futuro de la postdemocracia. In A. Badiou (Ed.), *El síntoma griego : posdemocracia, guerra monetaria y resistencia social en la Europa de hoy* (pp. 7–28). Madrid: Errata Naturae.
- Steiner, J. (2012). *The Foundations of Deliberative Democracy*. New York: Cambridge University Press.
- Stengers, I. (1993). *The invention of modern science*. Minneapolis: The University of Minnesota, 2000.
- Stengers, I. (2002). *Sciences et pouvoirs*. Paris: La Découverte Poche/Essais.
- Stengers, I. (2010). *Cosmopolitics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Stilgoe, J. (2007). The (co-) production of public uncertainty: UK scientific advice on mobile phone health risks. *Public Understanding of Science*, 16(1), 45-61.

- Thorpe, C., & Gregory, J. (2010). Producing the post-fordist public: The political economy of public engagement with science. *Science as Culture*, 19 (3), 273-301.
- Tirado, F.; Domènech, M. (2013) Exstitutions and security: movement as code. *Informática na Educação: teoria & prática*, 16(1): 123-138
- Truman, D. B. (1951). *The Governmental process: political interests and public opinion*. New York: Alfred A. Knopf.
- Urbinati, N., & Warren, M. E. (2008). The concept of representation in contemporary democratic theory. *Annual Review of Political Science*, 11, 387-412.
- Virno, P. (2007). General Intellect. *Historical Materialism*, 15(3), 3–8.
- Ward, H., Norval, A., Landman, T., & Pretty, J. (2003). Open citizens' juries and the politics of sustainability. *Political Studies*, 51(2), 282-299.
- Waterton, C., & Wynne, W. (2004). Knowledge and Political Order in the European Environment Agency. In Sheila Jasanoff (Ed.), *States of Knowledge: the co-production of science and social order*. (pp. 87–108). London: Routledge.
- Weber, M. (1919). Politics as a Vocation. In H.H.Gerth & C.Wright Mills (Eds.), *From Max Weber: Essays in Sociology* (pp. 77–128). New York: Oxford University Press, 1946
- Winner, L. (1977). *Autonomous technology: tecnichs-out-of-control as a theme in political thought*. Cambridge: MIT Press.
- Wynne, B. (1992). Misunderstood misunderstanding: social identities and public uptake of science. *Public Understanding of Science*, 1(3), 4.
- Wynne, B. (1993) Public Uptake of Science: a Case for Institutional Reflexivity, *Public Understanding of Science*, 2(4), 321–37.

- Wynne, B. (2003). Seasick on the Third Wave? Subverting the Hegemony of Propositionalism: Response to Collins & Evans (2002). *Social Studies of Science*, 33(3), 401–417.
- Wynne, B. (2007). Public Participation in Science and Technology: Performing and Obscuring a Political–Conceptual Category Mistake. *East Asian Science, Technology and Society*, 1(1), 99–110.
- Wynne, B. (2008). Elephants in the rooms where publics encounter ‘science’?: A response to Darrin Durant, ‘Accounting for expertise: Wynne and the autonomy of the lay public’. *Public Understanding of Science*, 17(1), 21–33.
- Young, I.M. (1996). Vida Política y diferencia de grupo: una crítica del ideal de ciudadanía universal. In C.Castells (Ed.), *Perspectivas feministas en teoría política* (pp. 99–126). Barcelona: Paidós.
- Young, I. M. (2002). *Inclusion and democracy*. Oxford: Oxford University Press.
- Young, N., & Matthews, R. (2007). Experts’ understanding of the public: Knowledge control in a risk controversy. *Public Understanding of Science*, 16(2), 123–144.
- Zilsel, E. (1942). The Sociological Roots of Science. *Social Studies of Science*, 30(6), 935–949, 2000.

